No hay sitio para tanto capullo



Verónica Holmes

No hay sitio para tanto capullo



Verónica Holmes

No hay sitio para tanto capullo



Verónica Holmes

© Derechos de edición reservados.
© Verónica Holmes, 2021
ISBN: 9798724890465
Cubierta y diseño de portada: Fabián Vázquez
Corrección: Verónica Holmes
Maquetación: Verónica Holmes

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Nunca me abrí de esta manera
La vida es nuestra, la vivimos a nuestro modo
Todas estas palabras que no me limito a decir
Y nada más importa.

Nothing Else Matters- Metallica



Sara maldecía el día en que tuvo que buscar un nuevo compañero de piso después de que la anterior, se mudara a otra parte de España. Hizo caso a su amigo Alex para elegir a la persona que la ayudaría a cubrir sus gastos y se enfadaba solo de recordarlo.

Su amigo de toda la vida supo que necesitaba a alguien para poder mantener su piso en el centro de Barcelona. No era una maravilla, ni siquiera era lo más grande de la zona, pero no pensaba abandonarlo, ya que su trabajo estaba cerca y le gustaba mezclarse entre el gentío de turistas que paseaban a diario por la ciudad.

Sin embargo, aceptar a Aritz tan de sopetón, sin duda, fue una mala elección. Era el primo de Alex, uno que anteriormente vivía en Bilbao y se mudó a la ciudad Condal para dedicarse de lleno a su insoportable trabajo que no aportaba más que ruido a su casa.

—¡Necesito silencio de una vez! —gritó Sara desde su habitación.

No importaba que tuviera las ventanas, ni la puerta, cerradas a cal y canto, el sonido de la maldita guitarra eléctrica reverberaba en toda la casa y se colaba por debajo de su puerta hasta hacerla enloquecer.

Le entraban ganas de ir directa al salón y cogerla con sus manos para estamparla contra el suelo hasta verla hacerse añicos.

Y obviamente, Aritz, no se había ni inmutado con sus gritos.

Llevaba ya dos meses con aquella situación y le había dicho a su molesto compañero que se buscara un lugar en el que ensayar sus composiciones que no fuera el salón, que se encontraba a apenas unos metros de la puerta de su habitación. Según él, Sara no tenía derecho a quejarse porque tocaba

solo en las horas permitidas según las normas municipales, y eso, ya lo eximia de cualquier culpa.

Al no obtener respuesta se levantó de la cama, apartando los libros de historia que revisaba para dejar listo su último trabajo y abrió la puerta de malas maneras para encontrarse a solo unos pasos con una imagen que ya comenzaba a aborrecer.

—Joder, Aritz, intento trabajar —murmuró con los brazos cruzados.

—Eso mismo intento yo, pelirroja. Vamos, relájate.

La miró con una sonrisa ladeada y meció su cabeza hacia un lado mientras acariciaba uno de los mechones de su melena castaña y ondulada. Esa sonrisa conseguía sacarla de quicio, no solo porque durante unos instantes se olvidara de qué estaba haciendo y por qué lo reprendía aquella vez, sino porque se creía con derecho a actuar como le daba la gana por el mero hecho de pagar el alquiler. Aritz era del tipo de hombres que atraía a las mujeres y Sara no era inmune a ello, por mucho que hubiera intentado deshacerse de lo que su presencia le provocaba.

Lo conoció una semana antes de que se mudara. Una tarde que quedó con sus amigos en el parque que llevaban acaparando desde que eran adolescentes, Alex apareció con él y lo presentó como su primo. En aquel instante se quedó embobada con su apariencia. No era un hombre demasiado musculoso, lo suficiente como para parecerle de lo más atractivo y su piel bronceada le confería un toque caribeño que poco concordaba con lo que tenía entendido sobre la gente del norte. Tenía el pelo castaño y le llegaba un poco más abajo de los hombros, peinado de una forma desenfadada, lo hacía muy sexi. Además de todo eso, sus ojos oscuros como la noche, le daban el típico toque de chico malo que la hacía enloquecer.

Aquel día fue Dafne la que tuvo que hacerla reaccionar con un golpe en el hombro para que volviera a la realidad, ya que durante unos instantes, se abstrajo con los hoyuelos que se formaban en sus mejillas al sonreír con un toque chulesco que nunca lo abandonaba.

Él acababa de trasladarse hasta Barcelona y estaba de invitado en casa de su primo, pero buscaba un piso para compartir con alguien para que Alex continuara con su vida, y Aritz se formara la suya propia.

Y aunque en el momento que su amigo comentó en voz alta que Sara llevaba unas semanas buscando a alguien, se emocionó como una colegiala aceptando de inmediato, pasados los meses de convivencia, no había

belleza, ni sonrisa socarrona, que consiguiera que aguantara su poco aporte en la casa.

—Me parece muy bien que tocar eso sea tu trabajo, pero te recuerdo que estás en mi casa, en mi techo y hay que tener un mínimo de respeto —le reprendió.

—Te pago el alquiler.

—¡Nada más faltaría! —contestó con sarcasmo—. Pero es lo único que haces. No limpias, haces lo que te da la gana, me molestas continuamente. ¡Así no se puede vivir! Tienes tu jodida habitación.

—No tiene la misma acústica. Aquí el sonido es mucho mejor —contestó como si aquella fuera la respuesta perfecta para evadir la reprimenda.

—Pues búscate un local en el que ensayar —bufó, cansada de escuchar sus excusas mientras las pronunciaba con una sonrisa socarrona que no hacía más que sacarla de quicio.

—Vamos, pelirroja, tampoco es para tanto. Además, casi he terminado. ¿Podrías aguantar media hora más?

Soltó un bufido y se encerró de nuevo en su habitación con la certeza de que no iba a conseguir nada. Era su día libre, aun así se dedicaba a trabajar para llegar al lunes con todo preparado para escenificar a la perfección la edad media para un episodio de una famosa serie histórica. Era metódica, pero las distracciones de su inquilino conseguían que nada de lo que hiciera estuviera bien.

Tomó una bocanada de aire como intento de relajarse, mas el sonido de la guitarra eléctrica volvió a atronar en sus oídos.

Aritz tocaba muy bien, pero su estilo cañero ensordecía sus pensamientos para sumergirse en el siglo XV, y además, nunca reconocería su talento ante él por puro orgullo infantil.

Se tumbó en la cama con un bufido y decidió llamar a Dafne. Necesitaba a su amiga para desahogarse, algo que llevaba haciendo desde hacía varias semanas. Cuando ella descolgó, el llanto de Atenea se escuchó al otro lado de la línea, y el solícito Enoch, se apresuró a decirle que se encargaba.

Envidiaba a la pareja. Habían crecido juntos, Dafne creyó que era su hermano de sangre, pero hacía ya más de cuatro años, su amiga descubrió que era adoptada de una forma que fue un shock para todos.

Al principio se lo tomó fatal, tanto que huyó con ella no solo para esconder el embarazo de un tío que era una mala influencia, y que por suerte, pasaría unos años a la sombra por sus trapicheos. También huyó de

sus padres y de saber que quien había creído su hermano, en realidad no lo era. Y para más inri, Enoch llevaba enamorado de ella muchos años.

Por suerte todo se arregló. Poco después, Dafne, descubrió que también estaba enamorada de él. Así que los dos hermanos habían construido una bonita historia de amor a la que se añadía la preciosa Atenea, una pequeña de tres años que robaba el corazón a todo el mundo.

—No lo aguanto, Daf. Aritz no cambia. En cuanto vea a Alex pienso matarlo por meterme al descarriado de su primo en casa —murmuró en tono alto, puesto que Aritz continuaba con su rasgueo de guitarra ajeno a su conversación.

—Mira que eres exagerada. No creo que sea para tanto. Además, estabas encantada con tener al macizo de la melena en tu casa.

—Ya no es un macizo, solo un grano en todo lo culo que no me deja vivir. El pelucas este me va a volver loca.

Gruñó al ser consciente de cuánto le divertía la situación a su amiga.

—En el fondo, lo que quieres es tirártelo, y lo sabes.

El ladrido de un perro al otro lado hizo que Dafne le hablara a su ejemplar de American Staffordshire, Frodo, como si le hubiera hecho la misma afirmación que a ella.

—Ni por todo el oro del mundo me lo tiraría —sentenció.

—Mentirosa.

—Vale, lo haría, pero luego pondría su maleta en la puerta para que se largara. Te lo juro, Dafne, la convivencia es horrible. Hasta echo de menos los berridos de Atenea de hace tres años. Te echo de menos a ti revoloteando con tus camisones sexis por todas partes —lloriqueó de modo infantil.

—Tranquila, hoy nos vemos, así que podrás paliar tus ansias de mí. Aunque bueno, me viste ayer, es lo que tiene trabajar a pocas manzanas de tu casa —rio y Sara soltó un bufido.

Dafne se reía de ella. Era malvada.

—La próxima vez que deba cubrirte en algo, recuérdame que eres una cabrona que no comprende mi actual situación con el inquilino capullo. Será algo que decirle a Atenea cuando la vea, que su madre es peor que Úrsula de *La Sirenita*.

Sara conocía a Dafne desde que eran pequeñas. Su amiga fue desde siempre la rebelde de la familia y ella la responsable que la encarrilaba un poco. Hizo de todo para cubrirla en sus fechorías desde muy temprana edad.

Su relación de amistad era de aquellas que duraba para siempre, estaban para lo bueno y lo malo, aunque a veces, también para chincharse de forma mutua.

La personalidad que Dafne nunca tuvo para afrontar ciertas situaciones, Sara la tenía por partida doble. Era directa, a veces demasiado sincera y meter la pata se le daba de fábula. Nunca fue la chica popular del colegio ni el instituto, más bien la segundona y ratita de biblioteca que se mantenía a la sombra, aun así supo encajar en un grupo de amigos mayores, que aunque no eran las mejores influencias del mundo, manejó la situación para no desviarse del buen camino.

Por fin Aritz término con la guitarra y el silencio consiguió que su tensión volviera a la normalidad. Ya eran las seis de la tarde, el verano entraba con fuerza y olía sus tan ansiadas vacaciones que no dudaba en pasar fuera de esas cuatro paredes.

Tras terminar la carrera de Historia del Arte, dos años atrás, se decantó por ser asesora. Aunque la palabra pudiera referirse a múltiples oficios, se dedicaba a asesorar en el mundo de la televisión. Su carrera tenía muchas salidas y quiso inmiscuirse en el entorno de las artes escénicas, y en ocasiones, en la publicidad. Se encargaba de todo aquello que necesitara un dato histórico que un productor no conociera y quisiera introducir en escena. En definitiva, si había una serie ambientada en la edad media, o un periodo en concreto, ella elegía y decía qué debían poner, e incluso, cómo debían hablar los actores.

Podría parecer algo sencillo, sin embargo, recrear una escena de la antigua Roma y conseguir que todo lo utilizado fuera fiel a la época, era algo que pocos podían conseguir. Sara, en los meses que llevaba trabajando con una empresa dedicada a buscarle sitios donde poner a prueba sus conocimientos, comenzaba a ganarse una muy buena reputación en el mundillo.

No obstante, vivir en el centro de Barcelona, sola, seguía sin ser posible con su economía, que aunque no era mala, no era suficiente para convertirse en independiente.

Se fue hasta el armario y cogió la ropa que se pondría para la noche con sus amigos.

Por una vez no habían quedado en el parque que tanto visitaban a pesar de que algunos ya casi estaban casi en la treintena. Iban a comportarse como casi adultos. Habían quedado en la playa de Montgat, aprovechando

que las noches de monólogos daban comienzo para dar la bienvenida a la estación estival.

Cruzó la puerta de su habitación y caminó en silencio por el pasillo que la llevaba hasta el baño para darse una ducha antes de vestirse. Quería maquillarse un poco para tapar las ojeras, ya que los últimos días de trabajo, las dibujaron bajo sus ojos.

Entró sin llamar, con la confianza de que estaría a solas, y cuando dejó la ropa colgada en un perchero para ponérsela al salir, Aritz abrió la mampara de la bañera y su cuerpo húmedo por el agua se mostró en todo su esplendor.

—Joder, pelirroja. ¿No te das cuenta de que está ocupado? —dijo. Intentó que su tono sonara ofendido, pero la sonrisa que acompañaba a sus palabras, demostraba cuánto le divertía la situación.

Se tapó los ojos en un intento de no fijar la vista en su cuerpo. En el tiempo que llevaba allí, nunca tuvo un momento tan embarazoso. Sí que lo había visto sin camiseta y marcando paquete al pasearse en calzoncillos, pero verlo en todo su esplendor, era algo que no podría quitarse de la mente en mucho tiempo.

¡Y qué esplendor!

—¡Lo siento! —gritó a modo de disculpa—. Avísame cuando salgas, tengo prisa —exigió sin quitarse la mano de la cara y retrocedió de camino a la puerta, con la mala suerte, que al no ver nada, trastabilló con sus propios pies y cayó de culo como una completa idiota.

—Sé que soy sexi, pelirroja, pero no hagas como mis fans. Eso de desmayarse para que te vaya a socorrer ya está muy visto.

—¡Serás capullo! —gruñó.

Quitó la mano de su cara y Aritz tuvo la decencia de ponerse una toalla alrededor de las caderas, aunque no por ello bajó la rojez de sus mejillas. Casi todo lo que mostraba ya lo vio en otras ocasiones, sin embargo, su mente calenturienta y traicionera no dejaba de recordarle de forma muy gráfica todo lo visto segundos antes. Al final se marchó sin volver a contestar, cuando cerró la puerta escuchó la risa del capullo.

No había sitio en el mundo para un capullo como Aritz.

No pasó mucho tiempo hasta que salió. Evitando en todo momento encontrarlo en el pasillo, se encerró en el baño para proceder a asearse.

El agua caía caliente por su cuerpo y agradeció su contacto. Hasta ese instante no se había percatado de la tensión de sus músculos. Enjuagó su

largo cabello naranja con toques rojizos y utilizó un producto que la ayudaba a mantener el color durante más tiempo. Llevaba desde que tenía quince años con ese tono, aunque había pensado en muchas ocasiones en dar un cambio drástico, reconocía que los naranjas y rojizos le daban un toque sensual del que no se quería deshacer.

Al salir se envolvió con una toalla y se miró al espejo. Había cambiado mucho. No en personalidad, la cual se había vuelto más alocada a lo largo de los años, pero su cuerpo había aumentado en curvas. Aunque para muchos estaba gorda, su peso era el adecuado para su constitución, la cual podría definirse como con mucha cadera, mucho pecho y una cintura lo bastante estrecha como para parecerse a una hermosa Venus del siglo XXI.

Era una auténtica belleza resultona.

Sus ojos color verde contrastaban a la perfección con su tez pálida. Mucha gente creía que era pelirroja natural, ya que tenía unas cuantas pequitas por la zona de la nariz. En realidad era morena, así que el tono elegido era el que mejor le quedaba a su apariencia, que finalizaba en unos labios lo bastante gruesos como para parecer que los tenía retocados. Lo que más le gustaba de sí misma, sin duda, era su cara. Parecía una niña buena que en el fondo escondía a una vikinga salvaje y picarona, capaz de volver loco a todo el mundo.

Se secó el pelo para después utilizar un rizador para crear bucles desordenados que daban a su melena un volumen de leona. Se parecía a la protagonista de la película Disney, *Brave*. Una Mérida en carne y hueso —con más carne que hueso—. Se maquilló un poco, con un delineado sutil con el rabillo alargado. Marcó la cuenca de su ojo con sombras un poco más oscuras para darle profundidad y finalizó con un labial fijo de color borgoña que contrastaba a la perfección con el tono de su pelo.

Escogió un vaporoso vestido de color blanco con detalles en negro que se ajustaba a la cintura, para después caer en cascada hasta un poco por encima de las rodillas.

—Lista —se dijo con una sonrisa.

Ya casi eran las ocho de la noche y todavía le quedaba un largo trecho hasta la playa de Montgat, por suerte tenía coche propio. Aunque tenía pensado beber, lo más probable sería que fuera a casa de su hermana Bea a dormir, o si no, acabaría metiéndose de okupa en la de alguno de sus amigos para no tener que conducir.

Cogió un fino kimono de color oscuro que conjuntara con su vestido por si refrescaba y metió en el bolso el teléfono móvil, lista para marcharse.

—Eh, capullo, me voy. No me esperes esta noche —gritó para advertir a Aritz aunque no estuviera en la obligación.

Solo esperaba que no le metiera a nadie en casa, porque no sería la primera vez que volvía y lo escuchaba con alguna mujer que gritaba como si la estuvieran matando.

—Tranquila, cariño, no te echaré de menos —se burló él.

Su voz llegaba desde la cocina. Sara lo vio desde la puerta y tenía intención de contestarle, pero de nuevo, apareció la imagen de aquel hombre desnudo en su mente, así que decidió salir de allí antes de hacer el ridículo. Estaba preparándose un café de forma distraída, aun así logró ver que estaba vestido con unos tejanos oscuros y una camiseta de manga corta de Guns and Roses.

Al ver el nombre del grupo pensó en Enoch, la pareja de Dafne, porque era de sus favoritos. Y aunque Sara jamás se lo admitiría a Aritz a la cara, a ella también le gustaban. Además tuvo que reconocer que la apertura de la camiseta con cuello en uve, dejaba a la vista el inicio de sus pectorales que tan clavados se habían quedado en su mente.



Llegó a la playa pasadas las ocho de la tarde. Después de media hora en busca de aparcamiento por la zona en la que vivía su hermana, cogió un autobús que en unas cuantas paradas la dejó cerca del bonito mar de Montgat.

Dafne y Enoch la saludaron los primeros y fue hasta la mesa que se habían agenciado en el chiringuito. Unieron cuatro mesas para caber todos. A los pocos minutos apareció su amiga Cova. Mientras esperaban a Alex, pidieron unas cervezas y unas patatas bravas para picar.

—¿Por qué no has traído a mi sobrina? —dijo Sara con un puchero infantil adornando sus labios.

—Se la he dejado a mis padres. No he podido resistir la tentación de abusar de los abuelos para despejarme un poco —contestó con una sonrisa.

—Yo quería traerla, pero tu amiga es una mala madre —se burló Enoch y Dafne le dio un codazo acompañado de un gruñido—. ¡Au! Vale, vale. Mis padres nos la han robado y nosotros hemos aprovechado.

—Así mejor, cariño.

—Te tiene dominado, amigo —bromeó Cova y el aludido se encogió de hombros.

La charla comenzó en el momento en que trajeron la bebida y las patatas. Cova se cambió de sitio y se puso en el de Enoch así las tres chicas se pusieron a hablar, mientras él prestaba atención al primer monologuista de la noche. Dafne le preguntó sobre Aritz, tras pronunciar su nombre, la verborrea de palabras malvadas nació desde lo más profundo de su interior dispuesta a dejarlo a la altura del betún.

—Es difícil vivir con él. No le aguanto. No ayuda, no limpia —relató a sus dos amigas que escuchaban con atención—. Se cree el dueño de la casa solo por pagar el alquiler de forma religiosa y tiene que tener en cuenta que la casa no es suya.

—Pues creo recordar que fuiste tú la que le insistió a Alex —recordó Cova.

—Eso es porque el chico le entró por los ojos —continuó Dafne.

—La verdad es que está buenísimo. Ese pelo largo le queda de vicio. Yo me lo tiraba.

—Yo ya tengo al que quiero, pero Sarita también se lo tiraba por mucho que diga que lo odie —continuó la que, probablemente, dejaría de ser su mejor amiga como continuara así.

Sara gruñó alto. Se habían enzarzado en una conversación que la incumbía sin incluirla. Pegó un sorbo a su cerveza y cogió unas cuantas patatas, pensar en su compañero le provocaba ansiedad. Total, la ignoraban a pesar de haber dicho ya en varias ocasiones que las ganas de acostarse con él se habían ido al garete.

Enoch, quien había desviado la vista un segundo del monologuista, la observó con diversión.

—Sarita, cambia esa cara.

—¿Eh? —contestó ella de forma distraída. —Estas dos me están ignorando —señaló a Cova y Dafne que seguían a lo suyo y el chico rio.

—Es que no sé por qué no se lanza a por él. Joder, viven juntos —escuchó que decía Cova, de nuevo, sin incluirla en la conversación.

Parecía que eso no fuera impedimento para construirle una vida con su compañero, que por supuesto, ni de coña quería que ocurriera.

—Por Dios, ¿para esto tengo amigos? —se quejó al ver cómo todos se unían a la conversación.

Menos ella.

Para ellos, Aritz era un gran tío. Pero claro, eso le parecería a cualquiera que no viviera con él. Quizá sí que era un tanto paranoica y borde por solo dedicarle malas palabras, pero si alguien conseguía avinagrar su humor en las últimas semanas, era él.

Cuando por fin dejaron el tema y prestaron atención al espectáculo, la noche fue fluida. Alex todavía no llegaba y tras una llamada de Enoch para preguntarle qué coño hacía, la noticia de su retraso hizo gruñir a Sara.

—Sarita, lamento comunicarte que Alex viene acompañado. Y estoy seguro de que no te hará gracia la persona. Tu amado compañero de piso está a punto de unirse a nosotros.



Pasó parte de la tarde raspando acordes y creando nuevas melodías para su grupo. Mudarse a otra ciudad fue un gran avance para su música. En Bilbao ni siquiera salió de la fase garaje, pero desde que estaba en tierras Barcelonesas, con un equipo mejor y un sueldo modesto que le había servido para mejorar un poco su equipo, veía una bonita luz al final del túnel.

Esperaba que lo llevara a algo más que tocar en bares. Por suerte, seguía encantándole hacerlo, pues disfrutaba del ambiente, conocía a personas del mundillo y mujeres con las que pasar noches de desenfreno.

En Bilbao, con su anterior grupo, solo tuvo un par de bolos que no llegaron a nada, pero en Barcelona estaba consiguiendo tocar todas las semanas. No le iba nada mal con los nuevos integrantes que lo acompañaban. Por desgracia, no pudo mantener unido al grupo inicial, ya que él fue el único capaz de marcharse de tierras vascas.

Aritz se estaba construyendo su propia vida. Con veintisiete años, por fin había volado del nido de sus padres y encontrado un lugar decente en otra parte de España, en la que por suerte, vivía su primo Alex. Era de quien en un principio pensaba abusar, pero le habló sobre que su amiga Sara buscaba alguien con quien compartir piso en pleno centro y la idea se le antojó maravillosa.

La zona era estupenda. Adoraba el gentío que se congregaba en las calles colindantes y el piso no estaba nada mal. Mucho mejor que su viejo cuarto

en el que todavía conservaba cosas de cuando era adolescente. Sin embargo, reconocía que echaba de menos alguien que hiciera las tareas por él.

A pesar de estar a gusto, Sara no dejaba de machacarlo. Era cierto que era un poco vago para las tareas del hogar, pero la música le quitaba muchas horas al día, y también debía ir al estudio de grabación en el que trabajaba como técnico de sonido para pagar el alquiler. Le gustaba su trabajo, al fin y al cabo, estudió el grado de formación profesional para eso y dirigir proyectos de televisión, o el sonido de otros grupos que también le estaban dando la oportunidad a él para avanzar, era un gran honor.

Pagaba los gastos al día. Por el momento, la pelirroja debía conformarse con eso y gozar de su espléndida compañía, al menos, no tenía tiempo de aburrirse con él. Además, le divertían tanto sus gritos y esas muecas de mujer exasperada, que no pensaba poner más de sí mismo para que la convivencia fuera apacible.

—Llegamos pero que muy tarde, primo. Nos vamos a perder todo —suspiró Alex.

—Lo bueno se hace esperar —respondió socarrón. Su pelo era bastante rebelde, y aunque solía llevarlo despeinado, debía hacerlo de una forma concreta para sentirse a gusto con él.

En el fondo era un presumido.

—No recordaba que fueras tan creído, tío. Va a resultar que sí eres un capullo.

—¿Quién dice eso? —murmuró con sorpresa un tanto fingida.

Se imaginaba quién decía aquello, pero quería escucharlo.

—¿Tú qué crees? —respondió con otra pregunta en tono burlón.

—Sarita —dijeron ambos al unísono y soltaron una carcajada.

—Estoy deseando ver la cara que pondrá cuando me vea con vosotros —rio y cogió su fina chaqueta de tipo cuero antes de salir y cerrar la puerta con llave.

El camino fue más largo de lo que pensaba por culpa del rato que estuvieron para aparcar. A la vuelta era probable que se quedara con su primo, porque por lo que le contó, las noches en la playa solían acabar con muchas copas de más.

El ambiente era cálido, digno de una noche de verano en la costa del Maresme. El paseo marítimo estaba lleno de gente. A lo lejos logró divisar el pequeño escenario que albergaba al monologuista del día. Alex saludó a sus amigos con la mano y Aritz se acercó con una sonrisa.

—Ya hemos llegado.

—Si no lo dices, no me lo creo —murmuró Sara con ironía, sin poder evitar taladrar a Alex con la mirada.

Aritz sonrió. Su compañera fruncía el ceño y evitaba por todos los medios mirarlo para ahorrarse saliva en mandarlo a la mierda. Su primo se colocó al lado de Enoch y solo quedaba un sitio libre en la mesa. Al lado de las chicas, para ser más específico, de Sarita.

—Hola, pelirroja —la saludó en tono socarrón. No hizo falta que le contestara para saber que su presencia la sacaba de quicio.

Quería llevarse bien con ella, pero jugar al tira y afloja le parecía mucho más entretenido.

—¿Ahora también tendré que soportarte cuando quede con mis amigos? —le susurró para que el resto no se enterara.

—Tómatelo como una forma de conocerme.

—Te conozco desde hace dos meses, y no te echo porque necesito tu dinero para pagar el piso, pero no te soporto.

—¡Qué cosas tan bonitas me dices! —respondió en tono jocoso.

Sara se dio la vuelta y lo ignoró.

Pidió una bebida, cuando las aguas se calmaron entre los compañeros de piso, todo fue de forma fluida. Las risas amenizaban el ambiente. El alcohol recorría el camino del bar a la mesa y desaparecía para ser sustituido por más. El monólogo hacía rato que había terminado, pero el chiringuito seguía abierto y la música hizo que las chicas, e incluso Enoch, salieran a bailar.

Aritz lo estaba pasando muy bien. Dio un trago a su cubalibre y observó con su primo cómo bailaban los que pretendía que se convirtieran en sus amigos.

—Tú saliste con Cova, ¿verdad? —Alex asintió—. ¿Qué pasó?

—Éramos jóvenes. Acabábamos de salir del instituto y cada uno tomó un rumbo. Simplemente se terminó porque solo nos veíamos en el parque y la conexión que teníamos se perdió —explicó con un halo de tristeza.

—A veces el amor se termina —concluyó Aritz como si fuera experto en el tema. Su primo asintió.

Veía en sus ojos, al mirarla bailar, que aún quedaban cenizas de lo que fue su amor adolescente, aunque aseguraba que ya no sentía nada. Aritz no se había enamorado nunca, era un alma libre, por suerte, tampoco tuvo problemas para ligar durante su vida.

Solía atraer a las mujeres casi sin pretenderlo. El mito de que el músico roquero era un ligón se confirmaba con él a pesar de que su nivel de notoriedad estuviera bajo mínimos. Por otro lado, era horrible para expresar sentimientos, así que le resultaba complicado que sus ligues se convirtieran en relación.

Se sentía satisfecho con su vida y no añoraba, en absoluto, la sensación de tener una pareja estable. Siempre fue el típico chico malo de instituto, ese por el que todas se colaban, y él, aunque no se enorgullecía de ello, salía con quien quería sin pararse a pensar en los sentimientos.

Sonaba la canción *I like it* de Cardi B y observó a la gente bailar. Sobre todo, centró su atención en una persona.

Sara movía sus voluptuosas caderas con una sensualidad abrumadora. No importaba que hubiera bebido bastante e hiciera rato que su puntillo pasara a ser una borrachera en toda regla, se mecía al compás de la música. No pudo más que mantener su vista fija en ella, absorto con sus movimientos, como si de Circe y su canto de sirena se tratara.

—Tío, será mejor que cierres la boca.

Salió de sus ensoñaciones en cuanto Enoch llamó su atención con aquellas palabras. Lucía una sonrisa divertida y tuvo que mover la cabeza un par de veces para quitar su vista de la pelirroja.

—Debo reconocer que baila bien, jodida pelirroja —rio para restarle importancia a su embobamiento.

—Cuídame a Sara, si no, Dafne irá a vuestra casa y te arrancará los huevos.

—Joder, gracias —ironizó—. Pero tranquilo, lo mío es molestarla, nada más.

Sentía que su tolerancia al alcohol comenzaba a llegar a su límite. Se levantó de su sitio y fue directo a la pista. No sabía bailar demasiado bien, pero meció sus caderas con dificultad y se unió al resto en un intento de integrarse en el baile.

Sara disfrutaba como nunca. En casa siempre mantenía un rictus serio que demostraba cuánto le molestaba su presencia, pero debido al alcohol junto a la diversión, estaba desinhibida, haciendo que sus facciones resultaran hasta apacibles.

Se acercó a ella y la cogió de la cintura en un intento de seguir su baile. No lo hacía nada bien, aun así tenerla a esa distancia despertó las ganas de

apretarla todavía más. Era muy sensual, tanto que le cortaba la respiración. Cuando se giró y vio quién era aquel que la sobaba, lo apartó.

—Oye compi, sin sobrepasarse —le dijo con el ceño fruncido. Aun así su malestar quedaba en nada porque sus palabras desmentían que la incomodara.

—Solo quiero bailar contigo, pelirroja. Me estás poniendo cardiaco con el movimiento de tus caderas —susurró en su oído.

La aludida se quedó bloqueada durante varios segundos.

¿De verdad Aritz acababa de soltarle esas palabras?

Para alucinar.

—La culpa debe tenerla el alcohol, pero gracias por el piropo —respondió en tono de sorpresa.

—No se merecen.

Se sorprendió de que no se marchara o le soltara alguna bordería de las suyas. Tenía razón y la culpa la debía tener el alcohol, uno que también circulaba por sus venas a su libre albedrío y lo hacía mecerse al compás de la pelirroja. Lo guiaba.

La música cambió y se tornó más lenta. Una balada de *Scorpions* sonaba por los altavoces y agradeció no tener que seguir tanto el ritmo. Sara se mecía con lentitud, pegaba su cuerpo e intentaba por todo los medios evitar que el amigo que esperaba oculto en su pantalón no cobrará vida.

Era complicado, la sensualidad de la pelirroja lo tenía embelesado. No siquiera fue consciente de que Dafne, Cova y Alex, los miraban entre divertidos y curiosos. Por primera vez desde que la conocía, deseó llevarse bien con ella. No quería decir que a partir de ese instante dejara de intentar cabrearla, eso le encantaba, pero sí que deseaba escuchar de ella palabras que no fueran solo insultos.

Quería conocerla, saber de ella, qué le gustaba y sobre todo, tener charlas civilizadas para descubrir sus más oscuros secretos.

La canción término y con ella la magia que los envolvía. Sara lo miró a los ojos mientras él sonreía ladino.

—No le digas a nadie que hemos bailado —susurró.

—Demasiado tarde, pelirroja. Todos nos están mirando con atención.

—Pues que miren lo que quieran. Como he dicho, la culpa la tiene el alcohol.

—Tranquila, será nuestro secreto.

Las chicas volvieron tras unos bailes más y bebieron de sus copas. Sara cayó en la silla, agotada y mareada a partes iguales. Por lo que Aritz podía ver, estaba demasiado bebida como para poder volver a casa en su coche.

Tras el intercambio de palabras, él volvió a su sitio ante la atónita mirada de su primo, que se preguntaba qué había ocurrido entre ellos durante esos minutos.

Magia.

Eso parecía.

—Necesito dormir —lloriqueó Sara—. ¿Quién me acoge en su casa? No me apetece escuchar la charla de Bea por llegar como una cuba. Se supone que soy la responsable de la familia.

—Puedes venir a la mía, me parece que he sido el que menos ha bebido —dijo Alex con una sonrisa.

—¡Acepto!

Alex miró a Aritz de soslayo y este no supo qué significaba la mirada de su primo. Si dormían en la misma casa después de lo vivido minutos antes en la pista de baile, no sería capaz de mantener a raya su erección.

No podía negar que Sarita le atraía, pero no la veía del tipo de mujer a la que le fueran los rollos de una noche, era más de las de historia de amor de película que desea un príncipe azul para toda la vida. Nada que se asemejara a lo que él podía ofrecer, puesto que lo que le iba, era un polvo placentero de una noche, y si te he visto no me acuerdo.

Además, quería conocerla de verdad, saber de ella, pero esa afirmación sobre su forma de entablar algo con un hombre, suponía sin lugar a dudas que sería cierta. Un día le preguntó a Alex cómo era, le dijo que siempre fue la típica rata de biblioteca de instituto. Una chica estudiosa, responsable y que solía hacer mucho caso a sus padres, por lo que adivinaba, que no era de las que se dejaba llevar. Mucho menos, con alguien con quien compartía piso.

Los primeros en marcharse fueron Dafne y Enoch, luego les siguió el resto. En el chiringuito solo quedaban Aritz, Alex y Sara.

—¿Por qué sigues aquí? Ya se han ido todos —alegó Sara sin apartarle la vista.

—Yo voy a casa de mi primo, pelirroja. Así no me echarás de menos esta noche —dijo en tono jocoso.

—¿Y tú por qué no avisas? —le reprochó a Alex y este se encogió de hombros.

Sonrió por su actitud. Se levantó de su sitio y le tendió una mano que Sara rechazó. Al parecer, aunque seguía con los efectos del alcohol, había recuperado lo suficiente la conciencia como para intentar evitarlo tal y como hacía a diario.

La miró caminar con paso tambaleante en dirección al lugar donde Alex aparcó y sonrió divertido.

—No sé qué pretendes con ella. Pero ten mucho cuidado.

—¿Por qué?

—Porque Sara no merece que hagas con ella lo que siempre haces.

—¿Darles placer? —se vanaglorió Aritz.

Alex le dio un codazo y este gruñó de dolor.

—Ya sabes a qué me refiero. Ella es diferente y no caerá ante ti con tanta facilidad.

—Eso está por ver, primo. Está por ver… —se mofó.

Llegaron a casa de Alex pasadas las cuatro de la madrugada. Sara se había quedado dormida en el coche, así que le tocó despertarla para después ayudarla a salir. Vivía en un pequeño estudio de treinta metros cuadrados, solo tenía una habitación y un sofá cama en el pequeño salón que dejó preparado, a sabiendas de que no volvería solo.

—Solo tengo el sofá cama, así que tendréis que dormir juntos —indicó a sus invitados.

Sara lo miró con los ojos muy abiertos, sin rastro de sueño, con el deseo de haber ido a casa de su hermana.

Lo prefería. No quería meterse en una cama con Aritz. No solo era porque todavía podía sentir el tacto de sus manos en la cintura ante el ardiente baile, también era porque no lo soportaba.

Soltó un bufido y la miró con la ceja arqueada. Él no parecía molesto por las palabras de su primo.

—¿Y por qué no dormís vosotros juntos? —dijo ella. Esperaba que la súplica que le lanzó a su amigo con su mirada de ojos verdes, le diera ventaja y cumpliera sus deseos.

Pero no.

Negó con la cabeza con una sonrisa y se marchó a su habitación para traerle unas sábanas que poner en el estrecho sofá.

La noche prometía ser un auténtico infierno.

—Tranquila pelirroja, no te tocaré si tú no quieres —bromeó cuando su primo se fue.

—Más te vale. Sé dónde están los cuchillos de cocina, así que advertido quedas.

—Grrrr... Fiera —se burló y ella negó.

Mientras Aritz se preparaba una bebida caliente para despejarse un poco, acaparó el baño. Fue dando tumbos, consciente al fin de lo borracha que estaba y se mojó la cara. Para lo único que sirvió, fue para hacer que su maquillaje se corriera por todas partes. Era una mezcla entre zombi y oso panda.

Buscó entre los armarios del diminuto lavabo toallitas, y como era obvio, Alex solo tenía de bebé y no de desmaquillar, así que usó las que servían para el culo a modo de desmaquillante. Al menos, su apariencia animal había desaparecido. Se aseó antes de salir y recogió de nuevo su moño aunque sabía que se levantaría con pelos de leona. Al salir, Aritz bebía un café sentado en el sofá cama, así que ella se fue hacia el otro lado para tumbarse.

Lo necesitaba.

Estaba borracha, agotada y enfadada por estar tan cerca de su compañero de piso. Él terminó con su café para luego tumbarse. Apagó la luz y se tapó.

—Buenas noches, pelirroja. Sueña conmigo.

—Más quisieras. En mi mente no hay sitio para tanto capullo —contestó y él soltó una risita.

Cerró los ojos en un intento de coger el sueño. Lo consiguió en el coche, pero era muy distinto cuando notaba el calor que emanaba del cuerpo de su acompañante.

Desde el día en que lo conoció y deseó meterse en su cama, no volvió a pensar en él de aquella forma, pero tras el baile, no hacía más que recordar su virilidad pegada a su trasero.

Y eso, la ponía cardiaca.

Aritz se dio la vuelta hacia un lado mientras dormía así que giró la cabeza para verlo. Estaba dormido, su respiración era acompasada y de vez en cuando soltaba algún pequeño ronquido. Continuaba oliendo a alcohol. Sus facciones estaban relajadas, verlo así incluso le hacía parecer un buen chico que no había roto un plato en su vida.

Nada más lejos de la realidad, en el fondo era un diablo que alguien había puesto en su camino para convertirlo en un pequeño infierno.

Que soñara con él, decía.

Ja.

Lo llevaba claro, porque desde que plantó su cansado cuerpo en la cama, no era capaz de cerrar los ojos. Su microsiesta en el coche la había despejado demasiado, sobre todo, después de la sorpresa que le dio Alex al decir que debían compartir cama.

Incluso se le quitó parte de la borrachera.

Se incorporó sin hacer grandes movimientos para no despertar a su acompañante, y fue a la cocina para robar un vaso de leche. A los bebés les servía para coger el sueño, aunque ella ya no tenía edad, lo intentó. No deseaba despertarse con cara de zombi después de una noche en vela. Cuando término, volvió a la cama y esta estaba ocupada en su totalidad por el cuerpo de Aritz.

—Eso sí que no —murmuró en voz alta.

Se sentó en el único filo que quedaba libre. Hizo maniobras para conseguir que se moviera con movimientos lentos y cuidadosos, pero no. Lo único que estaba consiguiendo era que rodara hasta ocupar su sitio por completo.

Bostezó y maldijo en voz alta. El sueño aparecía con una acuciante necesidad de dormir.

—Sabía yo que me ibas a dar la noche —gruñó, puso un mohín e hizo un puchero infantil. Todo a la vez.

Aritz balbuceó algo inteligible como si le contestará y volvió a moverse.

—A tomar por culo —se dijo—. Eh, tú, échate a un lado.

—Mmm... No quiero.

—Pues yo quiero dormir, así que muévete —exigió una vez más.

Parecía contestarle, pero dudaba que estuviera realmente despierto. Tenía su cabellera castaña por toda la cara y se había quedado con la boca medio abierta tras su último giro. Se le escapó una sonrisa y reconoció lo dulce que le parecía.

¿Qué demonios?

Estaba loca.

Demasiado.

Pero no podía mentirse a sí misma diciendo que aquello no le divertía.

—Quién se fue a Sevilla, perdió su lado de la cama —dijo el con voz somnolienta.

Soltó un pequeño gruñido. Se estaba haciendo el dormido, porque una frase tan coherente era poco probable que la hubiera dicho alguien que descansaba. Tras pedirle un par de veces más que se moviera, se cansó de su jueguecito y estiró los brazos para empujarlo.

—Vamos, gírate de una vez —exigió.

Oyó de forma muy difusa una pequeña carcajada. Insistió con más fuerza, hasta que comenzó a darle golpes que resonaban en el pequeño salón.

No se movió ni un milímetro. Era como si se hubiera plasmado con el colchón y fueran uno solo. Como último recurso, se tiró sobre él en modo plancha y escucho su quejido. Sonrió satisfecha y se carcajeó.

No era precisamente ligera, a decir verdad, pero ni siquiera le importó hacerle daño. Se lo merecía.

—Y ahora, ¿piensas moverte? Porque puede que ahora pienses que soy un peso pluma, pero dentro de unos segundos verás que no y tus músculos comenzarán a entumecerse. Dejarás de sentir las manos, y conforme pasen las horas, notarás que te falta el aire —relató de modo siniestro.

Aritz no contestaba. No podía. Sara no era un peso pluma, aunque no pesaba lo suficiente para ahogarlo. Es más, le gustaba la sensación de tener su cuerpo encima y pensaba utilizar esa baza para incomodarla un poco más antes de dejarla dormir tranquila.

—No me molestas en absoluto, aunque tu ropa si es una molestia. Me encantaría sentir tu piel. Además, yo también podría quitármelo todo, así estaríamos en igualdad de condiciones —contestó juguetón.

Ya no tenía dudas de que estaba despierto por completo. Aunque su proposición indecorosa era algo que costaba mucho pasar por alto, se guardó cualquier pensamiento calenturiento y lo ignoró.

—Ni en tus mejores sueños, musiquillo de tres al cuarto.

Aritz sonrió. Se movió un poco, haciendo que el cuerpo de Sara se deslizara y su miembro quedará muy cerca de su sexo. Sabía que ella notaría su prominente erección, pero no era algo que le preocupara. Había comenzado un juego y solo ella tenía el poder de pararlo.

Tragó saliva de forma sonora y luchó con todas sus fuerzas para obviar aquello que se movía tan cerca de su intimidad. Estaba duro, era una tentación demasiado suculenta para mantener a raya a su cordura.

Lo estaba pasando fatal.

«Vamos Sara, tampoco estás tan desesperada», se animó para no caer en la tentación de soltar un gemido lastimero. *«Es el capullo de Aritz, no tiene derecho a gozar con tu cuerpazo»*, se repitió.

—Sarita.

—¿Qué?

—No vayas a quedarte dormida.

—¿Te molesto? —preguntó en un intento de invitarle a finalizar el juego.

—No.

Gruñó.

—Joder, Aritz, quiero dormir —lloriqueó de forma infantil.

—Pues duerme.

—Tú mismo. Si mañana tienen que amputarte alguna parte de tu cuerpo, a mí no me eches la culpa.

—Mientras no sea la polla. Me da absolutamente igual.



Los dos se quedaron dormidos sin continuar su absurda discusión. En algún punto de la noche, Sara consiguió recuperar su sitio y pudo descansar con comodidad en el sofá cama junto a Aritz.

El amanecer llegaba mucho más deprisa de lo que esperaba. Cuando estaba en su casa solía tener todas las ventanas y persianas cerradas al máximo, porque en cuanto el sol hacía acto de presencia, su luz la despertaba. Alex no había reparado en ello, y por eso, se despertó mucho antes de sentir que había dormido lo suficiente.

Abrió los ojos con lentitud, confusa al notar que su cabeza estaba apoyada en una superficie más dura que una almohada. Escuchaba el latir de un corazón.

Por poco no saltó de la impresión al verse sobre el pecho de Aritz. Su mano lo abrazaba por la cintura y estaba posicionada de una forma que solía ver en todas las películas románticas. Él respiraba de forma acompasada, pero la tenía agarrada del hombro, y de vez en cuando, movía su mano y la acariciaba.

—¿Pero qué? —susurró en voz alta.

—¿Qué habéis hecho?

Sara dio un respingo al escuchar la voz de Alex y eso sobresaltó a su acompañante, quien abrió los ojos al instante. Ella vio cómo miraba desconcertado a su alrededor, así que se apresuró a separarse. Alex ni siquiera contuvo las carcajadas ante la escena.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió Aritz. Seguía adormecido.

—Nada primo, vuelve a abrazar a tu damisela. Yo os dejo con lo que estuvieras haciendo.

—¿Qué? ¡No! —exclamó Sara—. No estábamos haciendo nada, me acabo de despertar.

—Y yo. No entiendo nada —dijo un muy confuso Aritz—. ¿Por qué está tu mano en mi cintura?

Sara la retiró de inmediato y se echó lo máximo que pudo hasta el filo de la cama.

—Oh, sí. ¡Me has abrazado mientras dormía! —La mueca de satisfacción dejaba a la vista su enorme ego. Que hubiera hecho aquello, lo complacía de una forma que la chica no sabía cómo describir. La cabreaba a niveles estratosféricos.

Su chulería estaba en su pleno apogeo, así que admitirlo no entraba dentro de sus planes.

—Mentira.

—Es verdad. Yo la he visto —alcahueteó Alex y le lanzó una mirada asesina.

Su amigo se iba a cagar cuando estuvieran a solas. Por lo menos, una colleja de las buenas se llevaba para ver si se le quitaba la tontería.

Ambos hombres intentaban conseguir sacarle los colores, pero no lo iban a lograr.

—No te abrazaba, simplemente te he estado utilizando de almohada. No le busques tres pies al gato —se excusó y solo consiguió con ello que ambos se carcajearan—. Sois imbéciles.

Soltó un bufido y se levantó de la cama. Fue hasta la pequeña cocina y buscó en los armarios una cápsula para hacerse un café. Se lo preparó ignorando el murmullo de voces que venía del salón y salió con toda su dignidad para tomarse su bebida sentada en la mesita de comedor.

—Sois como abuelas. Se os oye cuchichear —los riñó.

Ella seguía muy digna, sin importarle que en realidad la hubieran pillado de pleno abrazando, de forma inconsciente, a su compañero de piso.

—Solo le contaba a mi primo lo bien que lo pasamos anoche.

—¿Te refieres a cuando me tiré encima tuyo para intentar gangrenarte la polla? —ironizó.

—¿Pero qué hicisteis? —se escandalizó.

—No he querido ser tan explícito, cielo, pero por suerte, mi polla no sufrió ningún daño irreparable.

—Qué pena, podría haberle ahorrado mucho al mundo. Tampoco es para tanto —lo retó al pensar en cuando lo vio desnudo en el baño, un recuerdo que estaba demasiado fresco en su mente.

Alex miraba a ambos entre divertido y curioso por saber qué ocurría. Ella miraba a Aritz con una ceja arqueada, y este mantenía esa mueca chulesca que tanto exasperaba a la chica.

Continuaron lanzándose pullas hasta que Sara término su café y luego se marchó al servicio para asearse antes de pedirle a Alex que la llevara a casa de su hermana. Dejó su coche aparcado en la zona, lo necesitaba para volver, y poder por fin, darse una ducha en condiciones.

Por suerte para ella, Aritz decidió quedarse un rato más, lo que significaba que cabía la posibilidad de tener un rato a solas.

De camino a casa de Bea, Alex no pudo resistirse a preguntar sobre lo ocurrido. La actitud de ambos lo había dejado con la intriga y tenía la suficiente confianza como para meterse en algo que no le incumbía.

—No ha pasado nada. Me levanté poco después de acostarnos...

—¿Os acostasteis? —la cortó.

—¡A dormir! —aclaró con rapidez—. Déjame terminar y mira hacia la carretera —lo riñó—. Cuando volví había ocupado toda la cama. Así que, como no quería moverse, me tiré en plan ballena varada en la playa sobre él, y después de que me sacara de quicio, me quedé dormida. Al despertar, pues lo estaba abrazando. Eso ha sido todo, así que no te montes películas, que ya pareces Dafne.

Asintió no muy satisfecho y no pregunto más. Salió del coche en cuanto llegaron y no llamó ni a la puerta, sacó sus propias llaves y se fue directa al salón.

No eran ni las diez de la mañana. Al ser domingo, su hermana todavía dormiría y no quería despertarla. Abrió un poco la ventana del salón y dejó que los rayos de sol dieran en su cuerpo. Las temperaturas comenzaban a aumentar. Deseaba que llegaran sus tan ansiadas vacaciones aunque para ello quedaban dos meses.

Se sentó en el sofá después de coger un vaso con agua en la cocina y se puso a pensar en la noche anterior. Tenía cierto afán en darle mil millones de vueltas a las cosas. Le dolía la cabeza por la resaca, pero reconocía que tampoco era para tanto y decidió no tomar nada. Prefería evitar medicaciones, al fin y al cabo, ella fue quien decidió pillar la cogorza.

No sabía por qué pensaba tanto en la noche, realmente no había pasado nada destacable, pero recordar el juego con Aritz la hacía sonreír como una idiota. Desde que vivían juntos era la vez que más intimidad sintió estando junto a él. Apenas hablaban, solo para discutir, no se conocían. Que apareciera para unirse al grupo de sus amigos, al principio lo sintió como una amenaza. Tenía una idea formulada, que probablemente estaba distorsionada por culpa de lo dejado que era con el piso, pues en realidad, le gustaría conocerlo más a fondo.

Por su actitud, su forma de ser y lo poco que conocía de su personalidad, pensaba que incluso podrían llevarse bien. No descartaba, ni por asomo, que dejaran de discutir por tonterías, pero quería vivir con alguien en quien apoyarse de vez en cuando. No quería que se convirtiera en su mejor amigo, pero si trabar una pequeña amistad, que al menos, quitara de su cabeza cosas como meterlo en su cama y disfrutar de una noche de sexo desenfrenado.

Porque sí, era algo que había vuelto a su cabeza en el instante en que lo vio desnudo. Era una mujer con las hormonas revolucionadas y no era ciega. Era muy atractivo. Si quería que la convivencia fuera bien —aunque en realidad era un desastre—, debía descartar aquello de su mente para no enturbiar la situación con algo que los podría llevar al desastre.

—¡Joder, qué susto! ¿Qué haces aquí?

Sara salió de sus pensamientos y fijó la mirada en su hermana mayor, que la observaba desde la puerta de entrada al salón.

Tenía tres años más que ella. Sus rostros eran muy similares, solo que el de Bea era más afinado, y sus ojos, en vez de ser verdes, eran castaños como los de su padre. También era bastante más alta. Según su percepción, su hermana había cogido los genes buenos de sus progenitores y a ella le habían quedado las sobras, pues eran opuestas en la mayoría de aspectos físicos.

—Ayer salí, he dormido en casa de Alex y he venido a verte. Bueno, más bien he venido a por mi coche, pero allanar tu morada me pillaba de paso.

Negó con la cabeza y se sentó junto a su hermana.

Siempre fueron uña y carne, desde que eran pequeñas compartían todos sus secretos. Cuando Sara era adolescente, Bea era quien le cubría en sus salidas nocturnas. Aunque siempre fue muy buena estudiante, en la época adolescente no pudo evitar hacer cosas de la edad, como salir sin permiso.

Se lo permitía porque sabía a la perfección que era responsable para no liarla.

—Llevas cara de zombi.

—No he dormido mucho —dijo con un amago de sonrisa y enfatizó su afirmación con un bostezo.

—¿Te has tirado a Alex?

—¿Qué? ¡No! —exclamó escandalizada.

Otra de las cosas que tenía en común con su hermana, era la capacidad de decir ciertas cosas sin filtros de una forma muy directa.

—Es mi amigo. Además, no lo he visto nunca como un posible candidato a tirármelo y es el ex de Cova. Eso ni siquiera sería ético.

—Pues yo lo haría —dijo Bea y se encogió de hombros.

—No creo que a Diego le hiciera mucha gracia —contestó Sara con la ceja arqueada, mencionando a su pareja desde hacía ya dos años.

—No tendría por qué enterarse.

Le tiró un cojín en la cara y se rio. Juguetearon como dos adolescentes, hasta que ambas, acabaron con pelos de loca. Algún resquicio de la máscara de pestañas que no había podido quitar con la toallitas de bebé que utilizó la noche anterior, manchó el cojín.

—Ahora en serio, ¿qué te ha impedido dormir bien? —lanzó la pregunta con una ceja alzada y mirada juguetona.

Sabía que buscaba detalles jugosos, pero no existían a pesar de que hubo oportunidad de ello.

—Aritz también durmió en casa de Alex —comenzó.

—¿Por fin te has tirado al pelucas?

Así lo llamaba cuando estaba cabreada, puesto que su melena era una característica que lo definía por completo.

—¿Es que piensas que solo quiero acostarme con todos los tíos del mundo? —inquirió con un bufido.

—Sí. Como yo. Somos hermanas, así que sé que es así.

—Imbécil —negó con la cabeza y cortó a su hermana antes de que soltara algo más—. No me acosté con él, pero hemos dormido juntos. Y antes de que digas nada, es porque Alex no tiene más que su cama y la del sofá. Punto y final. Y lo único que pasó fue que no quería dejar que me tumbara, le hice la de la ballena, me tire sobre él, y ya está.

—Explicado así no tiene nada de interesante —soltó decepcionada—. ¿No me digas que no te gusta?

—No lo soporto.

—Cómo si no te conociera… Querida mía, acabarás colada por él.

—Porque tú lo digas, hermana —bufó como los toros y la ignoró.

Tras un rato consiguió cambiar de tema.

Estuvo hasta casi la hora de comer. Luego cogió su coche y volvió a su casa para descansar todo lo que no lo había hecho la noche anterior. Al poner la llave en la puerta, supo que Aritz todavía no estaba.

Pocas veces la encontraba vacía. Soltó una sonrisa y disfrutó de la paz que se respiraba. Incluso le entraron ganas de desnudarse en medio del salón y ponerse a bailar sin ninguna razón aparente.

—Colada por él, claro que sí —se burló en voz alta al recordar las palabras de su hermana—. Con lo bien que se está sola.

Fue directa a su habitación, una vez allí, se quitó el vestido de la noche anterior para ponerlo en el cesto que tenía al fondo para la ropa sucia. Decidió aprovechar su soledad para pasear en pelotas los escasos metros que la separaban del baño. No había nada más liberador, y de esa guisa, comenzó a llenar la bañera.

Se merecía un buen baño relajante. Volvió al salón y buscó una barrita de incienso que colocó a modo de relajación. También encendió la radio, puso Melodía FM. Al menos ahí, no sonaba el típico reguetón y la música que las juventudes de su quinta escuchaban, ella creció con The Beatles, Queen y todos esos grupos de los que en la actualidad habían fallecido la mayoría de sus miembros.

Al volver la bañera ya estaba lista, se metió con cuidado de no meterse un resbalón, disfrutó del olor a lavanda del incienso, de la música, y cerró los ojos.

—Sarita, ¿estás bien?

Abrió los ojos de golpe, un tanto confusa, y debía reconocer que también congelada. No estaba muy segura de dónde se encontraba, pero al conseguir focalizar y ver a Aritz más alto de lo normal, descubrió que, o bien estaba tumbada o…

—¡Mierda! Largo de aquí. ¿No ves que me estoy dando un baño?

—Vale, tranquila fiera —contestó él con una sonrisa muy burlona. No se le pasó por alto el escrutinio al que la sometía. Ni siquiera parecía tener intención de marcharse hasta que ella saliera—. Pensaba que te habías

ahogado, o algo. He estado a punto de grabar tus ronquidos. Porque tienes tela, bonita —se burló.

—¡Serás imbécil! —le gritó.

Se incorporó en la bañera y se tapó los pechos con las manos. Los tenía demasiado voluptuosos y no podía prescindir de una de ellas para tapar su intimidad, cosa que le vino bien a Aritz, que de forma descarada, continuaba con el estudio exhaustivo de su cuerpo.

—Me preocupaba por ti. ¿No sabes que no debes quedarte dormida en la bañera? Es peligroso —dijo en tono infantil mientras hacía negaciones con la cabeza.

Y ahí que seguía. Sin moverse un ápice.

—Si alguien, a quien no voy a nombrar, me hubiera dejado dormir a gusto, esto no estaría pasando.

—Ahora el culpable soy yo. Pues nena, bien a gusto que estabas apoyada en mi pechito de bombón.

—¡Eras mi almohada! —gritó ella a sabiendas de que sus palabras no tenían sentido alguno.

Pero lo peor no fue aquello. Con el énfasis que puso, decidió que era el momento de levantarse y no recordaba que estaba desnuda delante de su compañero. Lo señaló, dejando libre uno de sus pechos. Solo se dio cuenta cuándo él torció el gesto y le lanzó una mirada que escondía deseo.

—Largo —repitió al darse cuenta, en un tono demasiado bajo para dar miedo. Estaba un poco avergonzada.

Bueno, más bien, mucho. Muchísimo. Tanto que tenía planeado buscar otro piso para salir cagando leches de su propia casa.

—Vaya, vaya, Sarita. Ahora sí que estamos en igualdad de condiciones.

Y dicho aquello, desapareció por la puerta.

Negó con la cabeza mientras salía de la bañera. Cogió su albornoz y se lo puso de tal forma que por poco se ahorcó a la altura de la cintura. Acababa de enseñarle todo su cuerpo, con sus curvas y sus intimidades, al compañero de piso que tan de cabeza la traía. Sentía el calor en sus mejillas, pero sobre todo, se había quedado grabada en su retina la mirada del hombre.

Se quedó embelesado, por un momento no le salieron las palabras y eso, aunque era algo vanidoso, la hizo sentir poderosa.

—Estás fatal, Sarita —se dijo a sí misma—. Necesitas que te echen un buen polvo.

—¿Decías algo? —preguntó Aritz al otro lado de la puerta.

—¡Qué me dejes! —gritó y escuchó las carcajadas alejándose por el pasillo.

Se quedó más rato del normal, que aprovechó para arreglarse el pelo y ponerse sus cremas. Reconocía que le daba vergüenza salir, sabía que sería incómodo, por lo que esperó a escuchar la puerta de su habitación cerrarse y ella corrió para hacer lo mismo.

Soltó un suspiro victorioso.

Iba a evitarlo. Aunque sonara infantil, se avergonzaba de lo ocurrido. No sabía cómo pudo quedarse dormida en la bañera, realmente estaba cansada y en el fondo agradecía que, al menos, la hubiera encontrado viva a pesar de que la escena luego se transformara en algo tan grotesco. La había visto desnuda, como ella el día anterior.

En dos meses no tuvieron ningún altercado de aquel tipo, y en tan solo veinticuatro horas, todo se desmadraba.

Desde su llegada intentaba pasar de él, pero el destino parecía querer ponerlo en su camino, hacer que lo conociera, y aunque no era una idea que le agradara en demasía, ella misma pensó lo mismo cuando despertó en casa de Alex.

—Estás fatal, Sarita, pero que muy mal —se dijo en voz alta.

Se puso el pijama para estar cómoda. Seguía con sueño. Dudaba que fuera capaz de dormir. En esos instantes su mente solo pensaba en una cosa y debía quitar esa idea de su cabeza cuanto antes.

Ni de coña iba a propiciar más momentos como aquel. Ya se había instalado suficiente tensión sexual entre ellos durante el último día y no quería que fuera a más.

Primero fue pillarlo desnudo en el baño, luego el baile sensual en la playa, y después, su ridículo espectáculo al quedarse dormida en la bañera.

Era como si el destino luchara por crearle una necesidad, y no, pensaba batallar contra él porque no quería ese tipo de complicaciones en su vida.

Sí, Aritz estaba muy bueno, pero no tenían nada en común. No lo conocía. A pesar de no ser una mojigata, no buscaba un polvo de una noche, y menos, con una persona que vivía bajo su mismo techo.

No, sin duda, era una muy mala idea.



La vuelta a la rutina siempre se le hacía cuesta arriba y más cuando pasaba un fin de semana fuera de casa, de fiesta con sus amigos. Estaba agotada, las ojeras que decoraban sus ojos no había corrector que las redujera. Debía poner toda su atención en un nuevo proyecto que llegaba de improviso, para el cual, no tenía nada preparado.

Llegó a la oficina y Ricardo, su superior, le dio un dossier con toda la información, lo leyó allí mismo y su jefe esperó a que terminara por si tenía preguntas.

—¿Qué pintó yo aquí? Creo que cualquiera podría ayudar en la producción de este proyecto. Lo mío se decanta más por épocas pasadas —dijo Sara al terminar de leer.

—Los años cincuenta es una época pasada —rebatió Ricardo, pero su sonrisa socarrona le hizo adivinar que le daba la razón.

No era tan lejano como el inicio del siglo veinte, las ropas eran casi idénticas a las de 2019. La decoración y ambientación tampoco distaba mucho de la actual. Todo volvía, lo que ahora se llamaba *vintage*, se utilizaba en los años cincuenta. Acabaría ejerciendo un trabajo que no entraba mucho en sus competencias.

No debía malinterpretarse, le encantaba trabajar para la televisión, inmiscuirse en los programas e incluso dar ideas que luego se llevaban a cabo para dar más visibilidad a ciertos datos de la época a recrear, pero prefería cuando se dedicaba a cosas mucho más antiguas porque la historia le apasionaba y fue el centro de todos sus estudios.

Su período favorito era el medieval, adoraba ser quien dijera lo que valía o no para la época. Elegía utensilios, decorados, todo cuanto su mente de historiadora sabía y lo disfrutaba como una niña pequeña que retrocedía en el tiempo. El trabajo que tendría entre manos, no la llenaría tanto, pero según Ricardo, le resultaría entretenido. Y para qué negarlo, iba a cobrar bien, eso, en los tiempos que corrían era un aliciente más que suficiente para aceptarlo.

—A las diez deberás estar allí, te informarán de todo. Te reunirás con los músicos y elegirás parte del vestuario de los actores. También te tocará hablar con el técnico de sonido para que no haya erratas en las canciones que se vayan a utilizar.

—Por Dios, me siento más como diseñadora que historiadora —se quejó.

—Tú querías televisión y eso es lo que vas a hacer, Sara. No siempre puedo conseguirte trabajos con cosas de época.

—Lo sé, Rodrigo. Soy una quejica, lo reconozco, pero aun así te lo agradezco.

No podía dejar que pensara que no le gustaba su trabajo, al fin y al cabo, no hacía mucho que se graduó y estaba teniendo la oportunidad de su vida. Sabía que la vida de adulta, en muchas ocasiones, significaba tragar. Era algo que debía meterse en la cabeza, porque aunque hiciera justo lo que quería, no siempre sería perfecto ni encajaría en sus gustos. Debía amoldarse.

—Tienes mucho potencial, chiquilla, así que no lo desaproveches y sigue aprendiendo.

Tenía razón. La experiencia era primordial para destacar en algo, sumado a los conocimientos, la mezcla perfecta para conseguir destacar. Era ambiciosa, en muchos sentidos, sobre todo para llegar a trabajar en algo que la apasionara, cosa que había conseguido.

—La dirección está en el dossier, así que va, ponte las pilas y haz lo que sabes —le guiñó un ojo y se marchó, dejándola con una sonrisa dibujada en sus labios.

Acudió al lugar que sería su sitio de trabajo durante las próximas semanas. Era un plató amplio, lleno de pequeños escenarios que debían ser ambientados en los años cincuenta. Había varias salas, todas ellas formaban parte de lo que se vería en la serie, a excepción de una en la que había un

pequeño lugar con instrumentos y todo el equipo de sonido. En apenas una hora, llegaría el resto de trabajadores para prepararlo todo. Los actores ya estaban en sus camerinos para caracterizarse y Sara tendría que pasar en cuanto la llamaran para verificar que todo era correcto. Ya había hecho quitarse los relojes a varios de ellos para cambiarlos por otros de la época. Uno llevaba uno de Apple de esos inteligentes, así que no encajaba para nada. Era muy meticulosa con los detalles, y eso era lo que marcaba la diferencia.

Paseó por el estudio de grabación hasta la máquina de café para sacar el primero de su jornada. Apenas eran las diez de la mañana y todavía le quedaba un buen rato para descansar antes de lanzarse a por el segundo.

La enorme puerta de entrada se abrió, por ella aparecieron dos hombres y una mujer. No se giró a mirarlos, continuó con su bebida antes de comenzar con su trabajo, pero una voz a su espalda, la hizo girarse de inmediato con el ceño fruncido.

—Yo me encargaré de montar esto, vosotros id diciéndole al grupo que se prepare para la prueba de sonido —dijo aquella voz tan familiar.

Sara se giró a cámara lenta y la mandíbula comenzó a desencajarse al ver al dueño de esas palabras. Llevaba su media melena morena recogida en un moño desenfadado. Vestía con el típico pantalón y camiseta negra de trabajo con el nombre de la empresa. No podía estar más sorprendida, aunque nunca le había preguntado a Aritz en qué trabajaba.

«Maldita mi suerte», pensó todavía en shock.

Por si no fuera suficiente con tenerlo en casa, también se lo encontraba en su trabajo soñado.

Comenzaba a odiar un poco eso del destino, porque parecía querer burlarse poniéndoselo de forma constante delante de sus narices.

Él se percató de que alguien al fondo de aquel plató mantenía la vista fija en su persona. Miró en aquella dirección y se quedó con la misma mueca que ella.

—¿Sarita? —preguntó él en voz alta.

El sonido reverberó por la estancia y por fin consiguió salir de su aturdimiento al ver que estaba en el mismo lugar de trabajo que ella.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó al fin.

—Pues trabajar. Pero yo podría preguntar lo mismo —contestó con su habitual mueca socarrona.

Se habían quedado a solas en la inmensidad del plato. Él acortó las distancias para acercarse sin dejar de sonreírle.

Odiaba ese gesto, porque lo hacía demasiado sexi. La forma de sus labios se curvaba en una perfecta sonrisa de esas capaces de hacer que las bragas ardieran por combustión espontánea.

Tenía que tomar bromuro, o cianuro, para envenenarse y no sentir excitación con su cercanía.

—Yo también estoy trabajando. ¿No me jodas que eres el técnico de sonido? —Aritz asintió—. Vamos a tener que trabajar juntos… —asumió y él volvió a sentir sin perder aquella mueca.

—No te desharás de mi tan pronto, preciosa.

—Vaya suerte la mía —bufó.

Tiró el vaso de plástico de su café y le echó una última mirada a su pesadilla particular. A Aritz parecía divertirle que hubieran coincidido en sus respectivos puestos, pero a ella no le hacía gracia alguna.

Desde la escena en la bañera apenas se encontraba con él, lo evitaba, avergonzada porque sus miradas cada vez eran más descaradas. Aunque no quería reconocerlo, hacía que la excitación apareciera de inmediato. Sentía una atracción irrefrenable que debía parar. Debía recordarse una y otra vez que no lo conocía, cosa que era cierta, ya que aparte de su arte para la guitarra, no tenía ni idea de que se dedicaba al mundo audiovisual como técnico.

—Nos veremos mucho, querida, así que acostúmbrate —dijo él mientras se alejaba y Sara le dedicó un gesto obsceno con su dedo corazón.

No se podía creer su mala suerte. Ahora no solo debía verlo en casa, también en el trabajo, ya que la presencia de ambos era indispensable durante las semanas que duraría el rodaje.

Comenzaron a llegar los productores y el director. Sara se cercioró de que todo estuviera dispuesto según la época y dejó el decorado listo, para después, revisar los atuendos y peinados de los actores que encajaban a la perfección con los años cincuenta en España. Miró el rodaje con atención, no perdía detalle y se quedaba embobada con la trama. Ella era más de series americanas, pero tuvo que reconocer que aquella tenía su punto. Era una España del pasado, en una época en la que el dictador lo controlaba todo y la censura estaba a la orden del día. A pesar de lo malo, había hueco para el amor. Suspiró en las escenas románticas, se maravilló con el juego

de luces que utilizaban, en definitiva, lo estaba disfrutando y eso solo era el inicio de su trabajo de dos meses allí.

En cuanto viera a Rodrigo tendría que volver a agradecerle la oportunidad, ya ni siquiera le importaba que no fuera algo medieval.

—Pareces una maruja viendo la novela de las cuatro de la tarde.

La magia se rompió en el instante en que Aritz apareció para hacerla desaparecer.

—Y tú eres un incordio.

—Gracias, gracias —se burló e hizo una reverencia de lo más exagerada —. Yo he acabado por hoy, y por lo que veo, tú también. ¿Te vienes a tomar algo?

Abrió los ojos con la sorpresa grabada y miró los oscuros de Aritz, quien parecía decir aquello muy enserio. Era cierto que su trabajo había concluido por el momento, pero ir con él, era un paso que no sabía si dar porque no se fiaba de sí misma.

Finalmente, ante su carraspeo insistente, aceptó y se levantó del pequeño asiento para emprender el camino hasta la salida del plató. Lo hicieron en un silencio bastante incómodo. A las afueras había una pequeña cafetería que a aquellas horas del mediodía estaba casi vacía. Entraron y se sentaron en una de las mesas. A los pocos segundos, una atractiva camarera les tomó nota. No se le pasó por alto la mirada que la chica le echaba a su acompañante.

—Me parece que has ligado —dijo ella en tono neutro.

—¿Celosa? —se burló él.

—Más quisieras —contestó con la ceja arqueada.

La camarera volvió con su pedido y tampoco obvió el hecho de que le tendía un papel. Obviamente sería su número, era lo más típico del mundo. El chico malo se las llevaba a todas de calle, y sin razón aparente, ser espectadora de aquella escena enturbiaba su humor. Por suerte, con el primer trago a su café, se evaporó parte de ese desconocido sentimiento.

Necesitaba esa sustancia. Desde sus días de universidad en los que apenas dormía porque la esperaban los exámenes, se volvió una adicta a la cafeína.

—¿Vas a estar todo el rato en silencio?

—Es que no tenemos nada de qué hablar —murmuró y se encogió de hombros.

—Pues no estoy de acuerdo. Vivimos juntos y apenas nos conocemos. Ahora estoy interesado en saber cuál es tu trabajo aquí.

—¿De verdad? —dijo con sorpresa y Aritz asintió sin abandonar su sempiterna sonrisa—. Me dedico a la escenografía. Soy historiadora.

—¿Pero los historiadores no os pasáis la vida en bibliotecas y esas cosas? —murmuró con desconocimiento.

—Hay más ramas de las que la gente de piensa. Por supuesto está la más famosa, la de estudiar la historia, crear tus propios libros y encerrarse en una biblioteca. O la enseñanza, pero mi rama va relacionada con la televisión porque es un mundo que me atrae mucho —explicó.

—Suena interesante.

—No tanto. Recrear escenas es divertido, pero en este caso, los años cincuenta a pesar de ser algo pasado, pilla demasiado cerca y mi trabajo es muy sencillo porque en la actualidad han vuelto la mayoría de esas modas —explicó. No sabía porque no dejaba su explicación en ese punto, mas su compañero parecía interesado de verdad en lo que hacía y nunca tenía la oportunidad de hablar de lo que tanto la apasionaba.

Ni siquiera Dafne fingía interés cuando le hablaba de ello. Era de las que asentía como los tontos.

—Entonces, ¿eres de esas personas que viviría en el pasado? —Negó.

—Para nada. Me gusta estudiar la historia, me fascinan dichos escenarios, pero si yo viviera en esa época, sería quemada por bruja a la mínima —rio.

—Un poco bruja sí que eres, eso no se puede negar —le siguió el juego y le dedicó su sonrisa ladeada.

Tragó saliva, sabía que se había sonrojado, así que decidió cortar el tema y preguntarle qué hacia allí. Descubrió, como había deducido, que era técnico de sonido. Le gustaba su trabajo, pero como era obvio sus objetivos en la vida iban más allá. Acababa de descubrir que tenía un grupo en la ciudad y que ya había tocado varias veces en algunos locales, ese dato lo conocía por Alex, pero nunca preguntó sobre ello. Le contó también que su estilo era el rock, algo que había predicho de antemano, ya que le ponía la cabeza como un bombo cuando ensayaba en casa aporreando su guitarra.

Cuando el tema de sus trabajos quedó finiquitado, Aritz se interesó más en ella. Le preguntó sobre su grupo de amigos y le contó que se conocían desde el instituto. Ella y Dafne eran las más jóvenes. Se unieron por Enoch, que aunque al principio se molestó por la diferencia de edad, acabó por

aceptar en el grupo a la que en aquel momento todavía seguía considerando su hermana. Algo a lo que no tuvo más remedio, porque salía con uno de sus amigos, Adrián, que por suerte ya no iba con ellos porque era el típico niñato capullo que acabó inmiscuido en un mundo de drogas con otro ex de su amiga.

—Menudos culebrones.

—Ni te lo imaginas —contestó—. Somos la versión de *Friends* callejera —contestó a modo de chiste.

—¿Y tú nunca te has enrollado con nadie del grupo? —Negó.

Era algo en lo que no había caído, pero no, lo cierto era que nunca sintió un interés así por ninguno de ellos, suponía que por la confianza que se tenían. Eran simples amigos.

—Solo en juegos como la botella —explicó—. Siempre he preferido buscarme los ligues fuera.

—¿Así que ligona, eh? —dijo con cara de pillo y soltó una carcajada.

—¿A caso crees que no tengo necesidades? —le siguió el juego en tono picarón sin saber por qué.

—No lo pongo en duda, pero compadezco a cualquiera que tenga que aguantarte.

—¡Oye! —Alargó la mano y le dio una pequeña bofetada en el pecho, después puso un mohín—. Que contigo sea una borde no quiere decir que lo sea con todos.

—Eso me encantaría verlo… —continuó él para molestarla.

—Es la verdad, solo que tú no has tenido el placer de comprobarlo.

—¿Eso es una indirecta?

—¿Qué? ¡No! —exclamó demasiado alto.

Los clientes que los rodeaban desviaron su vista como cotillas. Sara esperó a que volvieran a lo suyo y se grabó una nota mental que decía que debía calmarse. Aritz lo estaba haciendo a propósito, buscaba incomodarla, lejos de molestarle, se divertía con aquel juego.

Es más, no deseaba que aquella inesperada velada terminara, pero el destino así lo quiso.

El teléfono móvil de su acompañante sonó y lo cogió de inmediato.

—Está bien, ahora voy —dijo en tono cansado. Colgó el teléfono y lo guardó en su bolsillo—. Tengo que ir dentro. Al parecer algún manazas ha descoordinado el audio —explicó con un suspiro.

—Está bien, ve.

Vio como sacaba dinero de su billetera con la intención de pagar y lo frenó.

—A esta invito yo.

—Vaya, eso sin que es sorprendente. Deberíamos repetir esto más veces, compañera.

—Puede. Pero no te hagas demasiadas ilusiones, soy una mujer muy ocupada —bromeó.

—Vivimos juntos, así que no es difícil —sonrió él y Sara se encogió de hombros—. Hasta luego, pelirroja. No seas mala.

Negó con la cabeza como una idiota al verlo marcharse.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué se sentía como una adolescente con las hormonas por las nubes?

Ni idea. Era probable que estuviera ovulando, o algo por el estilo, porque sus pensamientos iban en un único sentido y no podía dejar que se afianzaran para atormentarla.

Se fue de plató poco después de terminar su café. Entró de nuevo para comprobar que no la necesitaban más y decidió que era su momento de irse a descansar. Estaba hambrienta y de camino a casa se paró en una hamburguesería para comer algo rápido. No tenía ganas de ponerse a cocinar una vez llegara, solo deseaba sentarse en el sofá para ver un rato la televisión.

Su primer día había sido fantástico, aunque no era su trabajo favorito, estar con los actores y ver de primera mano un rodaje, le encantaba, sin importar que la época no fuera de sus favoritas. Además, por primera vez en los últimos dos meses, mantuvo una conversación civilizada con Aritz. Sin duda fue lo más sorprendente. No solo por el hecho de saber que, además de tocar con un grupo, tenía un trabajo estable con el que se aseguraba de recibir la parte del alquiler. También había descubierto una faceta que le gustaba.

Compartieron una agradable velada, durante algunos instantes, le pareció que estaban a solas. Era agradable, más de lo que hubiera imaginado, y su petición sobre compartir más ratos así no le parecía una locura.

Se metió en la ducha y dejó que el agua se llevará el estrés. No se dio cuenta de cuánta tensión acumulada tenía hasta que el calor la relajó. Se puso su albornoz, una vez en la habitación se colocó su pijama, que

consistía en una camiseta vieja con agujeros por todas partes y unos shorts que era probable que tuviera muchos más años de los que pensaba. Para estar cómoda no hacía falta más. Tampoco era una mujer de modas, la idea de comprar pijamas, nunca fue lo suyo.

—Hola pelirroja. —Aritz anunció su entrada en casa a voz de grito y se asustó.

Fue a la cocina a por un café para bajar la hamburguesa y se lo tiró por encima por culpa del susto.

—Joder, Aritz. ¡Has hecho que me ponga perdida! —le reprochó.

El aludido entró en la cocina y se fijó en ella con una mueca divertida. Tuvo que contener la carcajada cuando lo taladró con la mirada, sus labios se convirtieron en una gruesa línea. Ojeó su vestimenta un tanto harapienta y vio cómo esta estaba por completo llena de café. Escurrió la camiseta y las gotas del líquido cayeron al suelo. Soltó un gruñido por la pequeña ofensa, luego alzó la vista para ver cómo su compañero aguantaba las ganas de carcajearse.

—Acababa de ponérmelo limpio —lloriqueó de modo infantil.

Aritz ya no lo aguantó más y se echó a reír.

—¿Eso está limpio? Te he hecho un favor, pelirroja. Ahora puedes tirarlo a la basura y comprarte un pijama nuevo.

—¡No uso pijamas! —le gritó—. Este es mi pijama.

—Lo de que no usas pijama es una información muy valiosa para mí —contestó juguetón y se ganó otra mirada asesina por su parte.

—Cerdo.

—Ya me lo has enseñado todo, pelirroja, puedes pasearte en bolas si te apetece. Prometo no quejarme. —Hizo el gesto de ponerse una cremallera en la boca y Sara bufó como los toros.

Cómo le gustaba enfadarla... Podía verlo en su rostro lo que le divertía que ella actuara así. Soltó un suspiro y se dijo a sí misma que debía tranquilizarse. Solo era un café, probablemente, en su armario encontraría otras dos prendas viejas que usar como pijama.

Se marchó de la cocina sin desviar un solo segundo su mirada matadora dirigida a él y entró en su santuario particular. No tenía nada lo suficiente antiguo como para usarlo, pero encontró un camisón, demasiado fino y provocador para lo que estaba acostumbrada, que Dafne se dejó durante su estancia en la casa hacía ya varios años. Era de esas personas que no tiraba nada. Dudaba incluso que le cupiera, pero al haberlo comprado cuando

estaba embarazada, era un par de tallas más, así que le quedaba como una segunda piel.

—No puedo salir así —se dijo al mirarse al espejo.

Parecía que iba buscando guerra. Dafne tenía más sentido de la moda que ella. Incluso embarazada lucía modelitos sensuales como aquel solo para sentirse bien consigo misma. Sara no sabía si era así cómo se sentía, le quedaba bien, pero que su escote se mostrara tan descocado, la hacía sentir un tanto incómoda por el simple hecho de que Aritz utilizaría su vestimenta para seguir jugando con ella. Llegaría un punto en el que no podría esconder lo que eso provocaba.

—¡Y qué más da lo que piense él! —vociferó en voz alta—. Esta soy yo, si quiere burlarse, que lo haga.

Salió de su habitación decidida a hacerse un nuevo café y no vio a Aritz. Escuchó el sonido de la ducha y aprovechó para sentarse en el sofá con su café para robarle cualquier oportunidad de apropiarse de la televisión.

Ambos tenían una personal en la habitación, pero la del salón se la sorteaban. Quien llegaba primero tenía el mando, y aunque no eran muy dados a pasarse horas frente a la caja tonta, de vez en cuando, gustaba más ver una película en una pantalla grande y de alta definición.

—Se te ha salido una teta.

Sara miró de inmediato su delantera y comprobó que lo que acababa de decir era una completa mentira.

—Imbécil.

—Gracias, pelirroja. Me halagas —contestó e hizo una reverencia pronunciada.

Vio cómo iba a la cocina y volvía segundos después con una cerveza en la mano, para después, sentarse junto a ella en el sofá. Abrió la lata y le dio un sorbo mientras acomodaba los pies en la mesita de centro.

—Baja los pies de la mesa —ordenó.

—Mira que eres quisquillosa. Con lo bien que hemos estado hoy y ahora lo fastidias.

—Yo no fastidio nada, Aritz. Simplemente te pongo unas normas en mi casa, punto y final.

—Tranquila, fiera. Luego la limpiaré.

Soltó un bufido irónico.

No lo limpiaría. No limpiaba nada.

Sin embargo, tuvo que reconocer que la actitud de Aritz parecía distinta a lo que la tenía acostumbrada. Quizá su idea de hacer más cosas juntos no era tan descabellada, sobre todo, si con ello conseguía que la convivencia fuese mejor y no el purgatorio en el que pensaba que vivía desde los últimos dos meses.



La semana estaba siendo de locos, aquel nuevo trabajo lo tenía agotado por compaginarlo con su grupo de música, los Dark Angels, que siempre requerían de su atención para ensayar las nuevas canciones que componía. Entre todo eso, pasaba ratos con Sara que cada vez quería que se alargaran más, le cogía el gusto a sus conversaciones distendidas y descubría que su carácter extrovertido era una auténtica diversión.

Cumplió la promesa de repetir un rato como el del primer día en que coincidieron. Estaba contento con su trabajo, además, como terminaba pronto, aprovechaba el resto del día para quedar con los del grupo. Ese día no tuvo tiempo de despedirse de Sara, ya se había ido pero la encontraría en casa.

Desde hacía una semana aprovechaban las noches para hablar un rato y atesoraba esos instantes como los mejores del día. Continuaban con su tira y afloja habitual, se encargaba de ello, pero las aguas entraron en calma y sus conversaciones eran la tregua.

Le encantaba saber más sobre ella y sus inquietudes, era una chica apasionada que parloteaba por los codos.

—Tierra llamando a Aritz —le dijo Pablo, el batería del grupo que le había preguntado algo y él estaba en sus mundos paralelos.

—Perdona, estaba pensando en la letra —mintió.

Su compañero frunció el ceño. No se creía su mentira, pero no lo molestó y lo dejó seguir pensando en sus cosas.

Hacía relativamente poco que se conocían. Cuando montó el nuevo grupo solo habló con sus integrantes a través de las redes sociales.

Congeniaron rápido, sobre todo con Pablo, quien lo ayudó en todo para trasladarse a Barcelona y luego se convirtió en su amigo. Después de los conciertos compartían unas copas, hablaban sobre sus metas en la vida, esa en la que pretendían ser un grupo conocido para vivir de su pasión.

Aritz agarró la guitarra y se acercó al micro. Él componía las canciones, las cantaba y era el guitarrista principal. Luego, junto a Pablo y Gabi, el bajista, las retocaban para perfeccionar el ritmo.

Desde siempre le había gustado cantar, y si se trataba de rock, lo daba todo. Tenía una voz grave y atrayente que en cada concierto utilizaba para seducir al público. Sabía que al sexo femenino le gustaba, ya que casi siempre, al terminar un bolo, tenía una pequeña cola de chicas que le pedían fotos. También le daban su número de teléfono, o se tiraban directas a ligar.

Y por supuesto, muchas de esas veces no se resistía. Solía llevárselas a la parte trasera del escenario para poner la guinda a la fabulosa noche.

Era lo más cerca que estaba de ser famoso, aunque no era algo que buscara. Tocaba por pasión. Sí que era cierto que le gustaría dedicarse a la música, pero lo hacía más porque le nacía de dentro. No era persona de expresar sus sentimientos, pero amparado bajo la música soltaba lo que guardaba en su interior y salía en forma de canciones, algunas de ellas, incluso sobre su vida.

—Uno, dos, tres... —Pablo marcó el ritmo y Aritz se preparó para tocar los primeros acordes de la canción con la que solían abrir los conciertos.

Cerró los ojos mientras acariciaba las cuerdas. Cuando el bajo se unió a su sonido y al de la batería, comenzó a cantar las primeras estrofas de la canción. La acústica de casa de Gabi no era la mejor, pero no tenían el suficiente efectivo como para pagarse un local que poder utilizar para tocar. Era casi como la fase garaje en la que siempre estuvo estancado en Bilbao, pero al menos sabía que el próximo sábado saldrían de allí para hacer de teloneros en la Razzmatazz de un grupo americano poco conocido en España.

Eso, sin duda, era un gran paso. Debían darlo todo para ganarse algunos fans. Además, pronto, acudirían al estudio para grabar sus últimas canciones y harían lo posible por distribuirlas en todas las plataformas digitales disponibles.

Estuvieron ensayando hasta pasado el anochecer, pero las diez de la noche les daba la nota final porque ya no podían hacer ruido. Al menos, respetaban el descanso de los vecinos.

Se despidió de sus colegas y se fue a por su moto, que estaba aparcada en la salida. Agarró bien su guitarra antes de arrancar para volver a casa.

La noche estaba preciosa. Comenzaba a hacer calor y el viento golpeaba en su cara con una frescura que le encantaba. El olor a salitre de la zona costera le gustaba y Barcelona le apasionaba. Era una ciudad llena de encanto y lugares ocultos que si tuviera tiempo se pararía a inspeccionar. La luna estaba a punto de llenarse del todo, durante el camino, hasta logró ver alguna que otra estrella brillando en el firmamento, aunque pronto quedaron ocultas por las edificaciones de la ciudad.

Su piso compartido ya estaba en su campo de visión, aparcó su moto y bajó con todas sus cosas, por suerte, no tenía problemas para llevar la guitarra. El ascensor estaba en la planta baja y lo cogió hasta llegar al ático. Su edificio no era de los más modernos, mantenía una estética de la Barcelona gótica, que a oscuras, incluso asustaba. Pero lo tétrico se compensaba con la modernidad de algunos de los pisos. Sara había hecho un gran trabajo con el suyo y reconocía que le gustaba la decoración. Era neutra, ni muy espartana, ni exageradamente femenina. Tenía el equilibrio perfecto.

Abrió la puerta y entró con un saludo. Estaba en el salón, sentada en el sofá con la atención puesta en la televisión y la cena servida en la mesa de centro. Aritz se percató de que había dos platos.

—¿Tienes visita? —le preguntó tras los saludos pertinentes.

—No. Es para ti.

Abrió la boca con sorpresa.

—¿Me has preparado la cena? —Asintió con una tímida sonrisa—. Será mejor que me pellizque, porque estoy soñando.

—Imbécil. He hecho pizza y es demasiado para mí sola, así que no te emociones —le restó importancia.

Aritz negó con la cabeza y después de dejar la guitarra a un lado se sentó en el sofá, para de inmediato, coger un pedazo de pizza. Llevaba horas sin probar bocado, así que estaba hambriento y devoró bajo la atenta mirada de la chica.

—Pareces un neandertal.

—Tengo hambre… —contestó con la boca llena.

Sara puso una mueca de asco y él sonrió más.

Se comió su parte antes de que ella terminara su segundo trozo, abrió la cerveza que le preparó y le dio un largo trago. Estaba buenísima, fresca y

dulzona. Le encantaba ese sabor después de un día ajetreado. Su vida cogía un ritmo que esperaba que pudiera sobrellevar.

Trabajar en dos cosas distintas era duro, pero su padre siempre le dejó claro que en la vida había que esforzarse a diario para alcanzar sus sueños.

Unas palabras muy sabias que seguía a rajatabla.

—¿Qué tal con tu grupo de paletos?

—¡Oye! Más respeto, pelirroja —arqueó una ceja y se embobó con la sonrisa socarrona de la chica.

Sus carnosos labios se afinaban, pero no lo suficiente para dejar de ser apetecibles.

Se golpeó mentalmente por tener esos pensamientos, mas era complicado apartarlos cuando continuaba con ese camisón. Se pegaba a su cuerpo y la zona del escote dejaba a la vista la voluptuosidad de sus pechos.

Le hubiera gustado que se transparentara. Quería regañar a su mente por pensar ese tipo de cosas de su compañera de piso, aunque era imposible de evitar. Llevaba dos meses viéndola a diario, estudiando su cuerpo con la mirada y embelesado con sus curvas. Sobre todo desde que la vio en el baño desnuda.

Esa imagen todavía hacía estragos en su mente y se empalmaba solo de pensarlo.

Cosa que ocurrió.

—Sé que estoy buena, ¿pero podrías dejar de mirarme las tetas? —dijo Sara tras varios minutos.

Era cierto, justo miraba esa zona, pero no paró de hacerlo para contestar.

—Es que tienes una buena delantera, pelirroja. No puedes pretender ponerme la tentación delante y que me muestre indiferente. —Se encogió de hombros y la miró con una sonrisa socarrona.

Ella bufó, solo le faltó gruñir para que quedara claro que pensaba que era un gilipollas.

—Cerdo.

—¡Encima que te piropeo! —exclamó dramático.

—Pero yo no te lo he pedido.

—Desagradecida —continuó.

Todas sus respuestas iban adornadas con una sonrisa juguetona que actuaba justo de la forma que pretendía; exasperándola.

Disfrutaba con ese juego, le daba vida, así que continuó hasta que ella lo cortó con un cojinazo en los morros.

—¿Te has quedado a gusto?

—Para nada, pelucas. Me hubiera gustado que el cojín fuera un ladrillo para aplastarte la cabeza.

—Qué sádica eres… —se burló.

Sarita se cruzó de brazos y se echó hacia atrás en el sofá. Ese gesto enmarcó más sus pechos y volvió a desviar la vista allí durante varios segundos. Ella se dio cuenta, así que se tapó con el cojín con el que previamente lo golpeó. La miró a los ojos y lo asesinaba con su verdor penetrante.

—Vale, ya paro —claudicó con un suspiro.

Se quedó con ella un rato. Veían una película a la que no le prestaba mucha atención y se entretuvo con el móvil. Contestó a algunos wasap y aprovechó para invitar a su primo al concierto que darían el sábado en la Razzmatazz, puesto que quién los contrató para tocar, le cedió dos entradas.

Estaba emocionado por ello, tanto que se lo contó a sus padres y le respondieron con un montón de caritas sonrientes y corazones. Le apoyaban en todo, no económicamente, pues le habían enseñado a valerse por sí mismo.

Y le iba bien.

—Ahora mismo tienes una cara de bobo que ni te la aguantas.

Sara acababa de sacarlo de su ensoñación. La miró de reojo y sonreía burlona con las cejas alzadas.

—Gracias por tus amables palabras, pelirroja.

—¿Alguna chati a la que te vas a trajinar? —preguntó con indiferencia. Se notaba su intención, así que lo utilizó para continuar con el juego.

—Podría ser, pero esa chati a la que me quiero trajinar dudo que esté dispuesta.

—Oh, qué pena. Tu gusanito debe estar triste por ello —continuó en tono dramático y con fingida cara de pena.

—Un poco. Mi anaconda necesita atenciones.

—Presuntuoso… —negó y chasqueó la lengua.

—Tú la menosprecias, así que tengo que darle ánimos para que no se deprima. Es muy sensible.

—Claro, un gatillazo a tu edad no te dejaría en muy buen lugar.

—No sé ni lo que se siente ante eso —murmuró altivo y le guiñó un ojo juguetón.

Sara negó, un poco rabiosa de que tuviera una respuesta para todo.

—Mi anaconda…

—Gusanito…

—¿Quieres comprobarlo? —la retó.

Los dos mantenían su mirada fija en el otro, con las cejas arqueadas. La diferencia era que él dibujaba una sonrisa juguetona con la que aparecían unos sexis hoyuelos en sus mejillas y ella formaba una línea gruesa con sus labios.

—Más quisieras.

Ni con esa respuesta negativa se le pasó por alto que echaba una ojeada al bulto de su pantalón, porque sí, se había puesto duro a causa de la excitante conversación.

Esa atracción sexual no resuelta comenzaba a convertirse en un problema y no ayudaba que Sara se mordiera el labio de forma inconsciente. Eso solo le daba ganas de continuar con el juego, así que la cogió de la mano y la puso sobre su paquete.

—¿Pero se puede saber qué haces? —gritó.

La pilló por sorpresa. Al tirar de su mano, se desestabilizó y el chico tenía una tremenda perspectiva de sus pechos. Aun así, Sara no se movió. Su mente no reaccionaba y su mano memorizaba las dimensiones de aquel bulto.

Definitivamente no era un gusanito, eso debía reconocerlo, pero nunca lo haría en voz alta.

Miró a su compañero de piso. Tenía una sonrisa de satisfacción que la sacaba de quicio. No solo eso, pues ni siquiera la miraba, más bien se deleitaba con el provocador escote que le otorgaba estar en aquella posición.

La escena era surrealista. Ni siquiera entendía en qué punto de la conversación había subido la temperatura. Aritz quería molestarla, con ello desvió el tema a uno que la hacía sonrojarse.

Así estaba, con la mano en su polla, sus rostros demasiado cerca y lava ardiente recorriendo su cuerpo.

—Qué, pelirroja, ¿te gusta lo que tocas? —inquirió con arrogancia, pues que no se quitara le decía que quizá estaba contenta con su tamaño.

Quizá hasta triunfaba esa noche.

Sara alzó la vista para encontrarse con sus ojos oscuros como la noche, le lanzó una falsa sonrisa y cerró la mano con la que cubría su virilidad.

—¡Me cago en mis muelas! —se quejó.

Le dedicó una macabra sonrisa de satisfacción antes de aflojar el agarre. Estaba siendo de lo más divertido ver cómo, poco a poco, se difuminaba el gesto de arrogancia de su cara para transformarse en puro dolor.

Y todo lo vio en un primer plano.

Maravilloso.

—Eso te pasa por ir de listo —añadió sin dejar de sonreír.

Aritz soltó un gruñido y dejó que se apartara, aun así, no fue capaz de enfadarse. A pesar del dolor que aún permanecía en sus genitales, se había buscado la situación.

Sara dio un trago a su cerveza y centró la vista en la televisión. Había ganado esa batalla con honores, pero Aritz era un gran jugador al que no le gustaba perder.

Se levantó del sofá y salió a la terraza con su cajetilla de tabaco, se encendió uno y se apoyó en la barandilla.

Desde ahí se observaba gran parte del centro de Barcelona, sobre todo distinguía Las Ramblas y la de gente que paseaba por ellas. Desde un ático eran como hormigas, todas apelotonadas. Aunque estaban entre semana, los turistas y los propios habitantes, llenaban sus calles de vida durante las veinticuatro horas del día. Para muchos podía resultar estresante, sin embargo, para él, era perfecto.

Bilbao era de las ciudades más grandes de Euskadi, pero ni por asomo se asemejaba al movimiento de la ciudad condal.

Dio una fuerte calada y expulsó el humo con fuerza. Sintió una presencia a sus espaldas y Sara se apoyó justo a su lado.

—¿Te has enfadado? —le preguntó en tono suave.

Parecía incluso preocupada.

—¿Por hacer una llave de judo con mis pelotas? No, tranquila —negó con una sonrisa.

Ella le robó el cigarrillo y le dio una profunda calada antes de contestar.

—Te lo merecías. Te has pasado de listo.

—*Touché*.

No tenía nada que rebatirle, pues se había emocionado de lo lindo a causa de la conversación.

Tenía la tentación en casa. Sara no tenía un cuerpo delgado, tenía sus carnes y unas formas voluptuosas que le conferían un atractivo que debería ser ilegal. A él le encantaba, era innegable, pero debía controlar su lado animal porque vivía con ella. Y nada más faltaría que por no ser capaz de

tener la polla guardada, perdiera la oportunidad de seguir en un piso que le iba de coña para el grupo y el trabajo. Así que tocaba aguantar la tentación, por el momento.

El día en que su primo Alex se la presentó llamó su atención de inmediato, de la misma forma que le pasó a ella, quien lo escrutó con mirada lasciva. Se dio cuenta de ello en pocos segundos. Sabía que mudarse sería una tentación constante, de hecho, era tan mal compañero a propósito, pues prefería que lo odiara a que sintiera cariño por él para no enredar las cosas.

Durante las últimas semanas eso había cambiado, ya sabían más el uno del otro y conversaban a diario. Ese era su error, porque desde entonces, en su mente había un pensamiento recurrente que le decía que se la llevara a la cama.

No sabía si todo eso fue el detonante para que lanzara la siguiente pregunta.

—¿Quieres venir a verme al concierto que doy el sábado en la Razzmatazz?

Se giró con los ojos muy abiertos, la sorpresa se reflejaba en ellos mezclada con la incredulidad.

—¿Vas a tocar en la Razzmatazz?

—¿Tanto te sorprende?

—Bueno, pues sí. Qué quieres que te diga, la verdad es que me imaginaba a tu grupo como los típicos pringados —reconoció en tono de burla.

—Eso me ha dolido, pelirroja. Pero somos los pringados que van a hacer de teloneros en una sala donde han cantado grandes artistas.

—En eso te doy la razón.

—Entonces… ¿te apuntas? Te voy a reservar un sitio en primera fila, por si te apetece lanzarme el sujetador —murmuró juguetón y se llevó un guantazo en el pecho.

—¿Entrenas para ser así de capullo? —le preguntó con las cejas alzadas.

—Es innato, no me hace falta.

—Imbécil… —gruñó y él se carcajeó—. Pero vale, me apunto a escuchar tus berridos de hijo de Satán.

—Estupendo, pelirroja, pero te advierto que en cuanto escuches mi profunda y seductora voz, te vas a enamorar de mí.

—Eso está por ver…



Abandonó la terraza demasiado bloqueada como para encontrarle sentido a todo lo ocurrido durante la cena. Se excitó, deseó que Aritz se lanzara a devorar sus labios, por suerte volvió al mundo real cuando le dio el golpe bajo en sus pelotas. Que se marchara a la terraza fue un soplo de aire fresco para bajar la calentura.

Duró poco, pues mientras fumaba allí con él, el tono jocoso y con doble intención hizo acto de presencia para hacer que la excitación regresara.

Y encima había aceptado a ir a verlo en concierto y tenía la desfachatez de pedirle que no se enamorara.

¡Ja!

Se creía el rey del mundo y gracias a ese tipo de comentarios logró salir del hechizo.

Se metió en su habitación y abrió todavía más las ventanas. Suerte que tenía mosquiteras porque era demasiado suculenta para esos insectos y la idea de rascarse como un mono no le apetecía en absoluto. Aun así tenía calor, le ardían las mejillas. No tenía muy claro si era por la temperatura o por la excitación de tanta conversación.

Negó con la cabeza y se tiró en la cama. Llamó a Dafne con la esperanza de que estuviera despierta. Ya eran pasadas las doce de la noche, pero necesitaba desahogarse con su mejor amiga por lo absurdo de la situación a la que tantas vueltas le estaba dando.

—¿Ha pasado algo? —preguntó su amiga nada más descolgar.

—Que estoy más cachonda que una mona.

Una carcajada resonó a través de la línea y Sara se contagió.

Era un poco burra.

—¿Te has enrollado con el pelucas?

—¿Qué? ¡No! —exclamó de inmediato. Dafne sabía a la perfección que era el causante de su acaloramiento y no tuvo ni siquiera que pronunciarlo —. Pero me ha puesto mucho, tía.

Más risas.

—Lánzate de una vez. Está bueno, te gusta y lo tienes a una puerta de distancia. ¿Cuál es el problema?

—Que es mi compañero de piso. No puedo tirarme a una persona con la que vivo y veo a diario para después quedarme tan pancha. Sería de lo más incómodo —explicó y finalizó con un suspiro—. Joder, Daf, nuestras conversaciones son un continuo tira y afloja que caldea el ambiente hasta provocar incendios. ¡Le he tocado la polla!

—¿Sin un besito antes? —se burló su amiga.

—Mira que eres imbécil…

—Es que me lo pones a huevo, pero bueno, en esta ocasión es él quien los ha puesto. —Escuchó una especie de pedorreta al otro lado y supo que su amiga contenía la carcajada.

Gruñó, pues no la ayudaba en nada.

—En serio, Dafne, esto es un sinvivir.

—A ver cielo, eso se arregla con un polvo.

—O se estropea. Lo mejor es que me busque un suplente.

—Si así te sientes mejor…

Rodó los ojos. No sabía si con ello se sentiría mejor, solo quería quitarse la calentura.

—No es eso, es solo que no quiero liarme con Aritz. Bueno sí, pero eso es un problema para la convivencia y ese tío es un desastre.

Despotricó durante varios minutos más. Puso sobre la mesa todos los defectos del chico y eso ayudó a que se calmara. Era un chulo arrogante que se lo tenía muy creído, además de que su ayuda en el piso era solo monetaria y dudaba incluso que tuviera calzoncillos limpios.

Prefería pensar en todo ello para que perdiera su atractivo y así se evaporara su calentura, pero no funcionaba todo lo bien que debería. Apenas dejó hablar a Dafne y no le dio ningún consejo. Atenea se había despertado y tuvo que colgar casi sin despedirse.

Dejó el móvil en la mesita de noche después de asegurarse de poner el despertador. Se metió bajo las finas sábanas de verano para intentar conciliar el sueño para no ir a trabajar con las ojeras hasta el suelo.

Solo esperaba que su inconsciente no le jugara la mala pasada de soñar con el pelucas, porque su intención era evitar por todos los medios la atracción que sentía por él.



Era un auténtico placer ensayar en un lugar preparado para ello. La casa de Gabi estaba bien, pero ni por asomo se asemejaba al sonido que conseguían en un sitio especializado.

Quedaban cinco horas para el concierto. El grupo principal de la noche acababa de terminar con sus pruebas de sonido, por lo que era su turno de conectar los instrumentos y dejar configurada la mesa de mezclas para cuando diera inicio.

Era la primera vez que los Dark Angels actuaban junto a un grupo lo bastante relevante como para ser conscientes de que acudiría más gente que en el resto de bolos. Era una oportunidad de oro y le agradecía mil veces a Ramiro que les hubiera dado esa gran oportunidad.

Él era el relaciones públicas de la sala, el encargado de elegir quién actuaba. Una noche en que tocaron en un bar del centro de Barcelona fue como cliente. Cuando terminaron se acercó a ellos con sumo interés. Le gustó su música, su ritmo y quedó maravillado con la voz de Aritz, así que intercambiaron sus teléfonos para quedar a la espera de recibir alguna llamada por su parte.

Pensó que no llegaría, era demasiado bonito para ser verdad y apenas llevaba un mes en la ciudad, así que no le dio mucha importancia. Pero un día el teléfono sonó, Ramiro les ofreció la oportunidad de oro, un enorme paso para un grupo recién formado que ni siquiera tenía ingresos para alquilarse su propio estudio.

Y ahí estaban, sobre el escenario de la famosa sala Razzmatazz montando todo su equipo.

Alucinante.

—Aritz, te dejo en el pie del micro las púas —musitó Pablo sacándolo de sus pensamientos.

Todavía seguía alucinado y reconocía que los nervios vibraban con intensidad en su interior.

Se limitó a asentir.

Cuando su compañero terminó de sacar lo necesario, se encargó de que todo estuviera bien conectado. Lo bueno de ser técnico de sonido profesional era que no necesitaba a nadie para poner las cosas a su gusto. Conocía a la perfección los equipos que allí utilizaban, así que fue muy sencillo dejarlo todo listo para ponerse cuanto antes a ensayar.

—No me creo esto —verbalizó Pablo. Se acercó a su lado para colocar unas cosas con él y expresó lo mismo que sentía.

—Yo tampoco, tío.

—He estado mirando entradas para el concierto y llevan agotadas casi desde el primer día.

Asintió un poco ido. Lo sabía a la perfección. Suerte que Ramiro les dio dos entradas a cada uno de los integrantes para invitar a sus conocidos. De ahí que su primo Alex fuera a verlo, como le sobraba una, le dio por invitar a la pelirroja.

Eso también lo ponía nervioso sin encontrar una explicación razonable para ello.

—Esta noche nos van a ver dos mil trescientas personas. ¿Te lo puedes creer? —añadió Gabi, que acababa de reunirse con ellos.

Los tres se quedaron mirando al infinito, absortos e incrédulos porque no eran conscientes de su realidad.

Salió de su ensoñación a los pocos minutos. Se fue directo al micrófono y agarró la guitarra. Gabi se quedó en la mesa de mezclas y cuando le dio la señal, la música empezó a sonar.

Tenían una maqueta grabada con las bases de cada canción y los efectos. Los únicos instrumentos que no estaban preparados eran la guitarra, el bajo y la batería. Su actuación sería en riguroso directo, suerte que su repertorio no era demasiado extenso, diez canciones con un ritmo frenético. Solo una de ellas tenía un trozo lento que era el preludio del inicio del rock en estado puro.

Tenían una hora entera de actuación, por lo que podrían tocar todas y además sobraría tiempo para interactuar con el público. Eso último era muy importante. Aritz, tenía tanto carisma que se ganaba a la gente en un suspiro.

Dieron inicio a la prueba de sonido y mientras tocaba junto a sus compañeros, se centró en anotar mentalmente los ajustes que debía mejorar. Quería que todo saliera perfecto, destacar y animar a la gente hasta el punto

en que disfrutaran del concierto de su grupo favorito, pero que también recordaran a los Dark Angels con su brillante actuación.

Sobre todo quería dejarlos con la boca abierta, porque tenían mucho potencial Estaba claro que llegar lejos era todo un reto de lo más complicado, pero tenía las ganas y la pasión para seguir adelante.

Su primo Alex había acudido a alguno de sus bolos y le gustó mucho comprobar que era un gran artista, así que invitarlo era un placer, cosa que no sabía si sería igual para Sara.

No tenía ni idea de qué le llevó a darle la única entrada que le quedaba. Bueno sí, fue cosa del momento calenturiento y una forma de mostrarle lo apasionado que era, en este caso, con la música. Aunque todo eso era una excusa barata, simplemente le hacía ilusión que fuera a verle para que lo observara llevando a cabo su verdadera pasión.

Patético.

No sabía que le pasaba por la cabeza en los últimos tiempos, pero sentía la necesidad de pasar ratos con ella. Era una chica muy divertida, sobre todo cuando se enfurruñaba y se ponía de morros. Sus carnosos labios se convertían en todavía más irresistibles.

Todo estaba preparado. El sonido estaba a la perfección y se marcharon a su pequeño camerino.

Recibió un mensaje en su móvil. En menos de veinte minutos abrirían las puertas y le dijo a Alex que lo avisara cuando llegaran para meterlos en el interior para que pudieran posicionarse en un sitio especial gracias a una pequeña mentirijilla que le contó a Ramiro sobre Sara. Desde el principio iban a estar en primera fila, pero el relaciones públicas les iba a dar un pase de prensa que haría que lo disfrutaran sin estar pegados a la gente. Por supuesto, no fue capaz de rechazar la oferta tras todas las oportunidades que ese hombre ya le había brindado.



Alex pasó a buscarla sobre las siete de la tarde por su casa para llegar antes de que la sala abriera. Le costó un poco decidir qué ponerse, pero al final sacó la artillería pesada y se puso ropa digna de una auténtica roquera moderna. Llevaba una falda negra de corte *skater* con un vuelo con el que debía tener cuidado, una camiseta de manga corta del mismo color con transparencias y una calavera sobre la zona del pecho con detalles en

blanco. Enseñaba la totalidad de su escote, pero para algo lo tenía. Se puso su mejor sujetador negro con encaje. Estaba rompedora.

El pelo se lo dejó suelto. Rizó su larga melena pelirroja para darle volumen de leona. Finalizó la totalidad de su atuendo con un maquillaje oscuro y agresivo en los ojos, que se completaba con un labial rojo de lo más potente.

—Sarita, veo que hoy lo vas a dar todo —rio su amigo en cuanto la vio aparecer.

—Hay que encajar, tío. No cómo tú, que solo te falta la corbata para que te peguen de hostias —lo picó.

Llegaban con bastante antelación. Sara creía que no habría mucha gente, pero el grupo principal de la noche era bastante conocido, así que la calle estaba abarrotada y la cola era kilométrica.

—Voy a avisar a Aritz —comunicó su amigo.

Suerte que su compañero de piso salió a los cinco minutos y les avisó de que se acercaran, pues si tenían que hacer la interminable cola, la promesa de la primera fila hubiera sido un sueño sin cumplir.

—Vaya, pelirroja, pero qué guapa te has puesto para mí —silbó en cuanto entró en su campo de visión.

Frunció el ceño.

—Más quisieras, cantamañanas.

—¿Cantamañanas? —rio—. Esa es una buena opción para despertarte, pero ahora sígueme, que te voy a llevar a un sitio privilegiado para que puedas admirarme mucho más. Espero que no te quejes.

—Imbécil —lo insultó con una ceja arqueada mientras negaba con la cabeza.

No hacía ni un segundo que se encontraba con él y ya comenzaban con su constante juego que la exasperaba.

Alex los miraba divertido, su juego evidenciaba algo que ninguno de los dos reconocería en voz alta.

Lo siguió en silencio, pasaron ante mucha gente y algunos quisieron hablar con él como si fuera James Hetfield en persona. Se fijó en un grupo de chicas, llevaban camisetas de los Dark Angels y le hacían ojitos como auténticas desesperadas.

Soltó un bufido y Alex la miró.

—¿Te molesta que ligue? —le susurró en su oído.

—¡¿Qué?! ¡Claro que no! ¿Pero qué dices? —exclamó más alto de lo que pretendía. Incluso su voz subió una octava.

Su amigo se limitó a reír y continuaron su camino. Entraron por la puerta de los camerinos y Aritz le presentó a Gabi y Pablo. Ambos tenían un enorme atractivo que no se le pasó por alto, pero reconocía que su compañero de piso les ganaba por goleada.

Por lo menos para sus gustos personales sobre el sexo masculino.

Charlaron durante un rato hasta que un hombre entró. Era alto, corpulento, con una barba canosa y larga digna de un roquero de los mejores años de esa música. Sonrió con amabilidad a Aritz.

—Estos deben ser tu primo y tu chica —dijo el hombre que Aritz presentó como Ramiro.

Sara abrió los ojos, sorprendida por su afirmación y miró a su compañero.

—¿Cómo que tu chica? —le dijo entre dientes en un susurro. Aritz acababa de rodearle el cuello con el brazo en un gesto posesivo y se pegaba a su cuerpo con suma confianza.

—Sígueme el rollo —susurró y aprovechó para darle un pico en los labios.

La dejó atolondrada.

¿Qué demonios estaba pasando ahí?

—Adelante, seguidme —indicó Ramiro cortando de raíz cualquier pregunta sobre la situación.

Caminaron juntos a la zona más cercana del escenario. Sara nunca había visto la sala vacía y era más grande de lo que parecía cuando estaba llena de gente. Había unas vallas que separaban el escenario del lugar del público y a ellos les permitieron meterse entre ellas. Compartirían el lugar con los de seguridad y la gente de prensa, ni siquiera se rozarían con nadie pues estaban protegidos por la valla. Y si querían alguna bebida, solo tenían que solicitarla a alguno de los trabajadores.

Desde ahí veía uno de los laterales del escenario, sin duda era un auténtico privilegio. Podría disfrutar del concierto y el propio Ramiro les dijo que no hacía falta que buscaran otro lugar cuando terminaran. Les dio unas tarjetas identificativas que los marcaba como prensa y se sintió la VIP del lugar.

—Muchísimas gracias, tío. —Aritz le dio la mano a Ramiro y luego se acercó a ella para volver a rodearla con el brazo.

—No tienes que dármelas, es todo un placer —le guiñó un ojo.

—Me encanta tener lo mejor para mi chica.

Ni siquiera lo vio venir. Aritz poseyó sus labios e inició una batalla. Al principio estaba tan noqueada que no respondió, ni siquiera era capaz de abrir la boca. Pero cuando él la cogió por las caderas para acercarla todavía más, sus labios se abrieron para acoger su húmeda lengua.

Se enredaron con pasión, dándose la bienvenida por primera vez en un paseo con intención de reconocerse. Sara le seguía el juego por alguna razón que no lograba comprender, aunque reconoció que el chico besaba bien. Demasiado.

Un remolino se formaba en su estómago y crecía con cada nueva sensación que le provocaba el roce. Un fuego interno nacía desde lo más profundo de su ser hasta llegar a su rostro.

Debía estar con las mejillas enrojecidas. Tenía calor, no solo por estar en un recinto cerrado, se había excitado.

—¡Así se coge energía para un concierto, sí señor! —exclamó Ramiro entre risas.

Sara se apartó más brusca de lo que pretendía. No se le pasaron por alto las miradas de todos los que la rodeaban. Debía parecer una bombilla, de color rojo y tan solo deseaba que se abriera un surco bajo sus pies que la hiciera desaparecer.

Estaba descolocada, acalorada y un montón de adjetivos más que ni siquiera comprendía. No fue capaz ni de mirar a Aritz y agradeció que Ramiro les indicara al grupo que era hora de prepararse.

La gente comenzó a entrar. Llevaba varios minutos en silencio mirando al infinito. Alex estaba a su lado. Le comentó que iba a pedir un cubata y asintió distraída. Cuando volvió le dio un largo trago. No reconocía el sabor de la bebida, pero el ardor del alcohol la relajó durante unos segundos. Cuando alzó la vista para mirar a su amigo, supo que no se libraría de hablar sobre ese beso.

—¿Qué demonios pasa entre Aritz y tú? —Quiso sonar serio, pero se dibujaba una sonrisa burlona que le restaba credibilidad.

—Nada en absoluto.

—¿Y ese beso? —insistió.

—Eso díselo a él, que es quien me ha metido la lengua hasta la campanilla.

—No parecía que te molestara.

Gruñó, no solo porque le fastidiaba su comentario, sino porque tenía toda la razón del mundo.

Le había encantado.

Por suerte pudo aparcar el tema a un lado. Las luces se apagaron y dio comienzo al concierto. Prestó atención al escenario, lo cierto era que no tenía ni idea de qué tipo de rock tocaba Aritz.

Sentía curiosidad.

Los Dark Angels salieron al escenario con una gran ovación. Sara echó un vistazo al público y estaban todos animados a pesar de no ser el grupo principal. Eso le hizo pensar que quizás eran buenos y no los pringados que imaginó, así que volvió la vista al escenario para esperar a que diera inicio su actuación.

Aritz apareció en el centro con una energía arrolladora. Se fijó en su forma de actuar tan carismática y estuvo a punto de babear como una colegiala al apreciar su torso desnudo tan de cerca. Se distinguían todos sus tatuajes, tenía auténticas obras de arte como una calavera mejicana en la zona de la nuca y los omóplatos que apreció cuando se giró.

Era atractivo, arrollador, con un carisma que consiguió ganarse al público en solo unos pocos segundos. La música comenzó y con ella su rasgueo sobre la guitarra eléctrica. Sus dedos se movían a gran velocidad, le apasionaba lo que hacía porque lo comprobó en su rostro. Sonreía de tal forma que sería capaz de hacer arder sus bragas.

Y lo consiguió casi de forma literal y no por su forma de tocar. Cuando cantó dio un respingo, su voz era tan provocadora y atrayente que enloquecía.

Grave, rasgada, ronca… Una mezcla que despertaba todas sus terminaciones nerviosas. Tenía potencia, desparpajo, así que tuvo que reconocer que sus canciones eran buenas. No solo era rock para desinhibirse, las letras tenían significados ocultos que se clavaban en la profundidad de su mente.

Todo era demasiado intenso.

Alex llamó su atención varias veces, pero estaba absorta, atenta a todos sus movimientos presa de un hechizo del que no podía escapar.

La primera canción llegó a su fin y los aplausos no se hicieron esperar. Incluso ella silbó y gritó como una fan, recibiendo como recompensa un guiño por parte del dueño de aquella increíble voz que hacía apenas unos minutos la había besado.



Se declaraba fan absoluta de los Dark Angels. Disfrutó de cada nota, cada canción y le apenó que llegara a su fin. Aritz se ganaba al público con tanta fuerza que le pedían más canciones a pesar de que llegaba el turno del grupo principal de la noche.

Se fueron por todo lo alto, llenos de ovaciones y cariño. Sara se alegró por él y agradeció que la hubiera invitado, porque escucharlo cantar, sin duda, era una experiencia religiosa.

—Veo que te ha gustado —afirmó Alex a su lado.

Le tendió otra copa y le dio un largo trago, pues llevaba un buen rato moviéndose sin descanso y estaba sedienta.

—Tiene un vozarrón de la hostia. La verdad es que me ha encantado —reconoció.

Le dolía la garganta de chillar, pero hablar era complicado ante tanto alboroto a su alrededor.

Se quedó durante un par de canciones del grupo principal, pero su vejiga tenía una urgencia que no podía ser aplazada. Le dijo a Alex que volvía en breve y se perdió entre el tumulto para ir hasta los servicios. Aprovechó para refrescarse un poco, tenía calor y el alcohol hacía mella en su organismo. Por suerte, a su derecha estaba la zona de fumadores y entró para darle unas caladas a uno antes de volver con su amigo.

Se lo estaba pasando muy bien.

No fumaba demasiado, era un vicio que probó de adolescente, pero no fue hasta su periodo universitario que se enganchó de verdad. El estrés de

los exámenes era lo peor.

No había demasiada gente a su alrededor, todos estaban disfrutando del concierto en la pista. Agradeció la fina brisa que corría. Estar dentro era un suplicio aunque hubiera aire acondicionado.

Miró su móvil distraída, dio una calada y fijó su atención en unas risas que acababan de resonar en derredor.

Una rubia se morreaba con un tío que tenía pinta de estar bastante bueno cuando este la hizo chocar contra la pared, presa de la pasión. Sonrió divertida ante la escena, pero se borró de un plumazo cuando reconoció al hombre que magreaba con descaro a la chica.

Esa melena desgarbada y el tatuaje de una calavera mejicana que asomó por su cuello cuando la chica enredó las manos en su pelo, solo podían ser de una persona. La misma que horas antes le estaba metiendo la lengua hasta la campanilla.

Terminó el cigarrillo de forma apresurada y se marchó de morros, de vuelta a su lugar. De camino paró en la barra, pidió otra copa y cuando se reunió con Alex se prometió disfrutar de lo que quedara de velada. No iba a dejar que ver a Aritz enrollándose con otra estropeara su humor que hasta hacía unos segundos era bueno.

No lo consiguió. Las ganas de divertirse se evaporaron de su cuerpo.

No entendía por qué, pero en su cabeza se repetía esa imagen y por alguna razón incomprensible, le cabreaba.

—Yo me voy ya —le gritó a Alex para que la escuchara sobre la música.

—¿Ya? —Asintió—. Pero si vas medio borracha y te he traído yo.

En su rostro había sorpresa por el súbito cambio de actitud de su amiga. Desde que volvió del baño, estaba como ida.

—No te preocupes, cogeré un taxi.

Se despidió de él con un beso en la mejilla y salió al exterior. Por suerte los taxistas eran inteligentes, sabían que la salida de un concierto era un pozo de dinero. Cogió el primero de la fila y le indicó su dirección.

Lo primero que hizo nada más llegar a casa fue meterse a dar un baño. Estaba pegajosa a causa del sudor y no quería irse a dormir con esa sensación. Su paso era un poco tambaleante, así que lo más probable era que el domingo se despertara con dolor de cabeza por la resaca. Dejó que el agua relajara sus músculos y se puso a pensar en los recientes acontecimientos.

El beso de Aritz la pilló desprevenida por completo. La hechizó con sus labios y lo invitó a entrar en su cavidad sin oponer resistencia. Sabía que era una treta para continuar con la mentira que le contó a Ramiro para poder optar a las vistas privilegiadas, pero saberlo no evitó que se removiera algo en su interior.

Le había gustado, demasiado. El chico no solo tenía una lengua de oro para cabrearla, la utilizaba a la perfección, besaba de vicio. Tanto pensar en ello provocaba un latigazo en su bajo vientre y sus mejillas comenzaron a arder. Además le había encantado ser partícipe de su actuación. Su voz era capaz de provocarle un orgasmo, la había sorprendido por completo, puesto que cuando ensayaba en el salón, jamás lo escuchó cantar.

Era lógico que tuviera ligues por todas partes, porque con solo imaginarlo cantando una de sus letras en un susurro, le entraban ganas de gemir.

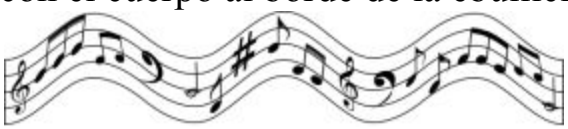
Qué pena que ese momento mágico y lleno de fantasía que había creado su mente a causa del embrujo del beso, se hubiera roto en el instante en que lo vio con otra.

Soltó un suspiro y procedió a enjabonarse.

Sabía a la perfección que no había motivo alguno para sentir ese enfado. Aritz y ella no eran nada en absoluto. Y nunca lo serían.

Ni de coña. Apenas lo soportaba, así que su actitud era incomprensible y nada común.

Salió de la bañera y se puso el pijama. No cenó, pero tampoco tenía apetito, así que se fue directa a la cama con la intención de descansar. Aunque no esperaba que su inconsciente le recordara la potencia de ese beso y la despertara con el cuerpo al borde de la ebullición.



Marina era una chica explosiva, de esas con las que pasar un buen rato de sexo en el primer lugar que encontrara porque estaba dispuesta a dejarse llevar. Sin embargo, la cosa se quedó en unos cuantos morreos y un magreo importante que lo tenía tan duro que iba a explotar.

Su concierto fue estupendo. El momento de salir al escenario lo acojonó, pero hizo acopio de todo su valor y tardó solo unos segundos en ganárselos a todos. Sentirse ovacionado era una sensación maravillosa, que por supuesto, aumentaba su ego en el rato que duraba, a pesar de eso era solo una ínfima parte de lo que le provocaba.

Disfrutó como nunca en el escenario y se quedó asombrado por completo cuando al cierre del concierto la gente le pidió más. Lo hubiera hecho encantado, pero tenían el tiempo justo antes de que salieran los siguientes.

Mientras cantaba todo a su alrededor desaparecía para sumergirse en la música, no obstante, en mucho instantes, a pesar de las luces cegadoras que le daban en la cara, se descubría mirando en dirección a su primo y se emocionaba por ver a Sara disfrutando del concierto.

Desde el momento en que se encontró con ella estaba nervioso. Iba preciosa con esa vestimenta tan provocativa. No había perspectiva desde la que no se apreciara su busto, una imagen demasiado ardiente, pues el deseo de perderse entre sus montículos cobraba protagonismo. Y no ayudó a calmar esa calentura con lo que ocurrió después, porque probar el sabor de sus labios a causa de su arrebato, lo empeoró todo.

Le dijo a Ramiro que era su chica como excusa, porque con ello le dio ese pase que le permitía estar en el hueco de la gente de prensa. Besarla ni siquiera hubiera sido necesario, mas no pudo resistirse al impulso de saborear esos carnosos labios pintados de rojo pasión que lo llamaban a gritos.

En un principio no iba a recrearse, solo quería continuar con su juego de pincharla para que sacara su lado fiero, pero se enganchó a su sabor, al movimiento de sus labios y se entretuvo para memorizar cada recoveco de su cavidad.

Por eso al terminar el concierto se tiró en brazos de la primera que se cruzó en su camino. Ni siquiera le importó que Ramiro descubriera su mentira, pues su intención era quitar de su boca el sabor de la pelirroja.

No funcionaba. Su polla estaba dura desde ese instante y no pudo otorgarle las atenciones que requería junto a Marina, porque por alguna razón, no quería que fuera ella quien saciara las necesidades de su verga.

Así que, después del magreo y un aumento considerable de su calentura, se fue en busca de su primo para disfrutar de la fiesta y así también intentar llevarse a la cama a su compañera de piso.

Un reto que sabía que sería complicado.

—¿Dónde está la pelirroja? —preguntó tras recibir un abrazo y las felicitaciones de su primo.

La buscó con los ojos y no había ni rastro.

—Ya se ha marchado —le gritó.

Su gozo en un pozo. Quiso gruñir, pero no le apetecía que su primo lo hinchara a preguntas.

Fueron directos a la barra. Ya había terminado su trabajo allí y necesitaba distraerse un rato. Bebió junto a su primo una copa tras otra, con descontrol.

Cuando terminó el concierto se reunió con el grupo y decidieron que, como era pronto, se marchaban a la discoteca Hijos de Caín a continuar con la juerga.

Parecía que le regalaran las copas, pues terminaba una y ya tenía otra a su disposición. Eso hizo que en apenas dos horas llevara una tajada encima que apenas le permitía tenerse en pie.

Alex lo sacó fuera para que le diera el aire, se tiró al suelo y se encendió un cigarrillo con suma dificultad.

—¿Por qué has besado a Sarita? —le preguntó con curiosidad.

Llevaba desde que los vio con la pregunta rondando su mente y esperaba la oportunidad de pillar a Aritz por banda.

Le hubiera gustado marcarse la excusa de que no lo escuchaba, pero en la calle estaban solo ellos, el silencio reinaba, así que debía responder. Hacerlo bajo la borrachera le haría decir más cosas de las que pretendía.

—Tenía ganas. Estaba tremenda con esa ropa y he aprovechado la mentira que le he contado a Ramiro para comerle los morros —reconoció y soltó una carcajada. Dio una calada al cigarrillo y continuó. Le acababa de dar la verborrea—. Es demasiado atrayente, primo. Además, cuando se enfada conmigo me pone la polla dura. Tiene pinta de ser una leona en la cama, con esas curvas… esas tetas que… ¡ufff! Si es que me empalmo solo de imaginarme saboreándola.

Alex se puso a su altura en el suelo, lo miró con la ceja arqueada. No parecía muy contento con su respuesta. Y era probable que él, en cuanto se le pasara su estado de ebriedad, también se arrepintiera.

Aunque no tenía claro si lo recordaría.

—Te conozco, Aritz, no juegues con ella —le advirtió serio.

—No juego. Solo quiero follármela. ¿Qué tiene de malo? —contestó de forma demasiado infantil—. Además, yo también le pongo. Somos adultos y dudo que un polvo esporádico sea un problema.

—Vives con ella. No te quito razón en que ya sois mayorcitos, pero ese punto puede complicarlo todo y aunque tú eres mi primo, como vea sufrir a mi Sarita, te corto los huevos.

Ante esa amenaza no supo qué contestar. Se terminó el cigarrillo y se levantó del suelo con su ayuda.

Serían las cinco de la madrugada, mas tenía intención de quedarse hasta que lo echaran a patadas de allí.

Eso ocurrió cuando ya amanecía. Alex iba sobrio y se encargó de llevarlo a casa. Se lo agradecía. Caminar se le antojaba algo para expertos y subir hasta su ático fue una odisea. Cuando llegó el ascensor, se quedó apoyado contra una de las paredes y miró a la nada.

Eso durante largos minutos.

Frunció el ceño, porque el aparato se movía, pero no parecía querer llegar a su destino.

—¿Me estoy yendo al cielo? —se preguntó en voz alta. La sensación de movimiento era demasiado intensa. Algo habitual en un ascensor de la época de *Cuéntame cómo pasó*, mas no recordaba que tardara tanto en su recorrido.

Un vecino abrió la puerta y entró. Primera cosa que le extrañó, puesto que seguía en movimiento.

—¿Cómo has podido entrar? —balbuceó.

—Estaba parado y abierto, así que me he metido —contestó el hombre y se encogió de hombros. Estaba un poco noqueado por la extraña pregunta.

—Pero qué dices colega, pero si se está moviendo.

—Me parece que no. Estamos en la entrada.

—No, me mientes —insistió.

El vecino optó por encogerse de hombros, pues se había percatado de que no estaba en condiciones ni de darle al botón del ascensor. Le preguntó por su piso, lo pulsó y ese fue el instante en el que de verdad fue consciente del movimiento. Se agarró a los laterales. La cabeza le daba vueltas y vio cómo su vecino se apartaba.

Hacía bien, puesto que si el viaje hubiera durado un solo segundo más, le habría vomitado encima.

Por suerte no ocurrió. Salió de allí todo lo digno que pudo y se despidió con la mano mientras el pobre hombre que había presenciado su pérdida total de dignidad aguantaba las ganas de carcajearse.

Era el sumun del patetismo.

Pero la cosa no terminó ahí. Tardó como cinco minutos más en encontrar las llaves en el bolsillo de su vaquero y otros cuantos para atinar a

introducir los dientes en la posición correcta. Girarla lo hizo a la primera, pero su espectáculo no podía finalizar sin romper algo.

Chocó contra el mueble del recibidor, en un tiempo que a él se le antojó eterno, vio como caía un jarrón al suelo. Se hizo añicos con gran estruendo. Si su intención era entrar silencioso hasta su habitación, ni por asomo lo consiguió.

Sara apareció a los pocos segundos, estaba adormecida e iba descalza.

—¿Pero qué coño haces? —le gritó.

Le lanzó una sonrisa socarrona, pero no funcionaba para calmarla. Su ceño estaba tan fruncido que sus cejas estaban a punto de tocarse.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —exclamó.

La chica negó con la cabeza y se acercó. La situación no le hacía ni puñetera gracia.

—Estás como una cuba.

—¡Qué va! Ven aquí, pelirroja.

Se lanzó a abrazarla y ella lo apartó de un empujón. Como apenas se sostenía, cayó de culo contra el suelo. Por suerte lo hizo alejado de las esquirlas del jarrón, porque solo le faltaba tener que ir al hospital con porcelana clavada en el culo.

—¿Por qué eres tan mala?

—Porque eres imbécil —escupió de mal humor.

—¿Y yo qué he hecho? Encima que te invito, te meto en un sitio pivri… pirri… *pirrilegiado* y te canto con toda mi alma, te enfadas —murmuró a duras penas.

La chica negó.

En otra ocasión hubiera encontrado su actitud algo divertido, pero por alguna razón incomprensible, estaba enfadada. Quería perderlo de vista antes de mandarlo a la mierda.

—¿Qué te pasa conmigo?

—No me pasa nada, Aritz. Pero estoy cabreada, me has dado un buen susto y no tengo ganas de escuchar tus tonterías de borracho.

—Que no estoy borracho, joder —se excusó.

Se levantó del suelo con dificultad y le quitó cualquier tipo de credibilidad a sus palabras tras darse un cabezazo contra la pared de su derecha.

Gimió de dolor, pero se giró para mirar a Sara y al menos vio que su espectáculo estaba a punto de hacerla reír. O a lo mejor era una ilusión,

porque se puso seria de nuevo.

—Será mejor que vayas a dormir la mona.

—Me parece que me quedo en el sofá.

—Ni de coña —lo frenó. Cogió su mano y lo arrastró en dirección a su habitación.

Tropezó varias veces y la última fue contra su cama.

Y la hizo caer con él.

—Vaya, pelirroja. No tan deprisa. Primero dame unos cariñitos —se burló.

Notaba la totalidad de su cuerpo, le hacía presión. Sus pechos se pegaban contra su torso. Como llevaba el camisón, tenía una vista perfecta de ellos.

Su erección cobró vida en solo un segundo, porque ese fue el tiempo que Sara tardó en levantarse.

—Dos hostias, eso es lo que te voy a dar —dijo agresiva y se largó.

Quería levantarse e ir a por ella, preguntarle qué le pasaba para estar tan a la defensiva, pero su cerebro estaba licuado y la cama ejercía un fuerte poder de absorción que lo atrapó entre sus fauces.

Así que, tras la serie de escenas vergonzosas que era muy probable que no recordara al despertar, se quedó dormido.



Llevaba sin dormir desde que Aritz entró en casa borracho como una cuba y rompió su bonito jarrón de la entrada. Después de llevarlo casi a rastras a su habitación, recogió el destrozo y se metió enfurruñada en la cama. De eso hacía ya más de tres horas, contando con que el chico llegó sobre las siete de la mañana, quería decir que ya eran más de las diez.

Decidió levantarse, abrió la persiana y el espléndido sol golpeó en su cara convirtiéndose en una molestia. Le dolía la cabeza, así que su humor era de perros.

Tras su rutina matutina de lavarse la cara, cepillar sus dientes y ponerse cremas, fue a la cocina a preparar un café. Le metió hielo porque con el calor apetecía un buen vaso de cafeína bien fresca. Se sentó en el sofá, mirando a la nada y negó con la cabeza al recordar la actitud que tuvo con su compañero.

Durante las horas de desvelo se regañó por su absurda forma de actuar. Fue malvada, malhumorada y pagó con él su propia frustración. Que a su mente acudiera la imagen de la chica con la que se enrolló, fue el aliciente que creó su enfado, sin motivo.

En el fondo, verlo en ese estado de ebriedad le hubiera resultado cómico en cualquier otra situación. Tuvo que aguantar las ganas de carcajearse, cuando, al levantarse del suelo, chocó contra la pared.

Volvió a negar. Estaría durmiendo la mona en la misma posición en que lo dejó y seguro que no recordaría nada, sin embargo, no tenía intención de quedarse a comprobarlo.

Tenía un día por delante que le apetecía mucho. Quedó con Dafne y Enoch para ir a la playa de Badalona, donde pasaría un buen rato dándole achuchones a la pequeña Atenea. Ya tenía más de tres años y era un bicho peligroso que te ganaba con sus tretas. Sara era su tía aunque no tuvieran lazos sanguíneos, así que era la encargada de consentirle todo desde el mismo día en que nació.

Se levantó del sofá y volvió a su habitación. Sacó del armario un bikini y se lo colocó para después mirarse al espejo. Era un modelo que le encantaba. La braga era de talle alto, perfecta para enmarcar sus curvas y su trasero respingón. Tenía un estampado de lunares gruesos en color blanco sobre un fondo oscuro, muy flamenco, pero que con la parte de arriba contrarrestaba ese toque al ser negro por completo. El escote era en forma de corazón.

Se meció de un lado a otro, contenta. Se tapó el atuendo con un fino vestido playero con trasparencias, fresquito y perfecto para estar cómoda cuando les apeteciera visitar algún chiringuito. Cogió su capazo en el que guardó lo necesario y luego cogió las llaves del coche, lista para ir al ascensor y emprender el camino.

Llegó en una media hora aunque no se reunió con sus amigos hasta una hora después. Encontrar aparcamiento fue una auténtica tortura. Se quitó las chanclas en cuanto pisó la arena y anduvo por la playa hasta encontrar a sus amigos.

Dafne la saludó desde la toalla, Atenea la vio y se puso a brincar de alegría llamándola a gritos. En cuanto se juntó con ellos, cogió en brazos a su sobrina postiza, la llenó de besos y le hizo cosquillas sobre la arena para enamorarse todavía más de sus carcajadas.

Crecía a un ritmo vertiginoso, parecía que hiciera dos días que nació. Entraba al colegio en solo un par de meses. Tenía casi el mismo tiempo que llevaban Dafne y Enoch en su relación, la cual, al inicio, fue de lo más complicada para ambos. No obstante, nada que el amor no hubiera podido tumbar.

Eran de lo más pegajosos, y Sara, negó con la cabeza al verlos acaramelados mientras ella entretenía a su hija.

—¿No os cansáis de besuquearos? —lanzó tras dejar a Atenea en el suelo.

La niña se fue con su madre y se distrajo con juegos sobre la arena.

—¿Envidia?

—Para nada. Me limito a constatar el hecho de que sois muy pesados.

Enoch negó divertido.

Sara acomodó su toalla al lado y se retiró el vestido. Lo primero que hizo fue ponerse protección solar, pues el astro rey pegaba con fuerza. Era de las que se quemaba con facilidad. No era algo que quisiera, porque dolía como mil demonios apuñalándote con agujas de coser a modo de tortura.

Dafne sacó una cerveza de una pequeña nevera para ofrecérsela, era de las típicas azules de playa que todo el mundo tenía igual. El calor invitaba a refrescarse, tocaban ya las doces de la mañana y la temperatura iba en aumento, además se notaba en lo llena que estaba la zona con los gritos de los bañistas chapoteando en el agua.

Hacía un día alucinante.

—¿Qué tal fue el concierto? —preguntó su amiga.

Le estaba dando un trago a su bebida y casi se atraganta, reacción que provocó una carcajada en sus amigos.

Era un tema que tenía claro que saldría, pero que no sabía cómo sentirse al respecto.

—Estuvo bien —contestó con indiferencia, pero las cejas alzadas de Enoch le dieron a entender de inmediato que la cosa no se quedaría ahí.

No le apetecía en absoluto hablar del tema.

—Sarita, ¿qué ha pasado? Eres mi mejor amiga desde que somos unas mocosas y conozco todas y cada una de tus expresiones, así que suéltalo.

—¡Suéltalo, suéltalo! No lo *pedo* ya retener…

Se quedaron todos en silencio. Sara miró a Atenea cantando la canción de Frozen y estalló en carcajadas sin poderlo evitar por la salida de la niña. Dafne bufó y Enoch se unió a la pequeña.

—Cómo odio esa película… —se quejó su amiga.

Al menos, la canción de la pequeña fue la excusa perfecta para desviar el tema, la pena era que solo duró unos instantes. Cuando el padre y la hija terminaron de montar el espectáculo, Dafne la atravesó con sus ojos verde jade de diosa griega que eran capaces de desnudar el alma.

—Vale, Daf. Tiene una voz prodigiosa que calienta zonas de mi cuerpo que no voy a mencionar porque hay menores a mi alrededor. Sentía ganas de tirarle hasta las bragas, colarme en el escenario y tirármelo allí mismo. Además se montó una película de ficción y le dijo al tío que lo contrató que yo era su chica para que nos dieran un pase de prensa para así estar en las vallas junto al escenario. Y no solo eso, me besó. Me dio tal morreo que por

poco no mojo las bragas. Bueno, miento, las mojé, como nunca —soltó de carrerilla sin apenas respirar.

Se hizo el silencio entre ellos —porque en la playa solo se oían gritos —, y cogió una fuerte bocanada de aire tras lanzar su perorata sin hacer una sola pausa.

Dafne y Enoch se miraban de hito en hito, con las bocas abiertas y los ojos al borde de salir de sus órbitas. Soltó un gruñido de frustración.

Le apetecía pasar el día sin pensar en lo ocurrido, pero sabía que en algún momento su amiga iba a preguntar, soltarlo no había hecho más que recordarle ese instante y el sabor de sus labios se instaló en su cabeza.

Con ello también apareció lo ocurrido después y su absurdo enfado por enrollarse con otra.

¿A caso se había creído que era su novia? No. Por supuesto. Solo era una idiota que no tenía nada para reprochar.

Le echaría la culpa al alcohol, sí. Eso sería sencillo y la excusa perfecta.

—¿Te has liado con el pelucas? —dijo Dafne al fin.

A Atenea le había dado tiempo de canturrear otra canción Disney y pedirle a Enoch que la llevara al agua, pero le dijo que esperara hasta que terminaran de hablar. En el fondo, su amigo lo único que quería era cotillear.

Pensar que años atrás Sara iba detrás de él con su sonrisa de niña. Enoch estaba muy bueno, pero enamorado por completo de Dafne.

—No. Bueno, sí, pero no con conocimiento. Fue él quien se lanzó para hacer creer que éramos novios. Pero que vamos, solo fue eso. Cuando terminó de cantar ya estaba enrollándose con otra, así que no se le puede dar ningún tipo de importancia.

Quiso que la última frase sonara con tono indiferente, pero su rostro la delataba.

—Me parece que Aritz te gusta más de lo que crees —habló Enoch. Atenea le daba golpes en la rodilla para que le hiciera caso.

—¿Qué? ¡No! —exclamó—. Joder, está muy bueno y besa como un Dios, nada más —se apresuró a decir al ver sus caras.

No creía ni una sola de sus propias palabras.

—Papa, *amo* al agua.

—Vamos, enana, que veo que tu madre no quiere mover su culazo.

—¡Serás imbécil! —se quejó la aludida con una sonrisa y recibió un dulce beso en los labios.

Sonrió como una boba ante la escena y se imaginó por un instante a ella con Aritz.

¿Pero qué le pasaba?

Se bebió parte de la cerveza de un trago y rebuscó en la nevera para hacerse con otra. Luego tenía que volver en coche así que si decidía beber, mejor que lo hiciera a primera hora.

—Ahora en serio, ¿por qué tienes esa cara de cabreo?

Dio otro sorbo y miró a Dafne, luego suspiró antes de lanzarse a contestar. Se lo contaban absolutamente todo, además sabía que sería una forma de desahogarse.

—No lo sé —admitió—. No te voy a negar que, aunque me pilló desprevenida, el beso me encantó. Joder, Daf, me excitó por completo. Ni siquiera me importó seguirle el rollo delante de Alex, pero luego, cuando lo vi enrollarse con una rubia, me cabreó sin tener motivos para ello.

—A ver, él te atrae desde el principio. Cuando creía que Enoch era mi hermano y yo salía con Manu, no entendía por qué le fastidiaba que me enrollara con él delante de sus narices, pero era obvio que eso ocurría porque estaba colado por mí. Así que no veo tan extraño que tú actúes así —explicó con suma lógica.

—Sí que es extraño. El noventa por ciento de las veces me pone de los nervios, y el otro diez, es un capullo. No puede gustarme y dudo que esta tontería que me consume sea a causa de su evidente atractivo —rebatió.

—Es algo que tú misma debes descubrir, pero como bien has dicho, enfadarse con alguien con quien no tienes nada, no es algo que debas repetir.

Tenía razón, estaba confusa, puesto que no se entendía a sí misma. Quizá llevar tanto tiempo sin echar un polvo tenía a sus hormonas revolucionadas. Debía descargarse de nuevo Tinder y encontrar un candidato para un polvo esporádico, con eso era probable que menguara su obsesión por Aritz.

No era sano, para ninguno de los dos, pero ella sí sería capaz de controlarse. Sin embargo, él continuaría con su desesperante juego de picarla y sería su mayor impedimento en su intento de dejar de pensar. Por suerte no estaba enamorada, tan solo se trataba de una feroz tensión sexual no resuelta que debía esforzarse por aplacar antes de volverse loca. Así que mientras no hubiera sentimientos de por medio, debía dejar de preocuparse, pues su actitud debía ser producto de una enajenación mental transitoria.

Con ese pensamiento dio por zanjado el tema. Le dijo a Dafne que le apetecía darse un baño y se marchó para refrescarse un rato. Allí relevó a Enoch de sus tareas de padre. Ella se encargó de chapotear con la pequeña cerca de la orilla.

—Mira, tita, *zoy* un delfín —dijo hundiéndose un poco bajo el agua para después saltar con una hermosa sonrisa dibujada en su rostro.

—Y yo una ballena —contestó con voz grave y la mojó.

La pequeña rio, la cogió entre sus brazos y dieron vueltas entre carcajadas.

Pasó un grato rato en el agua. Se refrescó y el tiempo pasaba más deprisa de lo que le gustaría. Llegó la hora de comer, recogieron sus cosas y caminaron por la arena hasta llegar a un chiringuito. Sara se pidió otra cerveza, debía cortar el rollo cuanto antes porque tenía que ser capaz de coger el coche.

—¿Qué tal en el trabajo? —preguntó su amigo.

Masticó la patata brava que acababa de meterse en la boca y tragó para contestar.

—La verdad es que bien. A pesar de la época, lo estoy disfrutando mucho y la gente de allí es muy maja —contestó.

—Y está Aritz —añadió Dafne burlona.

Iba a gruñir, pero se resistió para no darle el placer a su amiga de mostrar su incomodidad.

—Apenas nos cruzamos, así que es como si no estuviera —contestó y se enorgulleció de haber sonado tan convincente.

Creía que el tema de su compañero de piso había quedado relegado, sin embargo, la pareja se empeñaba en insistir justo cuando ella misma optaba por restarle importancia.

Le robó un cigarrillo del paquete que dejó sobre la mesa y la ignoró cuando continuó con el tema. Le dio una profunda calada, expulsó el humo y perdió la vista entre la inmensidad del mar.

El movimiento de las olas la relajaba de la misma forma que su sonido. Era la naturaleza en estado puro, aunque estuviera invadida por el ser humano, no dejaba de ser maravillosa.

Su intención surtió efecto, pues Dafne no insistió más y pasaron el resto de la comida de risas con anécdotas de su tiempo en el instituto y momentos más actuales. Al terminar, Sara se fue al agua. Lo hizo con cuidado para evitar un corte de digestión y se relajó.

Se fue nadando hacia lo hondo. Sus pies no tocaban y se dejó flotar, boca arriba, con los rayos de sol golpeando directos en su cara. El agua tapaba sus oídos y era capaz de apreciar los sonidos que se escuchaban ahí abajo.

Fue un rato tranquilizador. Cuando volvió a la toalla, Atenea estaba dormida bajo la sombrilla y la pareja se abrazaba, tumbada.

Negó con una sonrisa y se sentó para tomar un rato el sol. No creía que cogiera color, puesto que se bañaba en crema protectora cada media hora, pero le encantaba la sensación de los rayos golpeando contra su piel para proporcionarle calor.

Su día de desconexión por fin surtía efecto, pues su mente estaba al fin en blanco.

Tanto, que se quedó dormida.

Se despertó por los golpes que Dafne dio en su mejilla para que reaccionara. Se asustó, pegó un bote, con tan mala suerte que chocó contra la frente de su amiga. Ambas aullaron de dolor.

—¿De qué está hecha tu frente, tía? ¿Cemento? —gimió Dafne tocándose la zona.

—Pues anda que la tuya. Me va a salir un chichón.

Se miraron de morros, pero al instante siguiente, estallaron en carcajadas y su amiga se tiró sobre ella.

Fue el inicio de un ataque de risa. Sara se revolcaba como una croqueta por la arena y juraría que la tenía metida hasta el estómago, eso no impidió que las amigas continuaran con su juego en el que, al rato, se unió Atenea. Rieron juntas mientras Enoch se mantenía apartado retratando la divertida escena con el móvil.

—Joder, tengo arena hasta en el clítoris —soltó Sara.

Estaba boca abajo, con Dafne encima y Atenea sentada sobre sus pies.

—Mira que eres burra —rio.

—Burra no. Me vas a pagar tú la limpieza de coche porque esto no hay agua que lo quite.

—Calla ya, pesada. —Dafne empujó con la mano su cabeza y se la hundió en la arena.

Suerte que tuvo el reflejo de cerrar los ojos, porque suficiente desagradable fue llenarse de tierra la nariz y la boca. Soltó un gruñido antes de quitarse de encima a su amiga de un empujón, que reía descontrolada.

Enoch se acercó y vio como apretaba los labios en un intento de no carcajearse.

No aguantó, pero le dio tiempo a echarle una foto que la cegó con el flash.

—¡Serás cabrón! —se quejó.

El chico huyó entre risas. Lo hubiera perseguido, no obstante, su actual deseo era devolverle a la playa la mitad de su arena, porque la llevaba toda sobre su cuerpo.

Disfrutó de su último baño antes de marcharse, y una vez se hubo secado gracias al sol, se despidió de sus amigos con la promesa de repetir todas las semanas. A excepción de lo de la arena.

Tal y como vaticinó, no consiguió deshacerse de toda, pero al menos tenía la esperanza de no poner su coche perdido. Se marchó paseando con una sonrisa. Se hacía tarde y debía prepararse para el inicio de la semana en el trabajo repasando las escenas que se llevarían a cabo y el decorado que elegirían.

Disfrutó mucho, desconectó con sus amigos y se marchó con energías renovadas. Se repetían en su mente todos los veranos desde que era adolescente. Vivir en el centro de Barcelona los redujo de forma drástica. En ocasiones, echaba de menos vivir en Badalona para llevar a cabo esos planes más a menudo, pero se conformaba con tener en su vida a sus amigos de siempre. Con ellos compartía muchos instantes que permanecían grabados en su memoria.

Y si había algo que Sara valoraba, era la amistad.



Pasaba ya una semana desde la noche del increíble concierto. Los Dark Angels dieron un paso gigantesco. Desde entonces, sus redes sociales reventaban, llenas de notificaciones que indicaban un aumento considerable de seguidores.

Aritz estaba satisfecho, contento y emocionado por lo que eso implicaba. Las visitas en YouTube crecían por momentos. Eso era una buena noticia, porque cuanto más las escucharan, sus ingresos aumentaban y estaban más cerca de hacer de su maqueta una realidad que poder publicar en todas las plataformas digitales. Tenían ya varias de sus canciones grabadas en un estudio que alquilaban por horas, pero como todo, era una inversión. Esperaba que esa subida implicara más dinero, para así poder alquilar un sitio en el que encargarse de todo. Sin duda, esa era una pieza indispensable para alcanzar su meta.

De momento no podía cantar victoria, estaba feliz e ilusionado con cómo iban las cosas, y todo eso llegó gracias a la ayuda de Ramiro.

Aparte de disfrutar como un loco durante aquella noche, tenía un montón de lagunas. Lo último que recordaba fue ir al Hijos de Caín con Alex y sus compañeros del grupo, a partir de ahí, se instaló un vacío en su cerebro.

Despertó en su cama todavía vestido con la ropa del día anterior, en una posición de lo más ortodoxa que le reportó dolor en todas partes, además de una resaca que no se le pasó en todo el día. Pese a eso, se lo pasó muy bien.

Eran las siete de la mañana y el sol apenas hacía acto de presencia. Se vistió con la ropa de trabajo, y tras tomar un café, se marchó. Sara ya debía haber emprendido el camino, porque al igual que llevaba pasando durante toda la semana, no se encontró con ella. Apenas tuvieron contacto porque todas las tardes después del trabajo, se marchaba a ensayar con el grupo, llegaba tarde y ella ya dormía. Por lo que sus noches de charla quedaron relegadas y reconocía que las echaba en falta.

Ni siquiera tuvo oportunidad de hablar con ella sobre el beso que le dio y ella respondió. Su sabor permanecía impregnado en su interior, al recordarlo, se excitaba.

La obsesión iba en aumento y ansiaba su contacto más de lo que era capaz de reconocer.

Cogió su moto y arrancó. Ya era viernes, tenía el fin de semana libre aunque al día siguiente hacía un pequeño concierto en un bar de la ciudad. Aprovecharía para intentar encontrarla en el trabajo y pedirle de ir a tomar algo como tantas otras veces hicieron días atrás.

Llegó con tiempo, pero no para buscarla, porque de inmediato el productor lo llamó porque alguien la había liado con los cables.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó con el ceño fruncido.

Ante él se mostraba la mesa con todos los cables desconectados, como si un gato se hubiera entretenido con ellos.

—Eso mismo me gustaría saber a mí —contestó Pedro, el productor de la serie que se grababa.

Que eso estuviera en ese estado era un contratiempo, pues retrasaría el inicio del rodaje y muchos trabajadores saldrían tarde. Al fin y al cabo, todos eran un equipo, si algo salía mal, repercutía en el resto.

—Va a llevar un buen rato —comunicó tras examinar la escena del crimen.

Se habían lucido por completo.

—Ponte a ello, Aritz. No quiero salir a las tantas y menos un viernes. —Asintió conforme y se puso a ello.

Sus compañeros libraban, así que le tocaba a él todo el trabajo. Separó todos los cables enredados y se fijó en que había algunos rotos. Tuvo que salir al exterior, pues allí tenía recambios para sustituirlos. Le tocaba tener paciencia, con cada conexión debía comprobar que funcionara correctamente. Un trabajo que, entre tres personas, hubiera durado un suspiro, pero solo, tardó la mitad de su jornada.

Ya lo tenía casi listo, Pedro lo presionó en varias ocasiones, pero el culpable de tal enredo, hizo un destrozo y no era sencillo dejarlo todo perfecto.

Al fin lo consiguió. Soltó un suspiro y se secó el sudor que perlaba su frente. Hizo crujir su cuello y soltó el aire para descargar tensión de sus hombros.

—Pedro, ya está listo —comunicó en voz alta.

El productor estaba a unos metros, hablaba con los actores. Parecían exasperados por empezar. Su día se había desestabilizado por completo. Cuando empezaron con el rodaje hizo las comprobaciones de última hora, tras asegurarse, se marchó para tomarse un muy merecido descanso. Cogió un café en la máquina para después salir al exterior a fumarse su tan ansiado cigarrillo.

El sol ya pegaba con fuerza, así que se refugió bajo la sombra de un árbol. Hacía un día espléndido y era el preludio para un fin de semana que se antojaba así de claro. Le gustaba el calor, pero en esas tierras había demasiada humedad, aunque la temperatura no alcanzara cotas de cuarenta grados como en otras partes de España, resultaba muy incómodo para trabajar.

Dio una calada a su cigarrillo, disfrutó del silencio que reinaba en el exterior y se relajó tras una mañana llena de tensión con tanto cable.

El plató estaba en una ciudad a las afueras de Barcelona, en Sant Just Desvern, allí se congregaban muchos canales de televisión. Fue una suerte que la empresa para la que trabajaba recibiera ese puesto, porque eso le aseguraba tener un aumento en su sueldo base por lo menos durante los dos meses en los que tenía que estar allí. Podría ahorrar para los Dark Angels y darse algún capricho, pues desde que había llegado a la ciudad era algo complicado. Todo era demasiado caro.

Terminó el cigarrillo y bebió el café con calma. Todavía le quedaban unas horas para marcharse que tan solo deseaba que no se le hicieran eternas, porque su trabajo estaba hecho tras arreglar la mesa de sonido.

El sonido de una carcajada llamó su atención, conocía a la perfección a la persona a la que pertenecía. Sara estaba a unos metros de distancia, acompañada por un chico.

Le sonaba su cara. Cambió de posición para acercarse más, pero no lo suficiente para que fueran conscientes de su presencia.

Era Víctor, uno de los técnicos de cámaras. Un rubio alto y atractivo que sonreía a su compañera de piso de una forma que lo enfurruñó.

De nuevo rio y Víctor aprovechó para pegarse a ella.

—Seguro que lo que ha dicho no tiene ni puta gracia —gruñó en voz alta.

Coqueteaba con él de forma descarada. Se tocaba su melena pelirroja de forma distraída y sonreía sin dejar de mirarlo. Por supuesto, Víctor era consciente y Aritz presenció cómo el chico se aventuraba a dejar un beso en su mejilla. Ella no se apartó y desde la distancia logró ver cómo le respondía con una sonrisa juguetona.

Se encendió otro cigarrillo. Era un poco masoquista, pero quería continuar observando la escena. Por alguna razón incomprensible estaba cabreado. Le dolía en su orgullo que Sara mostrara interés por ese tío.

El sonido de sus risas seguía llegando, no les quitaba la vista de encima, pero tuvo que hacerlo cuando, de forma inconsciente, apretó el vaso de café y se lo tiró por encima.

—¡Mierda! —exclamó más alto de lo que pretendía.

Al alzar la vista se fijó un segundo donde estaba la pareja. Sara clavaba sus ojos verdes en él.

Decidió marcharse de ahí y desapareció en el interior del recinto. Entró en el baño para limpiarse, furioso consigo mismo por su reacción tan absurda.

La tenía tan metida en la cabeza por culpa de su necesidad de acostarse con ella, que le cabreaba que tonteara con otro que no fuera él.

¿Quién se creía que era? ¿Su novio?

Ni de coña.

Las últimas horas de trabajo fueron un auténtico aburrimiento. Al llegar a su casa se fue directo a la ducha y metió en la lavadora su uniforme manchado de café. No volvió a ver a su compañera en lo que restaba de jornada. Estuvo en otra parte del plató configurando algunas cosas y se le echó la hora encima.

Salió de la ducha, se envolvió con una toalla, escurrió su pelo de la humedad y dejó su melena al aire. Le hacía falta un buen afeitado, pero estaba vago y solo quería ir al salón para encender el aire acondicionado.

Una vez se hubo vestido, cogió su guitarra y el resto del equipo. Ese día no iría con su grupo a casa de Gabi porque les dijo que necesitaba soledad

para terminar de componer las canciones que faltaban para completar su primer disco. Tenía una a la mitad y esperaba ponerle fin en ese día.

Encendió el amplificador, tocó las cuerdas para comprobar que estuviera afinada, continuó con unos acordes y finalmente con las notas de su creación. Tenía delante la libreta donde lo anotaba todo. Fue retocando conforme el ritmo bajaba de intensidad. Quería que fuera cañera, que consiguiera que el público saltara. Cantó lo poco que tenía de la letra, y después de tres horas, se rindió.

No le salía nada coherente. La inspiración lo abandonaba y se hacía tarde para para molestar a sus vecinos. Lo recogió todo y miró la hora. Eran las diez de la noche así que le extrañó que Sara todavía no hubiera llegado.

Entró en la cocina y abrió la nevera. Suerte que al inicio de semana se compró varios paquetes de burritos de jamón y queso que solo debía calentar en el horno, porque no le apetecía nada ponerse a cocinar. Al menos era un hombre de recursos. Cogió también una cerveza para después ir hasta el sofá para ver un rato la televisión.

Paseó por Netflix mientras cenaba, no encontraba nada que le llamara en especial la atención, así que al final puso una película que había visto mil veces. No le importaba repetir cuando se trataba de *El caballero oscuro*.

Ya tenía sus años, pero le encantaba el Batman de Christian Bale. Sin duda, era el mejor de todos y le fastidiaba que en las nuevas lo hiciera Ben Affleck. Además, justo en esa también salía el mejor Joker. Heath Ledger había dejado el listón muy alto.

Cenó entretenido y se fumó un cigarrillo al terminar. Tuvo que apagarlo de sopetón, la puerta de entrada se abría y la pelirroja no le permitía fumar dentro de casa.

Ya comenzaba a planear una excusa, mas no le hizo falta, pues estaba lo suficiente distraía como para ni siquiera percatarse de su presencia.

Venía junto a Víctor. Entraron al salón sin ni siquiera saludar. Pasaron de largo en dirección al pasillo, enredados en un beso que provocó un gruñido en él.

Se levantó del sofá y salió a la terraza, necesitaba aire fresco aunque hacía demasiado calor. Se fumó el cigarrillo con tranquilidad y respiró hondo mientras su vista se perdía en las calles de Barcelona.

Negó con la cabeza, suspiró. Al terminar estaba más relajado, así que volvió al sofá y se centró en la película.

Durante unos minutos todo iba como la seda, consiguió centrarse, pero duró muy poco.

Las paredes del piso eran del grosor del papel de fumar, así que el sonido penetraba de una estancia a otra. Escuchó gemidos de mujer, Sara parecía ser de las escandalosas. Ese sonido en otro momento lo hubiera excitado, pero no era el encargado de darle placer, así que lo enfurecía sin motivo alguno.

Subió la televisión e intentó sumergirse en la película, mas era inútil. No se centraba.

—Aritz, ¿por qué eres tan gilipollas? —se reprendió y se puso de morros.

Lo mejor sería encerrarse en su habitación. Apagó el televisor y se marchó. El sonido allí era más alto, así que tuvo que ponerse los auriculares con música a toda pastilla.

Le esperaba una noche de lo más movidita, solo le quedaba rogar que Víctor fuera un eyaculador precoz que la dejara a medias.



Había dormido del tirón tras una noche que se alargó hasta altas horas de la madrugada. El sol entraba por la ventana y golpeó directo en su rostro. Se giró hacia un lado para poder enfocar sin que la luz la molestara y vio a Víctor dormido a su lado.

Sonrió como una boba.

Conoció al chico la primera semana en el trabajo. No habló mucho en ese tiempo, pero era simpático. Era técnico de cámaras. Durante los últimos días pasó sus ratos libres con él. Eso le hizo conocerlo un poco más, hablar y compartir historias en el trabajo que la llevaron al coqueteo. A tal nivel, que no sabía qué ocurrió en su cabeza para traerlo a su casa.

No era de esas mujeres que se acostara con tíos a la primera de cambio —sobre todo si no eran de Tinder—, pero no se arrepentía en absoluto porque Víctor era una fiera en la cama que la colmó durante horas.

Era rubio, alto, atractivo y tenía unos abdominales que su lengua había memorizado. Disfrutó de un buen orgasmo y se desahogó de esa calentura que llevaba días reprimida en su cuerpo.

Llevaba semanas con ganas de un buen polvo, sus encuentros con Aritz siempre la excitaban. Aunque llevaba días sin cruzarse con él de forma intencionada, no podía quitar de su cabeza la atracción. Así que no

desaprovechó la oportunidad de poner un parche. De hecho, con Víctor había conseguido aplacar su lujuria, y a pesar de que eso no iba a llegar a nada, se sentía satisfecha.

Huir de la tentación era complicado, más cuando la tenía delante de sus narices, por lo que optar por la opción de acostarse con otro, fue la más acertada para mantener a raya su cordura.

Víctor abrió los ojos y la miró con una sonrisa.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días —lo saludó sonriente.

El chico se levantó de la cama y se vistió. Ella lo imitó.

Antes de acostarse ya le dejó claro que lo suyo era algo esporádico aunque lo dejara dormir con ella. No significaba nada. Prefería evitar confusiones y en tono jocoso le advirtió que corría peligro de encapricharse con ella. Después de un rato de risas, él aceptó el riesgo que corría.

Le costó un poco vestirse, tenía agujetas y soltó un gemido.

—Vaya, ¿estás bien? —le preguntó el chico en tono socarrón.

—Lo estoy, pero llevaba tanto tiempo a dos velas que creo que el exceso de ejercicio me ha anulado —se carcajeó.

El chico se acercó por detrás y la ayudó a ponerse la ropa. Aprovechó para masajear sus pechos con suavidad, aunque paró pronto. Por un instante, deseó que siguiera, pero miró la hora y había quedado con sus amigos.

La idea de un polvo mañanero era de lo más apetecible, se resistió a la tentación porque la situación debía ser de solo una vez si no quería torcer las cosas entre ellos.

—Me alegro de haberte quitado las telarañas —le susurró y dejó un mordisco en su cuello, luego atrapó sus labios y jugueteó con su lengua.

—Será mejor que pares o me harás llegar tarde —rio.

Víctor negó divertido y se apartó.

Terminó de asearse, porque no quería salir por la puerta con una teta fuera y que Aritz estuviera por ahí.

Acompañó a Víctor a la salida y se despidió con un beso apasionado que la pilló un poco desprevenida. Sentía que alguien la observaba y cuando cerró comprobó que era Aritz.

Estaba en el salón, de pie, con un café en la mano y el ceño tan fruncido que pronunciaba la arruga de su frente.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó con curiosidad.

—Vaya, pero si me hablas —contestó serio.

Fue su turno de fruncir el ceño.

¿Qué mosca le había picado?

Parecía de mal humor. Ni siquiera intentaba picarla como hacía de forma habitual.

—¿Cuándo te he dejado de hablar?

—Tú sabrás.

Le faltaba cruzarse de brazos y ponerse más de morros para parecer del todo infantil.

Negó con la cabeza y se dirigió a la cocina sin contestarle. Encendió la cafetera para preparase lo único que necesitaba en aquel instante. No había desayunado todavía, pero tampoco tenía mucha hambre. Le echó dos hielos y se fue al salón.

Aritz seguía allí, en silencio. El único sonido lo producía al sorber el café. Era incómodo, tan tenso que podía rozarse. Lo miró de reojo y se percató que desviaba la mirada.

Estaba raro, raro.

Vale que llevaran una semana entera sin apenas hablar —básicamente porque ella hacía lo posible por evitarlo—, pero no recordaba haberle hecho nada para que estuviera así de serio.

Es más, la de los cabreos era ella y ni siquiera le echaba en cara que en la última lavadora que puso estropeara una de sus prendas, así que su actitud era incomprensible.

A no ser que su cabreo se debiera a haber pasado la noche con Víctor…

Quitó de inmediato ese pensamiento de su cabeza.

¿Por qué demonios iba a importarle?

A su mente se le ocurrían cosas que no tenían sentido.

Terminó el café y se levantó. Debía prepararse. Se metió en la habitación y sacó la ropa que necesitaría. Quedó con su grupo de amigos para ir a la playa. Se puso un bikini, lo cubrió con un vestido, se calzó las chanclas y preparó el capazo con todo lo que necesitaría.

Fue al baño y se miró al espejo. Su piel relucía. Los efectos de los orgasmos se reflejaban. Sonrió como una boba antes de mojarse la cara.

Ya estaba preparada. Buscó a Aritz para decirle que se iba y le resultó extrañó que no estuviera en casa.

Se encogió de hombros. No pensaba dejar que el misterioso cabreo de su compañero de piso enturbiara su humor.

Ni de coña, porque era algo que ni debería interesarle.



Aparcar fue un auténtico suplicio. El ser humano se apelotonaba siempre en el mismo lugar durante el verano y ella no era distinta. Al echar una ojeada hacia la playa, el número de personas era tal, que parecía que las toallas formaran una inmensa alfombra que ocupaba metros y metros de arena.

Minutos antes Dafne le escribió un mensaje con la localización en la que se encontraban. Habían caminado casi un kilómetro para posicionarse en lo que ellos llamaban la «O».

Se trataba de una zona de la playa con un muro de cemento que tenía un agujero. Cuando eran adolescentes era su zona favorita, puesto que allí se ponían a saltar como locos, creyéndose expertos en *parkour*.

Visualizó a sus amigos y se acercó sonriente, pero la alegría hizo una pausa en cuanto vio que Aritz también estaba allí. Negó con la cabeza, volvió a cambiar su expresión, pues no pensaba dejar que su tensa conversación matutina empañara su humor.

Se acercó a Cova en silencio. Estaba boca abajo tomando el sol y dio una patada en la arena para que volara hasta caerle encima.

—¡Me cago en tus muelas! —gruñó.

—Covadonga, que te vas a freír, así que he visto oportuno rebozarte —se burló entre risas.

—Sarita, no me toques los ovarios o te lleno la braga faja esa que me llevas por bikini hasta que pases un mes sacándote la arena.

Se carcajeó y se tiró sobre la arena. Abrazó a su amiga y rieron con complicidad. Luego ya se centró en saludar al resto con un abrazo, saltándose a su compañero de piso.

—Te veo de muy buen humor —murmuró Alex.

Estaba sentado junto a Aritz, que seguía con la mueca enfurruñada que llevaba plantada desde esa misma mañana.

—Eso es porque ha tenido una noche de lo más entretenida —habló su compañero con tono cínico.

En un instante las miradas de todos sus amigos se posaron sobre ella, pero no pensaba dejarse amilanar ante esa mirada de él, que parecía pretender ponerla en evidencia.

¿Qué se había creído?

El pelucas no sabía con quién se estaba metiendo, a ese juego podía jugar ella también.

—¿Eso que huelo es envidia? —inquirió. Dibujó una falsa sonrisa que le dedicó con maldad.

Escuchó susurros de sus amigos, pero ninguno abrió la boca para opinar de la conversación. Preferían estar atentos a aquel duelo de miradas que como no se cortara rápido, podía acabar en tragedia.

—Para nada, pelirroja. Solo aclaraba la situación. Además los ruidos terminaron pronto —continuó.

Quería darle un *zasca* de los grandes, pero se contuvo porque tenían demasiado público. La conversación se zanjó sin estar concluida, así que acomodó su toalla junto a Cova y Dafne antes de quitarse el vestido.

Le daba vueltas a lo que acababa de ocurrir, podría haberlo dejado muy mal, sin embargo, su lengua viperina hubiera conseguido que se cabreara.

—¿Qué es eso de que esta noche has follado? —inquirió Dafne segundos después de que pusiera el trasero sobre la toalla.

No le había dado ni tiempo de untarse en crema solar. Sus amigos se sentaron cerca y centraban toda su atención para escuchar su respuesta. Eran unos verdaderos cotillas.

—Mira que eres burra, hija —le respondió a su amiga. Aunque no podía reprocharle nada, porque ella misma era la primera en soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza.

—¿Vas a contestar? —añadió Cova, impaciente.

Se encendió un cigarrillo bajo la atenta mirada de ambas y creó expectación. Enoch se unió al corrillo de marujas y abrazaba a Dafne por la

espalda. Atenea revoloteaba alrededor de todos y sus gritos hicieron que su madre le llamara la atención.

Su sobrina era muy revoltosa.

—Sí, me he acostado con un compañero de…

—¿Aritz? —la cortaron los tres a la vez, en un tono demasiado alto.

Miró de reojo a su compañero de piso y tenía las cejas alzadas. No miraba a su posición, mas era consciente de que se había enterado de la mención de su nombre.

—¡Por supuesto que no! —exclamó en tono comedido, a pesar de que quería gritarles que eran unos capullos—. Un técnico de cámara del trabajo.

—Alucino contigo, tía —habló Dafne—. ¿Y por qué es la primera noticia que tengo de ese hombre?

—Porque lo conozco desde hace una semana y no tenía pensado que acabáramos en la cama —se encogió de hombros—. Además, ha sido algo esporádico. Hice caso de mi propio consejo de poner un parche y ha funcionado.

O por lo menos, eso era lo que ella misma quería creer, porque Aritz continuaba en sus pensamientos, más arraigado de lo que le gustaría.

—Y por lo que veo, eso le ha jodido —habló Enoch.

Sara lo miró y arqueaba las cejas burlón.

—¿A qué te refieres?

—¿En serio tienes que preguntar, Sarita? —añadió.

—Vamos, Enoch, no me jodas. Dudo que esté picado porque me haya tirado a un tío. Ni que fuéramos algo —bufó.

Sin embargo, a pesar de su respuesta, la actitud de Aritz se asemejaba a la misma que tuvo ella la noche del concierto cuando lo vio besando a la rubia. Eran celos, sin justificación, pero eso al fin y al cabo.

—Puede que no seáis nada, pero que le ha jodido, salta a la vista —murmuró Cova.

—No digáis tonterías. Si así fuera, el día que me besó antes del concierto no hubiera corrido a enrollarse con la primera que se cruzó en su camino.

—¿Qué os besasteis? —se sorprendió su amiga.

Solo conocían la historia Dafne y Enoch, así que puso al día a Cova sobre lo ocurrido, omitiendo su enfado posterior por haberlo presenciado. No quería que sus amigos crearan una fantasía sobre un posible rollo,

porque ella sola, era la primera con conciencia que sabía que la atracción por él no le traería nada bueno.

Consiguió que dejaran el tema gracias a la interrupción de Atenea. La pequeña tenía ganas de jugar y Sara se encargó de complacerla con tal de evitar cualquier pregunta incómoda.

Quería ir al agua y ella estaba acalorada, así que se separó de sus amigos cotillas que querían saber sobre su vida sexual, para sumergirse con la pequeña. Jugaron durante largo rato, hasta que Dafne y Enoch se unieron para hacerse cargo.

—No creas que la conversación ha terminado, Sarita. Todavía queda que me cuentes detalles sobre el chico.

—Tampoco hay mucho. Se llama Víctor, es rubio y está bueno —sonrió burlona—. Ah, y me ha tenido la mitad de la noche en vela.

—¡Qué pilla! —rio. Atenea la cogió de la cabeza para que se hundiera y tosió al salir, provocando las risas de todos.

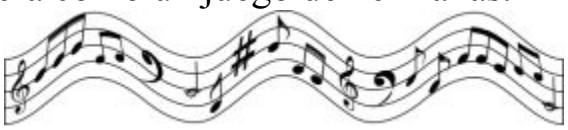
—Muy bien, cariño, así me gusta, que le cierres la bocaza a tu madre —murmuró Sara con saña.

—Serás ma… maravillosa —se corrigió antes de llamarla mamona.

Lo que menos quería era que la pequeña imitara sus palabras malsonantes.

Eso provocó más risas y Enoch tuvo que interceder para rescatar a Atenea de las dos amigas.

Iniciaron una guerra de ahogadillas, risas y peleas amistosas. Cualquiera que las mirara pensaría que eran dos adolescentes jugando en el agua, aunque en realidad, era como un juego de hermanas.



Al otro lado de la playa, en el lugar donde estaban las toallas, Aritz miraba absorto hacía las aguas, justo al punto donde Sara y Dafne se bañaban entre risas.

No podía quitarle la vista de encima. Desde que se había quitado el vestido playero para quedar solo con el bikini, se perdió entre sus curvas. Era una imagen demasiado sensual para pasarla por alto. Alex tuvo que advertirle en un par de ocasiones que estaba siendo demasiado descarado y llegaría un punto en que lo descubrirían.

Todavía seguía un poco enfadado. Había pasado una noche de pena. Los auriculares y la música ahogaron los gemidos, mas no lo suficiente para

conseguir olvidarse que tras la pared, estaba el objeto actual de su deseo acostándose con otro. Mintió al decir que duró poco, porque a él se le antojó como una eternidad, hablaba su cabreo. Al menos ella no lo sacó de su error para evidenciar ante todos que le carcomía la rabia.

Quería ser él quien le diera placer.

—¿Vas a estar con esa cara todo el día? —le preguntó Alex sacándolo de sus pensamientos.

Desvió la vista del agua para centrarla en él.

—¿Qué cara?

Su primo bufó. No podía fingir que no le ocurría nada, porque mentiría. Aunque lo que cruzaba por su cabeza no tenía ningún sentido para él.

Solo estaba de mal humor, eso era lo que quería creer.

—Te ha jodido que se acueste con otro.

—Para nada —rebatió, pero solo pronunciar su negativa comprobó que no se creía ni a sí mismo.

Claro que le jodía, porque llevaba semanas tonteando con ella y perdió la oportunidad de tirarse a Marina la noche del concierto porque quería que fuera Sara quien estuviera bajo sus sábanas. Creía que ella también lo deseaba, pero se resistía. Sabía que sus reticencias se debían a su relación como compañeros de piso, aunque tenía la esperanza de que se obrara el milagro.

Era un capullo.

—Ya te dije que cómo se te ocurra hacerle daño a Sarita, te corto los huevos —le amenazó su primo.

—¿Cuándo me has dicho eso? —preguntó confuso.

—¿En el Hijos de Caín? —respondió con una media pregunta—. No te acuerdas de nada —afirmó tras varios segundos en los que la confusión poseyó su rostro.

—La verdad es que tengo lagunas de ese día. Solo recuerdo entrar a la discoteca y luego despertar en la cama vestido y mal posicionado —relató y se encogió de hombros.

—Pues hablaste más de la cuenta, primo. Tuve que cantarte la caña.

Su primo le resumió la conversación a las afueras de la discoteca y se avergonzó de lo capullo que sonaba. Admitió ante Alex que quería acostarse con Sara —cosa real—, pero la forma de decirlo lo dejaba como un auténtico gilipollas.

Si ni siquiera recordaba tener esa conversación, no le extrañaría haberle dicho algo a Sara que la molestara. No obstante, era solo una conjetura, porque no recordaba si se cruzó con ella al llegar y durante toda la semana apenas hablaron.

¿Le estaría evitando?

Era ser demasiado pretencioso.

—No quiero hacerle daño, en absoluto —dijo al fin.

—Eso espero. No sé qué rollo os traéis, pero es evidente que sentís atracción.

No podía decir que no, porque mentiría. Su vista se desvió de nuevo y sonrió como un bobo al verla reír.

—Estoy obsesionado —reconoció—. Y sí, me he cabreado porque se haya tirado a otro.

—Pues no tienes motivo.

—Lo sé.

Charlaron un rato más y su primo se burló de él. Le dio un codazo amistoso cuando sugirió que se estaba pillando. No creía que fuera eso, solo una intensa atracción que lo traía por el camino de la amargura.

El sol pegaba con fuerza, así que le propuso ir a darse un baño. Se unieron a aquel trío y se refrescaron, dejando a Cova a cargo de todas las toallas —aunque no parecía que fuera a vigilar mucho, porque se había quedado dormida—.

Sara mantenía una sonrisa perenne dibujada en su rostro. Se acercó con cautela y se aventuró a salpicarla.

—Joder, me la he tragado —gruñó la chica entre toses.

La había pillado desprevenida y le sorprendió mucho de quien provenía.

Aritz le sonreía socarrón y ella frunció el ceño.

—¿Se te ha pasado eso de ser un idiota? Porque cielo, en mi vida no hay sitio para tanto capullo —inquirió con una mueca.

Estaba a solo un metro de ella, los acortó con un paso y una brazada en el agua. Su cuerpo húmedo era una tentación a pesar de que le cubría hasta la cintura. Su busto era el auténtico protagonista.

—Un poquito —le dedicó una mirada inocente que contenía una especie de disculpa por su comportamiento.

Su mueca no cambió. Hizo el asomo de ignorarlo, pero él no estaba dispuesto a permitírselo, así que la mojó de nuevo.

Varias veces.

—¡Para ya! —se quejó.

—Si no quieres mojarte, sal del agua. Estás en mi camino, pelirroja —contestó. Le guiñó un ojo juguetón y ella soltó un gruñido.

Dio una brazada para alejarse de su trayectoria, la siguió y la cogió de la pierna. Se hundió sin poderlo evitar, al salir, lo agarró por la nuca y lo forzó a sumergirse con ella. Luego tosió.

No se esperaba en absoluto su ataque.

Sara soltó una carcajada, aunque al principio se resistió, la farsa de que estaba enfadada no se mantuvo. Lo salpicó en la cara con una sonrisa, eso fue el inicio de una serie de juegos que arrancó carcajadas descontroladas de sus gargantas.

—Pelirroja, no me provoques —dijo con voz ronca.

La postura en la que estaban era delirante y le dificultaba mantener la cordura. Estaba tan encajada con sus piernas rodeando sus caderas, que su miembro despertaba y endurecía por momentos. Solo esperaba que ella no lo notara.

—¿O qué, capullo? ¿Te vas a enfurruñar como un bebé? —se burló juguetona.

—Yo no me enfurruño —arqueó las cejas.

—Claro, claro —continuó.

Pretendía picarlo y que reconociera que era un imbécil que se cabreaba sin razón.

—A ver, preciosa. Es normal que esté cabreado cuando no me has dejado dormir. Debes respetar el descanso de tu compañero de piso, lo pone en el contrato —se inventó.

Ella rio e hizo lo posible por hundirlo de nuevo. Al menos eso hizo que se la quitara de encima y que la excitación hiciera una pausa.

No duró, porque llegó hasta él con una brazada y acercó su rostro al oído.

—Lo que te jode es que no hayas sido tú.

Se quedó durante unos segundos bloqueado con su respuesta.

¿Eso había sido un intento de seducción?

Lo dudaba, porque al retirarse hacia atrás, solo se encontró con una sonrisa burlona.

Jugaba, y a él, le encantaban eso, pues desde el inicio fue su papel.

—No te preocupes, pelirroja. Algún día lo seré.

—¡Ja! No te lo crees ni tú —se burló.

De nuevo se pusieron a hacer el tonto, como una pareja de adolescentes que se hacía bromas en el agua. A su alrededor, el grupo de amigos los observaba con una mezcla de incredulidad y sonrisas socarronas.

Dafne miró a Alex, que negaba sorprendido por el cambio de actitud de su primo, ya que minutos antes solo había enfado en él.

—¿Pero qué les pasa a esos dos? —le preguntó Dafne.

Se encogió de hombros, porque ni él ni Enoch, tenían la respuesta.



Llegaron a casa casi a la vez, Sara en su coche y Aritz en su moto. Dejó las cosas sobre la mesa del salón y se metió en su habitación en busca de ropa para cambiarse, porque ansiaba quitar el salitre de su cuerpo. A medio camino, paseando junto a Aritz antes de llegar a su vehículo, se pidió el primer turno para la ducha. Tenía el camisón en la lavadora y sus camisetas hechas añicos estaban todas en la basura y no tenía pijamas.

Volvió a ese cajón ya olvidado en el que continuaba alguna ropa de Dafne y encontró otro camisón digno de bailarina de striptease.

—¿Puede ser más corto? —se quejó en voz alta.

Con lo cómoda que iba ella con sus camisetas roñosas… Era un trozo de tela súper fina, con una tira de encaje tanto en el bajo como el escote, de color negro. Al poner la mano vio que se transparentaba bastante y gruñó con el firme pensamiento de comprar ropa cuanto antes, porque eso era casi como ir desnuda. Aun así, tampoco estaba dispuesta a estar en su propia casa con ropa de calle, y menos, con las altas temperaturas que hacía en la ciudad.

Cogió unas braguitas y se marchó al baño. Al mirarse en el espejo soltó un bufido. Tenía toda la zona del escote colorada, al girarse, la cosa no estaba mucho mejor. Al día siguiente iba a alucinar como no se pusiera crema. Se soltó su pelirroja melena de la coleta en la que la tenía recogida y la desenredó con esfuerzo. Sin duda, era la mayor pega a ponerle a sus días de playa. El efecto del agua sobre su pelo lo convertía en un nido de pájaros lleno de enredos.

Encendió el grifo y esperó a que el agua saliera a la temperatura deseada. Aunque fuera verano, era de esas que se duchaba con agua hirviendo. Se recreó durante un buen rato, relajada. Al salir se envolvió en una toalla, dispuesta a embadurnarse en crema para después de tomar el sol. O en su caso, para evitar pelarse. Se dio en la cara, los brazos y el pecho, mas a la hora de llegar a la espalda, soltó un gruñido.

Necesitaba ayuda, pero no sabía si pedírselo a Aritz sería una buena idea. Pese a que al principio del día él se comportó como un capullo, con los juegos en el agua, se apaciguó el ambiente. Volvían al inicio, al tira y afloja, quizá pedirle que le pusiera crema en la espalda era demasiado.

—¿Qué hago? —lloriqueó al reflejo de su espejo.

Era una obsesiva con ese tema y no podía dejar de darse ahí porque se negaba a pelarse como si tuviera la lepra. Soltó un suspiro, lo intentó varias veces, mas no alcanzaba la totalidad de la rojez.

—Pelirroja, ¿te queda mucho? Que esta noche tengo concierto y me quiero duchar —gritó Aritz al otro lado de la puerta.

Sara abrió y él estaba delante. Durante varios segundos se sintió observada por completo, por suerte la toalla lo tapaba todo. Aun así era incómodo porque sus mejillas comenzaban a arder ante el escrutinio.

—Pareces una gamba. —Tenía intención de que sonara a burla. Le salió más ronco de lo previsto.

—Qué gracioso —bufó—. ¿Puedes ponerme crema en la espalda?

Lanzó la pregunta en una especie de susurro y ni siquiera se atrevió a mirarlo. Se comportó con timidez, esperaba que no notara el rubor de sus mejillas, aunque con lo quemada que estaba no habría apenas diferencia.

—Vaya, pelirroja, qué directa… —murmuró juguetón.

Sara le dedicó un marcado ceño fruncido y le tendió la crema en un intento de gesto indiferente. Se posicionó frente al espejo, esperando a que Aritz se colocara a sus espaldas. Le veía a través del espejo, sus miradas conectaron, durante varios segundos los rodeó un silencio que no terminaba de ser tenso.

Gimió sin ser capaz de evitarlo cuando la fría crema cayó sobre su piel dañada. Aritz la miró y ella bufó por su sonrisa socarrona. Inició el masaje con suma lentitud, tanta que tenía la piel de gallina a causa de cada roce de sus manos. Eran suaves, cálidas y el tacto contra su piel, era una auténtica tortura para su cordura, pues descendía por su columna consiguiendo que su interior bullera desesperado.

—Creo que no hace falta recrearse tanto —murmuró. El tono de su voz sonó algo ronco, así que carraspeó ante la risita de su compañero.

—Solo me aseguro de cubrir toda la superficie, pelirroja. Encima tendrás valor de quejarte —continuó con la burla. Vio cómo le guiñaba un ojo y negó sin poder evitar dibujar una sonrisa en sus labios.

Masajeó sus hombros, los omóplatos y se internó un poco bajo la toalla. Repitió el recorrido más veces de las necesarias. Estaba a punto de decirle que ya era suficiente, sin embargo, era demasiado gustoso como para decirle que parara.

No se oía nada, solo el aire que expulsaban de sus pulmones para respirar.

—¿Qué te traes con Víctor? —habló Aritz al fin.

Se giró para mirarlo, porque lo intentó a través del espejo y él había bajado la vista.

—¿A qué viene esa pregunta? —contestó. Arqueó las cejas y esperó a que la mirara.

No logró ver nada relevante en sus ojos, más bien un intento de parecer indiferente que no colaba.

—Es por evitar estar en casa si te lo traes.

—¿Te molesta? —continuó con más preguntas, y esa, sí que le hizo ver algo distinto.

Se contenía para no gruñir.

—Me molesta no dormir —dijo cínico.

Sara cada vez pronunciaba más su gesto disconforme, notaba mucha tensión en su frente por mantener las cejas arriba, incrédula por cómo había derivado la conversación de un momento íntimo con un masaje, a hablar de su último ligue.

—Pues es lo que hay. Al igual que me he tragado yo a todos los ligues que te has traído en este tiempo y no te he dicho nada —respondió—. Pero tranquilo, no me traigo nada con Víctor. Solo ha sido un polvo —continuó con desdén.

Su respuesta no suavizó en absoluto la mueca de Aritz, al contrario, volvía a parecer enfadado de la misma forma que lo estuvo durante la mañana. Ella no era menos, puesto que no le gustaba su actitud que parecía querer decir que él podía liarse con quién quisiera, pero ella no.

Era algo que no le incumbía, y punto.

—Pues eso espero —dijo al fin y su mirada oscura se posó sobre ella.

Soltó un bufido, pero no se movió. No podía actuar así y pretender que se quedara callada.

¡Ni de coña!

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada.

—Y una mierda, Aritz. No entiendo tu actitud. Siempre estás de broma y de repente te enfadas sin motivo —soltó de sopetón.

Su voz se elevó una octava, de la misma forma que la tensión. Esta se podía cortar con un cuchillo. Sus ojos se enfrentaron en una batalla que alteraba sus nervios. Se hizo el silencio durante más tiempo del que podía soportar. Soltó un bufido antes de girarse de nuevo hacia el espejo. Peinó su cabello con furia y esperó a ver si Aritz decidía dejarla a solas.

No lo hizo, al contrario, se mantenía en la misma posición, con la mirada puesta en ella. Se sentía incluso intimidada.

—¿Puedes largarte?

—No me apetece. Además, me tengo que duchar. Tengo prisa —habló seco.

—Pues te esperas —le respondió borde.

Terminó de desenredar su pelo y se puso el resto de cremas de su rutina diaria. Lo hacía lenta a propósito, para sacarlo todavía más de quicio.

—¿Por qué te liaste con él? —continuó con el tema.

Volvió a girarse, tan rápido que se mareó durante unos segundos.

—Porque me dio la puñetera gana. Además, ¿qué coño te importa a ti con quien me líe?

—Me preocupo por ti —dijo con más.

—Oh, claro. Por supuesto. Como el día del concierto, ¿verdad? Ahí estuviste súper preocupado enrollándote con una rubia. Muy bonito por tu parte. Seguro que Ramiro estaría encantado de conocer tu mentira —escupió sin pensar.

Se había calentado. Por completo.

¿Por qué sacaba ese tema? Ya lo tenía olvidado, sin embargo, el cabreo que se gestaba en su interior le hizo recordarlo y echárselo en cara por alguna razón incomprensible.

Aritz la miró con los ojos muy abiertos, sorprendido por sus palabras. Luego soltó una seca carcajada.

—Así que te jodió, pelirroja.

—Ni de coña. Además yo podría decir exactamente lo mismo con tu absurdo comentario sobre mi lío con Víctor —lo retó.

Ambos sabían que en esa batalla no habría ningún ganador. Estaban enfadados por algo absurdo que para lo único que servía era para retorcer las cosas entre ellos.

Finalmente, Sara cogió su ropa y se largó. No tenía ganas de continuar con la conversación. Se vistió de mala gana en su habitación y se tiró sobre el colchón.

No entendía nada, ni su reacción, ni la de él. Parecían imbéciles. De hecho, una cosa le quedaba muy clara…

A Aritz le jorobó mucho que se acostara con Víctor, de la misma forma que a ella el que se liara con aquella rubia.

—Esto ya no es normal, Sarita —se dijo en voz alta con un gruñido.



Llegó de morros al local donde actuaba aquella noche. Sus compañeros le preguntaron por el tema y evadió darles cualquier tipo de respuesta, puesto que no la tenía que fuera coherente.

Cuando Sara abandonó el baño, al fin pudo darse su ansiada ducha, pero el agua no ayudó a relajar el cabreo por ser tremendamente gilipollas.

Se sentía imbécil por haber preguntado por Víctor, parecía que entre ellos se normalizaba la cosa tras varios días de indiferencia, y él, la había cagado.

No tenía derecho a preguntarle, porque no debería suponer nada para él, mas lo hacía. Por alguna razón inexplicable le jodía. Llevaba obsesionado con ello desde que probó sus labios y hasta se lo confesó a Alex mientras estaba borracho.

Perdió su oportunidad. No obstante, gracias a su mal humor y la forma de hablarle, había descubierto un dato que desconocía. Sara lo vio morrearse con Marina aquella noche, haciéndole comprobar que también le jodió.

Mientras el agua caía sobre su cuerpo se mantuvo pensativo hasta el punto en que su cabreo fue en aumento, porque no conseguía descifrar el significado de lo que vio en su rostro.

Intentó dejarlo apartado. Mientras tocaba varias canciones con el grupo sobre el escenario del New Underground BCN, la imagen de la pelirroja aparecía en su mente. Eso hizo que lo diera todo, que su voz dejara sin

habla al público y tocara la guitarra con furia y pasión, ganándose la ovación de todos.

No interactuó demasiado, mas no hizo falta para dejarlos a todos anonadados, por eso cuando bajó del escenario fue recibido por la gente del local entre aplausos. Consiguió sonreír con sinceridad, agradecido por el apoyo, y Mario, el dueño del sitio, lo sacó del tumulto embravecido para llevarlo a un lugar más privado.

Estaba en su despacho, sentado en una silla frente a un escritorio, curioso por saber qué quería, a la espera de que volviera. Cuando lo hizo, estaban también Gabi y Pablo. Los dos sonreían. Él era el único que desentonaba con su cara de pocos amigos.

—Chicos, ha sido alucinante —vociferó Mario mientras iba de camino a su silla—. Creo que es la primera vez que veo el local tan lleno con uno de los grupos que traemos. Los WatchRocks no valen una mierda a vuestro lado —continuó.

El grupo que acababa de mencionar era uno con el que ellos rivalizaban. Su líder, William, era un capullo que llevaba desde el inicio tirando mierda y ya habían tenido varios encontronazos en esos meses. Iban por los mismos locales para tocar su música, pero más que roqueros, parecían una banda latina que se fuera a pelear en cualquier momento por las calles. Les iban las amenazas, así que evitaban entrar en contacto con ellos.

—Esos son idiotas —dijo Pablo con una sonrisa burlona.

Aritz no iba a sacarlo de su afirmación porque tenía toda la razón.

Desvió la vista hasta Mario. Reía a carcajadas con el comentario de su amigo. Lo conocía desde hacía un mes y ya habían tocado dos veces allí. La primera no dio tiempo ni de anunciar el concierto, pero esta segunda, gracias al movimiento en las redes y su aparición en la sala Razzmatazz, llenaron. Hasta el punto en que la Travessera de les Corts, lugar en el que estaban, se llenó de gente para escucharlos aunque fuera a través de la puerta.

—Quiero contrataros.

—¿Cómo? —inquirió Aritz, alucinado.

Sus compañeros lo miraron, boquiabiertos también.

Ninguno dijo nada, decidieron esperar a que se explicara.

—Quiero que seáis el grupo que se relacione con New Underground BCN durante los próximos meses. En exclusiva —explicó al fin.

En ese lugar habían actuado grupos locales que tiempo después consiguieron labrarse una carrera. No todos eran fijos, pues a Mario le gustaba descubrir nuevas voces y alquilar el local para otros. Lo que les proponía era de lo más tentador. Significaría que todas las semanas tocarían allí, la gente correría la voz y Mario se llevaría beneficios con las consumiciones. Además de que ellos tendrían un sueldo fijo por concierto que les hacía mucha falta para su proyecto de publicar su primer álbum.

—¿En serio? —pronunció Gabi.

Todos se quedaron tan absortos que eran incapaces de abrir la boca para preguntar lo que les interesaba.

—Por supuesto. Sois muy buenos, chicos. Y os aseguro que tengo ojo para esto. A los Dark Angels se os presenta un futuro brillante. Yo quiero verlo muy de cerca.

Aritz consiguió comportarse como el líder y ocultó la emoción que lo embargaba. Así que se puso en modo profesional para pedirle que le contara las condiciones del contrato.

Actuarían todos los fines de semana, viernes y sábados. Si les salía algún otro trabajo tenían que consultarlo antes con él por eso de la exclusividad. Quería ser el único que los tuviera en su local, pero tampoco quería hacer que perdieran grandes oportunidades como la que tuvieron en la sala Razzmatazz. Eso sería positivo a la hora de aceptar. Quería decir que no los contrataba solo para su propio beneficio, también quería que progresaran, así que tras hablar de los honorarios, le pidió que los dejara a solas para discutir con en privado.

—Estoy alucinado —dijo Pablo en cuanto Mario cerró la puerta.

—Y yo, tío… —continuó Gabi.

—Ya tendremos tiempo de procesarlo, pero ¿qué os parece la oferta? —los cortó.

—Increíble. Este sitio se llena cada semana y es famoso por la música en directo. Y que nos paguen todos los meses es justo lo que necesitamos. —Gabi no tenía dudas.

—Además a William le va a tocar las pelotas que da gusto —añadió Pablo con una carcajada que Aritz le devolvió.

Ese tipo, días atrás, se vanaglorió de ser mejor que ellos solo porque Mario les dejó su local en varias ocasiones, así que cuando le llegara la noticia de que los Dark Angels eran el grupo residente, caería redondo presa de un infarto.

—Entonces, ¿firmamos? —dijo al fin. Necesitaba la aprobación de todos, porque suficiente estaba resistiendo la tentación de gritar de la emoción.

—¡Sí! —respondieron al unísono.

Lo sellaron con un abrazo de grupo junto a carcajadas de emoción. Aritz abrió la puerta con una sonrisa y Mario entró con ellos.

Le dijo que aceptaban, como era obvio, quería por escrito las condiciones. Su jefe del momento les dijo que empezaban de inmediato, lo que quería decir que en una semana volverían a tocar.

Estaba deseoso.

Salieron del despacho con sendas sonrisas dibujadas en sus rostros, caminaron hasta la barra y pidieron unas copas. Allí estaba su primo Alex, quien hacía ya más de una hora que lo esperaba impaciente.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó.

Le contó todo sobre el contrato que acababa de firmar y lo celebró con un choque de sus bebidas en alto. Su primo lo apoyaba desde el principio. Contaba con él incluso cuando vivían a kilómetros de distancia. Era como un hermano, un gran apoyo. Sabía que desde el momento en que llegara a Barcelona, su relación iba a ir a mejor. Fue justo lo que ocurrió. Fue el primero en acudir a sus bolos y se convirtió en su fan número uno, así que compartir la noticia con él era un momento especial.

Bebieron entre risas. Casi eran las dos de la madrugada cuando Pablo y Gabi se marcharon a descansar. No tenía prisa, el local comenzaba a vaciarse así que cogieron sitio en una de las mesas para seguir de charla y alcohol.

—¿Qué te ha pasado esta noche? —preguntó Alex.

Aritz frunció el ceño, confuso con la pregunta.

—Sé que ahora estás contento por el contrato, pero te he visto cantar y estabas muy cabreado. Se te notaba en la cara y la forma de tocar —se explicó antes de darle tiempo a contestar.

—He discutido con Sara. Me he cabreado otra vez y le he preguntado sobre su lío con Víctor —confesó y se encogió de hombros.

Los efectos del alcohol ya comenzaban a hacer mella, por lo que las palabras salían sin ni siquiera ponerse a pensar en ellas.

La noticia del contrato consiguió que lo olvidara por un rato, sin embargo, necesitaba expresar en voz alta cómo se sentía en realidad.

—No puedes seguir así. Vais a acabar muy mal.

—Lo sé. Y también sé que no tengo ningún derecho a cabrearme, pero ella tampoco.

—¿A qué te refieres?

Le explicó entonces lo descubierto en el transcurso de la discusión y lo que percibió en la actitud de la pelirroja. Estaba claro que ella también estaba picada, pero eso no solucionaba la tontería que llevaban ambos encima. Era ridículo, a la vez que preocupante, porque no podía pasar sus días así, y menos, viviendo con ella.

Casi era como comenzar una relación por el final.

—Creo que la atracción que sentís se os está yendo de las manos —sentenció Alex.

—Yo no sé si le atraigo, pero que le molestara mi rollo con Marina me dice que sí. Eso solo hace que tenga más ganas de acostarme con ella —reconoció.

Pasó las manos por su melena, alzó la vista y la fijó en su primo.

—Tienes razón, le atraes. Y no porque me lo haya dicho, es algo evidente. Hoy en la playa, cuando jugabais en el agua, se ha notado mucho. Incluso le he dicho a Enoch que temía que en cualquier momento os desnudarais —rio y se le contagió de inmediato.

—Pues sí. Todo iba bien hasta que la he cagado sacando el puto tema de ese tío.

—Eso se te da de coña. Primo, te aconsejo que habléis. Si acabáis acostándoos, recuerda no hacerle daño ni hacértelo a ti.

Quería dejar de pensar en el tema. No lo aguantaba más.

Pidió otra copa y tras bebérsela casi de un trago, Alex le dijo que se controlara.

No le hizo caso.

Iba a beber hasta no acordarse de nada, pero sobre todo, para olvidar que Sara cada vez se clavaba de forma más profunda en su mente.



Se quedó dormida bien entrada la madrugada. Desde que Aritz se marchó estuvo dándole vueltas a la discusión durante más tiempo del que debía y se reprochó haber sido tan imbécil de demostrarle que también estaba rabiosa.

Las horas pasaban y no volvía.

Le costó conciliar el sueño, pero cuando lo hizo, durmió del tirón hasta que un movimiento en su cama la sobresaltó.

Abrió los ojos con lentitud y soltó un grito.

—Joder, pelirroja. Me has asustado.

Tumbado de lado, frente a su cara, estaba el objeto de su deseo.

Aritz la miraba con una sonrisa socarrona. Estaba demasiado cerca como para que no llegara el olor a alcohol de su aliento. Estaba borracho, mucho, pero lo verdaderamente importante era qué demonios hacía en su cama.

—¿Se puede saber qué haces? —refunfuñó.

—Dormir.

—Pues vete a tu cama —respondió con un bufido.

—No soy capaz de llegar. Además, me apetece estar contigo —murmuró con voz pastosa.

Frunció el ceño. Sus palabras sonaban hasta sinceras, pero estaba ebrio por completo y todavía rondaba por su mente el cabreo que horas antes le impidió conciliar el sueño.

—Pues a mí me apetece que te vayas —dijo al fin.

Su respuesta pareció no afectarle, pues continuó en la misma posición e incluso se aventuró a estirar el brazo para rodear su cintura.

Dio un respingo con su toque. Inició un suave movimiento con sus dedos y una corriente eléctrica atravesó todo su cuerpo de forma fugaz. Miró sus ojos, que en ese instante estaban cerrados. Cuando los abrió se encontró con un intenso brillo que tenía que decidir si era a causa de su ebriedad u otra cosa distinta por completo.

No le dio tiempo a reaccionar, ni siquiera a sentir el calor de su aliento aproximarse, Aritz atrapó sus labios y al instante siguiente la agarró por la nuca para pegarla más a él. Inició el movimiento, al principio Sara no lo siguió a causa de la sorpresa, pero la suavidad de su piel le impidió resistirse a la tentación. Lo dejó entrar, siguió su juego. Sus lenguas iniciaron la batalla y él se pegó más contra su cuerpo.

Lo sentía en su totalidad, estuvo tentada de rodearlo con la pierna, por suerte, se resistió.

Aunque el beso nublara su mente por completo, sabía que aquello era una idea horrible que debía detener cuanto antes. No podía, besaba demasiado bien. Su lengua exploraba con lentitud, se mecía a un compás lento y delirante que borraba cualquier atisbo de cordura de su mente. Eso hizo que Aritz se viniera arriba y bajara la mano de la nuca hasta su cadera para acercarla todavía más, hasta que sus cuerpos chocaron.

El calor comenzó a invadirla, ardiente, pasional… Ansiaba continuar con aquello. No obstante, cuando notó la dureza de su erecto miembro contra su monte de venus, fue consciente de la realidad.

Salió del embrujo de sus labios y lo empujó del hombro para separarse.

—Vete —murmuró con seriedad.

—Vamos, pelirroja. Lo estás deseando —le contestó con voz ronca. Era la borrachera la que hablaba por él.

—Estás demasiado bebido, es mejor que te vayas, porque aquí no va a pasar absolutamente nada —insistió.

—No quiero.

Rodó por la cama como una croqueta y se quedó boca abajo. Sara se incorporó y soltó un bufido, frustrada a la vez que excitada como una mona.

—Voy al baño, espero que cuando vuelva, te hayas largado de mi cama.

—Ahá…

Se levantó y salió de la habitación. Encendió la luz del baño para plantarse frente al espejo. Tenía la respiración acelerada junto a las mejillas

enrojecidas por completo. No sabía si por el sol del día anterior o por la calentura que le había provocado ese beso.

Ya era la segunda vez que probaba esos labios de forma tan intensa. Aritz se movía con su lengua de tal forma que era imposible no caer en el hechizo. Era adictivo, pasional y aunque pensarlo era un completo error para mantenerse serena, se lo imaginaba utilizándola en otros lugares de su anatomía y se estremecía de forma involuntaria.

—Ni se te ocurra pensar en eso, Sara —se dijo.

Negó con la cabeza.

Encendió el grifo y se mojó la cara con agua fría. Tenía que centrarse, volver a la cama y descansar un par de horas porque era muy probable que ya estuviera amaneciendo.

Tenía la esperanza de que Aritz no recordara nada, a pesar de que a ella le resultaría complicado quitar lo ocurrido de su cabeza.

Volvió a su habitación, esperando encontrársela vacía, pero su compañero dormía la mona enredado en las sábanas.

—No me jodas —gruñó. Puso un puchero infantil y se acercó.

Lo tocó con dos dedos en el hombro, pero a pesar de un gemido lastimero, no consiguió nada más por su parte.

Dormía como un tronco.

Blasfemó. Se quedó parada durante un par de minutos, luego cogió el móvil y se marchó de su habitación con un bufido.

Eran ya casi las ocho de la mañana, domingo, supuesto día de descanso y estaba en la tesitura de no saber qué hacer. Fue a la cocina, se preparó un café que tomó de forma distraída. Estaba ensimismada mirando a un punto en la pared. Cuando terminó, dio una vuelta por el salón. Volvió a su habitación y comprobó que seguía dormido. Quería despertarlo, mandarlo a la mierda, pero sobre todo pedirle una explicación.

¿Por qué la había besado?

Tenía ganas de gritar de la frustración.

Necesitaba salir a airearse. Abrió el armario y sacó un vestido veraniego para ponerse junto a unas chanclas. Antes de cerrar, le echó un último vistazo. Su postura había cambiado, ahora estaba en posición fetal. Su melena castaña se deslizaba sobre su rostro. Se mordió el labio de forma inconsciente y se quedó embobada con sus facciones tan masculinas a la par que seductoras. Era guapo hasta con la cogorza y despeinado.

Quitó esos pensamientos de su cabeza y se largó.

Respiró hondo nada más salir a la calle. El sol se alzaba con lentitud, pero ya auguraba que sería el protagonista absoluto del día. Hacía calor y humedad. La gente ya comenzaba a llenar las calles. Fue en dirección a las ramblas en un lento paseo, las tiendas comenzaban a preparar su apertura y los bares iniciaban los desayunos con sus primeros clientes.

Siempre había vida. Barcelona era una ciudad muy viva. Al principio de mudarse fue estresante, aunque tras casi cinco años ya se había acostumbrado. Le gustaba el ruido, la muchedumbre, pasear y encontrarse rincones dignos de una novela. Estaba tan llena de contrastes que tendría que vivir cien años más para conocerla al completo.

Caminó sin rumbo fijo por la Rambla de Catalunya y se plantó en la plaza de Colón. Cruzó la rotonda de dicha estatua y llegó hasta el paseo marítimo de la playa de la Barceloneta. Pidió un granizado de limón en uno de los puestos y caminó hasta la orilla. Se sentó en la arena tras quitarse los zapatos. A esas horas ya llegaban los primeros bañistas que comenzaban a arremolinarse a su alrededor. Solía ser gente mayor que aprovechaba la poca afluencia para darse un baño con tranquilidad y tomar el sol con un menor riesgo de quemarse.

Corría una brisa que mecía su cabello. Lo retiró de su cara y se quedó ensimismada con el sonido de las olas. Las aguas estaban tranquilas, pero de vez en cuando aparecía una más alta que mojaba sus pies. Le encantaba la sensación que invadía su cuerpo con ese roce. Se sentía muy afortunada por poder vivir al lado del mar. No eran las playas más bonitas de España, la gente era demasiado destructiva y las llenaba de porquería a diario, aun así le gustaba pasar su tiempo ahí. Liberaba su mente, la calmaba en sus días ajetreados.

Estuvo allí más de una hora, embobada con las aguas. Tan a gusto que le fastidió que comenzaran a llegar más bañistas para invadir la arena y lo enturbiaran todo con sus gritos.

Miró su teléfono móvil, ya eran pasadas las diez de la mañana. Ese tiempo de soledad le sirvió para aclarar un poco su mente en relación a Aritz. Continuaba dándole vueltas en su cabeza a lo ocurrido. Encontrarlo en su cama al despertar fue toda una sorpresa. Cuando se dio cuenta de que estaba borracho, incluso pensó en la teoría de que se había equivocado de habitación. Pero no, iba a por ella. Lo hizo a propósito por alguna razón que no llegaba a comprender.

Necesitaba hablarlo con alguien que no fuera ella misma, pues su mente construía teorías que ya parecían dignas de una película taquillera.

Se levantó de la arena, se sacudió y caminó hasta el paseo. Era momento de volver a casa, sentarse a llamar a Dafne para desahogarse con ella. Tenía media hora de camino a pie que dedicó a mirar distraída a su alrededor. Ya estaba todo abierto y la gente empezaba a llenar la rambla, así que tuvo que desviarse del camino central porque era complicado no chocar.

Llegó a casa acalorada. Encendió el aire acondicionado y se metió en la cocina para servirse un vaso de agua fría directa de la nevera. Se la bebió casi de un trago, después volvió al salón con el teléfono móvil en su mano. Llamó a Dafne y esperó.

En otra época, llamarla antes de las doce del mediodía hubiera sido un acto suicida, pero desde que era madre, madrugaba más que ella, así que le respondió de inmediato.

—Buenos días, hermosa —la saludó. Dejó el móvil apoyado sobre la mesa y le dedicó una breve sonrisa a su amiga. Hacían una videollamada.

—Uy, esa cara me dice que vas a soltarme un discurso —habló después de saludarla.

No se equivocaba, para nada.

Soltó un suspiro.

—Aritz se ha metido en mi cama sobre las ocho de la mañana, borracho por completo y me ha besado —comenzó. Hizo una breve pausa, pero continuó antes de darle tiempo a Dafne de comentar nada—. Yo he seguido ese beso como una imbécil hasta que he sido consciente y luego me he ido de mi propia habitación. Cuando he vuelto, estaba durmiendo la mona. Y ahí sigue, en mi cama desde hace más de dos horas en las que yo me estoy comiendo la cabeza como una imbécil.

Finalizó y cogió aire con profundidad. Lo había soltado a tanta velocidad que le faltaba el aire.

Hubo un silencio durante casi un minuto, que fue roto por la carcajada de Dafne, así que frunció el ceño.

—No me hace ninguna gracia, tía —bufó. Colocó los codos en sus rodillas y se echó hacia adelante, apoyando la cara en sus manos.

—Es que me hace mucha gracia. Lo vuestro es surrealista, tía. Sois como dos adolescentes de instituto, solo os faltan los granos en la cara.

—No hay un nuestro —contestó. Fue el turno de Dafne de fruncir el ceño—. Vale, algo hay, la pregunta es ¿qué?

Soltó un bufido.

La situación la tenía demasiado confusa. Maldijo el día en que aceptó meter a un hombre en su piso. Hubiera sido más sano para su mente buscar a una chica de su edad, que no fuera un recuerdo constante de que sus hormonas estaban alteradas. Porque Aritz lo desestabilizaba todo a causa de su atractivo. Se sentía como una polilla que se empeñaba en ir directa a la luz aun a riesgo de chamuscarse.

—Tendrías que hablar con él, Sarita. Es evidente que os atraéis. Disteis el espectáculo en la playa.

Frunció el ceño, confusa con esa afirmación, así que le preguntó.

Dafne le explicó algo de lo que ella no era consciente, pues estuvo demasiado ocupada jugando con él en el agua. Reconocía que en esos instantes se olvidó de que tenían compañía, solo disfrutaba entre risas, ajena a lo que pudieran parecer desde el exterior. Su amiga le explicó que saltaban chispas, cosa que le hizo fruncir el ceño. Era consciente de que algo había, a pesar de que no podía afirmar que hubiera pasado todo lo que ella definía.

Al menos, no se dio cuenta.

—Habladlo de una vez. No podéis seguir así.

—¿Y qué quieres que le diga? —preguntó con un resoplido—. Él se picó con lo de Víctor y yo con lo de la rubia, pero ninguno tiene los huevos de aclarar nada, y hoy, que iba con esa intención, va y se queda dormido. ¡En mi cama!

—Lo primero que debes hacer es aclararte con lo que tú sientes por él.

Esa era una muy buena pregunta para la que no tenía una respuesta concreta.

Sentía la atracción, pero eso no debería implicar que se colara en sus pensamientos a todas horas, y eso era a causa de haber probado sus labios. No obstante, había más cosas que la llevaban en dirección a él. Sus charlas nocturnas, las bromas, ese juego de frases con doble sentido… todo era un claro juego de seducción que había querido seguir con la esperanza de que solo se quedara en eso, palabras vacías de un par de amigos.

Lo que no pretendía que ocurriera era esa sensación de deseo que la mantenía alerta de cada uno de sus movimientos, porque arrasaba su mente para provocarle una tremenda confusión.

—Me atrae mucho, Daf —dijo al fin—. Pero no es alguien que me convenga.

—¿Por qué?

—Por cómo es —declaró. Quiso saber más y se apresuró en contestar —. Es un chulo, arrogante, mujeriego y sé que si caigo en sus redes se le pasarán las ganas de juego, yo me enfadaré y tendré que verle la cara todos los días porque vive conmigo. Y la verdad, no me apetece vivir rodeada de una situación tensa por un polvo con alguien que dudo que sepa lo que es el compromiso.

Su amiga entendía su posición, pero no era capaz de darle un consejo que le sirviera. El inicio de todo era charlar para desentramar lo que sentían.

—Nunca tendría que haber aceptado que viviera aquí.

—Nadie te puso una pistola en la cabeza, cariño —le recordó Dafne.

—Pero podríais haberme frenado. ¡Joder, fueron mis hormonas las que lo vieron maravilloso! —exclamó. Eso hizo reír a Dafne.

Tras varios minutos de charla tomó una decisión, hablaría con él y le dejaría las cosas claras. No podía haber más besos, mucho menos enfados absurdos a causa de celos injustificados. Aritz le caía bien, podía convertirse en un buen amigo, aunque debían dejar de lado esos juegos que caldeaban el ambiente. Por el bien de los dos, pero sobre todo, para no empañar más su relación.

Llegaban a un punto que no se sostenía, pues no podían estar siempre de morros. No eran pareja, ni nada por el estilo, así que debía cortar de raíz cualquier tipo de sentimiento confuso. Era lo mejor, porque aunque Sara no era una chica enamoradiza, no quería arriesgarse a que pasara con la persona que más la había sacado de quicio en toda su vida.

Cortó la llamada con su amiga con ese pensamiento, a pesar de que no había sabido darle un consejo que la aclarara, se sentía mejor..

—Vamos, Sara, es lo mejor. Habla con él —se animó en voz alta.

Cogió la cajetilla de tabaco que había sobre la mesa antes de salir al balcón, se encendió uno y le dio una profunda calada. Tenía que aprender a controlar eso de ser tan intensa con casi todas las situaciones de su vida, porque le daba vueltas a cualquier tema ocho millones de veces antes de tomar una decisión.

Soltó el humo por la boca y repitió el gesto hasta que se lo terminó. Al volver al salón miró la hora, ya era tiempo de comer, pero su compañero seguía sin dar señales de vida.

Entró en su habitación y lo observó. Continuaba en la misma posición en que lo dejó antes de su paseo. Dormido como un tronco, con el pelo sobre su cara.

Soltó un gruñido.

Necesitaba soltar cuanto antes lo que le quería decir, pero le sabía mal interrumpir su sueño.

Así de tonta era.

Así que, una vez más, le tocaría aplazar la conversación, solo esperaba que eso no hiciera que cambiara de opinión con tratar el tema con suavidad, porque era capaz de acabar mandándolo a la mierda.



Llevaba más tiempo del que podía procesar con la molesta sensación que provocaba demasiada claridad a su alrededor, pero estaba tan cómodo en la cama que intentó obviarlo durante un rato, cosa que consiguió. Hasta que se convirtió en calor y su cuerpo comenzó a sudar de forma molesta.

Hundió la cabeza en la almohada, gruñó y le extrañó que a sus fosas nasales llegara un olor floral de lo más intenso. No recordaba que sus sábanas olieran tan bien.

Aritz se giró para quedar boca arriba, abrió los ojos con extrema lentitud y se esforzó por enfocar. Le dolía la cabeza y tenía la sensación de que en cualquier momento iba a explotar.

—Aritz, tienes que dejar de beber así —se lamentó en voz alta.

Todavía no era capaz de ver bien y maldijo por haber dejado la persiana levantada. Tardó varios segundos, y al fin, vio lo que le rodeaba.

Frunció el ceño.

—¿Qué hago aquí? —se preguntó como si la pared le fuera a responder.

Estaba en la habitación de Sara, por eso le había extrañado el olor de la almohada. Era su perfume, suave, floral y con un toque dulce como el aspecto de su dueña.

No tenía ni idea de cómo había acabado ahí. Una vez más, tenía lagunas. Después de firmar el contrato con Mario, bebió sin control junto a su primo tras una incómoda charla sobre su compañera de piso que lo hizo descontrolarse.

Se destapó para levantarse y salió de allí para ir directo al baño. Necesitaba una buena ducha para despejarse para poder afrontar el día junto a las dudas que lo atormentaban.

Encendió el grifo, lo puso con agua templada así que después de desnudarse se metió para dejar que el agua refrescara su cuerpo. Se puso a pensar, pero por mucho que buscara no encontraba nada que le diera una explicación razonable. Su mente era un vacío difuso con imágenes inconexas teñidas por el color negro.

Solo esperaba no haberla liado, ni haber hecho algo de lo que tuviera que arrepentirse. Suficiente tensión había con Sara como para acrecentarla por culpa de su estupidez.

No se reconocía. Cuando salía de fiesta solía beber algunas copas, eran muy pocas las ocasiones en las que se pasaba hasta el extremo de olvidar. A lo largo de su vida solo ocurría cuando sentía que no podía manejar sus sentimientos, y desde las últimas semanas, definía a la perfección lo que le pasaba.

Salió de la ducha, secó la humedad con la toalla y se plantó frente al espejo. A pesar de todo, no tenía tan mala cara aunque le tocaba un afeitado urgente si no quería parecer un mendigo.

Salió de allí hasta su habitación y se vistió con ropa cómoda, unas bermudas negras fue suficiente, porque el calor azotaba así que se negaba a llevar el torso cubierto por casa.

Antes de ir al salón y comprobar si Sara estaba allí, se metió en la cocina a prepararse un café. No tenía ni idea de cuántas horas había dormido, pero juraría que no demasiadas por el bostezo de más de diez segundos que le sobrevino mientras la cafetera hacía su trabajo. Echó dos cucharadas de azúcar y lo removió, distraído.

La casa estaba demasiado silenciosa, el único sonido que se percibía era el que él creaba al sorber su taza más uno que procedía del salón como de una máquina. Cuando fue hasta allí comprobó que era el aire acondicionado. Oteó a su alrededor y vio a Sara dormida en el sofá.

Se preguntó si estaba ahí desde que él invadió su habitación, pero se le quitó de la cabeza porque iba vestida de calle.

Se acercó despacio y se sentó en el pequeño hueco que quedaba libre. Sus pies lo rozaban y notó que se movía. Los clavó con fuerza y soltó un gruñido cuando le dio una patada.

Cada vez estaba más justo. La observó, parecía un ángel caído del cielo con los ojos cerrados. Sus facciones estaban relajadas, no había rastro de la mueca de enfado del día anterior, pero sabía que eso era porque estaba dormida y no lo tenía delante.

Le dio tiempo a terminar su café con tranquilidad. Sara se movió para ponerse boca arriba, forcejeó con las piernas y al notar la barrera que ejercía él con su cuerpo, gruñó.

—Buenos días, dormilona —murmuró en tono juguetón.

Era probable que continuara de morros, así que haría lo posible por suavizar la situación. Tenía dudas, demasiadas, solo ella podía aclarárselas.

Abrió los ojos con extrema lentitud, confusa e incómoda a la vez. Se había relajado tanto después de su paseo y la charla con Dafne, que se quedó traspuesta en el sofá.

No estaba sola, Aritz la sacó de su duermevela con sus palabras. Se esforzó en enfocar y estaba al otro lado. Retiró los pies en cuanto se percató de que lo rozaba y se sentó.

Todavía estaba atontada, tampoco ayudaba que la primera imagen que enfocaran sus ojos fuera del torso desnudo de su atractivo compañero. Tenía en primer plano sus abdominales, que aunque no estaban muy marcados, eran lo suficientemente tentadores para que le entrara calor a pesar del aire acondicionado. Y no solo eso, sus tatuajes la tenían embobada. Llevaba distintos nombres, además de un lobo blanco de ojos rojos en su pectoral acompañado por una serpiente.

Tuvo que sacudir la cabeza varias veces porque la imagen la calentó, pero al ver su sonrisa socarrona volvió al mundo real, ese en el que seguía enfurruñada con él. Se sentó erguida y miró al frente. El reloj marcaba las tres de la tarde, lo que quería decir que había dormido un par de horas.

—Oye, pelirroja —la llamó.

Giró la cabeza para mirarlo, sin cambiar un ápice su mueca enfadada.

—¿Qué hacía en tu habitación? —preguntó en tono suave.

Sara bufó.

—Eso mismo me gustaría saber a mí —respondió borde.

Su compañero alzó las cejas. No le gustaba el tono condescendiente que salía de sus labios. Sara preveía que de allí iba a salir una nueva discusión.

—Si lo supiera, no te preguntaría —fue el turno de él de sonar borde.

Lo miró con fijeza. Clavó sus ojos en los marrones de él. Intentaba descubrir con ello si recordaba algo de lo ocurrido, no obstante, tenía el presentimiento de que la respuesta era negativa. Con solo pensarlo, su furia iba a más.

Se quedó en silencio, aguantando las ganas de mandarlo a la mierda, pero respiró hondo en un intento de tranquilizarse.

—¿Vas a decírmelo? —insistió.

—¿De verdad lo quieres saber? —lo retó. Aritz asintió y cambió su posición.

Se acercó de forma peligrosa, como un depredador. Ella no se amilanó y le mantuvo el gesto, quedando sus rostros a unos treinta centímetro de distancia.

Notaba el calor que desprendía su aliento al respirar.

—Te metiste en mi cama, borracho como una cuba, te intenté echar de mi habitación y me besaste. Me largué y al volver dormías como una puñetera marmota —escupió de golpe.

Aritz se echó hacia atrás. Confuso.

—Por lo que veo, no te acuerdas de nada —negó e hizo un chasquido con los labios. No sabía si estaba enfadada o decepcionada, sus sentimientos la confundían y no ayudaba observar el rostro estupefacto del chico.

—Es imposible que yo haya hecho eso —dijo al fin.

Arqueó las cejas con incredulidad y soltó una histriónica carcajada.

—Pues lo hiciste, capullo.

—No me lo creo —continuó.

—Claro, cielo, yo soy tan retorcida para inventarme algo así —ironizó —. Lo que tienes que hacer es controlar cuánto bebes, tío, porque ya es la segunda vez en menos de un mes que llegas así y no te acuerdas ni de lo que haces —alzó la voz. Aritz cada vez abría más los ojos y ella no podía parar su diatriba—. Encima que te metes en mi cama, me despiertas y me besas a traición, me llamas mentirosa. Tú lo que eres es un capullo que se ha propuesto volverme loca.

—Te equivocas, pelirroja, ¡estás loca! —la cortó en el mismo tono.

Mantenían la vista fija en el otro, midiéndose. Los dos mostraban un creciente enfado y compartían el pensamiento de que se comportaban como auténticos imbéciles. La discusión ni siquiera tenía sentido, pero había algo que los llevaba a enfrentarse como dos inútiles.

Sara cada vez que se proponía mantener sus sentimientos a raya, Aritz hacía algo que sacaba lo peor de sí misma. Estaba enfadada, no solo porque hubiera invadido su habitación, sino porque le había robado un beso que prendió el fuego de su interior y él no se acordaba de nada en absoluto.

Le daba la sensación de que jugaba con ella y no lo podía permitir, porque aunque no estuviera abierta a una relación con nadie en ese punto de su vida, tampoco podía dejar que él fuera dejando pedazos en su mente que la mantenían pendiente de sus pasos.

—Yo estaré loca, pero tú eres un imbécil que se cree que soy una de esas niñatas con las que te enrollas. Y no, yo soy una mujer con dos dedos de frente que sabe que no mereces la pena porque te encanta jugar sucio —dijo al fin.

Se separó de él y se levantó del sofá, dispuesta a encerrarse en su habitación durante lo que restaba de día.

Pero no logró dar un solo paso, Aritz la cogió de la muñeca y tiró hacia él.

Chocó contra su cuerpo. No cayó al suelo porque la agarraba y ejercía de barrera. Se separó de inmediato, parecía que estaban abrazados. Lo que menos le apetecía era sentir su contacto, porque su mente calenturienta construía castillos en el aire.

—¿Eso crees de verdad? ¿Que no merezco la pena?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me seguiste el juego con el beso? —le recordó muy serio.

—Me pillaste por sorpresa.

—Pero disfrutaste —continuó. No había ni rastro de arrogancia en sus palabras, hablaba serio.

Había vuelto a acortar las distancias y Sara tenía que arquear el cuello para poder mirarlo a los ojos. Sus labios formaban una fina línea a causa de la tensión y los hoyuelos de sus mejillas se enmarcaban bajo el creciente vello de su barba.

—Noté cómo me recibías, cómo agarraste mi nuca para acercarme, y eso, pelirroja, no es algo que sea capaz de olvidar —añadió con voz ronca ante su silencio.

—Pues olvídalo, porque no volverá a pasar.

Su tono no sonó demasiado convincente, al contrario, se convirtió en un suave susurro. Su cercanía no ayudaba a que tomara la decisión de

marcharse de ahí de una vez por todas.

—¿Por qué?

—Porque no nos conviene.

—Eso está por ver…

Y dichas esas palabras, Aritz se lanzó, hambriento, a devorar su boca. La pegó por completo tras cogerla de sus sensuales caderas y se unió a su cuerpo. Sara ya era víctima de su embrujo y no podía, ni quería, dejar de saborear esos dulces labios que tan bien se movían contra su boca. Lo cogió de la nuca y entreabrió su cavidad para darle la bienvenida. Sus lenguas juguetearon frenéticas en un juego que si no se detenía, ya sería demasiado tarde.

El sabor de Aritz era adictivo, y sus besos, una droga que no quería dejar. Avivaba su cuerpo al completo, y su mente, no quería hacer caso a las excusas que pensaba para mantenerlo alejado.

Solo quería dejarse llevar.

Se separó unos segundos para mirarlo y coger aire. Sus ojos marrones tenían un brillo de lujuria en el que ella misma se veía reflejada. Era tan intenso que cortaba la respiración. El siguiente beso fue porque ella dio el paso, desesperada por volver a sentir su contacto y aprovechó para iniciar un recorrido con sus manos sobre su pecho desnudo. Memorizó con el tacto cada músculo, pliegue y sensación que con solo tocarlo le transmitía.

Ya no había marcha atrás. No tenía la fuerza de voluntad suficiente para parar lo que sabía que ocurriría a continuación.

—Vamos a la cama —pronunció contra sus labios.

—¿Estás segura? —respondió él, acelerado.

No lo estaba en absoluto, mas era algo que solicitaba su cuerpo con urgencia.

Ya tendría tiempo de arrepentirse. Ambos eran adultos, el problema radicaba en que no tenían las cosas claras y podría suponer que su creciente amistad se fuera a la mierda. El deseo era tan fuerte en ese instante, que nada más importaba.

No pronunció su respuesta, simplemente lo besó y lo fue arrastrando en dirección a la habitación. Aritz terminó de guiarla y la tumbó sobre la cama de un suave empujón.

—Prepárate, pelirroja, porque voy a hacer que lo único que quieras sea gritar mi nombre —dijo en tono arrogante.

—No hagas que me arrepienta antes de tiempo —susurró sin apenas convicción y él continuó con su sonrisa.

Aritz subió a horcajadas. Sus manos se entretuvieron bajo su vestido y ella se incorporó para que pudiera arrebatárselo con comodidad. Lo tiró en algún lugar de la habitación para de inmediato centrar la atención en su cuerpo.

Volvía a estar tumbada. El sol que entraba por la ventana incidía sobre su piel, sin embargo, lo que la calentaba eran las manos de él acariciando cada una de sus curvas. Su cuerpo no era perfecto, tiempo atrás fue motivo de cientos de inseguridades, aunque ahora apreciaba cada imperfección y a Aritz parecía que le agradaba lo que veía. Sus ojos se lo decían, brillantes mientras la recorría con ellos. Él se deshizo de su sujetador para dejar sus pechos expuestos con una maestría con la que no le hizo falta ni sentarse.

—Eres maravillosa —pronunció con adoración. Sus palabras fueron un susurro sincero que erizó todo el vello de su piel.

Se lanzó una vez más a por sus labios y mordisqueó el inferior. Sara soltó un pequeño gemido, porque su sexo notaba la dureza de su miembro cubierto con el fino pantalón. Eso despertó su necesidad de sentirlo, mas sabía que no sería tan sencillo. Aritz, con sus pintas de macarra, parecía ser de los que se recreaba mucho con el sexo.

El chico dejó un mordisco en su cuello y gimió. Inició un recorrido a partir de ahí en el que fue descendiendo. Hizo una parada en sus montículos y los colmó de húmedas caricias con su lengua que los irguieron por completo. Ahí salió su primer gemido en alto. Aritz paró un segundo para observarla con una sonrisa. El brillo juguetón de sus ojos estaba a punto de terminar de hacerle perder la cordura.

Aquello era delirante, tanto que creía poder correrse solo con eso. No solo era un artista con la guitarra, sus manos debían ser veneradas como si tuviera superpoderes. Amasaba sus pechos de forma maestra, con suaves caricias que eran acompañadas con esa lengua que la enloquecía. Mordió uno de sus pezones y el dolor la excitó todavía más, si cabía.

Continuó su camino con cautela, besó su abdomen con adoración y paró con sus manos sobre sus braguitas. Ansiaba que se las arrancara, que dejara al descubierto su sexo y lo llenara de caricias, pues sabía que con solo un roce llegaría a su primer orgasmo. Metió la mano por la cinturilla y ella se apoyó sobre sus talones para facilitarle la retirada de la prenda.

Iba lento, demasiado… Lo miró, estaba centrado, pero soltó un bufido que llamó su atención.

—¿Ansiosa? —se regodeó con arrogancia. Si no estuviera tan excitada lo habría mandado a la mierda.

—No juegues conmigo, pelucas.

—¿Cómo me has llamado, bruja? —se carcajeó sin retirarse. Sus bragas seguían bajando, pero no lo suficiente para estar contenta.

Solo quería que desaparecieran.

—Pelucas.

—Te estás ganando que pare —amenazó. Pero no sonaba nada creíble.

Estaba de rodillas sobre la cama a causa de la impaciencia y se lanzó a bajar sus pantalones. Su miembro se alzaba, enhiesto, presionaba la tela y Sara dudaba que tuviera autocontrol para parar, así que su amenaza caería en saco roto.

—Para si quieres. En el cajón tengo una polla de plástico que me dará lo que quiero sin tanta cháchara —mintió a medias.

La tenía, pero dudaba que con el juguete consiguiera sentir lo mismo que con él. Rio, su carcajada era profunda. De un rápido movimiento se deshizo al fin de sus bragas, la miró ladino y se relamió. En ese instante supo que el pique de palabras había terminado.

Abrió sus piernas por completo. La observó con tal deleite que no pudo reprimir un gemido, pues sus ojos marrones le mostraban cuánto le excitaban aquellas vistas. Acarició sus piernas, luego el interior de sus muslos y rozó con suavidad su humedad. Dio un respingo y él sonrió, complacido. Se sabía con un gran poder que no le podía negar, puesto que tenía en sus manos su placer. Pasó un dedo por la zona y lo lamió de forma tan sensual que sintió espasmos. Aritz no hacía nada que no fuera atractivo.

—Joder, Aritz, me voy a volver loca.

—¿Qué quieres? —preguntó. Sus dedos paseaban por la humedad y de vez en cuando dejaba toques en su clítoris que la hacían temblar.

—Lo sabes a la perfección… —contestó entre dientes. Un gemido entrecortó su voz, porque él introdujo un dedo en su interior.

—Quiero que lo digas.

Bombeó varias veces, presionando en el punto justo que la hizo gritar de placer. Estaba al borde del orgasmo, tan cerca, que gruñó cuando sintió el vacío en su interior.

Se acababa de volver a apartar, y Sara, se sentó sobre la cama para quedar cerca de su rostro.

Sonreía socarrón, los hoyuelos de sus mejillas se pronunciaban, pero sabía la forma perfecta de que se borrara su mueca.

—Quiero tu polla, ahora —exigió y metió las manos por la goma del fino pantalón.

No llevaba ropa interior, así que el acceso fue sencillo. Abarcó su envergadura en las manos y sonrió cuando con su masaje escuchó su gruñido.

—Eres mala, pelirroja —dijo contra sus labios. Ella seguía con su juego y con la mano libre terminó de retirar el pantalón.

—Mala no, pero me gusta coger lo que quiero, y es esto.

Atrapó sus labios para darle un mordisco y luego se puso a cuatro patas. Alcanzó su polla con la boca y la lamió, sintiéndose poderosa. Aritz soltaba gruñidos roncos, disfrutaba con las caricias de su lengua. No estuvo mucho en esa posición porque su compañero la alzó y la volvió a tumbar.

Recuperaba el control. Aventurarse a lamer su verga al menos había surtido efecto, porque ya estaba encajado entre sus piernas.

—Mierda, ¿tienes condones? —preguntó cuándo estaba a punto de entrar.

Asintió y se separó a regañadientes. Lo cogió de la mesita de noche y se lo lanzó.

No podía esperar más. Lo quería dentro, por suerte notó su urgencia y accedió a cumplir sus deseos.

Era la primera vez en su vida que se corría con solo una embestida, pero los juegos previos la habían colmado de placer. Gimió descontrolada y pronunció su nombre de forma inconsciente. Eso lo hizo sonreír y la besó mientras iniciaba sus acometidas.

Al principio fue lento y pausado. Acariciaba todo su cuerpo sin dejar ni un solo hueco libre. No terminaba de abandonarla el primer orgasmo cuando el segundo ya se gestaba. Posó la mano en el punto en que se unían y la acarició sin perder el compás de las embestidas.

La locura hizo presa a su mente y cerró los ojos. Reconocía todas las partes que tocaba, obraba de una forma que le hizo perder la cordura. Un segundo orgasmo lo arrasó todo y se dejó llevar entre gritos. Él aumentó el ritmo, sus pechos rebotaban con el movimiento. Creía que ya no sería capaz

de llegar al clímax una vez más, pero Aritz lo consiguió sin apenas esfuerzo.

Gimieron al unísono y notó la totalidad de su cuerpo caer sobre ella. Atrapó sus labios una última vez en un gesto posesivo y se tiró a un lado en la cama.

Los dos estaban exhaustos, con la respiración acelerada y se quedaron en silencio.



Estuvo tumbada durante muchos minutos. Miraba al techo y se preguntaba una y otra vez qué había hecho. Decir que no lo deseaba sería una auténtica mentira que ni ella misma creería, pero conforme pasaba el tiempo, desnuda sobre la cama junto al hombre que la traía de cabeza, la realidad la golpeó.

Se levantó como impulsada por un resorte bajo la atónita mirada de Aritz que reaccionó con su movimiento. Este seguía a su lado y hasta hacía unos segundos en su rostro se dibujaba una mueca relajada. Cogió toda su ropa del suelo y se vistió con rapidez.

El arrepentimiento había llegado antes de lo previsto.

¿Qué demonios había hecho?

Cometer un tremendo error, esa era la respuesta correcta.

—¿A dónde vas? —preguntó con seriedad.

Le lanzó una rápida mirada, fruncía el ceño, confuso.

—Me voy —dijo sin más.

Lo dejó con la palabra en la boca. En el salón cogió su teléfono móvil y fue en dirección a la salida de su casa. Cogió el coche, porque si se quedaba, tendría que afrontar la situación y era lo último que quería en ese instante.

Se había dejado llevar por completo, ni siquiera se hizo caso a sí misma sobre mantener las distancias. Fue físicamente imposible, en el momento en que sintió sus labios, no hubo marcha atrás. Toda convicción desapareció de su mente y el imán que ejercía una fuerte atracción entre ambos, impidió su separación.

Aparcó el coche frente a casa de su hermana y suspiró. Ni siquiera fue consciente de conducir hasta allí, pero su subconsciente le pedía desahogarse. No entró de inmediato, se quedó en el vehículo durante un buen rato.

Hacía mucho calor y tuvo que poner al aire acondicionado. Según marcaba el termostato estaba a treinta y tres grados, aunque ya eran más de las seis de la tarde, el sol continuaba golpeando con fuerza.

Bajó el parasol para mirarse en el pequeño e inútil espejo y estaba como un tomate. Volvió a su cabeza lo ocurrido y se sonrojó más.

Después de tres intensos orgasmos todo le parecía idílico. Había disfrutado con Aritz de algo que la llevó a la completa locura, a tal nivel, que ahora se arrepentía.

—Te has lucido, Sarita —se reprochó.

Tras castigarse varias veces más por imbécil, salió del coche y llamó a la puerta de su hermana. Bea le abrió con una sonrisa, mas cuando vio su cara —que dedujo que dibujaría una mueca desencajada—, se puso seria.

—¿Qué ha pasado? —se adivinaba un poco de preocupación en su tono.

—Me he acostado con Aritz —soltó sin más.

Abrió los ojos, parecían a punto de salir de sus órbitas. La invitó a pasar y fueron directas al salón. Sara se tiró en el sofá y soltó un largo suspiro.

—¿No decías que eso no iba a pasar? —habló su hermana tras unos minutos de silencio.

—Sí, lo dije. Pero como ves, no ha servido para nada —ironizó.

De repente el sonido de las carcajadas llegó a sus oídos. Bea se retorcía de la risa en el sofá, consiguiendo que frunciera el ceño y soltara un gruñido.

Ella no le veía la gracia por ninguna parte.

—¿Podrías parar de reírte en mi cara?

—Joder, Sarita… es que… no puedo —continuó.

Dejó que se desahogara porque no había forma humana de que parara. Para eso pasaron unos cinco minutos en los que aprovechó para ir a la cocina y robarle una cerveza de la nevera. Le dio un largo trago y miró a su hermana. Sus labios estaban tensos para esconder la sonrisa que quería provocarle un nuevo ataque de risa.

—Venga, hermanita, cuéntamelo todo —dijo ya calmada.

No sabía por dónde empezar, porque había varias cosas que aún no le había dicho. Sabía lo del beso del día del concierto, pero poco más. Así que

primero le contó su aventura con Víctor y lo que aquello desencadenó durante las siguientes semanas.

—No sabía que te acostaras con alguien sin apenas conocerlo —murmuró. Estaba atenta a sus explicaciones y no la reconocía.

Siempre fue la recatada, sí que ligaba, pero era de las que tenía el pensamiento de que antes de acostarse con alguien debía conocerlo para después no llevarse sorpresas desagradables.

Pero al parecer, ya ni eso cumplía.

—No sé qué me pasó con Víctor. El tira y afloja con Aritz, el cabreo tan absurdo que me poseía y lo cachonda que me pone, hizo que me tirara en brazos de otro —confesó—. Sabía que tenía que poner un parche a lo que sentía, pero no funcionó como creía. El muy capullo tuvo que presentarse borracho y meterse en mi cama —bufó.

Preguntó sobre eso, puesto que aún no había llegado a esa parte de su relato. Se sorprendió que todo eso hubiera ocurrido y que no la llamara de inmediato para contárselo.

—No creí que fuera relevante —se encogió de hombros—. Además, todo esto ha ocurrido en cuestión de horas. Eso ha sido a las ocho de la mañana y siete horas después voy y me lo tiro. Yo quería una explicación del porqué lo había hecho y ni siquiera lo recordaba. Eso me ha enfadado más, hemos discutido, y de repente, me estaba comiendo los morros —soltó sin apenas respirar.

Decirlo en voz alta solo hacía que reviviera esos instantes. Incluso le costaba ser consciente de lo rápido que ocurrieron los hechos.

—No pude separarme de él, Bea. Lo deseaba, mi cuerpo lo ansiaba… —continuó.

—¿Pero sientes algo por él? A ver, está claro que es atractivo y eso te ha llevado a sus brazos, pero esa reacción por tu parte, la intensidad con que lo cuentas… Me parece que ahí hay algo más que ni siquiera tú sabes interpretar.

Tenía razón. En todo. No sabía cómo gestionar sus sentimientos.

—No sé lo que siento, ese es el problema —suspiró—. Que me gusta creo que es algo evidente. Joder, Bea, no solo toca la guitarra y canta como los ángeles, sus manos han provocado pura magia en contacto con mi cuerpo —confesó y alzó los brazos—. Me corrí tres veces, casi seguidas. Lo disfruté tanto que, en mi mente, no pude encontrar mi propia convicción de hablar las cosas con él e intentar apartar la tensión sexual a un lado.

—¿Repetirías? —preguntó.

Se mantuvo en silencio para pensarlo. Su cabeza le decía que sería una idea pésima, pero otra parte, que no sabía si se trataba de su corazón o sus hormonas, ansiaba volver a enloquecer bajo sus caricias.

—No debería, pero reconozco que no sé si sería capaz de resistirme —dijo al fin—. Eso contando con que no se vaya de casa, porque creo que la hemos cagado al mezclar convivencia con sexo.

—O no. Quién sabe, a lo mejor sale algo de vuestro lío.

—Ni de coña. Ni yo pretendo una relación y dudo que él sepa algo sobre eso. Es un mujeriego. En tres meses viviendo conmigo se ha traído a una docena de tías —musitó y se dio cuenta del rastro de amargura que acompañaba a su voz.

—Y eso te molesta —afirmó—. Al igual que a él le ha molestado tu rollo con Víctor. Mi conclusión es que los dos sois imbéciles y que como no aclaréis las cosas, acabaréis haciéndoos mucho daño.

—Lo dudo.

Bea arqueó las cejas y puso una mueca.

—Ya me lo dirás en un tiempo.

Quiso cortar de raíz la conversación porque no quería pensar más en Aritz, una misión imposible porque su imagen aparecía en sus pensamientos como si fuera Jesucristo. Tuvo la suerte de que poco después llamaran a la puerta. Tras ella, cruzaron sus padres, Enrique y Martina.

—¡Pero si está aquí mi pequeña! —exclamó su madre. Sara se levantó con una sonrisa y le dio un fuerte abrazo—. Estás muy colorada.

—Ayer me quemé un poco en la playa.

Su madre torció el gesto, pero le restó importancia.

Martina era la copia exacta de Sara, por supuesto, con una treintena de años más. Llevaba el cabello con su color natural, castaño. Sara tenía mucha confianza con ella, no solo compartían rasgos físicos, también la personalidad era idéntica, lo que quería decir que carecía de filtros.

—Tú hoy has follado.

—¡Mamá! —lloriqueó avergonzada.

Su madre soltó una carcajada y a sus espaldas Enrique fruncía el ceño.

Su padre era todo lo contrario. Serio, bastante recto, pero con un lado divertido que solo sacaba con su círculo de confianza. Así que la vida sexual de la niñita de sus ojos no parecía hacerle gracia.

—Se ha tirado a Aritz.

—¡Chivata! —le gruñó a su hermana, quien sonreía socarrona.

—¿Su compañero de piso? —Bea asintió, porque a pesar de que era ella la protagonista de la conversación, no le hacían ni caso.

—No, si tonta no es —continuó su progenitora.

Bufó porque continuaron con el tema sin contar con ella. A un metro de distancia su padre las miraba con el ceño fruncido. Sara se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—No me gusta ese chico —le dijo con seriedad, pero no le dio importancia porque era la misma frase que pronunciaba con todos sus líos.

A muchos de ellos ni siquiera llegaba a conocerlos, pero nunca le gustaban. Enrique no aceptaba que su pequeña estuviera con hombres. Con Bea era más permisivo, quizá porque era la mayor y menos cabra loca, porque aunque Sara era responsable, su personalidad siempre la llevaba a cometer locuras.

Como la ocurrida hacía apenas una hora.

En el tiempo que hacía que Aritz vivía en su piso, sus padres coincidieron con él en un par de ocasiones. En ninguna de ellas entablaron una conversación más profunda que lo cordial. De hecho Sara, era cierto que lo había puesto a caer de un burro durante alguna charla con su madre, no obstante, parecía haberlo olvidado todo, porque hablaba con entusiasmo con Bea.

Soltó un suspiro.

Su padre se desentendió de la conversación y se sentó en el sofá. Sara cogió la cerveza que tenía abierta y pasó por delante de las cotillas para salir al pequeño balcón del piso después de coger de su bolso el paquete de tabaco y el móvil.

Necesitaba un cigarrillo.

Se sentó en una de las sillas dispuestas y lo encendió. Luego abrió el grupo de WhatsApp que tenía con sus amigos y leyó lo que habían escrito durante el día. Tenía varias menciones dedicadas a ella en las que le preguntaban qué había ocurrido el día anterior en la playa con Aritz. Como no contestaba, ellos hicieron suposiciones y en una de ellas, Cova aseguraba que terminarían en la cama.

La cabrona tenía razón.

Mencionó ese comentario, sin pensar en lo que hacía, le contestó:

«Has acertado».

No pasó ni un minuto cuando su móvil comenzó a sonar con *American Idiot* de Green Day. Ella no era americana, pero sí idiota. Era una videollamada a cuatro bandas. Todos reunidos. Se plantó frente a la cámara y se descubrió con una mueca rara que no supo descifrar.

—¡Tíaaaaaaaaa! —Dafne fue la primera en hablar. Enoch estaba tras ella, con los ojos muy abiertos y una sonrisa burlona que la hizo gruñir.

—¿Pero cómo te has acostado con mi primo? —exclamó Alex, escandalizado.

—Cielo, no creo que haga falta que te dé la teórica de cómo se folla —habló Cova.

Sara ni siquiera había saludado. Como le había pasado con su hermana y su madre, sus amigos mantuvieron su propia conversación sin incluirla. Sus voces llamaron la atención. Bea fue la primera en aparecer tras ella, luego lo hizo su madre e incluso le robaron el móvil para opinar sin saber.

Se encendió otro cigarro, total, no le prestaban atención. Su madre ahora conversaba con Alex y le preguntaba sobre las intenciones de su primo.

—No lo sé, Martina. Le atrae mucho tu hija, pero no es alguien a quien le entusiasme la idea de las relaciones —explicó.

—En eso se parecen —añadió Bea y soltó una carcajada que fue acompañada por las risas del resto.

—¡Sois todos unos imbéciles! —gritó.

Su madre se acercó con su móvil y se lo puso en la cara para que todos vieran su mueca de hastío.

—Cariño, no te pongas así —la tranquilizó.

—Joder, estáis hablando sobre mí sin incluirme y ninguno ha tenido el valor de preguntarme. Solo hacéis conjeturas —explotó.

Se quedaron en silencio, debieron de ver algo en su cara que los hizo dejar de bromear durante un rato.

—¿Te gusta? —fue Alex el que se atrevió a preguntar.

Ya había respondido esa pregunta a su hermana, pero no llegó a afirmar ni negar con sinceridad.

—Sí, Alex, me gusta —confesó—. Pero no puede haber nada más entre nosotros. Ha sido un calentón sin más que no se va a volver a repetir. Ya la hemos cagado una vez.

—¿Has disfrutado?

—Joder, Dafne, que mi madre está aquí —rio sin poderlo evitar. Le echó una ojeada a su progenitora y aguantaba la risa—. Sí, mucho. Demasiado —reconoció abriendo mucho los ojos.

Las carcajadas no se hicieron esperar. Por suerte la conversación continuó de forma distendida, pero Alex los abandonó después de que le llamaran al timbre de casa. Cuando colgó, su madre le dio un abrazo. Sabía que quería decirle algo más, aunque se contuvo.

Estaba cansada del tema, pero por mucho que luchara, ella misma era incapaz de olvidarlo.

Llegó la hora de la cena, su padre pidió comida a domicilio y comieron en familia, momento en el que tuvo la oportunidad de hablar de su trabajo.

Tenía una relación muy estrecha con todos ellos a pesar de que no los veía demasiado. Vivir en otra ciudad, aunque cercana, la mantenía a distancia, pero sobre todo era culpa del trabajo. Por suerte quedaba menos de un mes para coger vacaciones y ya le había prometido a su madre pasar un día de playa con ellos.

Su teléfono móvil sonó. Era una notificación. Dejó el tenedor a un lado y lo desbloqueó. Su cara de sorpresa hizo que su hermana se asomara a cotillear.

«¿Vas a venir a casa?».

Era Aritz.

—¿Qué vas a decirle? —preguntó su hermana.

—Nada —respondió—. ¿Me puedo quedar contigo esta noche?

—Viene Diego…

—Por favor —suplicó. Dibujó un puchero en su cara con el que sabía que no se podría resistir.

—Vale, pero eres una cobarde.

No rebatió su afirmación, porque era lo más cierto del mundo.

No quería estar en casa para encontrárselo de frente porque no tenía ni idea de cómo reaccionaría. Además que tampoco confiaba en sí misma si a él se le ocurría iniciar de nuevo su tira y afloja. Caería entre sus brazos sin poderlo evitar, porque la atracción era tan intensa que se convertía en inevitable.

Por suerte fue en coche hasta allí y no tendría problemas para acudir al trabajo al día siguiente. Solo esperaba no verlo por allí, sin embargo, no tardaría mucho en ocurrir ese momento incómodo de verse las caras tras haberse acostado.

Al fin y al cabo, vivían juntos.



Creía que todo iba bien, que conectaron en la cama y que las cosas entre ellos irían a mejor. Sara estuvo receptiva, ardiente, disfrutó de cada uno de los toques que le proporcionó con las manos y su cuerpo. Se quedó extasiado de placer, saciado, pero a la vez con ganas de repetir con la pelirroja. Parecía que ella se sentía igual, mas luego se levantó de la cama sin explicaciones y se largó.

Ese fue el instante en el que fue consciente de que la había cagado.

—Tendrías que haberte guardado la polla. Si es que eres imbécil… —se regañó en alto.

Todavía seguía en la habitación de su compañera. Hacía más de una hora que se había marchado, pero se quedó tumbado. Estaba embriagado por el olor de su perfume y todavía estaba cansado de la fiesta que se metió el día anterior.

Hizo acopio de todo su valor y consiguió salir de aquellas sábanas que lo incitaban a quedarse. Fue al baño, dejó el agua de la bañera correr para ducharse y quitar de su cuerpo cualquier rastro del aroma de Sara.

Estaba aturdido y con ganas de desahogarse con alguien. La única persona que tenía en Barcelona, además del grupo, era su primo, así que cuando se vistió, cogió las llaves de su moto y condujo en dirección a Badalona.

El aire que azotaba a su rostro parecía proceder directo de Mordor, con el casco era mucho peor. El viaje fue corto, pero tedioso. Aparcó frente a su

edificio y llamó. Por suerte, estaba en casa, así que podría soltar todo lo que sentía, aun a riesgo de que su primo le cortara los huevos.

Dudaba que con lo ocurrido le hiciera daño a Sara, pero su huida quería decir algo en lo que no quería pensar.

La puerta se abrió y apenas encontró sorpresa en la cara de Alex. Era como si hubiera esperado que apareciera sin avisar.

—Pasa, anda, que te voy a dar una hostia.

Su forma de saludar lo confundió, esperó a estar dentro para preguntar sobre ello. Se fue directo al sofá y soltó un resoplido mientras llevaba las manos hasta su rostro.

—¿Cómo se te ocurre? —soltó.

—La pregunta es, ¿cómo te has enterado? —dijo Aritz antes de iniciar su desahogo.

No llevaba pintado en la cara que se había acostado con Sara.

—He hablado con ella —admitió y él abrió los ojos con la sorpresa reflejada. Estaba a punto de preguntar qué era lo que le había dicho, pero no hizo falta—. No, no te voy a decir nada, y menos, sin escucharte a ti primero.

—Discutimos, la besé, ella me siguió el rollo y nos fuimos a la cama —resumió. Poco más podía decir—. La he cagado.

—Hasta el fondo, colega. —Le dio una palmadita en la espalda y suspiró con él.

Su mente viajó hasta ese instante, no podía mentirse a sí mismo diciendo que se arrepentía, porque no era así. Acostarse con Sara era algo que rondaba por su cabeza casi desde el día en que la conoció. De hecho, era un reto que pretendía conseguir, sobre todo desde el instante en que probó sus labios, pero no de esa forma. La discusión fue la causante de todo, en el ardor de la batalla, solo hicieron caso a sus impulsos y ninguno se planteó que todo se tratara de un error hasta que fue tarde.

—No sé qué hacer, primo.

—¿Te arrepientes? —inquirió con cierta curiosidad.

—Para nada. Mentiría si dijera lo contrario porque ha sido alucinante. Sara es explosiva, pasional, estoy seguro que ni siquiera he descubierto una mínima parte de ella —relató. Soltó un bufido al recordar sus curvas.

Tenía la imagen de su cuerpo desnudo clavada en la mente. Tan tentador, seductor y caliente.

Sacudió la cabeza porque su verga amenazaba con despertarse.

—No necesito detalles —dijo al fin—. Ya he escuchado hoy demasiado sobre vuestra vida sexual.

—¿Y qué ha dicho?

—Pues lo mismo que tú —reconoció.

Se dibujó una sonrisa involuntaria en su rostro. Esa respuesta le hacía suponer que a ella también le gustó. Era algo de lo que no tenía dudas, puesto que llegar al orgasmo tres veces casi de forma encadenada, era una prueba fehaciente de que lo disfrutó tanto como él.

—Pero se arrepiente —le confesó. No pretendía romperle la magia, mas era la verdad.

Eso le dolió un poquito.

—Esto va a joderlo todo —bufó.

—Si no os aclaráis, seguro —afirmó—. Os parecéis más de lo que creéis. Tú estás cerrado a una relación, al igual que ella, pero os gustáis y eso es algo que salta a la vista.

Se quedó en silencio, porque no sabía qué responder. Sin embargo, Alex insistió en preguntar sobre sus sentimientos.

—Me gusta, pero no sé hasta qué punto. No quiero atarme a nadie, eso lo tengo claro, pero si se me presenta la oportunidad de nuevo, dudo que pueda evitar caer en la tentación.

—Acabaréis sufriendo —vaticinó.

—Somos adultos. Esto es solo una atracción —le restó importancia e hizo un gesto con la mano.

—Te vuelvo a repetir la amenaza, si le haces daño, te corto los huevos.



Aquella noche en casa de su hermana solo le sirvió para darle mil vueltas al tema. A cada instante que cerraba los ojos, se veía en la cama con Aritz y la temperatura de su cuerpo subía, hasta el punto de hacerle creer que tenía fiebre.

Al día siguiente fue al trabajo, evitó cruzarse con él en los platós, y en casa, fue sencillo porque supuso que ensayaba con el grupo. Así que lo único que tuvo que hacer fue encerrarse en su habitación antes de que llegara.

Eso era lo que llevaba haciendo toda la semana. Huía, incapaz de enfrentarse a su mirada.

Pasaba casi todos sus ratos libres en el trabajo junto a Víctor a modo de distracción. El chico admitió que no conseguiría nada con ella, pero al menos, poco a poco se convertían en amigos.

—¿Qué tal tu fin de semana? —le preguntó Víctor mientras tomaban un café en el exterior.

—Si te soy sincera, apenas he salido de la habitación —relató con una sonrisa a la que no llegaba una verdadera alegría.

—¿Huyendo de tu compañero de piso? —Asintió.

Le contó parte de la historia minutos después de que se le hubiera insinuado de nuevo. Eso cortó de raíz su coqueteo, pero a diferencia de otros tíos, lejos de sentirse rechazado, le dio consuelo con una charla.

—No huyo, solo me evito el mal trago de ser consciente de la tensión que nos envuelve cada vez que nos cruzamos —se encogió de hombros y puso una mueca.

Su explicación era poco creíble así que no se la tragó. El chico soltó una fuerte carcajada que se le contagió al instante. Sonaba todo tan ridículo que ni ella misma se reconocía.

Darle vueltas a las cosas debería estarle prohibido, porque no paraba. Una y otra vez pensaba en lo mismo y lo suyo ya rayaba en la locura.

—Sigo diciendo que deberíais hablar.

—Joder, Víctor, ya pareces uno de mis amigos de toda la vida. Todos los días me dicen lo mismo —bufó.

Llevaba escuchando eso durante los últimos siete días más veces de las que le gustaría.

Se encendió un cigarrillo mientras terminaba su café y consiguió que cambiara de tema. Pasaron allí una media hora hasta que tuvieron que entrar al rodaje. Víctor era el que se encargaba de una de las cámaras y a ella le tocaba revisar que todo estuviera perfecto para la escena. El decorado era una habitación de matrimonio. Se acercó a revisar los objetos, uno por uno, para sacar aquellos que no existían en los años cincuenta.

—¿En serio? ¿Un despertador electrónico? —vociferó con un bufido.

Un asistente de decorados se acercó y se llevó el artilugio con un gesto avergonzado.

Tardó media hora en comprobar que estuviera todo listo. Al terminar se reunió con los actores para comprobar que los atuendos fueran acordes y no llevaran nada tecnológico que luego apareciera en escena. Era la persona

más meticulosa y no quería parar el rodaje para que algún actor se quitara un reloj inteligente.

Hubo un día en que pasó.

Por suerte, no volvió a ocurrir, eso hizo que se llevara alabanzas de la directora y el productor por lo bien que hacía su trabajo. Esperaba que su jefe lo tuviera en cuenta y le diera un ascenso, porque aunque fuera casi la más novata de la empresa, confiaba a la perfección en sí misma y sus capacidades. Sabía que era una gran trabajadora. Se desvivía por hacer las cosas bien, cosa que significaba tener el control de la situación.

—Sara, ¿has terminado? —le preguntó la directora, Sabrina.

—Sí, ya está todo listo —sonrió.

—Perfecto, pues ven con nosotros mientras rodamos —la invitó con amabilidad.

Asintió encantada. Se colocó unos pasos atrás de la zona de pantallas donde revisaban y escuchaban al momento todo lo que transcurría en el plató. Saludó con la mano a Víctor, que ya estaba preparado en una de las cámaras y esperó.

Justo enfrente estaba la mesa de sonido y desvió la vista unos segundos hacia allí. Aritz hacía su trabajo, ajeno a su mirada. Configuraba el audio y ojeaba que todo estuviera correcto antes de comenzar. Lo vio alzar el pulgar y los actores entraron en la escena, preparados para interpretar sus papeles.

En ese instante sus miradas entraron en contacto. Sara la retiró de inmediato y centró la vista en otra parte.

Cuando la directora dio inicio, todo el mundo se mantuvo en silencio, así que comenzaron a rodar. Estuvo atenta a la escena. Se trataba de un encuentro tenso entre la pareja protagonista. Discutían sobre temas de celos. Al parecer ella lo había pillado yaciendo con otra y eso la enfadó.

Lógico.

Por lo que vio en otros momentos de la serie, ni siquiera eran pareja, pero sentían algo el uno por el otro. Se echaron cosas en cara sin descanso. Ninguno era un santo, pero les perdía la boca. Él suplicaba su perdón, mas ella era reticente. Actuaban tan bien que desde allí percibía las chispas que saltaban entre los actores. Estaba absorta mirándolos. No solo por la intensidad de la conversación, sino porque todo le resultó demasiado familiar.

Se sentía observaba, así que miró hasta la mesa de sonido y descubrió que era Aritz el que tenía su vista fija en ella. Se quedó varios segundos

enganchada, no era capaz de dejar de hacerlo. No sabía decir qué significaba aquello, pero logró reconocer cierto deseo, y quizás, anhelo.

Sacudió la cabeza y volvió a centrarse en la escena.

¿Qué anhelo iba a tener? Como mucho el de volver a acostarse con ella, porque dudaba que la quisiera para algo más.

Aparte del mensaje de wasap que le envió aquel día, no intercambiaron ni una sola palabra. Estaba en un punto que ya ni siquiera sabía qué pensar al respecto de lo ocurrido.

La directora gritó acción y la escena continuó.

—¿Vas a decírmelo? —insistía el chico. Le pedía una explicación sobre su actual actitud.

—¿De verdad lo quieres saber?

Cada vez se acercaban más, sus rostros estaban casi pegados.

—Te vi con ella, Fabián. Os oí, fui partícipe de vuestro beso en la distancia y me destrozaste sin ni siquiera acercarte.

Sara cada vez estaba más atenta. La cosa se ponía interesante. Le faltaba un cubo de palomitas, pues se metía por completo en la escena.

—No me lo creo —continuó.

—Claro, cielo, yo soy tan retorcida para inventarme algo así —ironizó la chica.

Esa frase fue la misma que ella le soltó a Aritz cuando no quería creer lo ocurrido sobre la intrusión en su habitación

—¡Estás loca! —exclamó.

Mantenían la vista fija en el otro. Bufó de nuevo por lo similar a su situación.

Sabía a la perfección cómo iba a acabar la cosa.

—Yo estaré loca, pero tú eres un imbécil que se cree que soy mujer que no se da cuenta de nada. Tengo inteligencia, Fabián, y no pienso dejar que un hombre como tú me humille de esta forma.

La mujer emprendió el camino de huida, pero como Sara sospechaba, la frenó. Sus miradas se encontraron y se mantuvieron así durante varios segundos, hasta que se enzarzaron en una batalla de besos que los llevó directos a la cama.

Salió del trance en cuanto Sabrina gritó «corten».

Tenía los ojos tan abiertos que le dolían las cuencas. Volvió a mirar a Aritz y él estaba igual de alucinado. Tenía pinta de haber sentido lo mismo

ante la escena, puesto que era ver representado en una época pasada, lo que ellos sintieron una semana atrás.

Sus ojos marrones parecían querer llegarle hasta el alma. Notaba que no le faltaba mucho para tocarla, porque penetraba con una intensidad arrolladora.

—Sara, ¿crees que podemos añadir esto?

La interrumpió una voz, aunque le molestó tener que dejar de sentir su mirada, prestó atención. Seguía en su puesto de trabajo. No podía dejarse llevar por algo que no controlaba. Sabrina le pedía consejo para unos retoques junto al encargado de decorados, así que le dio las directrices pertinentes.

Cuando terminó, volvió a su sitio, miró en la lejanía, pero Aritz ya no estaba ahí y su último pensamiento antes de centrarse de nuevo en el trabajo, fue que no podían continuar así.



Una semana.

Una maldita semana en la que el solo hecho de intentar conciliar el sueño era una auténtica odisea. Quería hablar con Sara, poner las cosas en orden entre ellos, pero no encontraba el valor. Los días pasaban, a pesar de vivir juntos, cada vez la sentía más lejos.

Mientras estaba en el trabajo se dedicaba a buscarla y siempre la encontraba, pero nunca a solas. Víctor parecía haberse convertido en su amigo, pasaba su tiempo libre con él y reconocía que le jodía, pues le gustaría ser él quien la hiciera sonreír. Lo único que conseguía era que huyera para encerrarse en su habitación y no tener que enfrentarlo.

Estaba harto de la situación. Encima acababa de vivir una escena en el rodaje que volvía a traer todo a su mente. Por lo que pudo comprobar en los instantes en que sus miradas conectaron, a ella también. Sus ojos verdes parecían llamarlo a gritos, mas no lograba descifrar qué clase de sentimiento cruzaba por su cabeza.

Era un suplicio el cual ya no soportaba.

Suerte que la directora llamó su atención, porque si no, la hubiera mirado hasta el fin de su jornada. Fue la excusa perfecta para darle directrices a uno de sus compañeros y salir a tomar el aire.

Necesitaba un cigarrillo para que le diera un poco de falsa calma. Ya era casi su hora de salir y lo deseaba con ganas.

El sol de mediodía era el peor, pero al menos corría un poco de aire que procedía del mismísimo infierno.

Miró a la nada, pensativo. En cuanto terminara su jornada iría a ensayar con el grupo un rato, para luego, a su vuelta, hablar con ella. No podía posponerlo más. Los dos eran adultos y se comportaban como adolescentes de instituto. Creía que haberse acostado no tendría que haberles afectado de esa forma. Lo pasaron bien, era evidente, y aunque a Aritz le gustaría repetir con todas sus ganas, eso terminaría de joderlo todo, así que se acabó.

Era lo mejor para los dos, sobre todo, para su propia salud mental.

Llegó la hora de marcharse. Tras cambiarse de ropa en un vestuario dispuesto para los trabajadores, cogió la moto en dirección a Barcelona. Ya no tenía que ir a casa de Gabi para ensayar, ni cargar con la guitarra a todas partes, porque el viernes pasado al fin alquilaron un estudio en el que tocar.

Estaba a un par de calles de su piso. Aparcó en la puerta y abrió con la llave. No había nadie, pues no siempre acudían todos a los ensayos. Agradeció la soledad.

Caminó hasta la sala donde tenían dispuesto todo el equipo. Era amplia y además insonorizada, algo perfecto para no molestar al resto del edificio. El anterior inquilino también era músico y les había dejado todo preparado para no tener que invertir apenas en nada.

Era acogedor, pero sobre todo, funcional. También tenía una pequeña habitación que pronto se convertiría en el estudio de grabación. Solo faltaban por llegar los micrófonos y él se encargaría de conectarlo todo. Que fuera técnico de sonido les ahorraba contar con terceras personas, así que el proyecto de terminar de producir su primer disco, estaba próximo a llegar.

Conectó el amplificador y cogió la guitarra. Tras su ritual para afinarla, comenzó a tocar las notas de su última canción. Por fin la tenía terminada, solo le quedaban los retoques finales.

La letra la hizo con ayuda de Gabi y Pablo. Era una canción cañera, pero que escondía algo de amor y pasión, un tema que les encantaba.

Tras pasarse un par de horas así, comenzó un nuevo proyecto. Su mente había recibido un golpe de inspiración divina y se puso a anotar la letra. No tenía una melodía clara, aunque podría conseguirla más adelante. Tenía la esperanza de que se convirtiera en algo muy bueno.

Las horas se le echaron encima. Leyó en voz alta lo escrito, frunció el ceño, confuso y a la vez alucinado por lo que salía de su interior.

—Mierda, Aritz, ¿le has escrito una canción? —se riñó en voz alta.

Estuvo tan concentrado en escribir que ni siquiera fue consciente que en muchas de las frases definía a la perfección a Sara, y también, su extraña relación.

Sacudió esos pensamientos de su cabeza y cerró la libreta de golpe antes de entretenerse a pensar sobre el significado de aquello.

Era momento de volver a casa, pillarla por banda y poner fin a ese suplicio, porque al final, acabaría volviéndose loco.



Se metió en la cocina poco después de llegar a casa. Sara no había salido de su habitación en ningún momento, pero sabía que estaba allí. Se escuchaba música a través de la puerta y hasta su canturreo de gato atropellado. La pelirroja tenía muchas virtudes maravillosas, el arte de cantar no era una de ellas.

Quería sacar la bandera blanca, conversar de una vez por todas y firmar un tratado de paz para hacer que la convivencia fuera lo más normal posible. Así que preparaba la cena para los dos. No era un excelente cocinero, se defendía, e intentó hacer algo decente con medio pollo y unas patatas. Lo tenía todo en el horno desde hacía ya más de media hora y se castigó por ser tan tonto de hacer un plato que tardaba mínimo una hora en estar cocinado. Ya que se esforzaba en hacer una tarea en común por primera vez desde que vivía ahí, que menos que currarse algo y no servir una pizza de esas precocinadas.

Aunque quizá lo más práctico hubiera sido pedir comida a domicilio.

Salió a la terraza para fumarse un cigarrillo y así hacer tiempo. Eran casi las diez de la noche, la luna estaba en cuarto menguante y relucía bajo un cielo despejado. Apenas había estrellas, corría una fina brisa nocturna que ayudaba a rebajar el calor del verano. La humedad era fuerte, pero que no hubiera sol ayudaba a soportar las altas temperaturas.

Volvió al interior un rato después y miró el horno. La cena estaba lista, pero antes de servirla se fue hacia el pasillo.

—Vamos, campeón, solo tienes que llamar a la puerta —se animó.

Alzó el brazo para llamar. No sabía por qué razón estaba nervioso, solo quería pedirle a Sara que cenara con él y terminar así con la incomodidad que los envolvía. Cogió aire en sus pulmones, y antes de soltarlo, llamó con el puño.

—Pelirroja, ¿quieres cenar?

No recibió respuesta.

Puso la oreja contra la madera y no se escuchaba ningún ruido, así que no supo si estaba dormida o simplemente lo ignoraba. No se dio por vencido, abrió la puerta y descubrió que era lo segundo.

Lo ignoraba de forma descarada.

—¿Qué haces? —le preguntó Sara con el ceño fruncido.

Aritz fijó su mirada en ella y estaba sorprendida por su intrusión en la habitación. Estaba sobre la cama, con un libro en sus manos. Vestía con un camisón que debería estar prohibido, pues dejaba a la vista su busto erguido y era una tentación que lo distraía de su verdadero cometido. Se quedó unos segundos embobado, pero ella carraspeó en una clara advertencia de que la cosa se ponía incómoda.

Era justo la clase de eventos que debía evitar.

—He hecho la cena. Para los dos —dijo al fin.

—No tengo hambre.

Soltó un bufido. No pensaba tirar la toalla y no se creía su excusa. Lo decía para no estar con él, ya comenzaba a estar cansado.

—Tenemos que hablar, Sarita. Te prometo que es una cena inocente, nada más —se explicó con las manos en alto en un gesto de rendición.

La chica lo miró sin cambiar un ápice su mueca. Dejó el libro a un lado y se levantó de la cama.

—Está bien —murmuró mientras caminaba en su dirección.

Aritz dibujó una enorme sonrisa en sus labios y se apartó de la puerta para dejarla pasar con una reverencia. La siguió hasta el salón y dejó que se sentara en las sillas junto a la mesa. Ya estaban los platos dispuestos con un par de cervezas para beber. De mientras fue a la cocina y sacó el pollo del horno. Lo dejó encima del salvamanteles y lo sirvió bajo la atenta mirada de la pelirroja.

—¿Has cocinado tú? —preguntó con sorpresa y algo de incredulidad.

—¿Tan raro te parece?

—Teniendo en cuenta que en casi cuatro meses tu aporte ha sido nulo, pues sí —reconoció y no se le pasó por alto el toque cínico.

No le molestaban ese tipo de comentarios, los escuchaba desde el primer día en que pisó aquella casa. No podía reprocharle nada porque tenía razón, aun así escuchar ese comentario lo hizo reír por el simple hecho de que veía a la Sara de antes. Esa que se enfurruñaba con él por no hacer nada.

La echaba de menos. Tanto que fue consciente de ello en ese instante.

Se quedó unos segundos ensimismado, pero fue rápido y se sentó para comer.

Durante los primeros minutos hubo un silencio muy tenso. Ninguno se atrevía a abrir la boca, para su sorpresa, fue Sara la primera en hablar.

—Te ha salido buenísimo.

—De nuevo esa cara de sorpresa —se burló—. Pelirroja, tengo más aptitudes de las que te imaginas —continuó en tono juguetón.

Era un riesgo actuar de ese modo cuando pretendía que las cosas fueran como antes, no obstante, era así cómo había actuado con ella desde el principio. No pareció afectarle, solo soltó uno de sus característicos gruñidos. Las cejas se le alzaban y sus carnosos labios los echaba hacia adelante. Eran tentadores…

—Bueno, ¿de qué querías hablar? —preguntó al fin. Cogió un pedazo de pollo de forma distraída y lo metió en su boca sin mirarlo.

Era el momento. No se podía aplazar más.

—Pues… a ver… —comenzó. ¿Por qué se ponía nervioso? Odiaba hablar de sus sentimientos y siempre se trababa como un auténtico imbécil —. Somos adultos, nos hemos acostado y vivimos juntos.

Sara asintió, pero seguía sin mirarlo. Parecía muy concentrada en desmenuzar el pollo, mas él supo que sentía los mismos nervios que circulaban por su propio cuerpo.

—Lo que quiero decir es que no quiero que estemos así, distanciados por una tontería.

La chica alzó la vista, por primera vez se atrevió a mirarlo. Aritz intentaba mantener una mueca desenfada aunque en su interior revoloteaban sensaciones a las que no quería prestar atención.

—Yo tampoco —dijo ella en un susurro—. Es todo demasiado raro y creo que hemos llegado a un punto en que no se sostiene.

—Sí, por eso creo que lo mejor es que pasemos página. —Sara torció la cabeza hacia un lado para mirarlo inquisitiva—. Quiero decir que seamos los de antes.

—¿Quieres decir que volverás a ser un capullo? —preguntó con una sonrisa burlona.

Al menos el ambiente comenzaba a relajarse.

—Eso nunca he dejado de serlo.

—También es verdad —reconoció.

—Entonces, ¿qué te parece ser los de antes?

Se quedó pensativa unos segundos y terminó por asentir.

—Mejor, no me apetece que te enamores de mí.

—¡Creída! —se carcajeó—. Créeme, eso de enamorarme no creo que vaya conmigo —reconoció y se encogió de hombros—. Así que el sexo con este portento de hombre se ha acabado para ti.

—Y luego soy yo la creída… —bufó—. Tampoco eres para tanto, chico.

—¡Uh! —exclamó—. Me parece que no te creo, pelirroja —contestó y le enseñó tres dedos de su mano como recordatorio del número de orgasmos que le provocó en un tiempo record.

Soltó una carcajada cuando ella le lanzó la servilleta a la cara.

Cómo había echado de menos eso... Los piques, su furia adorable y lo que esta provocaba en su cuerpo. Era una pena que fueran a dejar apartado el sexo. Sería complicado, demasiado, porque Sara era una bomba en todos los sentidos y reprimir esa atracción era casi una misión imposible.

Todo en ella le resultaba adictivo. Su sonrisa, sus labios, cada una de sus curvas y hasta sus enfados infantiles. Ahora que lo pensaba, resistirse a no probar su boca de nuevo, iba a convertirse en un auténtico reto.

Era lo mejor, sobre todo si no quería que los sentimientos desconocidos que se arremolinaban en su interior, se convirtieran en tan tangibles que no fuera capaz de desecharlos.

Porque si llegaba a ese punto, estaría perdido. Por completo…



Un nuevo fin de semana se abría paso y como era costumbre, hacía calor. Tanto que Sara despertó sofocada sobre las sábanas.

Debía replantearse instalar un aire acondicionado en la habitación, porque a esas alturas del mes de Julio abrir la ventana no servía para nada porque no corría ni gota de fresco.

Ya eran las diez de la mañana, así que se levantó para ir directa al baño a refrescarse un poco. Hacía un par de días que se decidió al fin por comprar pijamas, sin embargo, eran más calurosos que los camisones de

Dafne. Se trataban de unos shorts con los que enseñaba medio culo y una camiseta de tirantes finos de escote en forma de v. Si no fuera por el dibujo de un oso amoroso muy infantil, pasaría por la típica lencería sensual.

Se lavó la cara e hizo su rutina de cuidado de la piel, en la que añadió protección solar porque en cuanto terminara de desayunar iría a la playa dando un paseo. Dafne y Enoch se iban de fin de semana romántico, Cova trabajaba y Alex había quedado con un ligue, así que ninguno de sus amigos estaba disponible. Sin embargo, no tenía intención de quedarse en casa encerrada.

Fue a la cocina y primero de todo se hizo un café. Luego conectó la tostadora, metió dos rebanadas de pan para después untarlas con mantequilla. Esperó hasta que estuvieran listas y se dirigió al salón para desayunar.

Aritz apareció a los pocos minutos y le sorprendió que ya estuviera levantado, puesto que la noche anterior tuvo concierto en el local que los había contratado. Conocía ese dato porque después de la cena que compartieron y aclararon las cosas, las aguas volvieron a su cauce. Eso quería decir que ya no lo evitaba y volvía a pasar tiempo con él.

Fingir que no había pasado nada entre ellos era muy complicado. Él continuaba con su juego lleno de frases con doble sentido y ella seguía poniéndose cardiaca con ello. Tampoco ayudaba nada que se paseara por casa con su torso al desnudo, como en ese instante.

—Buenos días, pelirroja —la saludó con su sonrisa socarrona.

Dio un sorbo a su café y evitó que se le cayera la gota por la comisura para no parecer imbécil, porque visualizar sus pectorales y los tatuajes que le hacían parecer un chico malo, conseguía que babeara.

Era una continua tentación contra la que debía luchar con uñas y dientes o caería de nuevo. Además, él se aseguró de dejar muy claro que no iba a ocurrir nada más entre ellos.

—Sí que has madrugado —comentó tras saludarlo. Se sentó a su lado en el sofá y abrió el refresco que traía en su mano.

—Hace demasiado calor. Es imposible dormir —se quejó.

Asintió. Estaba de acuerdo por completo.

—Hoy toco también, así que es un buen motivo para aprovechar el día. —Sara frunció el ceño. Eso no se lo creía ni él. Era un vago al que no le importaba pasarse el día sin mover un solo pie—. Vale, voy a vaguear, pero frente al aire acondicionado.

Eso la hizo soltar una carcajada.

Ya había terminado el desayuno, así que lo dejó todo en la cocina dentro del lavavajillas. Aritz la siguió y se quedó parado en la puerta.

—¿Te vas? —inquirió con curiosidad.

—Voy a la playa de la Barceloneta a darme un baño. Hoy nadie está disponible y paso de quedarme todo el día aquí —explicó.

—Me apunto.

Ya iba de camino a la habitación cuando lanzó esa respuesta, así que se giró de inmediato para mirar a su compañero con cierto rastro de incredulidad.

—Como quieras.

El chico sonreía y no iba a ser ella quien le arrebatara esa felicidad, aunque se le iba a hacer raro estar con él en la playa. A solas.

Unos minutos después, ya estaba con el bikini puesto junto a todo lo necesario para el día metido en su capazo. Ya llevaba sus bermudas de baño puestas, eran negras y con una serigrafía del grupo AC/DC a conjunto con una camiseta del mismo color. Sin embargo, en ella se dibujaba el nombre de su propio grupo. Llevaba recogida su melena en un moño, tuvo que dejar de escrutarlo, porque se recreaba demasiado y sus pensamientos se iban por unos derroteros que debía controlar.

Tenían una media hora de camino, la calle estaba repleta de gente, se situaron lo más próximos a la carretera para evitar chocarse. A pesar de no ser ni medio día, el calor era agobiante. Notaba como el sudor se acumulaba en el canal de sus pechos y se lo secó antes de que resbalara. Aritz miraba sus movimientos.

—Mi cara está arriba, pelucas —musitó con el ceño fruncido.

—Te tengo muy vista.

—Imbécil —negó y escuchó su carcajada.

El chico no pudo mantener la vista en su delantera durante mucho tiempo, porque estuvo a punto de comerse una farola. Sara deseó que ocurriera, pero no tuvo suerte.

Cruzaron hasta el paseo marítimo. El camino fue bastante silencioso, ambos iban sumergidos en sus propios pensamientos.

Estiraron sus toallas cerca de la orilla y lo más apartados de la gente que se congregaba a su alrededor. Estaba bastante llena, pero en el límite situado al lado del Hotel W, no era invadido por nadie y había algo de sombra.

Aritz sacó un par de cervezas y le tendió una después de colocarlo todo. La abrió y le dio un trago largo, estaba fresquita así que ayudaba con el calor. La dejó a un lado para sacar el protector solar de su capazo e inició el ritual de embadurnarse antes de que se le olvidara. Aunque no tuvo más remedio que pedirle ayuda a Aritz para la espalda porque ahí se escondía un punto ciego que solo un contorsionista podría alcanzar.

—Pelirroja, te gusta demasiado tentar a la suerte —dijo juguetón.

—Me va la marcha —le siguió el juego con un toque de sarcasmo.

Dio un respingo al notar el frescor de la crema que se mantuvo con el toque de sus manos. Masajeaba la zona de tal forma que cada vello de su cuerpo se erizaba. Sin duda, había sido una mala idea, por el simple hecho de que en su mente aparecía el instante compartido con él en su cama hacía ya más de dos semanas.

Se estremeció al recordar los orgasmos y tuvo que apartarse para no encenderse más de lo que ya estaba.

—Reconócelo, te estabas excitando —afirmó con seguridad tras su gesto poco sutil.

—Y tú te estabas recreando.

Sus manos eran demasiado mágicas. Jamás, en su vida, un toque así había provocado esas sensaciones en su cuerpo que lo calentaban hasta el punto de sentir la necesidad de tirarse entre sus brazos.

—Eso es verdad —confirmó con una risita.

Negó con un amago de sonrisa y se giró para mirar hacia el mar. Tenía los pies puestos sobre la arena y las manos apoyadas a los lados. Aritz la imitó y bebieron sus cervezas. La brisa golpeaba su rostro, relajándola. Pocas veces se situaba en ese lugar y reconocía que la calma que transmitía era de su agrado.

—¿Cuánto hace que vives aquí?

Llevaban un buen rato en silencio, disfrutando del ambiente y Aritz acababa de romperlo con su pregunta. A pesar de que ya hacía mucho que vivían juntos, y encima, se habían acostado, apenas conocían nada el uno del otro.

Eran completos desconocidos. Tenían sus charlas, pero siempre insustanciales en las que imperaban las bromas. Hablaban de sus aficiones, mas nunca de lo profundo.

—Cinco años —contestó—. Me mudé poco después de terminar el bachillerato para tener la universidad más cerca. Cuando terminé la carrera,

decidí quedarme.

—La verdad es que es una ciudad maravillosa —respondió, atento a sus palabras.

Sara lo miró y le dedicó una sonrisa.

—Soy historiadora, así que creo que estoy en el lugar perfecto. Hay miles de rincones por descubrir. Sitios asombrosos que te cuenta su vida. Y encima tiene playa, así que poco más puedo pedir.

Irse de Badalona fue una decisión complicada, estaba a quince minutos en coche, así que su vida tampoco cambiaba mucho. De ahí que fuera capaz de mantener las mismas amistades del instituto y nunca hubiera sentido que se alejaba. Obviamente, cuando tenía exámenes en la universidad, era la desaparecida, pues tenía una larga batalla que librar para aprobar todo a la primera y terminar cuanto antes para labrarse su camino.

—Y tú, ¿por qué viniste? —se interesó.

Conocía parte de la historia por Alex, pero no la motivación real. Él estaba a muchos kilómetros de distancia de su familia y un cambio así debía tener una razón de peso.

—La música —habló—. Allí también tenía un grupo. Lo formamos siendo unos adolescentes con granos en la cara y teníamos a nuestros padres hasta los cojones —sonrió—. Éramos buenos, pero crecimos y cada uno emprendió un camino que lo desviaba de la música. Menos yo —hizo una pausa. Dio un trago a su cerveza y Sara esperó a que continuara—. Mi sueño es dedicarme a esto. A pesar de estudiar para técnico de sonido, continué componiendo. Las primeras canciones de los Dark Angels las produje yo mismo tras alquilar por horas un estudio de grabación con mi primer trabajo, allí en Bilbao. Las subí a las redes hará alrededor de un año, y un par de meses después, me contactó Pablo —explicó refiriéndose al batería del grupo.

—No me digas nada, ¿te ofreció entrar en su grupo? —lo cortó. Aritz asintió con una sonrisa.

—Más o menos. Aún no existía grupo, Gabi se unió después. Comenzamos a hablar, me pasó audios de cómo tocaba y encajaba a la perfección con mi estilo, por lo que le dije que sí. Luego llegó Gabi, que también me vio en YouTube y yo decidí dar el paso. Los dos eran de aquí, al fin y al cabo, si queríamos ser un grupo serio, debíamos estar juntos.

—Es lo más lógico. Eso de que el vocalista y guitarrista principal no esté de cuerpo presente, no es demasiado profesional —se burló y él soltó

una carcajada.

—Así que me vine en cuanto me contrataron en mi actual empresa, e invadí tu piso.

—Maldigo ese día… —bufó.

—¡Exagerada! Pero si soy un encanto —le dijo y puso ojitos. Sara le dio un codazo juguetón.

—Encantadoramente endiablado. Eso eres.



La charla se alargó, con cada dato que descubría sobre su compañero de piso, menos entendía sus pensamientos. Desde el día en que lo conoció, creó una imagen muy distorsionada de él, porque lo único que saltaba a la vista, era lo capullo.

Había mucho más. Un luchador. Él perseguía sus sueños, y estos justo lo habían llevado al punto en el que estaba.

No solo descubrió la forma en la que se crearon los Dark Angels, también lo que ese trío se lo trabajaba para, poco a poco, darse a conocer. Las primeras semanas de llegar a Barcelona, poco después de empezar a vivir con ella, se paseó con ellos muchísimos bares y locales en los que poder tocar para mostrar su música.

—Al principio ni siquiera nos pagaban. En una ocasión fuimos nosotros los que lo hicimos —le explicó entre carcajadas—. Pero tuvimos mucha suerte porque gustamos, ya después de eso, llegaron más oportunidades. Hasta que Ramiro nos vio en un bar y nos ofreció ser teloneros en la Razzmatazz.

Sara no pudo más que felicitarle por todo lo que habían conseguido en tan poco tiempo. Tenía mucho talento y hablaba con emoción de todo lo relacionado con el mundo de la música, así que merecía un futuro lleno de éxitos.

Luego continuó con lo de su contrato en el New Underground BCN, ya que eso les daba la oportunidad definitiva para terminar su primer álbum. Casi lo tenían todo listo, esperaba que gracias a las plataformas digitales, su

música llegara a oídos de todos. Estaba segura de que así sería, porque Aritz no era un simple roquero que tocaba para ensordecer con su guitarra. Sus letras tenían garra, pasión y cantadas por su asombrosa voz, las convertía en mágicas.

Ella misma era capaz de declararse fan absoluta, pero tampoco quería que su ego aumentara con su comentario.

Lo que sí le quedó claro tras aquella intensa charla, era que Aritz no era un niñato macarra, más bien un hombre que luchaba por lo que quería por muy complicado que fuera. Y eso, era digno de admiración.

Sara se tumbó durante un rato, en silencio, estaba a gusto y disfrutaba del sonido de las olas al romper. Era relajante, mágico. Torció el cuello para mirar a su compañero, estaba en la misma posición que ella y la miraba. Sus ojos oscuros parecían querer ahondar en su alma. En su ceño se formaba una suave arruga que le indicó que estaba pensativo y fue su turno de adoptar la misma mueca.

—¿Pasa algo? —le preguntó curiosa.

Pareció salir de sus pensamientos y comenzó a formarse una sonrisa en sus labios que marcó sus tiernos hoyuelos.

—Nada, pelirroja —dijo al fin—. Creo que me voy a dar un baño.

Se levantó de su sitio y Sara se incorporó. Lo siguió con la mirada, atenta a sus movimientos y soltó un suspiro involuntario cuando lo vio sumergirse.

Estar a solas, con su imagen a tan solo unos pasos, trajo a su mente unos pensamientos que comenzaban a afianzarse con garra.

En esa semana en la que volvían a compartir su tiempo juntos, tuvo mucho en qué pensar. Tras una charla con sus amigos a mitad de semana para contarles que al fin habían hablado, volvió a surgir la pregunta de qué sentía por él.

En ese momento no respondió, sin embargo, cada vez se daba cuenta de más cosas, como por ejemplo, que no era una simple atracción física.

No podía engañarse a sí misma. Le deleitaba su compañía, la hacía reír. A diferencia de al principio, disfrutaba de los tira y afloja. De hecho, en el tiempo en que lo evitó lo echó de menos de tal forma, que le avergonzaba reconocerlo en voz alta. Por eso aceptó cenar con él para hablar, aunque algo se resquebrajó en su pecho cuando dijo que entre ellos no volvería a pasar nada.

Por una parte era lo mejor, pues no podían estropear lo que tenían ni que los sentimientos se acrecentaran, a pesar de que para Sara, ya era tarde.

Sentía, no sabía el qué, pero lo hacía.

—Eres imbécil, Sarita. Lo mejor será que te olvides de ello —se reprochó en voz alta y se tumbó de nuevo.

Porque la imagen de Aritz en el agua era demasiado irresistible como para no caer en la tentación de correr hacia sus brazos.



La playa parecía ejercer una potente atracción en su mente que lo incitaba a tener pensamientos de lo más profundos. Por eso cuando estaba en la toalla y se quedó embobado al observar a Sara relajándose, decidió fingir una sonrisa y zambullirse en el mar.

Estaba a la temperatura perfecta, pero a pesar de que decían que la sal purificaba, sus pensamientos no desaparecían y eso lo tenía la mar de confuso. Quizá fue producto de la intensa charla con la que se desahogó, contándole sus propósitos en la vida y el cariño que le tenía a su familia.

Ella también se sinceró, le habló con mucha dulzura de su hermana Beatriz y de sus padres. Se notaba que los adoraba, que tenía una estrecha relación, con tanta confianza como él con sus padres. Le entró curiosidad por conocerlos en profundidad, pero rechazó ese pensamiento de inmediato.

Pasaron casi todo el día en la playa, comieron en el club náutico un buen arroz con bogavante y se tomaron un par de mojitos. Estuvieron de risas y cachondeo. En la vuelta a casa, la pelirroja estaba un poco tocada por el alcohol, así que tras darse una ducha se metió en la cama. Él, por otro lado, no podía hacer eso. Tenía apenas dos horas para prepararse para el concierto. Controló con la bebida y tenía energía para darlo todo. No sería muy profesional estar con el puntillo en medio del escenario.

Aún le resultaba extraño tener un lugar fijo en el que mostrar sus canciones. El primer día llenaron y esperaba que esa noche ocurriera lo mismo.

Se vistió con rapidez en cuanto salió de la ducha, total, al escenario siempre salía sin camiseta. Se preparó un sándwich para no irse con el estómago vacío y cogió sus cosas, listo para marcharse. No cogería la moto, el autobús lo dejaría en la puerta y así no tendría que preocuparse por si se pasaba con las copas.

Una vez allí, se reunió con el grupo en su pequeño camerino. Los saludó con un abrazo y se sentó en el escritorio para repasar las canciones.

Era una especie de ritual, aunque todo estaba grabado con firmeza en su mente, le gustaba echarle un vistazo a la letra y las notas para no fallar. Eso lo llevó hasta la última página, aquella en la que estaba una letra que todavía no tenía música que salió sola, directa desde su alma.

—¿Y esa letra?

Pablo se acercó por la espalda y se agachó para ojear. Todavía no se la había mostrado al grupo porque sin melodía parecía más bien una poesía romántica.

—Pensamientos.

—*No entiendo lo que me haces sentir, pero desde que te probé, ya no lo puedo resistir* —leyó en voz alta y alzó las cejas con una sonrisa socarrona —. ¿Le has escrito una canción a la pelirroja?

—Pues…

No sabía qué responder a eso, puesto que cuando soltó esa parrafada ni siquiera fue consciente de que se refería a Sara. Fue cuando la leyó que se dio cuenta y entonces descubrió que todo lo que plasmaba formaba parte de unos sentimientos que no se atrevía a verbalizar.

—Fue de forma inconsciente, pero sí, habla de Sara —reconoció al fin.

—Pues la letra es muy buena —reconoció. Seguía concentrado en leerla —. ¿Balada o cañera?

—No tengo ni idea. No me ha venido la melodía a la cabeza —contestó e hizo un encogimiento de hombros.

—Pues en el estudio nos ponemos los tres a ello, el amor siempre vende.

—No sé, tío. Es que ni siquiera creo que sea de amor —dijo inseguro y le añadió un gesto que pretendía restarle importancia.

Pablo volvió a fruncir el ceño. Gabi se unió y su compañero le mostró la letra. Los dos sonreían como bobos, pero a la vez estaban con ganas de convertir sus pensamientos en una nueva canción que mostrar a su público.

—¿Cómo vas con ella? —preguntó Gabi tras un rato.

Soltó un suspiro y pasó las manos por su pelo antes de mirar a su amigo.

—Pues no lo sé. Al menos ya nos hablamos y hoy hemos pasado el día en la playa a solas.

Les explicó que por primera vez se habían contado cosas de su vida, porque a pesar de vivir juntos, apenas se conocían. Eso hizo que se quedara

pensativo sobre la toalla y cavilara con sentimientos que amenazaban con afianzarse. Por suerte, no preguntaron más porque comenzaba el concierto, eso lo ayudó a quitar a la pelirroja de su cabeza, al menos, durante las próximas horas.



Los días pasaban a una velocidad abrumadora, apenas paraba en casa entre el trabajo y el grupo. Estaba cansado, pero a la vez emocionado por todo lo que conseguía. En solo dos semanas tocando en el New Underground, ya cosechaban a nuevos seguidores. Era sábado, pero no actuarían esa noche puesto que Mario había alquilado el local para una fiesta privada.

Contaban que pudiera ocurrir, lo cierto era que agradecía ese pequeño respiro. Aun así no podía estarse quieto. Después de comer se desplazó al estudio para ensayar con los chicos. Sara había salido y no le apetecía pasar ese día a solas. Encima llovía. Era la típica tormenta de verano que acarrearía más calor, así que como tampoco podía dar un paseo por la ciudad, decidió dedicarse a lo que tanto le apasionaba.

Al llegar, Gabi y Pablo ya estaban ahí, tocaban una melodía que no conocía. Tras dejar sus cosas, se acercó y los miró extrañados.

—¿Qué es eso? Suena bien.

—Una base para la canción de Sara —explicó Gabi. Andaba metido en la mesa de mezclas, tocando cosas sin parar.

—No se va a llamar la canción de Sara —gruñó.

Le dedicaron una sonrisa burlona. Maldijo el día en que descubrieron lo de la canción, porque llevaban desde entonces dando por culo con el tema.

Cada día pensaba más en ella. Sobre todo por las noches, esta última en especial, le costó una barbaridad conciliar el sueño. No podía quitarla de su mente. Compartieron risas y charlas durante la semana, así que eso aumentaba la necesidad de volver a besarla.

En ocasiones, se quedaba embobado con el movimiento de sus labios, a punto de dejarse llevar por el impulso de atraparlos. Por suerte, conseguía contenerse, porque él fue quien declaró que entre ellos no volvería a pasar nada.

Era un iluso. Como si fuera capaz de resistirlo. No era su verdadero deseo, porque este consistía en disfrutar junto a ella de una situación como la vivida en su cama.

No tenía ni idea de cuánto le duraría esa convicción, porque cada día le resultaba más tedioso tenerla cerca y a la vez no poder disfrutar con ella. Quiso apartarse para no sentir, sin darse cuenta, que ya era tarde para eso. No sabía explicar qué sentía con exactitud, pero Sara ocupaba un enorme lugar en su cabeza y en su corazón. Darse cuenta de ello lo enfurecía, por no saber lidiar con esa extraña sensación.

Una colleja lo sacó de sus pensamientos. Lanzó un gruñido a Pablo y bufó. Sus amigos estallaron en carcajadas. Eran de lo más infantiles.

—¿Te gusta o no? —le preguntó. Aritz le dio al *play* para escuchar la base y reconocía que tenía su toque.

No era ni cañera, ni una balada, estaba en el término medio para convertirse en ambas.

Cogió la guitarra sin decir una sola palabra. Tenía la letra grabada en su memoria así que tras escuchar la rítmica base un par de veces, comenzó con los acordes. Rectificó varias veces y le pidió la libreta a Gabi. Necesitaba apuntar las notas antes de que se le fuera la inspiración. Se abstrajo de todo durante largo rato, concentrado. Mientras acariciaba las cuerdas cantaba, luego paraba y repetía hasta encontrar el tono perfecto que quería darle.

Era meticuloso, nunca daba un paso a ciegas. La música le guiaba por donde ella quería y él se mecía a su son. Era un espectáculo verlo en ese estado. Sus compañeros se mantenían en absoluto silencio, dejaban que él obrara la magia.

Era así, mágico. Con cada avance, la canción se metía más en su interior.

Significaba decir en voz alta sus sentimientos, sus pensamientos más ocultos y Sara era la protagonista de todos ellos.

Soltó un suspiro cuando terminó, con la emoción revoloteando nerviosa por su cuerpo. Había perdido la noción del tiempo y cuando miró el reloj, se percató de que ya era la hora de cenar.

Llevaba cuatro horas componiendo. Dejó la guitarra a un lado y se levantó. Sus huesos crujieron a causa de la tensión de la postura.

Se sentía satisfecho, pero a la vez, raro… Demasiado.

—Tío, te ha quedado alucinante —habló Gabi.

Pablo solo asintió, conforme con la afirmación. Sus compañeros rieron y lo contagiaron de inmediato.

—Esa tenemos que tocarla en el próximo concierto.

—No sé, es precipitado —contestó Aritz con una mueca, pero Gabi se burló, pues sospechaba que su negativa se debía a cierta vergüenza por desnudarse de esa forma en el escenario.

—Aritz, acabas de componer una melodía en cuatro horas, es perfecta, así que dudo que sea precipitado, y menos, con una semana para ensayar —habló Pablo—. A no ser que tu preocupación sea otra…

—Si te refieres a que Sara la pueda escuchar, lo dudo. Pero es que… no sé… —se trababa porque no tenía ni idea de cómo explicarse—. Es como que me tengo que abrir demasiado.

—¿Y qué vas a hacer, dejarla en el cajón? —inquirió Gabi. Se apresuró a negar.

Quería cantarla, por supuesto, pero cada vez que aparecía la letra en su mente, lo hacía todo más real.

—Te estás enamorando —afirmó Pablo. No hubo sorna, ni burla, estaba serio.

—¡No te flipes! —exclamó más alto de lo que pretendía y las miradas ceñudas no se hicieron esperar—. Siento… algo. El problema es que no sé el qué. Yo mismo me encargué de decirle que ya no pasaría nada entre nosotros, pero no me la quito de la cabeza. Estoy obsesionado por completo. Os juro que vivir con ella es un suplicio, porque me metería en su cama todos los puñeteros días —soltó de sopetón.

Su perorata ya era una reflexión en sí misma que debía estudiar con cautela y mucha calma. Sus compañeros se quedaron en silencio, pues ninguno tenía un consejo para darle.

Se quedó con ellos un rato más y luego se fue a casa. Tenía la moto aparcada en la calle, la arrancó y agradeció que la velocidad hiciera que el viento golpeara en su rostro. Al menos ya no llovía, al estar anocheciendo el calor no hacía acto de presencia. Esa sensación duraría poco, pero quiso aprovecharla antes de meterse en el hogar.

Se quedó en la calle tras aparcar. Encendió un cigarrillo y se lo fumó con la calma. Apenas quedaba rastro del sol y la luna ya se entreveía a través de las nubes.

Después de la revelación interna que tenía en referencia a Sara, no sabía qué hacer, pero lo que no podía era continuar con el juego que se traían. De hecho, él intentaba comportarse tan normal, mas eran muchas las ocasiones en las que se quedaba pensativo porque por primera vez en su vida, estaba dispuesto a intentar algo con ella.

No tenía claro el qué, pero la quería cerca, no solo como amigos, eso no le bastaba. Ansiaba tener un contacto más íntimo, conocerla de verdad y llegar a casa con el pensamiento de que ella estaba ahí, con él.

Sara también se sentía atraída, por mucho que ambos se lo negaran, se percibía en el ambiente. Quizá se había dado cuenta muy tarde, pero no perdía nada por intentarlo.

Hablaría con ella, le diría lo que comenzaba a sentir y luego devoraría sus carnosos labios para engancharse por completo a ella. Sería complicado, pues se conocía lo suficiente como para saber que era pésimo a la hora de expresarse.

Tiró el cigarrillo al suelo y dibujó una sonrisa en sus labios. Entró en el edificio y subió en el ascensor con un poco de nerviosismo.

Estaba loco, era probable, pero ¿qué perdía por intentarlo?

Le costó dos intentos acertar con la llave para abrir. Se sentía idiota, aunque a la vez, ilusionado por lo que tenía pensado hacer.

—Hola, pelirroja —saludó efusivo.

Dejó las llaves en el cuenco del recibidor. Entró, muy seguro de sí mismo.

Sin embargo, la sonrisa se le borró de un plumazo...

Sara estaba en el sofá, acompañada por Víctor. Cenaban entre risas y la sola imagen de verla sonreír, para él, lo enfadó.

—Hola, Aritz —lo saludó sonriente, pero su mueca cambió. Supuso que se había percatado de su enfado sin motivo.

—¿Te apuntas a la cena? —preguntó Víctor.

—No, gracias. No tengo hambre —contestó con sequedad, sin perder la educación.

De lo que de verdad tenía ganas era de mandarlo a la mierda.

Continuó su camino, tras pasar por delante de la pareja, se metió en su habitación.

Sus ganas de abrirse se evaporaron. Ya no tenía tan claro si debía hacerlo. Era cierto que no parecían estar haciendo nada, más bien se comportaban como dos amigos. Aun así era incapaz de no sentirse molesto, sobre todo por el hecho de que se habían acostado no hacía mucho.

No tenía derecho a entrometerse, puesto que Sara y él no eran nada, sin embargo, la emoción con la que había subido en el ascensor, le creó ilusiones sin darse cuenta.

—Eres un imbécil, tío.



Le hubiera gustado pasar el día en el exterior, pero la lluvia fastidió sus planes de pasear por las calles de Barcelona junto a su amigo Víctor. Quedó con él el día anterior porque pretendían ir a la playa como simples colegas, pero por culpa del aguacero tuvo que cambiar el rumbo de su quedada, así que lo invitó a cenar a casa.

Le caía muy bien, era un buen chico y tenía muy claro que ella no quería nada con él, aun así, se quedaba a su lado dispuesto a mantener la amistad. Por eso le gustaba su compañía, pues en poco tiempo ya se había convertido en un buen amigo.

Cenaron entre risas una pizza y eligieron juntos una película para ver. El chico no tenía prisa por marcharse, al ser sábado, solía acostarse mucho más tarde.

—¿Qué le pasa a Aritz? —preguntó con curiosidad.

—No tengo ni puñetera idea —contestó y puso una mueca de incredulidad ante lo que acababa de ocurrir.

Que Aritz apareciera tan pronto le resultó extraño de por sí, porque creía que estaría de concierto, así que por ello también se aventuró a invitar a Víctor. No por nada en especial, puesto que ella a su casa traía a quien le daba la gana, así que si lo hubiera sabido se lo habría comentado para que se uniera.

Sonó muy contento al traspasar la puerta, pero fue entrar al salón, verlos, y su mueca cambió.

No entendía nada.

¿Qué demonios le pasaba a ese hombre por la cabeza?

—Parece que no le ha hecho mucha gracia que esté yo aquí —pronunció Víctor. Sara lo miró y tenía una sonrisa burlona.

—¿Y por qué le iba a molestar? Eres mi amigo, al igual que él.

—Sarita, ¿de verdad debo responder a eso? —inquirió con las cejas alzadas.

—Tú flipas, tío.

Si se refería a que Aritz tenía algún pensamiento sobre ella que implicaba sentimientos, se equivocaba por completo, más después de una semana entera en la que hablaba con sus ligues todas las noches. No era porque él se lo hubiera contado, más bien lo escuchaba desde su habitación porque era de esas personas que cuando hablaba por teléfono parecía que se había tragado un altavoz.

—De verdad, Sarita. No creo que seas la única obsesionada con él. Creo que entre vosotros hay algo, pero sois lo suficientemente imbéciles para no daros cuenta —comentó.

Sara le dio un golpe en el hombro un poco ofendida.

Ella no era imbécil, solo apartaba de su mente unos sentimientos que iban en aumento. Quería controlarlos, pero cada vez le resultaba más complicado, así que no ayudaba en absoluto que su amigo sugiriera que Aritz sentía algo similar por ella.

No era así, él solo jugaba y ella se empeñaba en no dejarse arrastrar por tal enredo.

—Vamos a ver la película, anda.

—Muy bien, sigue evadiéndolo, chica. Tú misma —contestó y ella soltó un gruñido.

Por su culpa no pudo concentrarse en la televisión, miraba la pantalla pero no veía las imágenes. Al menos, sabía que no se perdía mucho, puesto que había visto *Los Vengadores* en múltiples ocasiones. La pena era no estar pendiente de Thor y el Capitán América.

Su mente viajaba libre entre pensamientos que debía evitar. Su afán por darle mil vueltas a las cosas aparecía con inquietud y las palabras de Víctor penetraban en su subconsciente como dagas afiladas para volverla majara.

Era del todo improbable que su actitud se debiera a algo similar a los celos. Era cierto que su actitud cambió en el instante en que vio a Víctor, pero Aritz, en ocasiones, parecía tener un trastorno bipolar que lo hacía

pasar de la alegría a la rabia en solo un segundo. Además, si así fuera, no se hubiera empeñado tanto en mantener las distancias.

Suficiente le había costado a ella misma darse cuenta de que comenzaba a tener sentimientos, como para encontrar la forma de gestionar que él la correspondiera. Fuera como fuera, sería una pésima idea, porque aunque Aritz demostraba a diario ser un hombre increíble, una relación, o lío, acabaría en tragedia.

La película terminó a medianoche. Estuvo de risas con Víctor un rato más y luego se despidió con un beso en la mejilla. A pesar de haber estado medio ausente durante la película, se lo había pasado muy bien. Le gustaba pasar tiempo con él. No sentía nada más allá de una amistad y le gustaba estar segura de ello. Así evitaba confusiones.

Recogió los restos de la cena y las latas de cerveza vacías. Lo metió todo en el lavavajillas para dejarlo preparado para el día siguiente.

Aritz no había salido de su habitación en toda la noche. Se paró frente a la puerta y puso la oreja. Estaba despierto, escuchaba el suave sonido de la música, así que llamo con el puño y esperó.

Necesitaba preguntarle si le pasaba algo, como su amiga que era.

—Pasa.

Sonaba serio. Así que continuaba con el humor cruzado.

Abrió la puerta con extrema lentitud y lo observó. Estaba sobre la cama, con su increíble torso al desnudo y el teléfono móvil en la mano, reproduciendo una canción. La reconoció como una de las suyas porque la voz de Aritz destacaba con la melodía y erizaba el vello de su piel de inmediato.

Ese tono era provocador hasta decir basta y se le ocurrían demasiadas cosas obscenas con solo escucharlo.

Lo pausó y al fin le prestó atención. No le gustó nada su mirada, estaba teñida por una indiferencia que no comprendía.

—¿Qué te pasa? —inquirió al fin.

Dio dos pasos hacia adelante para acortar las distancias. Estaba muy cerca de su cama, aunque no se atrevió ni siquiera a sentarse para tener una conversación más cercana.

—A mí nada.

Arqueó las cejas para mostrarle sin palabras que no se lo creía.

—¿Y por qué no te creo?

—Tú sabrás…

Solo le faltaba poner morritos para parecer de lo más infantil.

Sara soltó un bufido, frustrada, se giró sin decir nada más, dispuesta a irse a dormir, pero entonces Aritz habló.

—¿Qué hacías con él?

Se giró como la niña de *El Exorcista* y lo miró con incredulidad.

—Pues lo mismo que hago contigo cuando salimos, estar con un amigo —respondió borde.

—Ese quiere volver a follar contigo.

—¡Tú eres imbécil! —le chilló—. Víctor es solo un amigo. Tengo muy claro que no quiero nada con él, solo amistad. Y ni siquiera sé por qué coño te estoy dando una explicación, así que deja de comportarte como un maldito imbécil, porque soy adulta y tengo capacidad suficiente para elegir a mis amigos.

No dejó que contestara, cogió el pomo y salió de allí con un portazo que resonó con fuerza por el pasillo. Soltó un gruñido y se metió en su habitación.

Se puso el pijama, después se tiró en la cama con un cabreo que esperaba que no le impidiera conciliar el sueño. Aritz era un idiota, pero lo peor no era eso, sino que sentía tal impotencia ante ese tipo de situaciones que tenía ganas de llorar.

No, la imbécil era ella, porque el chico que estaba al otro lado de la pared, despertaba cosas que quería que se mantuvieran bajo llave.



No fue la mejor noche de su vida, en absoluto. Conciliar el sueño fue un trabajo arduo y al despertar sentía su cuerpo contraído por la tensión. Aritz se comportó como un auténtico imbécil y repitió en su cabeza la absurda conversación una y otra vez. Al hacerlo se le ocurrieron cientos de contestaciones mucho mejores que las que pronunció en su momento, pero se quedó tan alucinada de que le echara en cara la visita de Víctor, que no supo reaccionar de forma mordaz.

Salió de la habitación y fue directa al baño. Se aseó como todas las mañanas para luego ir a la cocina. Aritz también estaba ahí, se fijó en que iba vestido de calle con unos pantalones vaqueros piratas y una camiseta.

No lo saludó. Pasó por su lado como si no existiera y se preparó el café.

—Buenos días, pelirroja.

Ni se giró. Su tono quiso ser agradable, pero ella no quería escucharlo.

¡Qué le dieran!

—Vale, estás cabreada —pronunció un minuto después del tenso silencio que se formó en la cocina.

—No, ¿tú crees? —ironizó y soltó un bufido.

Cogió el café y fue directa al salón. Se sentó en el sofá y encendió la televisión, dispuesta a ignorarle. Aritz lo siguió, cuando dejó el mando sobre la mesa lo cogió y la apagó. Parecía dispuesto a tocarle las narices.

—¿Eres imbécil? —gruñó.

—Lo siento, sí, lo soy. Anoche me comporté como un gilipollas —se disculpó.

Lo miró al fin y estudió su mueca. Se veía que estaba arrepentido y llamó su atención la máscara de tristeza que sobrellevaba. No estaba contento con su comportamiento, pero Sara no podía ablandarse de inmediato.

—No tenía motivos para decirte aquello y fue de lo más infantil —continuó—. Así que por eso te pido perdón.

—Sí, fuiste idiota. No entiendo tu actitud, en absoluto, Aritz. Por tu culpa he dormido fatal —contestó. Lo último no venía a cuento porque le daba demasiada información de cómo le había hecho sentir.

—Lo siento —repitió.

Se instaló de nuevo el silencio. Agradecía que su compañero hubiera tenido el valor de disculparse, porque en el fondo, no quería estar enfadada con él.

—Acepto tus disculpas.

Lo miró, poco a poco, comenzó a formarse una sonrisa en su rostro que marcaba sus seductores hoyuelos. No pudo evitar corresponderle.

—Gracias.

Al fin pudo tomarse el café con tranquilidad. Eran solo las diez de la mañana y no tenía planes, pero eso cambió en el instante en que él volvió a hablar. Le proponía ir de paseo por la ciudad, como dos turistas dispuestos a sumergirse en las calles más mágicas de Barcelona.

Se lo pensó durante varios segundos, de hecho tenía la respuesta desde el instante en que se lo propuso, pero quiso hacerle esperar.

—Está bien, me apunto.

La idea le apetecía, así que terminó rápido y se metió en la habitación para quitarse el pijama de una vez. Abrió el armario, cogió unos short tejanos y una fina camiseta de tirantes negra con escote, haría calor, así que

cuanta menos ropa llevara, mejor lo soportaría. Tendría que caminar bastante, así que se calzó unas sandalias veraniegas con algo de plataforma —puesto que eran mil veces más cómodas que las típicas planas—, y cogió un bolso bandolero con lo necesario. Aritz la esperaba sentado en el sofá y se levantó al verla.

—Qué sexi, pelirroja —la piropeó, ella rodó los ojos y lo llamó imbécil en tono de guasa.

Salieron de casa acompañados por las carcajadas. Le encantaba vacilarla, aunque ella se empeñara en negarlo con resoplidos, le divertía la situación. Quizá se debía a todo lo que comenzaba a nacer en su interior por él y que intentaba frenar.

—¿A dónde me vas a llevar? —preguntó.

Ya estaban en la calle e iban en dirección a Las Ramblas.

—A mí zona favorita —respondió misteriosa, no quería darle la respuesta.

Él frunció el ceño y no dijo nada, solo se dejó guiar. Hicieron el camino que tantas veces recorría a solas, antes de cruzar hasta la plaza colón, se metieron por un callejón situado a la izquierda.

—¿En serio me vas a llevar a un museo, pelirroja? —murmuró parado frente a la entrada de la callejuela.

—No exactamente.

—No me gustan los muñecos de cera —pronunció, ya que en esa calle, justo frente a ellos, se alzaba la preciosa fachada del Museo de cera de Barcelona.

—¿Quieres callarte y seguirme de una vez? —gruñó.

Era ella la que conocía la ciudad, si tan descontento estaba con el recorrido, tenía una opción muy sencilla: darse la vuelta y pasear por su cuenta sin conocer recovecos especiales.

Hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera y al fin continuó. Al lado del museo había un desvío a la derecha que llevaba a otro callejón. Sara paró frente a una puerta y Aritz la siguió. El chico miró el cartel y se fijó en que había una carta como de bar.

—¿Vas a emborracharme? Ya sabes que, en ocasiones, se me va la pinza con eso.

—Más bien a envenenarte como no te calles —bufó—. Este bar es una maravilla y no puedes vivir en Barcelona y no entrar.

El chico se encogió de hombros, poco convencido.

—Te prometo que merecerá la pena.

Ella fue la primera en entrar tras dar un par de pasos. Luego se giró para mirar a Aritz y disfrutó de su reacción. Su mueca pasó de la reticencia a pura incredulidad. Solo faltaba que abriera la boca. Miraba a su alrededor maravillado y seguía hacia adelante para quedarse con cada detalle.

Sabía que le gustaría *El bosc de les fades*, tenía un encanto particular. Era un lugar precioso en el que nada más entrar te embargaba la calma gracias a la música relajante y el ambiente. La decoración era lo que la convertía en maravillosa, porque tal y como citaba su nombre, parecía un bosque de hadas. Continuó con el camino y lo guio hasta una de las mesas vacías.

Tuvieron suerte de que justo esa estuviera vacía. Sara tenía a su derecha una cascada de agua que hechizaba con su sonido, estaba envuelta en piedra oscura y ponía la guinda a la decoración con enredaderas y helechos que le daban el toque de la naturaleza.

—Este sitio es increíble —dijo al fin después de varios minutos en silencio.

Sonrió orgullosa de haber acertado con el primer rincón.

—Me alegro de que te guste. —Él asintió con una sonrisa.

Lo vio con intención de decir algo más, pero la camarera los interrumpió para tomar nota. Pidieron un par de cervezas. Mientras tanto, Aritz se levantó para otear a su alrededor porque se dio cuenta de que a su lado había como una especie de gruta. La saludó desde el otro lado y no pudo evitar sonreír como una boba.

Esa actitud le pareció de lo más adorable, estuvo a punto de soltar un suspiro involuntario, que por suerte evitó, porque él lo hubiera visto.

—Ven aquí, anda —la llamó.

—¿Para qué?

—Tú ven —repitió sin dejar de sonreír.

Alzó las cejas porque su mirada le decía que algo tramaba. Se encogió de hombros, al final se levantó. Se reunió con él en la gruta, era estrecha y sus cuerpos se rozaban. Apenas había luz, pero no era una oscuridad incómoda, más bien demasiado íntima. La miró a los ojos y tuvo que arquear el cuello para poder mirarlo. Tenía una bonita sonrisa en su rostro, sus pupilas, tenían un brillo que penetró en su interior.

Se quedaron en silencio, solo hablaban sus miradas. Sara no entendía lo que quería decir la de él y esperaba que a Aritz le pasara lo mismo.

—¿Para qué querías que viniera? —dijo en un susurro. Al menos consiguió que se rompiera durante un instante el contacto, para así apaciguar el remolino de sensaciones que atravesaba su cuerpo.

—Para hacernos una foto —sonrió ladino.

Frunció el ceño. Aritz ya estaba con el teléfono móvil en la mano, puso la cámara y estiró el brazo para rodearla por la cintura. La pegó a él sin permiso. Dio un respingo placentero ante su contacto.

Miró hacia la cámara y se obligó a dibujar una sonrisa, porque en un primer instante, su imagen parecía de alguien que se estuviera excitando.

Y así era, porque su sola cercanía prendía la mecha de la llama que ardía en su interior.

Consiguió relajarse y Aritz comenzó a tomar fotos. Al principio los dos sonreían, pero luego comenzó a juguetear y acabaron entre carcajadas. En alguna de ellas la besó en la mejilla, en otra, hasta mordió su cuello de forma juguetona. Salieron de allí sin dejar de sonreír, tomaron su cerveza y al marcharse él le agradeció que le descubriera ese rincón.

Continuaron con el camino por la ciudad. Hacía calor, pero la compañía era tan agradable que no importaba. Recorrieron las calles del Barrio Gótico. Sara se encargaba de explicarle la historia de esos edificios. Fue su trabajo de final de grado en la universidad, así que conocía cada detalle al dedillo de todas y cada una de las edificaciones. Aritz estaba fascinado con todo y hasta le preguntaba por más datos.

Las fotografías en el interior de *El bosc de les fades* fueron solo el inicio, porque en cada lugar se paraba como el típico guiri y la invitaba a la instantánea. Eso los llevó a reír más, mucho más. Se desenvolvía con soltura y a Sara se le contagiaba su humor. Hubo un punto del paseo en el que hasta se cogieron de la mano, lejos de molestarle, se sintió bien. En ese instante estaban frente a la famosa Catedral de Santa María del Mar, lugar que hasta el escritor Ildefonso Falcones le dedicó una maravilla de novela que relataba cómo fue su construcción.

Mientras miraba la fachada se lo fue explicando a Aritz. Adoraba la estructura de ese sitio. Aunque no era religiosa, era innegable que allí se transmitía paz. Los turistas se aglomeraban a su alrededor, pero ella no los veía, hechizada por la fachada y la historia que contaba sobre ella.

Ni siquiera sabía si Aritz la escuchaba, pues estaba tan concentrada que todo desaparecía a su alrededor.

—… y así fue cómo se construyó —finalizó.

Desvió al fin la vista, pues Aritz no había abierto la boca para interrumpirla ni un solo segundo. Ya no cogía su mano, así que cabía la posibilidad de que ni siquiera estuviera a su lado. Se giró para buscarlo y estaba a solo un paso. No miraba la catedral, su vista estaba clavada en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañada.

No sabía cómo definir esa mirada, pero el brillo de sus ojos le inspiraba cierta ternura. Se hizo el silencio entre ellos, como si una burbuja los rodeara y los apartaran de todo. Aritz acortó las distancias y ella no estaba preparada para lo que ocurrió a continuación, mas era del todo inevitable.

Sus labios la atraparon. Aritz se encajó contra su cuerpo y se fundió en un intenso abrazo. Ella, al principio, se resistió, pero no tardó en caer presa del embrujo e invitó a su lengua a entrar en su cavidad para que iniciaran una batalla. Su cordura desaparecía ante ese contacto. Reconocía que lo había añorado más de lo que le gustaría admitir. Lo cogió por la nuca y continuó con el beso.

Su corazón latía acelerado, despierto, más vivo que nunca. Una súbita alegría nacía desde lo más profundo, mas no podía darle paso sin crear unas falsas ilusiones que acarrearían un daño que quizá fuera irreparable.

Era Aritz quien la besaba, el hombre que se encargó de poner fin con sus palabras al rollo que tuvieron semanas atrás. Él no se ataba y ella no podía permitir que jugara con unos sentimientos que cada día iban en aumento.

Se separaron tras más de dos minutos y por fin cogió aire. Lo miró con el ceño fruncido, en busca de algo que le diera explicación a su impulso.

Solo sonreía, demasiado burlón, no le gustó demasiado, pues no la dejaba ahondar en sus verdaderas intenciones.

—¿A qué juegas? —preguntó al fin.

—A nada, pelirroja —dijo en tono socarrón.

—Será mejor que nos vayamos.

Rompió el contacto visual y emprendió el camino de vuelta a casa. Caminaba por delante y esperaba que en algún momento la frenara para darle una buena explicación que la convenciera de que era imbécil por estar enfadada.

Fueron más de treinta minutos de incómodo silencio. Abrió la puerta de casa por completo acalorada por el ritmo veloz de sus pasos, pero ni se paró a refrescarse con un vaso de agua.

Se encerró en la habitación, por alguna razón, veía un poco borroso y cuando se tocó los ojos, se percató de que comenzaban a deslizarse lágrimas por su rostro.



La situación volvía a encontrarse en el punto del surrealismo. Sara se encerraba en su habitación y solo salía para no morir de inanición, eso sí, siempre se aseguraba de que Aritz no estuviera cerca porque no quería encontrárselo y ponerse a llorar como una imbécil.

Porque sí, eso era lo que llevaba haciendo los dos últimos días al recordar ese beso.

Conectaron más que nunca, logró captar unos sentimientos por parte de él que se asemejaban a los suyos, pero tuvo que cagarla al decir que no jugaba a nada con su estúpida mueca burlona que le restaba credibilidad. Por lo tanto, no se lo tragó. Eso provocó una especie de pinchazo en su pecho de lo más molesto, pues para ella, sí que había significado.

Mucho. Demasiado. Tanto que se sentía una idiota.

No solo encendía cada terminación nerviosa de su cuerpo, también calentaba su corazón, el cual buscaba con ansias su cariño. No obstante, dudaba que lograra encontrarlo porque él solo la quería para una cosa, a pesar de que sus amigos, incluido Víctor, le dijeran que estaba interesado por ella.

¡Pues menuda mierda de interés! Lo único que provocaba era que huyera por muchas ganas de estar con él que tuviera.

—Sara, revisa la escena, por favor.

Asintió a la premisa de Sabrina y se puso manos a la obra. Quedaba solo ese día de rodaje, eso quería decir que comenzaban sus ansiadas vacaciones en cuanto terminara su jornada. Reconocía que, aunque al principio no

estuvo segura de ese trabajo, disfrutó cada hora y le apenaba no volver a ese plató. Ojalá renovaran por una nueva temporada para así volver a acudir. De allí se llevaba a amigos, como Víctor, y compañeros que hicieron de su trabajo algo sencillo. Ese lugar también fue el punto de inflexión en su relación con Aritz, puesto que allí se inició su acercamiento más allá de las horas compartidas en casa. No estaba segura de si eso la alegraba o no, y más, por cómo volvían a estar las cosas entre ellos.

Los últimos días lo vio varias veces y notaba cómo la seguía con la mirada, pero nunca se aventuraba a hablar. Eso la desesperanzaba hasta el punto de la tristeza.

Desechó esos pensamientos y se entretuvo en poner fin a su trabajo. La hora de despedirse ya llegaba, se celebró con todos los trabajadores y un gran aplauso.

—Ha sido un auténtico placer trabajar con vosotros —habló Sabrina, la directora—. Cada uno ha tenido un papel importante para que, cada día, las cosas fueran sobre ruedas. Debo decir que estoy muy impresionada, porque a lo largo de mi carrera, en este ha sido el único trabajo en el que apenas he encontrado baches. Sin duda, eso ha sido gracias a este magnífico equipo y espero de todo corazón, tener la oportunidad de volver a trabajar a vuestro lado, ya sea en este, u otro proyecto. ¡Muchas gracias, chicos! —finalizó en voz alta y la sala se llenó de aplausos.

Sara sonrió emocionada y Víctor la abrazó con una sonrisa. Apenas duró unos segundos, pero se sintió reconfortada.

Repartieron copas de cava para todos y se generó una especie de fiesta. El trabajo de todos ya había terminado, pero ninguno inició el camino hacia la salida. Incluso alguien puso música de fondo, al fijarse, vio que era Aritz. Se reunía con sus compañeros y bebía, divertido, mientras observaba a su compañero mover las caderas.

Desvió la vista de la zona en cuanto se percató que lo miraba. Se bebió su copa de un solo trago, al alzar el cuello se topó con los ojos burlones de Víctor.

—Imbécil —negó con la cabeza y él se carcajeó.

—No he dicho nada —contestó él y alzó las manos en gesto inocente.

—No hace falta, ya lo dice tu cara de idiota por ti —respondió con un gruñido.

Él sabía lo del último beso de Aritz, porque al día siguiente de ocurrir, llegó al trabajo con los ojos un poco hinchados de haberse pasado la noche

llorando.

—Ya te lo dije el otro día, si no habláis, pero de verdad, acabaréis todavía peor. Entre vosotros ya hay demasiados sentimientos y a ti te está afectando mucho.

—No quiero hablar con alguien que se lo toma todo como un juego, porque para lo único que sirven los acercamientos, es para que yo me encapriche más y ya ha llegado a un punto en el que no puedo aguantarlo. Dudo que él esté en el mismo camino que yo. Es más, dudo que sea capaz de tener una relación con alguien, y más, cuando cada día que tiene oportunidad está con una tía diferente —soltó del tirón sin poder evitar el tono de amargura y un puchero con intención de traicionarla—. Joder, Víctor, yo no quería que esto pasara, pero ese capullo me importa, mucho, tanto que todo esto me hace sufrir. Solo quiero llorar, a la vez que ir a por él, besarlo, o meterle dos hostias. ¡Es que se merece una paliza!

Soltó un suspiro y caminó para coger otra copa. Las ganas de fiesta se habían evaporado de su cuerpo. Quería salir a tomar el aire fresco, así que lo hizo, seguida por su amigo. Encendió un cigarrillo y se calmó con la primera calada, aunque no lo suficiente para quitar sus pensamientos de raíz.

Miró la hora, ya era tarde, así que al terminar, entró y se despidió de todos. Se le escaparon algunas lágrimas. Se marchaba de allí con el convencimiento del trabajo bien hecho. Por último, Víctor la despidió a las puertas de su coche y le recordó que al día siguiente se verían.

Tocaba día de playa con sus amigos y lo había invitado para que los conociera de una vez. Con Dafne ya había hablado en alguna ocasión, pero no se habían visto en persona. Era algo que había que remediar, porque estaba segura de que encajaría a la perfección con ellos.

Llegó a casa casi al anochecer porque fue a visitar a Dafne a la clínica veterinaria donde trabajaba como auxiliar y luego se pararon a tomar algo. Le preguntó qué ocurría, pero intentó no hablar de Aritz, así que solo se entretuvieron y planearon los días de playa y chiringuito que les quedaban.

El verano duraba muy poco, siempre sentía que no lo exprimía lo suficiente. Otros años lograron coincidir todos en sus días libres y solían coger una casa rural en alguna parte remota de Cataluña. Esa vez, si no trabajaba uno, lo hacía el otro, por lo que quedaba descartado.

No tenía ningún plan especial, se quedaría en Barcelona durante sus días libres, pero los utilizaría para pasar tiempo con sus padres y su

hermana, así que entretenimiento no le faltaría.

Se hizo una cena rápida y se metió en la habitación. Estaba cansada, a parte, no quería encontrarse con su compañero. Al ser viernes estaba de concierto y le daba margen al menos hasta bien entrada la madrugada.

Despertó con el sol que entraba por la ventana y se regañó al mirar la hora. Había quedado a las diez y ya eran más de las once de la mañana. Llamó a Dafne y la avisó de que ya iba para allí.

—Joder, tía. Ha llegado antes el pobre Víctor, que ha tenido que presentarse él solo. ¿Desde cuándo eres tan tardona? —inquirió su amiga al otro lado de la línea.

Sara soltó un gruñido y se dio un golpe en la espinilla que la hizo gemir. No era buena idea coger el móvil con la cara e intentar ponerse la braga del bikini de pie.

—Joder.

—¿Qué haces?

—¡Romperme la espinilla! —gruñó. Era muy probable que le saliera un cardenal.

—Vamos, que sigues en casa —afirmó su amiga.

—Y si sigues hablándome, más tardaré en salir.

Dafne se despidió y al fin pudo terminar de arreglarse.

Odiaba llegar tarde a los sitios, pero por primera vez en las últimas semanas, se dejó llevar por el mundo de los sueños y ni se planteó ponerse una alarma para despertar a tiempo.

Llegó una hora después a causa de tantos intentos por aparcar. No le costó encontrarlos entre el tumulto, porque justo visualizó de pie a la única persona que no quería que estuviera allí.

Aritz hablaba animado con Enoch y Alex, con una cerveza en su mano y el lobo blanco de su pecho destacaba desde esa distancia.

—Me voy a cagar en la madre que parió a Dafne —susurró en voz alta mientras caminaba.

La muy cabrona ni siquiera había mencionado su presencia.

Dibujó una sonrisa tensa en su rostro y su amiga se percató. Su único gesto fue encogerse de hombros, ella soltó un gruñido.

Su amiga sabía a la perfección la situación en la que estaban y lo evasiva que era para no encontrarse cara a cara con él. Era una tarea muy

complicada, pues vivían juntos, así que tenía la esperanza que fuera de ella resultara todavía más difícil estar con él.

Pero claro, la suerte no estaba de su parte, nunca.

—No me mires así, gordi —le susurró cuando le dio un abrazo.

—No me apetece tenerlo cerca, Daf. No quiero ni verlo, yo… —se frenó, porque se negaba a dejar al aire lo que cruzaba en su mente.

—Sara, vives con él —afirmó. Se separó del abrazo y clavó sus ojos verdes en ella.

Compartían color, pero los de Dafne eran más claros y tenían el poder de embrujarte.

—No es lo mismo.

Se separó de ella y saludó al resto. Víctor hablaba animado con Cova. Se sentó con ellos. Dejó un beso en su mejilla y sonrió. Su mirada le daba ánimos para conseguir distraerse y durante largo rato logró obviar que, a tan solo un metro, Aritz no perdía detalle de ninguno de sus movimientos. Tenía su mirada clavada en el cogote y temía desviar la suya hasta allí porque sabía qué ocurriría. Se perdería en la profundidad de sus ojos castaños y la convicción de alejarse desaparecería como las olas del mar cuando chocaban contra la orilla.

—No deja de mirarte —murmuró Víctor.

En ese momento, sus amigas se giraron de golpe, olvidando lo que significaba la palabra disimulo así que las riñó.

—¿En serio, tías? —gruñó.

Solo les faltaba levantarse e irle a preguntar a Aritz por qué la miraba.

—Perdón —se disculparon a la vez y Víctor soltó una carcajada.

Le dio un codazo y él le devolvió la jugarreta haciéndole cosquillas.

Eso atrajo también a sus amigas y acabaron los cuatro revolcados por la arena como niños. La única niña del lugar, Atenea, también se unió a la fiesta. Estaba con su padre hasta que llegó a sus oídos las risas y quiso divertirse también.

—Tita, tienes *tirra* en la boca —se burló la pequeña y soltó una risita adorable.

—Lo sé, cariño, ¿y por qué está ahí? —le preguntó con las cejas alzadas. Escupió la arena y la pequeña rio con inocencia, pues había sido ella que, a causa de un ataque de lucidez por parte de su madre, cogió un puñado de arena y la tiró sobre su boca.

Estaba tumbada boca arriba con Atenea subida encima. El resto había dejado de molestarla, lo agradecía, porque comenzaba a estar acalorada y el sudor, mezclado con la arena era muy desagradable en el cuerpo.

—Te quiero, tita —dijo al fin.

Sara sonrió como una tonta. Cuando la pequeña le decía esas cosas su corazón se ablandaba por completo. Se incorporó y le dio un enorme abrazo. Repartió muchos besos en su mejilla y se quejó de que se le pegaba la arena.

—Yo también te quiero mucho, mi guerrera. Hasta el cielo ida y vuelta.

Atenea se marchó con su madre. Sara se levantó con una sonrisa y sacudió parte de la arena. Seguía sudada, así que se fue al agua a refrescarse y estuvo allí varios minutos.

Nadó un buen rato y se puso a pensar. Agradecía tener ahí a sus amigos, pues su compañía servía a la perfección para desviar el tema que tan poseída tenía su mente. Estaba harta de aquella situación, por un lado, debería ser valiente y afrontar esa conversación pendiente que tenía con su compañero de piso. Ya había pasado una semana y él no tuvo la oportunidad de explicarse. Eso también la había hecho pensar que, quizá, se había aventurado demasiado rápido a crear un juicio erróneo.

Era algo que solía pasarle, desconfiaba un poco, era lógico, sobre todo por el hecho de que después de ese beso robado en la Catedral del Mar, sabía a la perfección que Aritz se veía con otras. Lo escuchaba hablar por teléfono y eso le quitaba todavía más las ganas de intentar arreglarlo. No podía impedírselo, porque no eran pareja, pero si de verdad él no jugaba con sus sentimientos, no lo disimulaba demasiado bien.

Por eso lloraba, porque en un lugar recóndito de su mente, mantenía viva la llama de la esperanza de que pudieran ser algo más.

Una ilusión efímera que desaparecía cada vez más deprisa. Fue la primera en pensar que nunca pasaría nada, pero vivían juntos, se habían besado en varias ocasiones y también acostado. Lo iniciaron todo por el final, y quizás, eso era lo que lo había jodido tan deprisa, pues el ritmo nunca fue el adecuado.

Ya todos recogían sus cosas. Era hora de ir a comer a un chiringuito antes de seguir bajo el sol hasta que anocheciera. En el camino, alguien la miraba con fijeza.

Por supuesto, era el objeto de su deseo, de que su mente no dejara de pensar y de que su corazón estuviera desolado. Durante un instante lo miró

también.

Cuanto más se acercaba, más confusa le hacía sentir su mirada. Poco a poco apreciaba la arruga que se formaba en su frente. No tenía ni idea de qué significaba, pero antes de llegar decidió no mirarlo más.

Sentía su pecho encogerse con la situación. No le gustaba, así que se propuso seguir disfrutando del día e instaló una sonrisa prefabricada que no engañaba a ninguno de sus amigos. Por suerte, no comentaron nada.

La comida transcurrió entre risas. Víctor se integró en el grupo como uno más y ya parecía haber creado planes con Cova. Habían congeniado muy bien, eso hizo que Sara le hiciera ojitos y se riera de su cara.

Era su turno de iniciar una burla, no pensaba perder la oportunidad, pues últimamente ella siempre era el objeto de ellas.

—Eres mala…

—Para nada. Hacéis buena pareja —le susurró en el oído.

Cova acababa de levantarse de su sitio, así que no había peligro de que se enterara.

—Eres idiota.

—¿A qué jode?

Volvió a gruñir y ella se carcajeó.



Fue el primero en marcharse de la playa. A pesar de que lo había pasado muy bien, y que cada día ganaba más confianza con la gente de ese grupo, se marchó con un regusto amargo en su boca que no había forma de hacerlo desaparecer.

El día en que fueron de turismo por la ciudad, la besó porque era justo lo que necesitaba, sin embargo, la sonrisa burlona que le dedicó tras su pregunta, hizo que ella creyera que solo era un juego. Nada más lejos de la realidad.

No quería jugar con ella, solo conseguir el valor suficiente para decirle que le gustaba, mucho, tanto que no había forma humana de quitársela de la cabeza.

No fue posible, se enfadó y desde entonces volvía a evitarle. Intentó hablar con ella, pero se daba cuenta de que en realidad era un cobarde, pues no se atrevía a llamar a la puerta de su habitación. En el trabajo siempre estaba ocupada, o pegada a Víctor.

Por eso quiso ir a la playa. Esperaba poder pillarla a solas y tener una charla, pero no, porque Víctor estaba en medio.

Siempre.

Era cierto que entre ellos parecía haber una simple amistad, no obstante, le cabreaba verlos juntos. Se había acostado con ella, que de repente fueran amigos no le gustaba ni un pelo. Se comportaba como un hombre de cromañón, lo sabía a la perfección, mas lo que sentía por Sara se afianzaba de tal forma que era incapaz de controlar sus ataques de celos sin motivo.

Quería que le hiciera caso, que lo mirara con los ojos con los que él lo hacía desde las últimas semanas y solo conseguía evasión.

No tenía ni idea de qué debía hacer, por eso nunca tuvo relaciones serias, pues era incapaz de expresar sus sentimientos, siempre alejaba a las mujeres que le importaban por culpa de ello.

Perdió su oportunidad, una vez más, además no podía esperar a que llegara para pillarla por banda porque tenía concierto.

Llegó al New Underground con tiempo y sus compañeros ya estaban allí. Charlaron largo rato porque todavía no comenzaba y bebieron un par de cervezas mientras repasaban el repertorio.

—Hoy podríamos tocar alguna de My Chemical Romance —habló Gabi.

—Perfecto —contestó Aritz y sacó de su carpeta canciones del grupo que ya habían ensayado.

Como siempre tocaban allí, variaban repertorio. Cada noche tañían algunas de sus propias canciones, pero también hacían *covers* de otros grupos. Gustaba mucho a la gente y así demostraban cuanto valían. Además, conseguía que no resultaran repetitivos.

—¿Sabéis quién estuvo la semana pasada observándonos? —habló Pablo. No contestó de inmediato y eso creó expectación—. William.

Abrió la boca con sorpresa y luego frunció el ceño. Si el líder de los WatchRocks aparecía para ojearlos, tenía claro que no sería para nada bueno. No le hizo falta preguntar, porque Pablo comenzó a relatar el chisme.

—Es obvio que se ha enterado de que Mario nos ha contratado y vino a pedirle explicaciones. Dice que somos una basura y que el local se va a ir a la ruina si seguimos.

—¿Y cómo te has enterado de eso? —preguntó. Sentía la necesidad de cortarlo para conocer ese dato.

—Me lo dijo el propio Mario. El tío se descojonaba ante la prepotencia de William. Tuvo que echarlo con ayuda de los de seguridad, porque al parecer vino con parte de su grupo y parecían sus matones. Incluso llevaban porras extensibles —relató.

—Alucino —murmuró sorprendido con el último dato.

Sabía que ese tío no era de fiar, pero presentarse en un lugar que le había dado trabajo varias veces, con ese tipo de amenazas, era demasiado. No le gustaba en absoluto y esperaba no encontrarse con ellos nunca más.

Sabía que sería complicado, aun así prefería mantener las distancias. Él tenía mucho carácter y en algún punto acabaría peleándose con ellos si se los cruzaba.

—Mario los ha vetado para siempre, porque ya no se fía.

—Hace bien —añadió Gabi, quien no abrió la boca en toda la conversación.

Hablaron sobre el tema hasta que dio la hora de salir al escenario. El local estaba lleno y la gente aplaudió desde el instante en que las luces los enfocaron.

Aritz se plantó frente al foco. Con su exuberante carisma se ganó las alabanzas del público. Antes de comenzar con la primera canción, interactuó con ellos. Le encantaba recibir respuesta y se enorgullecía de poder actuar con normalidad.

En el escenario era él mismo. El único lugar en el que conseguía expresar todo lo que guardaba sin miedo a ser juzgado. Con la música hablaba más que con sus propias palabras. Se desahogaba de todo lo que lo atormentaba y lo transmitía hasta el público con su increíble voz. Era su medicina, la mejor. La libertad lo poseía, e incluso, en ocasiones, tenía la sensación de estar solo cuando se sumergía en su propio mundo. Cantó con decisión una canción tras otra, entre tanto, animaba al público hasta el punto en que cuando pusieron fin les pidieron una más.

—Se nos acaba el tiempo, chicos, pero la próxima semana tenemos algo que enseñaros —dijo con misterio. Echó un vistazo a sus compañeros y estos sonrieron. No hacía falta que les explicara a ellos a qué se refería, puesto que era algo que hablaron durante la semana—. El viernes tendréis el honor de escuchar en primicia un nuevo tema.

Los gritos de alegría no se hicieron esperar. Eso lo alegró tanto que estuvo tentado de reconocer que el álbum ya estaba listo, pero se contuvo. Terminó al fin y bajó del escenario con una sonrisa. Después de asearse en el camerino, salió con sus compañeros hasta la barra para tomar algo.

Ya se había convertido en ritual celebrar el concierto con unas copas. Además aprovechaba ese momento para hablar con algunos asistentes y agradecerles su apoyo. Un grupo de tres chicas se acercó. Gabi lo miró burlón y negó con la cabeza.

Algo que ocurría casi siempre era que aparecían mujeres con intención de ligar con ellos. Habló con una. Era morena, se llamaba Anaïs y tenía un atractivo que lo ponía a cien.

A pesar de que su intención durante ese día fue acercarse a Sara, eso no ocurrió, por lo que pasar una noche entretenida era la guinda del pastel para perfeccionar su noche. Ya tendría tiempo para volver a aclararse, por el momento, iba a actuar como de costumbre, siendo un imbécil ligón. Y no solo eso, llevaría a Anaïs a casa. A lo mejor así despertaba a Sara de su letargo y conseguía llamar su atención.



El día en la playa se alargó hasta llegar la noche. Dafne y Enoch fueron los primeros en marcharse porque Atenea estaba cansada y le entró uno de sus berrinches. El resto se quedó, tras secarse después de un largo baño, recogieron sus cosas y se mudaron a un chiringuito para tapear y beber unas cervezas.

—¿Habéis hablado ya? —le preguntó Alex.

Negó y centró la atención en su amigo.

—Llevamos una semana sin dirigirnos la palabra. Bueno, más bien soy yo la que se encarga de no cruzarse con él —reconoció mientras comía una patata.

Alex puso una mueca triste, la conocía lo suficiente como para saber que la situación ya le afectaba mucho más de lo que reconocía.

—Sarita, le importas más de lo que crees.

—Lo dudo —rebatió e hizo un chasquido con la boca.

Alex frunció el ceño y le mantuvo la mirada, no obstante, no podía dejarse convencer. Sería una forma de crearse ilusiones con algo que ni siquiera tenía claro, porque por mucho que sintiera por él, no podía confiar. Era cierto que nunca le había dado motivos, mas desconfiaba por el simple hecho del juego que se traía desde el principio.

—Conozco a mi primo, al igual que a ti. Nunca lo he visto comerse tanto la cabeza por ninguna tía. Que le atraes es evidente, pero ahí no hay solo eso, también sentimientos que él no sabe gestionar.

—¿Y crees que yo sí? —Alex negó.

—En absoluto. Sois iguales. Dos idiotas de manual —declaró y se encogió de hombros con una sonrisa socarrona—. Es más, te puedo confirmar que está celoso de Víctor. Se ha pasado toda la mañana mirándoos con ganas de matar.

El aludido dejó la conversación que tenía con Cova y los miró.

—¿De mí? —Alex asintió—. Pues no tiene razón para estarlo. Sí, me acosté con Sara, pero nada más.

—Él fue el parche para olvidarme de lo que provocaba Aritz en mi cuerpo —contestó con sinceridad—. Y solo sirvió para, al día siguiente, acostarme con él.

—¡Ni siquiera me guardaste el luto! —exclamó Víctor en tono dramático y consiguió que soltara una carcajada sincera.

Era cierto.

Dejaron apartado el tema de su compañero de piso. Alex le habló de su último ligue. Al parecer la chica era muy maja y le confesó que tenía ganas de volverla a ver. Envidió su forma de ser, pues era un hombre que no evadía sus sentimientos. Era abierto, cariñoso, y en ocasiones, bastante enamoradizo.

Todo lo contrario a ella, y por supuesto, su primo. Su amigo merecía encontrar a alguien que le correspondiera porque era buena persona, inteligente, divertido y fascinante. Si ella no lo viera como un hermano mayor, quizás hasta se hubiera enamorado.

Pero no. Porque su cerebro solo se encaprichaba de capullos y daba la casualidad que este último, era su primo.

Cova le pidió que la acompañara a pedir un par de copas, cosa que le extrañó porque el sitio tenía camareros que iban cada dos por tres a tomar nota.

Se avecinaba charla.

—¿Qué pasa? —preguntó de inmediato.

Se moría de la curiosidad. Miró a su amiga, parecía que intentaba ocultar su mirada, como si lo que fuera a decir la avergonzara.

—Tía, suéltalo ya, que me estás poniendo nerviosa.

—¿Te molestaría que me liara con Víctor?

La pregunta la pilló por sorpresa. Al principio abrió los ojos, para después soltar una fuerte carcajada que llamó la atención de los chicos.

—Pues claro que no, idiota. Hacéis buena pareja —contestó después de escuchar su gruñido.

Su amiga dibujó una amplia sonrisa al instante. Llevaba todo el día observándolos y había muchísima química entre ellos.

—Pues me dejas más tranquila. La verdad es que hacía tiempo que no sentía una chispa tan fuerte como con él —reconoció.

—Adelante, Cova. Te doy mi bendición —dramatizó y le dio un beso en la frente, luego la santiguó y las dos estallaron en carcajadas.

Al menos la gente que la rodeaba era feliz, solo faltaba que ella fuera valiente.

Se marchó para casa pasada la madrugada, aunque se hubiera quedado más. Alex se marchó y prefirió dejar a Cova y Víctor a solas. No le apetecía fastidiarles, además lo ignoraron porque solo hablaban entre ellos.

Cogió el coche y durante el camino se puso a pensar.

¡Cómo no!

Eso se le daba de lujo. Las palabras de su amigo sobre Aritz aparecían y las estudiaba para encontrarles significado. Él decía que sentía algo por ella, pero los celos absurdos que lo poseían no le gustaban, pues eso le hacía pensar que si en algún momento estaban juntos, la desconfianza lo estropearía todo.

Era un tema peliagudo.

No existían los celos buenos, puesto que en ellos siempre había algo de malo detrás y eso empañaba todo. Sara no se consideraba celosa, pero sí desconfiada y valoraba mucho la lealtad.

Aparcó en el parking del edificio y subió hasta su ático. La puerta estaba bien cerrada, así que Aritz no había llegado todavía. Cuando tocaba no aparecía hasta bien entrada la madrugada.

Fue al aseo y llenó la bañera, aunque había pasado el día a remojo necesitaba un baño. Todavía tenía arena por todas partes. Se quitó el bikini y se metió. Sus músculos se relajaron de inmediato. Apoyó la cabeza en el borde y cerró los ojos para disfrutar del silencio.

Perdió la noción del tiempo. Cuando notó que sus dedos empezaban a arrugarse se duchó. Se envolvió en una toalla, quitó la humedad de su pelo y lavó sus dientes. Debería secarlo, pero utilizar secador en verano era un auténtico suplicio. Así que lo dejaría al aire, total, no tenía sueño todavía.

Recogió la ropa sucia del suelo y caminó por el pasillo para entrar en la cocina y meterla en la lavadora. Luego fue hasta el sofá. No le apetecía deshacerse de la toalla para ponerse el pijama.

Estaba a gusto.

Encendió la televisión y se puso una serie para distraerse. Cuando estaba de bajón, *The Big Bang Theory* era la mejor medicina. Se sabía los diálogos de memoria. Era muy fan de Sheldon Cooper y siempre fantaseaba con la idea de tenerlo de amigo. Sin embargo, cabía la posibilidad de que se

pasara la vida dándole collejas, porque en ocasiones, era de lo más insoportable.

Salió al balcón a fumar un cigarrillo, miró la hora en su teléfono y ya eran casi las tres de la madrugada. El cielo estaba despejado, pero sin estrellas. La luna estaba llena y aprovechó para fotografiarla, pues le encantaba lo que le transmitía cuando estaba en esa fase. Podía quedarse horas embobada. La atrapaba en su hechizo nocturno. Lo malo era que al terminar su cigarro, el humo ya no podía quitarle los mosquitos de encima así que volvió a entrar en cuanto sintió el primer picotazo. Justo en ese instante escuchó el sonido de la llave al encajar en la puerta.

—¡Mierda! —gruñó en un susurro. No le daba tiempo a recoger para esconderse en su habitación.

Se sentó de nuevo en el sofá, fijó la vista en la televisión para disimular y rezar para que Aritz la ignorara.

Le estaba costando abrir, puesto que ya pasaba más de un minuto y no entraba. Estuvo tentada de asomarse, mas se resistió.

El sonido de una carcajada llamó su atención.

¿Estaría borracho?

Era una posibilidad, pero para su desgracia, no era lo que ocurría.

Aritz apareció delante de sus narices acompañado por una chica morena a la que agarraba de las nalgas mientras devoraba su boca.

No pudo evitar observar la escena, continuaban su recorrido en dirección a la habitación.

Se quedó así un rato, escuchó el sonido de la puerta cerrarse, pero no conseguía apartar su vista de ahí. Notó una dolorosa opresión que abría una brecha en su pecho y no encontraba forma de evadirla.

Sabía que Aritz se acostaba con quien le daba la gana y no era la primera vez que presenciaba una escena así. De hecho, fue algo habitual durante los primeros meses de convivencia, pero en ese entonces ella no sentía nada por él.

Ahora era distinto. Dolía. Sentía que acababan de apuñalar a su corazón de una forma tan certera que temía que le costara mucho recuperarse.

No se lo esperaba, y menos, después de la charla que tuvo con Alex.

Creyó que era alguien importante para él, que también tenía sentimientos, pero no, lo acababa de demostrar.

Su juego no había terminado y movía su ficha de un modo que la destrozaba.

Notó algo húmedo caer en su pierna y era una gota. Se tocó el rostro y se percató de que lloraba sin ser consciente. Limpió sus ojos con rapidez, pero le resultó imposible parar. La cascada había sido abierta.

Tenía ganas de gritar, de maldecir al capullo de Aritz y arrancar de su mente todos los pensamientos que tenía sobre él.

El sonido de los gemidos no se hizo esperar, así que subió la televisión sin dejar de llorar.

Sentía que era la persona más imbécil del mundo. Para una vez que se encaprichaba con alguien tenía que ser un auténtico capullo al que veía a diario. Era tonta, pero sobre todo, una ilusa por creer que él dejaría de ser un mujeriego después de acostarse con ella.

—Tonta, Sarita. Eres tonta —se insultó y rompió en lágrimas de nuevo.

Le esperaba una noche dura, tanto, que solo tenía ganas de huir.

Se resistió, pues se negaba a darle el placer de que sospechara que todo lo que hacía la afectaba mucho.



No podía definir su noche como algo memorable, pero sí entretenida. Anaïs fue un buen polvo con el que tampoco se esmeró mucho, porque en cuanto terminaron, la despidió en la puerta. No le apetecía dormir con ella y que se hiciera ilusiones de que la cosa se podría repetir.

Al principio consiguió descansar, pero cuando despuntó el alba y el sol entró por su ventana, se desveló. Se levantó de la cama y fue al baño. Se fijó en que la puerta de Sara estaba abierta, por lo que dedujo que rondaría por alguna parte de la casa.

Terminó sus necesidades y entró en la cocina, donde la encontró frente a la cafetera sirviéndose un café.

—Buenos días —la saludó.

Lo cierto era que no esperaba su respuesta, pero una parte de él quiso escuchar el sonido de su voz. Sin embargo, lo único que recibió por su parte fue una mirada de hastío cuando pasó por su lado.

Eso lo hizo sonreír.

Cuando llevó a Anaïs a casa lo hizo con el pensamiento de molestarla. Era un poco cabrón, lo reconocía, pero al ver su actitud comprobó que surtía efecto.

Salió al salón con su café y se sentó a su lado en el sofá. Luchaba por hacer parecer que no existía. La miró de soslayo y no tenía buena cara. Bajo sus ojos se dibujaban unas profundas ojeras, los tenía algo hinchados. Además, el verde parecía apagado.

Eso borró su sonrisa de un plumazo y le hizo fruncir el ceño. No quería que estuviera mal, aunque quizá su estado no tenía nada que ver con él. No obstante, tenía pinta de que sí.

¿Por qué era tan imbécil?

Le entraban ganas de meterse una paliza. No entendía cómo había podido creer que hacer eso solo le daría celos, porque si de verdad ella tenía algún tipo de sentimiento por él, debía estar destrozada.

Se puso en su lugar y recordó cuando la vio llegar con Víctor el día en que se acostaron. Eso le jodió como pocas cosas en la vida y eso que en aquel entonces ni siquiera se habían acostado.

—¿Estás bien, pelirroja? —dijo en tono desenfadado.

Sara desvió la mirada hasta él con cara de pocos amigos.

—Perfectamente —contestó con sequedad. También notó cierto cinismo.

Sí, estaba dolida, suponerlo solo hacía que quisiera saber más.

—Sarita… creo que ya nos conocemos lo suficiente como para saber que eso no es verdad.

—¿Ahora eres adivino?

Sus respuestas eran unas evasivas muy claras, así que sabía que le costaría sacarle información.

Si hubiera actuado como una persona racional y no hubiera traído a Anaïs a casa, quizá la situación sería distinta. Él ya tenía intención de hablar con Sara, confesarle que sentía cosas por ella, pero su actitud de niñato que quería provocar sus celos, era un error más a sumar a su ya de por sí larga lista.

No daba una a derechas.

—Lo siento —se disculpó.

Sara ya no lo miraba, mas él no la perdía de vista y su mueca adoptaba un tinte más fiero.

—¿Por qué crees que deberías disculparte? —continuó en el mismo tono. Esa vez, al menos lo miró.

—Por ser un imbécil.

—Vaya, lo reconoces. Eso es un paso.

—¿Puedes dejar la ironía a un lado? —inquirió. Era su turno de fruncir el ceño—. Quiero arreglar las cosas entre nosotros, pero no me resulta sencillo con tu actitud defensiva.

—Quizá sea porque lo único que no quiero en este momento, es arreglar nada contigo. Al contrario, quiero que desaparezcas de mi vista.

Bufó y puso las manos en su rostro en un gesto de frustración. La pelirroja no estaba por la labor de dejarle explicarse, aunque por un lado la comprendía.

No merecía su atención, solo una fuerte patada en los huevos. Al final sería él mismo quien fuera a casa de Alex y abriría sus piernas para que le diera el doloroso golpe. Lo merecía, pues por la cara de Sara, comprendía que había hecho justo lo que no quería hacer.

Le había hecho daño.

—Soy un imbécil, Sara, en vez de arreglarlo como una persona normal, la fastidio más —confesó y finalizó con un suspiro.

Ella desvió la vista, aun así continuó.

—Sé que te ha jodido que trajera a esa chica…

—Para nada —lo cortó—. Lo nuestro fue un polvo que nunca debió haber existido. Tú mismo te encargaste de dejarlo claro.

—¿Eso piensas? —inquirió dolido.

Para él fue especial, tanto que por eso estaba en medio de esa conversación. Fue un instante inolvidable que permanecía grabado a fuego en su interior.

—Sí, porque lo único que ha hecho, ha sido joderlo todo.

—No creo que sea así —rebatió él.

Ella alzó las cejas para mostrarle su descontento con esa afirmación.

—Puede que a ti te guste joder a los demás, pero a mí no me apetece que me jodan con golpes bajos —sonrió cínica.

—No quiero joderte. Es solo… que… —hizo una pausa. No tenía ni idea de cómo explicarse sin sonar como un idiota.

Con lo sencillo que sería decirlo en una canción como lo hacían en las películas Disney.

Sara se levantó del sofá ante su silencio y la siguió. Intentó cerrarle la puerta en las narices, pero consiguió frenarla con el pie. Soltó un gruñido de dolor. Esperaba no haberse roto nada. Entró sin permiso y la miró. Acababa de tirarse en la cama boca abajo dispuesta a ignorarlo. No iba a darse por vencido, quería que lo escuchara, aunque las palabras estaban atoradas en su garganta.

—Sara, yo no sé qué debo decir. Se me da como el culo expresarme —habló de nuevo.

La chica cogió la almohada y se tapó la cabeza en un gesto de lo más infantil. Se acercó y se la quitó. Quería que lo escuchara.

—¡Lárgate! —gruñó.

—No pienso hacerlo. Ya no… —pronunció. Escuchó su bufido, pero al menos se quedó en silencio. Eso le dio unos segundos para encontrar el valor que le faltaba—. Me importas mucho, Sara. Solo he cometido errores contigo y el último ha sido traer a esa chica —reconoció. Se pausó un instante porque creía que lo interrumpiría, sin embargo, calló—. Quería ver tu reacción, comprobar que te jodía como lo hace a mí verte con Víctor. Pero ha sido una cabronada que no merecías en absoluto.

—¿Por qué crees que iba a joderme? —dijo al fin. El sonido de su voz sonó ahogado por el colchón, aunque se diferenciaba un rastro de dolor en él.

—Por lo mismo que me jode a mí verte con otro —contestó con sinceridad.

Era lo más cerca que estaba de decir lo que sentía.

Se sentó en la cama y la observó. Se giró para mirarlo y no le gustó lo que vio. Sus ojos verdes brillaban a causa de las lágrimas que retenía.

Volvió a llamarse idiota.

Quiso acariciar su mejilla, mas se contuvo.

—Yo no he estado con nadie, Aritz, así que no me compares contigo. Yo no soy tan hija de puta —murmuró.

Vio como una gota caía en la sábana y ella hizo un rápido movimiento para limpiar el resto que pugnaba por salir sin su permiso.

—Víctor es mi amigo, un buen amigo, nada más. Y si eso te molesta eres tú el que tiene el problema.

Ahí debía darle la razón. Era su mente que creaba historias paralelas que lo cabreaban.

—Tienes razón, Sarita.

La chica lo miró tras incorporarse en la cama. Estaba sentada en el colchón, con las piernas cruzadas. No le mantenía mucho la mirada, aunque al menos ya no lo ignoraba. Quizás era la última oportunidad que tenía con ella y no pensaba desaprovecharla.

—Soy un imbécil. Sobre todo porque estoy haciendo justo lo que me prometí no hacer.

—Si te refieres a hacerme daño, tranquilo, lo superaré. —Volvía el tono irónico.

—Pues yo no, porque… porque me gustas. Mucho —confesó al fin—. Has despertado cosas en mí que no entiendo y me hacen actuar como un auténtico capullo.

—Eso es porque lo eres —lo cortó con un bufido.

Aritz se encogió de hombros.

—Es cierto, como también lo es que me estoy volviendo loco. Y en eso, tú tienes la culpa. Joder, qué difícil es esto… —continuó.

Los nervios afloraban en su interior. Le sudaban las manos y le faltaba el aire. Jamás pensó que admitir sus sentimientos, provocara esa clase de reacción en su cuerpo.

Por otro lado, Sara lo escuchaba con atención. Veía como a cada segundo Aritz desviaba la vista y eso demostraba que estaba de los nervios. Quería creerle, lo ansiaba, no obstante tenía un regusto amargo que no le permitía disfrutar con su confesión.

A su mente acudía la horrenda noche. No pudo pegar ojo entre los gemidos y la llantina que la poseyó.

Quería darle una bofetada, alejarlo y echarlo de su casa para siempre. Podía ser la solución a todos sus problemas, una radical que lo cortaría todo de raíz, mas no serviría de nada porque uno de sus mejores amigos era su primo. Además, sería una cobarde. Suficiente le costaba aceptar sus propios sentimientos como para no valorar lo que Aritz hacía.

Sí, su forma de despertarla era rastrera y digna de cortar cualquier contacto con él, pero veía el arrepentimiento reflejado en su rostro. Su mueca era triste y se percibía la incomodidad que le causaba la situación.

Él decía estar volviéndose loco, pero no más que ella.

—Yo tampoco soy de expresar sentimientos en voz alta, pero contigo se me notan a leguas desde el principio. Llamaste mi atención desde poco después de conocerte, pero con lo mierda de compañero de piso que eres, se me pasó —comenzó—. Y tuviste que besarme… Sí, me acosté con Víctor por despecho, porque estabas en mis pensamientos a todas horas y liarme con otro me pareció la opción perfecta para no pensar en ti, pero no sirvió de nada.

Aritz asintió. Volvió a envolverlos el silencio y retiró una lágrima que empezaba a caer, antes de que él se diera cuenta.

Era una chica fuerte y odiaba mostrarse vulnerable.

—En eso te gano. A mí me embrujaste el mismo día en que te conocí.

Le mantuvo la mirada. No ocultó su sorpresa. Desde que iniciaron la conversación era la primera vez que lo veía sonreír. Sus hoyuelos se marcaban, no como siempre, faltaba que la alegría llegara a sus ojos y eso le confirmó que nada de lo que decía era mentira.

Por mucho que no supiera decirlo en voz alta, su expresión corporal no la engañaba. Entre ellos había algo más que a cada paso se afianzaba en sus corazones. Sara no sabía definirlo como amor, pero sí como un cariño tan fuerte que te partía en dos ante situaciones como la vivida la noche anterior.

Soltó un suspiro.

Quería acortar las distancias, alimentarse de sus labios y que la acogiera entre sus brazos. Pero tenía miedo. Mucho.

Un miedo irracional a terminar de abrir su corazón ante una persona que con suma facilidad era capaz de traicionar su confianza. No tenía nada que reprocharle, pues en realidad no eran nada. Tan solo dos almas que ya no eran tan libres porque se buscaban la una a la otra de forma constante.

—¿Y qué hacemos, Aritz? —preguntó al fin.

El chico pasó las manos por su melena con nerviosismo. Le enternecía mucho verlo en ese estado. No había ni rastro de chulería, porque estaba en medio de una encrucijada que no sabía cómo afrontar.

—No sé cómo decir esto sin sonar como un imbécil, pelirroja, pero quiero intentarlo, porque sé que si no lo hago, me voy a arrepentir toda la vida —declaró—. Quiero estar contigo.

Clavó sus ojos castaños en ella mientras dibujaba con lentitud una tierna sonrisa. Sara se quedó medio bloqueada, porque no esperaba que le hiciera esa petición.

Quería intentarlo, con ella.

Su corazón se saltó un latido, los nervios aumentaban de la misma forma que el creciente deseo por besarlo, no obstante, las dudas la atormentaban y no podía dejarse llevar sin resolverlas antes.

—Quiero creerte, pero ¿por qué me has hecho esto? —No hacía falta que especificara, pues se sobreentendía que se refería a lo de traer a esa chica.

—Porque soy subnormal, un capullo, aunque eso ya lo sabes —se justificó—. El día en que te besé frente a la Catedral del Mar iba con la convicción de decirte esto, pero te fuiste y volviste a ignorarme —murmuró.

Su respuesta la sorprendió, porque en aquel instante no percibió esa intención por su parte, al contrario, se marchó enfadada por creer que jugaba con ella. Una actitud que también la convertía a ella en una completa imbécil.

—Creo que tengo que reconocer que yo también soy una capulla, porque mi único pensamiento era que jugabas conmigo —reconoció y se encogió de hombros. Dibujó una sonrisa burlona en sus labios y Aritz se carcajeó.

Lo cierto era que la situación era un tanto surrealista.

—Madre mía, no me puedo creer que seamos tan imbéciles, pelirroja. —Asintió a su afirmación. Ni siquiera le sorprendía descubrirlo.

—Me parece que todos fueron conscientes menos nosotros.

Se quedaron en silencio varios segundos hasta que sus ojos se encontraron. Aritz tenía una mueca divertida y negaba de vez en cuando. Era probable que se sintiera igual de gilipollas que ella.

Por fin ambos admitieron que ansiaban la cercanía del otro, pero ninguno daba el paso de sellarlo con un beso.

Ganas había, pero no valor.

Ninguno dijo la palabra «te quiero». Sara creía que no debía utilizarse en vano, y menos, entre dos personas que habían dado tantos bandazos en poco tiempo. La atracción era importante, aunque no fue hasta que profundizó más en su amistad, que reconoció parte de los sentimientos que nacían por Aritz.

Sin venir a cuento, se puso a reír. Las carcajadas eran ensordecedoras y se retorcía tanto sobre sí misma que acabó tumbada sobre la cama. En los momentos que conseguía controlar sus espasmos, echaba una ojeada a Aritz. El chico negaba divertido y un poco asombrado por su reacción. No podía evitarlo, era una situación tan esperpéntica que no tenía ni idea de cómo actuar.

Tardó un rato en calmarse, lloraba de la risa y Aritz continuaba sin dar el paso que terminaría por acortar las distancias. Así que se incorporó, alargó el brazo y lo capturó con la mano. Del impulso cayó sobre su cuerpo y los dos comenzaron a carcajearse.

—Dame un beso, capullo.

Aritz sonrió ladino. Se atrevió a acariciar al fin su mejilla y retiró un mechón pelirrojo de lo más rebelde. Sus ojos castaños brillaban, por fin veía en ellos la alegría y ese punto socarrón que la tenía loca.

—¿Estás segura? —pronunció.

¿A caso no le había quedado claro lo loca que estaba por él?

Cualquier otra persona, una racional, lo hubiera mandado a la mierda por lo que le hizo esa misma noche, pero ella no y todavía debía pensar el porqué.

No quiso darle una respuesta, simplemente lo agarró por la nuca y juntó sus labios. Aritz respondió de inmediato, se colocó en una posición más cómoda que no dejaba todo el peso sobre ella, disponiéndose a disfrutar.

Sara abrió la boca y su lengua se topó con una vieja conocida con la que sentía que en cualquier instante sería capaz de volar. Los besos de Aritz eran tan intensos que le hacían el amor sin necesidad de nada más.

Era una adicción de esas que deberían estar penadas por la ley por riesgo a perder la cordura, sin embargo, ella estaba encantada de caer en ese embrujo. Llevaba semanas resistiéndose, intentando borrar de su mente la idea de estar con él, aunque ahora que lo había conseguido, dudaba que fuera capaz de evitar las fervientes ganas de probarlo a cada instante.

Le gustaba, demasiado. Aunque hacía apenas una hora que sabía que él sentía lo mismo que ella, presentía que ya no había vuelta atrás. No podría detener el amor que sabía que, tarde o temprano, se abriría paso con fuerza directo hasta su corazón.



En la habitación de Sara se respiraba un ambiente en el que los sentimientos estaban a flor de piel. Tras varios minutos siendo incapaces de separar sus labios, se tumbaron y ella se apoyó sobre su pecho desnudo.

Escuchaba el rítmico latido de su corazón, era una música tan relajante que llevaba un rato con los ojos cerrados. Aritz se entretenía con caricias sobre su hombro y ninguno rompía aquel instante tan íntimo. Sus teléfonos sonaron varias veces, pero ninguno se molestó en contestar, pues preferían disfrutar de esa situación tan nueva en la que, por primera vez, no actuaban como idiotas.

—Esto es incluso más raro que habernos acostado después de una discusión —habló Aritz.

Sara se incorporó y torció el cuello para mirarlo. Tenía la vista perdida en el techo, sonreía con ternura tras pronunciar sus palabras.

—¿A qué te refieres?

—A esto, lo de estar así acurrucados en la cama, como una pareja… —comentó.

Su respuesta le hizo lanzarle una pregunta sobre la que no tenía datos. No era muy indicada cuando se empezaba algo, pero lo suyo no ocurría de la forma estipulada, puesto que eran igual de alocados e inconscientes, así que quiso saber sobre sus otras relaciones.

—Ya has visto lo que me cuesta hablar, así que te puedes imaginar que no he tenido muchas —confesó—. Sí que me han gustado algunas, pero ser un capullo no las convencía como ha hecho contigo —dijo socarrón.

Le dio un golpe juguetón en el hombro para parecer ofendida y él la cogió del cuello para dejar un beso en sus labios.

—Lo capullo no es lo que me ha convencido, imbécil.

—Pues cuéntame qué ha sido, la verdad es que me intriga —murmuró en un intento de parecer serio.

En realidad no lo tenía muy claro. Era obvio que su carácter juguetón la atrajo por puro masoquismo, mas guardaba mucho más que a simple vista no se veía.

—Antes de que me besaras, fue simple atracción, pero esa noche en el concierto, cuando probé tus labios, me quedé atontada. Ese fue el inicio de que algo en mi interior despertara, pero lo que de verdad me embrujó, fue tu voz, la pasión con la que cantas y que me hizo ver que es justo lo que transmites con tus besos y caricias.

—Así que eres como una fan loca por mis encantos —bromeó.

—Idiota —bufó y soltó un gruñido.

Él soltó una carcajada que la hizo enfurruñar. Luego se calmó y volvió el silencio que fue roto por sus palabras.

—La música es el método en el que de verdad suelto todo lo que guardo. Me resulta más sencillo que expresarlo con palabras —confesó—. Por eso soy así, tiendo a fastidiar lo que me importa, pero no era plan de cantarte que estoy encaprichado de ti. No vivo en el interior de una película Disney —bromeó.

Su respuesta la hizo reír. En su mente acababa de crearse una imagen un tanto cómica en la que Aritz vestía como un príncipe azul y le citaba frases de amor con música de fondo. Ella estaba encerrada en una torre y lo observaba con ojos soñadores.

—Dios, la imagen que acabo de crear es surrealista.

Aritz preguntó y cuando le explicó la película que se acababa de montar, estallaron en carcajadas.

Estaba tan a gusto que no era consciente de que el tiempo pasaba con rapidez. Ya casi entraba la tarde y el hambre acechaba. Se levantaron de la cama a regañadientes y Aritz llamó para pedir una pizza. Ninguno tenía ganas de ponerse a cocinar.

Sara aprovechó que él se fue al baño a darse una ducha para revisar las llamadas y mensajes de su móvil. En el grupo de sus amigos tenía varios por leer. No tenían gran relevancia. Dafne, Enoch y Atenea se divertían en la playa y daban envidia al resto. Por otro lado, Cova subió una con Víctor

y Sara la mencionó para dedicarle los emoticonos del corazón. Su hermana le preguntaba cómo estaba, tras contestar que muy bien, tuvo la tentación de contarle lo que ocurría. Sin embargo, lo evitó, pues sabía que la llamaría de inmediato y acabaría uniéndose su madre para conocer todos los detalles.

Prefería esperar, por lo menos, hasta disfrutar de esos primeros instantes a solas en los que conectaban de una forma novedosa a la que se debía acostumbrar. No pronunciaron la palabra novios, pero se suponía que comenzaban una relación. No creía que llegaría ese momento, porque no veía a Aritz de esos, pero fue valiente al admitir que quería intentar algo con ella. Juntos, podrían descubrir cómo se hacía eso de tener una relación.

Salió de sus pensamientos cuando se acercó por detrás del sofá para agarrarla y dejó un beso en su cuello. Dio un respingo, el vello se le puso de punta. Giró y se topó con su sonrisa. No lo resistió y saboreó sus labios con hambruna.

—Creo que soy capaz de acostumbrarme a esto muy deprisa —susurró con voz ronca—. Pero no creo que sea saludable estar todo el día empalmado.

—Y tenías que cagarla… —bufó. Quería sonar indignada, pero se le escapó la sonrisa.

—Ya te he dicho que no sé expresarme —contestó y se encogió de hombros con inocencia.

—¿De verdad? No me había dado cuenta —ironizó.

—Joder, pelirroja. ¿Es que no ves cómo me tienes? —De un salto se colocó sentado en el sofá y le cogió la mano hasta llevarla a su paquete.

Sí. Estaba duro.

Sintió que sus mejillas ardían. Ella no era de piedra y llevaba desde el primer beso con ganas de desnudarlo.

—Aritz, esto no se hace —lloriqueó.

Sonrió ladino y la atrapó. El sabor de sus labios volvió a cortar cualquier pensamiento racional. Se puso a horcajadas sobre él y notó bajo el fino pijama su dureza.

—Lo deseas tanto como yo, cariño.

No podía negarlo, y menos ante ese tono ronco en el que el reflejo del deseo la golpeaba. Acarició su torso desnudo, repasó sus tatuajes con los dedos y memorizó cada recoveco. Mordió su labio inferior, eso provocó un gruñido gutural en él que la excitó en sobremanera.

Su sexo palpitaba de anticipación, deseoso de recibir las maestras atenciones del músico. Ansiaba que tocara esa canción que ella corearía con sus gemidos de placer. La cogió de las nalgas y las apretó con sus firmes manos, consiguiendo un jadeo que fue ahogado por su boca. Sus lenguas continuaban entre el fragor de la batalla. Jamás, en toda su vida, nadie le había hecho sentir lo que Aritz solo con un beso. No podía pensar, pues lo único que necesita era continuar así.

Siempre.

Lástima que el timbre los sacó de forma abrupta de la pasión.

—Mierda, la pizza —murmuró Sara.

—Yo no puedo abrir. Voy a espantar al repartidor —dijo con voz ronca y ella soltó una carcajada.

Se levantó a regañadientes, maldecía al oportuno repartidor y caminó hacia la puerta.

—¡Esconde la teta, que lo vas a escandalizar! —le gritó de camino.

Tenía razón, la llevaba fuera y no era muy decoroso recibir a alguien así.

Una vez lo despachó, dejó la comida sobre la mesa y volvió al sofá para coger a Aritz de la mano y arrastrarlo hasta la habitación.

—¿Qué haces? ¿No tienes hambre?

—Sí, pero no de pizza, precisamente.

Lo empujó hasta la cama y se subió sobre su cuerpo. Aritz sonreía socarrón con el deseo reflejado en sus ojos castaños. Él tampoco quería pizza, solo a ella.

—Pelirroja, me vas a volver loco —gruñó y atrapó sus labios.

Quería responderle con algo mordaz, mas ya no podía pensar a causa del embrujo de su boca. La agarró de las nalgas para encajarla más contra él. Su dureza chocaba contra su sexo y le cabreaba que la ropa hiciera de barrera. Ardía en deseos de disfrutar, de recorrer cada recoveco y memorizarlo con intención de no olvidarlo jamás. Mordió su labio inferior y él soltó un gruñido. Se separó y le dedicó una sonrisa juguetona que notó como hizo vibrar su polla. Recorrió su cuello con la lengua. Mantenía sus ojos fijos en él y escuchaba a cada instante sus jadeos.

Iba lenta, meticulosa. Paró en su torso para lamerlo con hambruna y contornear cada pliegue con sus manos.

Se moría de ganas de preguntar sobre sus tatuajes, pero estaba tan sumergida en disfrutar que supo que no era el momento.

—Joder, voy a explotar —musitó con voz ronca. Sara sonrió con malicia, sin dejar de recorrerlo con su lengua—. Bruja…

Descendió al fin con las manos hasta la cinturilla de su pantalón y lo retiró con lentitud. Luego hizo lo mismo con el bóxer y ante sus ojos se mostró su enhiesta verga que atrapó entre sus manos para hacerlo enloquecer. La masajeaba con suma lentitud, atenta a las muecas de placer que se dibujaban en el rostro masculino. Le enloquecía su forma de actuar, lo que provocaba que se sintiera poderosa.

No tardó en saborearlo, pues lo ansiaba. Su esencia era tan adictiva que se recreaba con maestría en cada uno de sus toques. Lamía con lentitud y lo introducía hasta el fondo de su boca con el pensamiento de que lo llevaba al límite.

—Joder… —gruñó extasiado.

Se incorporó y tiró de ella para besarla. Quería continuar con su tortura placentera, pero al parecer nacía en él la urgencia de tomar el relevo.

—Me lo estaba pasando muy bien —dijo con un puchero burlón.

—Y yo, pelirroja, pero no quiero quedar como un pelele —contestó—. Eres una bruja demasiado tentadora. Aunque tu magia sea poderosa, no te voy a dejar llevar el control —le susurró al oído y dio un respingo de anticipación.

Le excitaba su juego, pero ella guardaba el suyo propio.

—¿De verdad que no me dejas? —Volvió a colocar la mano en su polla. Le dio unas suaves caricias y luego se entretuvo en su escroto mientras lo miraba maliciosa.

Su gruñido gutural le puso la piel de gallina, pues en sus ojos se reflejaba un potente fuego que prometía hacerle perder la cordura.

Ni siquiera lo vio venir, Aritz retiró la camiseta de su pijama con un rápido movimiento y la tumbó, para después, atacar sus pechos con su húmeda boca. Gimió sin ser capaz de ocultar lo que su agresividad provocaba en su organismo. Una intensa punzada la poseyó y notó como él reía contra su pecho.

Era malvado, sabía a la perfección cómo distraerla. Ya ni siquiera recordaba su plan de lamerle la polla hasta que pidiera clemencia. Solo quería que la recorriera con sus expertas manos y la lengua.

Mordisqueó su pezón y gimió de nuevo. Luego inició un recorrido con sus manos por cada curva. Acarició sus pechos, les mostraba devoción y los lamía con tal maestría que sentía cómo entre sus piernas se acumulaba la

humedad. Sabía que no faltarían orgasmos con él, ya la tenía al borde del precipicio y ni siquiera acariciaba su sexo.

Todo con él era placentero. Jamás en su vida había estado tan caliente como cuando tenía a Aritz cerca. Y ahora estaban juntos. No era un sueño, ni un espejismo creado por su propia mente. Había sentimientos, aunque en ese instante la lujuria era la protagonista de la escena, le transmitía ese cariño con las caricias en los puntos exactos que la hacían delirar.

Cuando creyó que sus pechos ya habían recibido suficiente atención, descendió con suma lentitud, paró en su vientre y lo besó con cariño mientras sus manos le separaban las piernas con delicadeza.

—Esto es lo que yo quería ver —murmuró. Se incorporó para ponerse de rodillas ante ella y la miró ladino de tal forma que la hizo gemir.

Contempló su húmedo sexo y se relamió expectante. Acariciaba su verga y Sara no podía desviar la vista de la zona, deseosa de que la empalara hasta hacerla desfallecer.

Mas sabía que antes de que llegara ese instante, se recrearía en saborear cada rincón.

Era la segunda vez que se acostaba con él y ya asumía que ese era su juego favorito, el de volverla todavía más loca. Ella estaba encantada. Tenían conexión en la cama, tanta, que aterraba.

Normalmente una pareja tardaba un tiempo en conocer esos puntos claves que llevaban al límite, pero con Aritz no fue así. La conocía incluso mejor que ella misma, por eso, cuando introdujo dos dedos en su interior y los hundió, gruñó de placer al borde del orgasmo.

—Abre los ojos, pelirroja. Quiero que me mires cuanto te corras. Déjame observar el brillo de placer de tus ojos —le dijo en un tono de voz tan grave que dio un respingo.

Ni siquiera era consciente de estar con ellos cerrados, pero obedeció y se topó con su mirada llena de deseo. Se arrodilló con lentitud entre sus piernas, no hubo un instante en el que detuviera el roce de sus dedos contra su punto G.

Iba lento, tanto que sentía la desesperación por que le diera la oportunidad de liberarse. Debía ser consciente de su necesidad, pues era tan malvado que dibujaba una sonrisa burlona en su rostro. Dejó un toque en su clítoris y gimió, pero se detuvo antes de colmarlo de más placer.

—Te veo con ganas, pelirroja.

—No me toques los ovarios, pe… elucas —la última palabra no salió con el tono que pretendía porque hundió su cabeza entre las piernas y provocó un ramalazo de placer con su lengua en la zona.

¡Joder! Había estado a punto, sin embargo, él tenía el control absoluto y eso la enfurecía.

—¿Decías? —continuó con el mismo tono.

Quiso gruñir, pero supo de inmediato que no serviría de nada.

—Por favor, deja que me corra —suplicó. Meció las caderas en un intento de profundizar, no obstante, él salió de su interior.

Eso sí que no. Se apoyó sobre los codos y fijó su mirada en él. Sin decir nada, estiró el brazo para alcanzar el tirador del cajón de su mesita de noche y de allí sacó algo que hizo reír a Aritz.

—¿Qué haces? —preguntó entre carcajadas.

Sara le lanzó una sonrisa cínica y presionó un botón en la base del vibrador con el que estaba dispuesta a correrse de una vez y comenzó su movimiento.

—Lo que tú no haces.

—Oh, por Dios, pelirroja. No seas tan impaciente.

Le arrebató el juguete de la mano y lo tiró lejos de su alcance. La beso con pasión y perdió el norte, sobre todo cuando su mano volvió a su sexo e inició de nuevo caricias entre sus pliegues que la llevaron al borde del abismo. Arqueó la espalda y gritó de placer al recibir al fin su primer orgasmo. Aritz sonreía contra sus labios, satisfecho.

—Ahora, preciosa, prepárate para gritar una y otra vez.

Cumplió su promesa con creces. Todavía no se deshacía de los resquicios de placer que se arremolinaban en su bajo vientre y él ya iba de camino a saborear su humedad. Su lengua jugueteaba en su clítoris con tal experiencia que la arrastró a los pocos segundos hacia un nuevo orgasmo. Era increíble, pero deseaba que esa sensación no desapareciera nunca.

Gritó su nombre en cada una de las ocasiones en que rompía presa del clímax. La estremecía. No creía que su cuerpo aguantara tanto, mas él demostraba todo lo contrario. Ni siquiera se había hundido todavía en su interior y no sabía cómo encontraba el valor para contenerse. Ella misma lo ansiaba, pero estaba tan colmada que era imposible que lo dijera en voz alta.

—¡Joder, Aritz! —gruñó una vez más.

Su cuerpo estaba tan sensible que cuando se tumbó sobre ella volvió a gemir. Notaba su erección rozando su humedad. Estaba tan mojada que notaba como las gotas resbalaban entre sus pliegues. Devoró sus labios, los mordisqueó y así le pidió sin palabras que la penetrara de una vez. Tras sonreír como solo él sabía, se colocó un condón y se hundió de una fuerte estocada.

Estaba plena, pletórica al sentir, que juntos, eran un todo. Aritz se dejó llevar por un ritmo lento en el que soltaba roncos gemidos. Seguía acariciando su piel y ella se aventuró a clavar las uñas en su espalda cuando un nuevo orgasmo la asoló.

Todo dejaba de tener sentido.

Aumentó el ritmo para que no tuviera oportunidad de deshacerse del goce y lo acompañó en su clímax con otro intenso orgasmo que arrasó por completo su ya inexistente cordura.

Cayó a su lado con la respiración acelerada, la cual se equiparaba a la de ella misma.

Era incapaz de mover un solo dedo, pero giró el cuello para encontrarse con el intenso brillo de sus ojos al observarla.

—¿Tienes intención de huir? —preguntó él en un susurro.

—Aunque quisiera, sería incapaz —balbuceó y soltó una risita—. Pero no. Eso se acabó. No voy a huir más. Ya no.

Dejó una caricia en su mejilla y luego la atrajo contra su cuerpo para fundirse en un tierno abrazo.

—Eso espero, pelirroja. Porque creo que no sería capaz de soportarlo.

—¿El qué?

—Volver a perder la oportunidad de llenarte de besos y caricias. Soy todo un experto.

—Y tenías que cagarla, otra vez… —bufó, pero no pudo evitar reír.

—Soy un capullo, y al parecer, tú estás saliendo conmigo, así que tendrás que acostumbrarte.



Les costó un buen rato salir de la cama. Aritz la abrazaba con dulzura mientras tenía la cabeza apoyada sobre su pecho desnudo. El atardecer se abría paso y ninguno parecía tener intenciones de moverse. Estaban demasiado a gusto en aquella posición, en silencio, tan solo rodeados por el sonido de sus respiraciones y el latir de su corazón.

—¿Quieres venir esta noche a verme? —le preguntó. Acariciaba su hombro desnudo y de vez en cuando descendía hasta su pecho, orgulloso de hacerla estremecer y soltar tiernos gemiditos.

Si no fuera porque quedaban un par de horas para que se fuera a cantar. Volvería a recorrer cada una de sus curvas. Ya se las sabía de memoria, mas su único pensamiento era repetir sin descanso.

—Vienen todos tus amigos, los invité ayer —continuó.

Notó su movimiento y arqueó el cuello para mirarla a los ojos.

—Sí, claro que voy. Alguien tiene que quitarte a las fans locas de encima —contestó con una sonrisa.

—Eso será complicado, pelirroja. Soy irresistible. —Lo golpeó en el pecho y soltó una carcajada antes de cogerla para darle un beso—. Solo tengo ojos para ti, debes tenerlo en cuenta, siempre.

Su ceño fruncido le decía que no la convencía. Por una parte lo entendía. Hacía menos de veinticuatro horas se trajo a una chica a casa, pero lo hizo para molestarla porque era imbécil. Ya hacía días que solo ella estaba en sus pensamientos y no supo gestionarlo como un adulto.

—Lo tengo en cuenta, que sepas que no soy celosa aunque mi actitud haya dicho lo contrario, esto solo me ha ocurrido contigo —reconoció.

—Lo mismo digo.

Volvieron a la posición relajada en la que ella estaba apoyada contra su pecho y le lanzó una pregunta.

—¿Se lo diremos al resto?

El silencio los rodeó unos segundos hasta que al fin Sara contestó.

—Sí. No tengo que esconderme, pero eso sí, les va a pillar por sorpresa —murmuró con cierto halo de misterio.

—¿Qué tramas?

—Nada en absoluto.

Tuvieron que levantarse a regañadientes. Debía prepararse y quería darse otra ducha. Fue un error invitar a que Sara se uniera, pues se entretuvo más de la cuenta y ahora ambos iban con las prisas. Las pizzas de la cena continuaban sobre la mesa, no tuvieron en cuenta el hambre, pues con su cuerpo se sintieron saciados. Cogió un trozo al ver que su pelirroja no salía aún. Puso una mueca asqueada. Estaba helada y perdía toda la gracia.

Salió a los pocos segundos, sorprendiéndolo con un atuendo de lo más roquero. Boqueó como pez fuera del agua y ella se burló con una carcajada.

—Joder, creo que quiero faltar al trabajo. —Esa falda negra con vuelo se ceñía a su cintura y el top escotado enmarcaba todos sus atributos.

Era irresistible.

—Pues yo quiero escuchar tu voz —se acercó de modo seductor y se puso de puntillas para alcanzar su labio inferior y dejar ahí un pequeño mordisco que le provocó un gruñido—. Me pone mucho, ronca, gutural…

«¡Por el amor de Dios!», pensó. Sus ojos lo miraban con tal deseo que su polla se endureció de inmediato.

La idea de dejar al grupo colgado se le hacía de lo más tentadora, pero Sara se separó con una sonrisa maliciosa y se fue en dirección a la puerta.

—Eres una maldita bruja.

Se reunió con sus compañeros en el camerino con una sonrisa de idiota que no pasó desapercibida para ninguno. Llegó con solo veinte minutos de antelación, porque durante el camino en el coche, se entretuvo demasiado con juegos de seducción que lo tenían acalorado.

Se sentía extraño, pero bien. La idea de saber que ahí fuera estaba esa mujer que se había colado de lleno en su corazón, conseguía que no pudiera quitar la sonrisa de su rostro.

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo Pablo al fin. Los saludó tan efusivo que ambos sospechaban que ocurría algo.

—Estoy saliendo con Sara —confesó.

—¿Cómo? —inquirieron al unísono—. Pero si ayer te fuiste con esa tía. —Ese era Gabi y fruncía el ceño sin entender una mierda.

—No me lo recuerdes. Fue una cagada monumental que casi lo jode todo, pero por suerte, hemos hablado y por primera vez en mi vida he conseguido compartir parte de lo que siento —explicó con orgullo.

—Me alegro, tío. ¡Ya era hora! —exclamó Gabi y le dio un abrazo.

En ese instante les sugirió algo. Dijeron el día anterior que tenían un nuevo tema que presentar para la siguiente semana, pero no quería desaprovechar la oportunidad. Sara estaba ahí, así que necesitaba expresarle de verdad lo que sentía y no encontraba mejor forma que con su voz.

—Quiero presentar hoy la canción —dijo muy seguro.

—¿Estás seguro? —Asintió sin cambiar un ápice de su sonrisa.

—Yo lo veo bien —añadió Pablo.

Al fin y al cabo tenían la mezcla lista solo para ponerla en la lista. Quería cerrar el concierto con ella para dejarla con la boca abierta.

Estaba seguro de que se reconocería en ella, pues el título, *Bruja*, era un apelativo cariñoso que la definía a la perfección.

Estaba nervioso, pero ansioso por destruir la barrera que le impedía decir en voz alta cuánto comenzaba a importarle.

Y con la música, esta se destruía para mostrar a su público al verdadero Aritz.



Ya estaban a los pies del escenario. Llevaba un cubata entre sus manos y le daba pequeños sorbos bajo la atenta mirada de Dafne.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó.

Ya de primeras se preguntaron qué hacía allí, puesto que la última noticia que tenían era que no se hablaba con Aritz. Eso pasó veinticuatro horas atrás, así que la confusión se adivinaba en sus muecas. Solo se excusó con que la había invitado y le costó la vida entera fingir indiferencia.

En su interior solo tenía cabida la alegría junto a las ansias de gritar a los cuatro vientos que estaba saliendo con él, como una adolescente ante su primera relación. La ilusión la poseía por completo, se sentía extraña, pero también con la convicción de que se encontraba en el lugar correcto. Todavía era muy pronto para cantar victoria, por supuesto. No sabía cómo transcurrirían los días siendo pareja. Estaba dispuesta a afrontarlo porque las sensaciones que él le provocaba eran todas tan buenas y novedosas que quería conservarlas.

—¿Vas a contestar a Dafne? —Ese era Alex.

Se sumergió tanto en su epifanía que olvidó qué le preguntaba, así que su amigo lo repitió.

—Nada —dijo indiferente, mas supo de inmediato que no la creía.

Eran demasiados años juntos, se conocían a la perfección, por lo que las mentiras no colaban. Por suerte, las luces se apagaron para ser visibles solo sobre el escenario. La música ambiente se detuvo y en breves instantes aparecieron Gabi y Pablo sobre él. La gente aplaudió mientras ocupaban sus respectivos puestos en la batería y el bajo. Sara ansió que saliera Aritz y se comiera el escenario. No tardó en ocurrir, corrió hasta el centro desbordante de energía. Iba sin camiseta y tuvo que esconder la amplia sonrisa que quería dibujarse en su rostro.

Lo miró y no se le pasó por alto un detalle, le guiñó un ojo de modo socarrón mientras interactuaba con el público. Su corazón se saltó un latido, incluso Alex se dio cuenta de ello. Le dio un codazo burlón, pero no pudo interrogarla porque la música comenzó a sonar.

Estaba tan cerca de él que casi podía tocarlo. Comenzó a cantar y ya se perdió. El sonido de su voz era tan adictivo, que en el subidón de la canción no pudo guardarse los gritos y silbidos.

A su lado, Dafne la observaba. Llamó la atención de Enoch y lo obligó a mirar a Sara.

—¿Qué pasa, Nala? —así la llamaba Enoch de forma cariñosa desde que era un bebé.

—¿No la ves rara? —le gritó al oído, pues la voz de Aritz era tan fuerte que impedía hablar.

Su chico se limitó a encogerse de hombros, luego le sugirió que quizás habían hablado para arreglar las cosas, aunque esa explicación no terminó de convencerla.

Terminó la primera canción y Sara aplaudió como cualquier otro fan deseoso de seguir brindándoles a sus oídos tal espectáculo. Le resultó complicadísimo retener la tentación de gritarle una y mil veces como una loca, pues ya suficiente llamaba la atención de sus amigos con la energía que desprendía con cada canción.

Estaba hechizada, absorta… completamente excitada ante el sonido de su voz. Le transmitía tantas cosas que daba miedo, pero cuando en medio de alguna estrofa se cruzaban sus miradas, se sentía desfallecer.

Terminó con su cubata antes de lo previsto, por suerte Enoch fue a por más bebida y le ofreció otro. Debía controlarse porque le tocaba conducir a la vuelta, aunque quizás, obligara a Aritz a no desmadrarse y que pagara él el pato de su descontrol. Total, bebía porque su sola imagen la dejaba sedienta por todo lo que provocaba en cada fibra de su cuerpo.

Se lo estaba pasando en grande. Su música le encantaba, se clavaba en lo más profundo de su cuerpo. Tenía mucho potencial y estaba segura de que llegaría muy lejos. Esperaba seguir a su lado para acompañarlo en el camino.

—Esto se acaba, chicos —habló tras terminar la canción y un coro de «no», incluido el suyo, se repitió sin descanso.

Sonreía al público, se los ganaba con cada movimiento puesto que ejercía un enorme poder de atracción. Bien lo sabía ella, que estaba presa de sus redes desde el instante en que la provocó con su labia.

—Pero antes de eso, tenemos una pequeña sorpresa que daros —continuó y consiguió que la gente se quedara en silencio, expectante.

¿De qué estaría hablando? En ningún momento se lo comentó, aunque también era cierto que tampoco preguntó qué iba a hacer durante la noche.

—Tu compañero de piso canta de vicio —le susurró Dafne en el oído, aprovechando el silencio—. Tenías razón, hechiza.

«Y que lo digas... », pensó.

—Sí. No está nada mal —le dijo en tono neutro.

—Tú a mí no me engañas, Sarita, me estás ocultando algo.

—Calla, que va a continuar —la cortó.

Soltó el aire de sus pulmones con alivio. Dafne no tardaría en volver a intentar sacarle información.

Alzó la vista de nuevo al escenario y lo miró mientras hablaba.

—En exclusiva, para todos vosotros, nuestro nuevo tema, *¡Bruja!* —chilló con energía y no se le pasó por alto el cruce de miradas que

compartió con ella. Le guiñó un ojo, pero también logró reconocer cierto grado de nerviosismo.

Los aplausos no se hicieron esperar y las luces enloquecieron ante el inicio de la música. Aritz acariciaba las cuerdas de su guitarra con maestría, concentrado en darlo todo a la vez que transmitiendo esa pasión para todo su público. Lo que Sara no se esperó fue, cuando, al escuchar los primeros párrafos de la canción, se vio reflejada en ella. Hablaba de una mujer, pelirroja, con curvas y ojos de bruja que se empeñaba en apartarlo. Que luchaba a diario por mantener las distancias. Sin embargo, el chico protagonista, no podía resistirlo, pues la «bruja» lo había hechizado con el sabor de sus labios.

—Sarita, me parece que la de la canción eres tú —le dijo Alex al oído en tono de burla. Lo mandó a callar con un chasquido, deseosa de seguir escuchando.

Tenía ritmo de rock duro aunque se alternaba con trozos lentos y en el estribillo supo de inmediato que tras esas letras se escondían los sentimientos más profundos de Aritz, esos que la incluían. Decía que su corazón palpitaba acelerado al tenerla cerca, que sus labios eran la mejor droga y sus curvas adictivas.

Tenía la boca abierta y faltaba poco para que se pusiera a babear. Era una canción maravillosa. Una canción solo para ella.

Estaba impresionada, bloqueada y a la vez sentía cómo su corazón se henchía de orgullo ante la alegría de saber que estaba con él.

Joder, se estaba emocionando demasiado y era incapaz de detener lo que aquello significaba. La palabra amor se abría paso con grandes zancadas, mas la idea la aterraba.

La canción llegó a su fin y aplaudió como loca. A pesar de que todos los presentes lo alababan, su atención solo la dirigía hacia ella. Le sonrió de esa forma que adoraba, en la que se enmarcaban sus hoyuelos y se la devolvió de inmediato.

Enorme, sincera.

Se despidió de su público, y tras la mengua de luces, muchas personas se dirigieron al escalón por dónde descendía el grupo en un intento de interactuar con ellos. La mayoría eran mujeres, pero no le importó.

Emprendió el camino hasta el lugar, ignorando las preguntas de Dafne y apartó a la gente que molestaba en su camino. Ya lo visualizaba. En cuanto sus ojos se encontraron, todo desapareció a su alrededor.

—Eh, tía —le reprendió una mujer a la que acababa de empujar. Dejó de mirar a Aritz y se fijó en ella—. Todos queremos hablar con ellos, así que a la cola.

—Yo tengo privilegios, cariño —le contestó con chulería y escuchó el sonido de la carcajada de su chico.

Por fin lo alcanzó y se tiró a sus brazos. Atrapó sus labios sin darle oportunidad de hablar y de inmediato sintió su abrazo. Sus manos la agarraban con fuerza por las caderas. Obraba magia con su lengua y sus bocas jugueteaban sin descanso.

Ninguno tenía ganas de separarse, pese a que estaban dando el espectáculo entre un centenar de personas que debían mirarlos alucinados.

—Vaya, pelirroja. Por lo que veo te ha gustado la canción —habló con voz ronca.

Sonreía de una forma tan tierna, a la par que seductora, que su cuerpo ardía en deseos de estar a solas con él.

—Jamás, en toda mi vida, me hubiera esperado que alguien me dedicara una canción —confesó con emoción.

Estaba tan impresionada que una lágrima solitaria, llena de alegría, se deslizó hasta su mejilla y él se la retiró con dulzura.

—Ya te dije que sentía mucho, pero que no sabía cómo decírtelo. Espero que de esta forma te haya quedado claro cuánto me importas, bruja.

Sí, lo hacía, pero en vez de afirmarlo con palabras, lo hizo con otro beso. Este vino acompañado de una serie de aplausos que los sacó de su ensoñación.

Sara miró a su alrededor, a parte de los seguidores de los Dark Angels, sus amigos aplaudían y silbaban, Gabi y Pablo brindaban abrazados a dos chicas y Dafne negaba alucinada.

Ese era su plan para confesar a sus amigos que estaba con Aritz, pero no se había esperado esa canción que tanto la descolocó y que ayudó a delatar que entre ellos pasaba algo.

—Voy a ponerme algo decente y ahora me reúno contigo en la barra.

Le dio un último beso y desapareció tras saludar durante unos cinco minutos a sus seguidores.

Sara se mordió el labio con nerviosismo y sonrió de forma inocente a sus amigos.

—Dejad de mirarme así, ¿vale?

—Eres una perra del infierno. ¿Cómo no me has dicho nada? —vociferó Dafne.

No contestó de inmediato, puesto que inició el camino hasta la barra. Había un hueco libre al final de todo. Pidió una copa y ya no pudo escapar de la mirada inquisitiva de sus amigos. Ahí solo faltaban Cova y Víctor, pero dudaba que tardaran en enterarse.

—No he dicho nada porque llevamos saliendo, literalmente, unas diez horas —explicó.

—Joder, Sarita… ¡pero si ayer estabas enfadada con él! —exclamó.

—Y cuando me he levantado también —bufó.

No le dio tiempo a terminar de explicarlo todo, porque alucinarían con que el día anterior él se enrolló con otra para ponerla celosa. Aritz se aceró y la cogió de la cintura para pegarla contra su cuerpo. Le dio un mordiscó juguetón en el cuello y sonrió.

—¿Me has echado de menos?

—¿En serio, primo? ¿Eres de esos? —se burló Alex a sus espaldas, que bebía de su copa muy concentrado en la pareja.

—Cállate, imbécil —gruñó y le dio un suave puñetazo en el hombro.

—Entonces, ¿estáis juntos? —Dafne quería asegurarse de lo que Sara le decía. No quería verla sufrir, aunque esa canción le demostraba que el chico sentía mucho por ella, necesitaba escucharlo de sus labios.

—Sí —dijeron al unísono. Estaban convencidos, por completo.

Y aunque el miedo a que algo saliera mal estaba muy presente, Sara confiaba en que pudieran sobrellevarlo, porque después de meses de bandazos de un lado a otro, presentía que la estabilidad estaba cerca. Se abría ante sus ojos un nuevo mundo de posibilidades para compartir junto a él.



Dafne y Enoch fueron los primeros en abandonar el local y Alex ejercía de aguantavelas oficial de la pareja. Aritz no se despegaba de la pelirroja ni un solo segundo y estuvo tentado en distintas ocasiones de llevarla al camerino para hacerla enloquecer.

Se contuvo, puesto que tampoco quería ser tan maleducado con su primo.

—Por el amor de Dios, ¿va a ser así a partir de ahora? —exclamó Alex divertido, aunque también un poco hastiado—. Sarita, que te he visto crecer… Esto no se le hace a un hermano.

—Pues te va a tocar acostumbrarte —se burló con una sonrisa. Lo cierto era que llevaba unas cuantas copas de más y comenzaba a balbucear con cada frase.

Él solo bebió un par de cervezas porque tras reunirse con ella y ver su creciente estado de embriaguez, supo que le tocaría conducir.

El momento llegó sobre las seis de la madrugada, Sara llevaba adormilada sobre su hombro durante la hora que estuvo de charla con su primo. De nuevo, le advirtió que se portara bien con ella o le arrancaba los huevos. La amenaza hizo reír a su chica, pero él le aseguró que se esforzaría para no cagarla.

Era complicado, porque se consideraba experto en la materia, pero dudaba que pudiera hacer algo peor que enrollarse con otra delante de sus narices. No era ni siquiera algo que creyera que ocurriera de nuevo, porque,

tal y como decía la canción que le había dedicado: *esa bruja no me deja imaginarme con otra que no sea ella*.

—Tranquilo, Alex, yo mismo me encargaré de dejarlo eunuco si se comporta cómo el capullo que sé que es —aclaró Sara. Le costó pronunciarla sin que sonara inteligible, pero el concepto quedaba claro.

No pudo evitar sonreír.

Salieron de allí con ella casi a rastras. Tuvo que cogerla bien de la cintura porque de vez en cuando se tropezaba con sus propios pies. Meterla en el coche fue complicado sin que cayera. La tía se metió, literalmente, de cabeza. En ese instante tenía un primer plano de su trasero respingón.

—Pelirroja, me encanta tu culo, pero no voy a aprovecharme de ti con el pedal que llevas —murmuró en tono de broma.

Llevaba casi un minuto pidiendo auxilio porque no podía levantarse, sin embargo, estaba demasiado concentrado en sus posaderas como para ayudarla. Incluso así, haciendo un poco el ridículo a causa de la borrachera, se le antojaba irresistible.

Esa noche había recibido la mayor revelación de su vida mientras cantaba la canción que lo inspiró de aquella forma.

La quería. No había otra forma de describir cómo se sentía, aunque todavía era demasiado pronto como para vociferarlo a los cuatro vientos.

Consiguió que se sentara en el asiento del copiloto como una persona normal y al fin salieron en dirección a casa. Sara tardó medio minuto en dormirse, y en el instante en que llegaron, le costó unos cinco despertarla.

Subir fue otra odisea en la que la chica acabó por descalzarse. Aritz le subió el corto top que llevaba porque se le salía una teta.

—Joder, pelirroja, esto es una prueba para mi autocontrol.

—Pues déjate llevar —sugirió burlona.

El ascensor se abrió y fue ella la encargada de llevarlo a trompicones hasta la puerta.

—Estaría encantado, pero sé que en cuanto pongas tu bonito culo sobre la cama, vas a caer en coma profundo —sonrió.

—Eso está por ver, peluquitas. Esta bruja necesita a su capullo… —dijo ladina.

Se notaba que tenía ganas de juerga. La llevó a su habitación y le dijo que volvía en cinco minutos. Quería darse una ducha para retirar el sudor del movimiento durante el concierto. Cuando volvió se encontró con la

escena que imaginaba. Sara estaba acurrucada sobre las sábanas, todavía vestida, dormida con la boca abierta.

Negó divertido y se unió a ella, porque a partir de ese día, se negaba por completo a despertar a solas en su cama. Quería abrir los ojos y encontrarse con los de esa bruja que le había robado el corazón.



Gruñó cuando sintió un rayo de sol golpear directo en su rostro. Le dolía la cabeza a horrores y tuvo el acto reflejo de hundirla en la almohada, no obstante, había algo a su lado que se lo impedía.

Abrió los ojos con gran esfuerzo y se encontró con la sonrisa socarrona de Aritz, que la observaba entre tierno y divertido.

—Buenos días, borracha.

—Mmm… —ronroneó.

La atrajo y escondió el rostro contra su cuerpo. Se pasó la mano por los ojos y se dio cuenta de que iba maquillada.

—Joder, debo parecer un mapache —gruñó.

—En absoluto, solo pareces una mujer de las cavernas con maquillaje de camuflaje —contestó y al finalizar soltó una fuerte carcajada.

Sara le dio un golpe juguetón en su pecho.

Había imaginado un despertar diferente para su primera noche como pareja. Se le fue la mano con el alcohol y llegó a un punto en que su mente desconectó de su cuerpo. Por suerte, lo recordaba todo, aunque el episodio en su coche hubiera preferido olvidarlo.

Quería lanzarse a besar a Aritz, sin embargo, había algo que necesitaba con más urgencia. Se marchó al baño a hacer sus necesidades para luego desmaquillarse, puesto que la imagen que le devolvía el espejo era la descripción gráfica de «desmadre». Luego volvió a su habitación y Aritz estaba tumbado de lado, con la cabeza apoyada sobre su mano y la miraba con una sonrisa boba.

Se le antojó tan tierno que estuvo a punto de suspirar. Se unió a él. Todavía seguía con la ropa del día anterior y comenzaba a molestarle. Se tumbó junto a él y se lanzó a por sus labios como una pantera.

—Creo que puedo acostumbrarme a esto cada mañana —susurró él contra sus labios.

—¿Eso quiere decir que dejas tu habitación libre? —sonrió.

—No. Ese será el lugar en el que me recluya cuando me saques de mis casillas. —Le dio un golpe en el pecho y dibujó una mueca de fingida ofensa. Él se limitó a reír a carcajadas.

—En ese caso creo que seré yo la que me encierre y no te deje entrar, porque probablemente te comportes como un capullo.

—¡Cuánto amor! —dramatizó y Sara negó divertida.

Ninguno parecía tener intención de levantarse de la cama. Aritz la abrazó y se dedicó a iniciar suaves caricias por la piel que quedaba desnuda en su cintura. El vello se le erizaba, cerró los ojos para que la sensación se acrecentara y disfrutó. El silencio los envolvía, pero desapareció en cuanto Aritz soltó una pregunta.

—¿Te gustó la canción?

Abrió los ojos. Por primera vez no se encontró con una mueca empañada por la chulería. Parecía azorado, hasta nervioso, eso le provocó un tierno pinchazo en el centro de su corazón.

—Es lo más maravilloso que ha hecho alguien por mí en toda mi vida —reconoció—. La canción es buenísima, no solo porque sea yo quien la protagoniza, la melodía es perfecta y a conjunto con tu voz, es imposible no quedarse embobada. Creo que pusiste cachonda hasta a Dafne.

Era la primera vez desde que lo conocía que reconocía en voz alta cuánto le gustaba su voz.

—Tienes mucho talento, Aritz. Creo que te esperan cosas maravillosas con el mundo de la música.

—Y yo que pensaba que creías que solo me dedicaba a hacer ruido —bromeó, mas se dio cuenta de que seguía nervioso.

—Me sacabas de mis casillas, para mí eras un jodido grano en el culo, pero en el concierto de la Razzmatazz ya descubrí que me encantaba el sonido de tu voz.

—Rectifica, te excitaba —añadió burlón.

—Eso también —reconoció con una carcajada—. Pero lo de ayer ya fue increíble, porque me di cuenta de que de verdad te importo.

—Eso nunca lo dudes, pero ya te dije que me expreso mejor con la música que con palabras —explicó con una de sus sonrisas. Al fin se relajaba de nuevo.

—Me gustan mucho las películas Disney, así que te dejo que me cantes —se burló y él soltó una risita.

Se colocó boca arriba, así que aprovechó para ponerse encima de él. Eso le dio pie a subirle la falda y meter las manos por sus bragas y agarrarle el trasero. Luego movió su pelvis y se le escapó un gemido al ser consciente de su dureza.

—Joder, pelirroja, eres demasiado tentadora… —gruñó—. *En sus ojos de bruja me pierdo y ya no sé dónde me encuentro*.

Se le cortó la respiración al oír cómo recitaba su canción. Apoyó las manos alrededor de su cabeza para acercarse a sus labios.

—Cántamela —rogó.

—¿Y qué me das a cambio? —preguntó para retarla.

Esa pregunta era muy sencilla de responder, sin embargo, lo hizo sin palabras. Se quitó el molesto top que hacía demasiadas horas que le sobraba y luego le siguió el sostén. Aritz la intentó empujar de nuevo hacia adelante, pero lo frenó con una sonrisa maliciosa.

—Te toca cantar, pelucas. Yo he cumplido mi parte.

—Pero no me has dejado tocarlas, eso es trampa —se quejó y dibujó un tierno puchero.

—Pero las he liberado de su prisión a cambio de que me cantes —continuó.

—Bruja…

—Sí, así se llama mi canción.

Aritz negó divertido. Estaba en modo juguetón, pero este se quedó en un segundo plano cuando le comenzó a cantar. Se movió con velocidad sobre la cama y la tumbó para ser él quien dominara la situación. Aprovechó su desventaja para lamer la piel de su vientre, acariciar sus pechos y todo eso sin dejar de recitar esa letra que tan hondo se le clavaba.

Su cuerpo ardía, tanto que su cerebro no era capaz de pensar con coherencia. Tan solo quería que la poseyera y todo dejara de tener sentido. Sin embargo, el timbre de casa sonó con insistencia y soltó un gruñido.

—¿Qué pasa si no abro? —preguntó juguetón.

—Que es la mejor opción.

El chico sonrió y continuó con el juego, pero volvió a sonar. Finalmente fue él quien decidió ir a comprobar quién era y se sintió sola de inmediato. Por otro lado, le dio tiempo a pensar en que llevaba sin comer desde el día anterior y tenía mucha hambre.

—¡Pelirroja, han venido tus padres! —chilló Aritz.

—¡Mierda!

Se levantó como impulsada por un resorte y cogió el top que yacía sobre el suelo. Ni siquiera se puso el sujetador. Se plantó frente al espejo y comprobó que estuviera lo suficiente decente. Tenía las mejillas sonrojadas, el pelo un tanto alborotado, además de la respiración acelerada y se temía que Aritz estaría luchando por mantener su erección a raya bajo el pantalón.

Sus padres llegaban en el momento más oportuno.

Salió con una sonrisa y fue a recibirlos al salón. Aritz, por primera vez, hablaba con ellos y estuvo a punto de reír al ver su postura. Estaba sentado en una silla con las piernas cruzadas y los codos apoyados en las rodillas. Le echó una ojeada rápida y sonrió, para después centrar la atención sobre sus progenitores.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó mientras los abrazaba a modo de saludo.

—Hemos quedado con tus tíos y nos hemos pasado a verte —dijo su padre.

Martina, por otro lado, estaba con las cejas arqueadas. Sabía a la perfección lo que ocurriría a continuación.

—Tú has follado otra vez.

—¡Mamá, por favor! —lloriqueó.

Al otro lado del salón, Aritz soltó una fuerte carcajada, que se le cortó en el instante en que Enrique lo taladró con la mirada.

—¡Y ha sido con él! —señaló a Aritz con una sonrisa.

Sara solo quería que se abriera un surco bajo sus pies que la tragara hasta la salida del edifico.

No le quedaba de otra que decir la verdad antes incluso de que se hubiera conseguido hacer a la idea de que estaba con él.

—Vale, mamá. Sí, estamos saliendo —reconoció en un susurro.

Su madre dio un gritito de alegría y se lanzó a abrazarla. Luego se separó para ir en dirección a Aritz e hizo lo mismo. Pudo comprobar a esa distancia cuánto le sorprendía la actitud de su madre, pero Martina era así de lanzada, cualidad que ella misma tenía en la mayoría de ocasiones.

Su padre se acercó con disimulo hasta ella, cuando alzó la vista, fruncía todavía más el ceño y soltó un gruñido. No estaba contento con que su niñita estuviera con ningún hombre, así que temía que en cualquier momento soltara algo que lo incomodara.

No sería la primera vez.

—Espero que cuides de mi hija, Aritz.

—Eso no lo dude —su chico le mostró una sonrisa y ella negó divertida. Era esa que dejaba con cara de alelada a cualquiera y su madre no fue inmune a sus encantos.

—Tutéame, por favor. Que soy tu suegra y estoy en la flor de la vida.

Se acercó a ellos y le dio un beso en la mejilla a su madre. Aritz las miraba con ternura.

—¿Por qué coño no me lo habías contado? —soltó al fin.

—Joder, mamá. Empezamos a salir hace veinticuatro horas.

Su confesión dio pie a más preguntas. Aritz aprovechó para preguntar si querían algo de beber y fue a la cocina. Ellas fueron hacia el sofá seguidas por Enrique, e iniciaron la charla.

—Te veo radiante, pequeña.

—Sí, me siento bien —confesó—. Aún no he tenido tiempo a procesarlo, pero después de lo que hemos pasado durante los últimos meses, al fin hemos sido sinceros.

—¡Ya era hora! Parecíais dos idiotas.

—Él más —añadió su padre—. Cómo te haga daño, me lo cargo.

Esa frase la dijo más alto de lo normal y justo en el instante en que volvía. Se quedó parado, con rostro indescifrable. Sara rio y su madre le dijo que no hiciera ni caso a las palabras de su suegro.

Finalmente se sentó a su lado en el sofá, le tendió una cerveza y Sara lo abrazó. La visita sorpresa de sus progenitores fue de lo más agradable. Lo bueno de tener tanta confianza con ellos era que no le costaba nada contarles detalles sobre su vida. Su madre era su mayor confidente y la primera en enterarse de todas sus relaciones. Su padre, aunque era más reservado, también conocía todos los datos aunque era el encargado de poner malas caras e intimidar.

Justo lo que hacía en aquellos instantes.

Cuando su madre se puso a beber la cerveza, Aritz le susurró:

—Creo que tu padre quiere matarme.

—Probablemente ese sea su pensamiento, pero es su mueca habitual ante los chicos con los que me enrollo —contestó.

—Conmigo no te enrollas, soy tu novio —dijo juguetón y se le escapó una carcajada.

Novio… qué rara le resultaba esa palabra. Le parecía una forma de hacerlo demasiado oficial y no sabía si estaba preparada para ello. Todo parecía hacerla navegar hacia un abismo a un ritmo vertiginoso. Lo que no

tenía claro todavía era si al caer encontraría el océano profundo que frenara el golpe o un saliente lleno de rocas.

—Esto es demasiado surrealista —contestó al fin.

—¿Por qué? —torció el cuello hacia un lado y frunció el ceño.

—Porque llevamos un día y ahora mismo tienes a mi madre enfrente mirándonos con ojitos de loca del coño y a mi padre solo le falta el cuchillo jamonero para parecer un asesino —contestó—. Pero sí, somos novios, o al menos, dos imbéciles que al fin se han dado cuenta de lo que vale la persona que tiene delante.

—¡Besaos de una vez! —exclamó Martina y la pareja soltó una fuerte carcajada.

Aritz fue quien se lanzó a por ella y no se negó ni por un solo segundo a darle la bienvenida a su lengua.

Fue un beso dulce, tierno, distinto a esos que avivaban el fuego que albergaba en su interior, pero a la vez, tan especial que no supo cómo definirlo.

También fue un poco extraño, porque mientras disfrutaba de la tersura de sus labios, el sonido de los aplausos por parte de su madre y los gruñidos de su padre, hicieron que pareciera una mona de circo.



Era probable que fuera la primera vez en su vida que disfrutaba de unas vacaciones en las que apenas salía de casa, nada más para dar paseos por la ciudad. Despertaba todas las mañanas en brazos de Aritz y era una sensación maravillosa a la que ya se había acostumbrado.

Se estaban conociendo a velocidad sobrenatural. No podían despegarse, estaban obsesionados con el cuerpo del otro y Sara tenía agujetas en sitios que no tenía conocimiento de que existieran. El sexo era una auténtica locura que la llevaba al mismísimo cielo y ya no era capaz de bajar de allí.

No obstante, no todo era un camino de rosas, porque al fin y al cabo, él seguía siendo el mismo caradura en cuanto a tareas de la casa se trataba.

—Joder, Aritz. Te cuesta lo mismo dejar el plato en el fregadero que dentro del lavavajillas —gritó y luego soltó un gruñido.

Le tocaba a él recoger lo que ensuciaron durante la cena del día anterior, aunque para variar, lo único que hizo fue dejar las cosas de por medio. Ni siquiera tuvo el detalle de tirar los botellines vacíos a la basura. Estaban a modo de decoración encima del mármol.

Era algo que se repetía todos los días desde que vivía con él, pero en las tres semanas que llevaban saliendo, Sara sacaba su mal genio para espabilarlo. Por mucho que lo quisiera, se negaba a ser su esclava. No podía librarse de sus tareas con el juego de la distracción.

Porque sí. Ya no tenía dudas sobre lo que sentía por él. Lo quería. El amor invadía su cuerpo, pero era una cobarde que no se atrevía a confesárselo. Él tampoco se declaraba, así que quizás era demasiado pronto.

—No te enfades, pelirroja.

—¿Qué no me enfade? —continuó.

El objeto de su deseo estaba parado, apoyado sobre el marco de la puerta de la cocina, sin camiseta y con una sonrisa juguetona con la que pretendía ganarse su perdón. Los primeros días funcionó, ahora se había hecho experta en evadirla, así que no le resultaría sencillo convencerla.

—No soy tu jodida criada, pelucas, que te quede muy claro. Así que limpia si no quieres dormir solo hasta fin de año.

Su contestación lo hizo carcajearse. Ella frunció el ceño y se cruzó de brazos. Ese gesto alzaba su busto bajo el fino camisón de encaje que vestía.

Aritz inició el recorrido que le faltaba para acortar las distancias y la cogió por la cintura para pegarla contra él. Chocó contra su torso y arqueó el cuello para mirarlo al rostro. No abandonaba su sonrisa burlona, al igual que ella mantenía su mueca de enfado.

—No serás capaz de dejarme dormir a solas. Me necesitas —le susurró en el oído seductor y luego se agachó a dejar un mordisco en su cuello.

Dio un respingo, pues su cuerpo reaccionaba de inmediato a sus caricias con intención de traicionarla.

—Necesito que muevas tu puñetero culo y hagas tus tareas. Eso es lo único que necesito de ti ahora mismo —respondió segundos después, cuando consiguió salir del embrujo.

—¿Eso crees?

Volvió a morder su cuello mientras sus manos remangaban su vestido, para después, colarse en el interior de su braguita y acariciar su incipiente humedad. Tuvo que tragar saliva, pues la boca se le secaba y le faltaba el aliento. Aritz afianzó su juego de seducción con una sacudida de su pelvis con la que notó su prominente erección.

Siempre estaba listo, aunque no fuera así, nunca perdía la oportunidad de colmarla de placer.

Aguantó las ganas de gemir con sus caricias. Era una tortura, mas no podía ser el vencedor de la batalla.

Lo apartó de un empujón tras poner las manos sobre su pecho y gruñó.

—O recoges y limpias, o no follas.

—¿Estás de coña, no? —preguntó no muy seguro.

—Para nada, pelucas. Así que si quieres meterla, recoge la puta casa —contestó con sarcasmo y le lanzó una mirada que no daba opción a réplica.

Luego, para seguir con su actuación dramática, salió con la cabeza bien alta y el sonido de un gruñido de fondo la hizo sonreír con malicia.

Había sido complicado, pero la victoria era demasiado deliciosa como para rendirse.

La amenaza surtió efecto de inmediato. Se fue a dar una ducha para quitar el calentón provocado por las caricias de Aritz y al salir el olor a limpio llegó a sus fosas nasales. Comprobó como un policía de la brigada científica que no se tratara solo de un intento de echar ambientador por todas partes para que oliera bien. La cocina estaba impoluta, el lavavajillas puesto, el suelo fregado y al salir al salón se dio cuenta de que también lo había limpiado. La puerta corredera de la balconera estaba abierta, lugar donde su roquero favorito fumaba un cigarrillo relajado en una silla. Salió con él y se lo quitó para darle una calada.

—Así me gusta, cariño, que me obedezcas —murmuró socarrona. Él rio, divertido.

—Pelirroja, lo he hecho por el simple hecho de no arriesgarme a no poder tocarte —reconoció.

—Interesado…

—Por supuesto, pero tranquila, te prometo que dejaré de ser un incordio con estos temas y haré todo lo que me toque —prometió.

Se levantó de la silla para alcanzarla y rodearla con sus brazos, luego mordisqueó su labio.

—Lo haces por el bien de tu polla.

—Está claro, necesita atenciones a diario, cariño, así que no puedo arriesgarme a que reciba un cruel castigo —contestó y puso un puchero mientras hablaba—. Te quiere a ti.

Dio un golpe de pelvis y esa vez no se contuvo a soltar un gemido. Se puso de puntillas para atrapar sus labios y rodeó su nuca con las manos. Su lengua accedió de inmediato a su cavidad y la sedujo con su movimiento. De nuevo él se ocultó bajo la falda del camisón y metió la mano en su lugar prohibido.

La llevó hasta una de las paredes de la terraza y chocó contra el muro.

—¿No deberíamos entrar? —sugirió con voz ahogada cuando él se separó para coger aire.

—¿Tienes miedo de que nos vean? —la retó juguetón.

Frunció el ceño con una sonrisa. Su piso era un ático, un séptimo para ser más específica y el único domicilio que comunicaba con el suyo era el que tenía enfrente y estaba vacío. Así que cómo no hubiera algún voyeur en un edificio colindante con unos prismáticos, la posibilidad de que los vieran era remota.

—No, pero soy muy escandalosa.

—Lo sé, pelirroja. Y no te haces una idea de cuánto me pone eso.

Ni siquiera le había dado una respuesta que afirmara que aceptaba su proposición indecente. Lo daba por hecho, pues ya había iniciado un descenso de los tirantes de su camisón para dejar que cayera al suelo.

El sol estaba en todo su esplendor, ardiente y en lo alto. Serían más o menos las doce del mediodía y la temperatura era muy elevada, aunque no tanto como la que poseía su cuerpo. Aritz la observaba con una mirada teñida por un deseo animal que estaba a punto de consumirla.

—Eres un auténtico espectáculo, mi pelirroja —murmuró. Se arrodilló en el suelo e inició el descenso de sus braguitas—. *No puedo imaginarme en brazos de otra, ella es la única a la que quiero volver loca.* —Gimió al oírlo cantar mientras su mano se humedecía en su cavidad.

Adoraba cuando le cantaba su canción en medio del sexo. Su voz, sus manos y lo que la letra significaba, la excitaban hasta un punto en el que sentía que se carbonizaba.

La obligó a separar las piernas y pasó sus dedos. Agachó la vista para mirarlo, se relamía mientras la observaba con una sonrisa arrebatadora.

—Pon aquí la pierna —señaló su hombro y la alzó con su ayuda. Besó su pantorrilla y dio inicio al recorrido que lo llevaría a su parte favorita.

Gimió en alto con la intrusión de su lengua, golpeó su clítoris y un dedo se coló en el interior de su vagina. Cerró los ojos poseída por el placer, pero a la vez concentrada en mantenerse firme. Sus piernas comenzaban a flaquear ante tanto gozo. La maestría de Aritz la tenía al borde del orgasmo. Ni siquiera era consciente de que poco a poco descendía hasta el suelo. Tuvo que ser él quien la sostuviera en el instante en que el clímax llegó.

Chilló.

Chilló a pleno pulmón sin importarle estar al aire libre en el ático de un edifico en pleno centro de Barcelona. Se dejó llevar y sus gemidos aumentaron cuando él continuó con las acometidas de sus dedos. Ahora estaba de pie. Atrapó su pezón con la boca y dejó un suave mordisco, luego lo lamió para calmarlo y se estremeció. La lujuria estaba presa en el interior

de su cuerpo y la encerraba a ella en su celda con intención de impedir su huida.

—Eres una auténtica bomba, mi pelirroja —susurró contra sus labios.

Aritz la besaba sin descanso, pero no por hacerlo de forma exquisita, olvidaba que su mano continuaba en su sexo. La masturbaba sin descanso y ahogaba los gemidos que salían de su boca.

—Abre los ojos. Necesito que me mires cuando te corras.

Sabía a la perfección que estaba a punto. Las contracciones de su vagina le daban la pista y ella obedeció para toparse de frente ante su propio deseo reflejado en sus pupilas amarronadas.

—Me voy a volver loca —conjuró entre gemidos. Él sonrió satisfecho y se dispuso a tocar el punto justo.

Volvió a gritar. Esa vez con los ojos bien abiertos para ver la sonrisa de su chico, satisfecho por su obra.

Sabía que si fuera por él, seguiría complaciéndola, pero tenía hambre. Hambre de su polla y un intenso deseo por sentirla en su interior. A pesar del temblor de sus piernas, consiguió hacerlo cambiar de posición. Ahora era él quien estaba contra la pared y ella tenía el poder para complacerlo.

Su lengua recorrió la totalidad de su torso, lo lamió y acarició con sus manos con total deleite. Llegó a la zona que tanto ansiaba y le arrebató los pantalones. No llevaba ropa interior así que su enhiesto miembro se mostró ante sus ojos. Lo cogió entre sus manos para iniciar un tortuoso masaje, una gota brillaba en la punta y la lamió acompañada por el gruñido de su chico. Le mantenía la vista fija, juguetona. Adoraba apreciar sus muecas con cada movimiento. Su rostro se contraía por el placer y eso que solo acababa de comenzar.

Le divertía mucho mirarlo en ese estado. Con la luz natural del sol sobre su cuerpo, marcaba todavía más sus facciones masculinas.

Llegó el momento, la introdujo en su boca y la colmó de su saliva por todas partes. La paladeó, extasiada con su sabor. La música que arrancaba de su pecho conseguía que la electricidad recorriera su cuerpo. Sabía cuánto le costaba aguantar, así que tras unos minutos, la obligó a dejar su tortura y la alzó. Cazó sus labios y ambos probaron el sabor del otro.

—Eres delicioso —susurró en sus labios.

—No tanto como tú —contestó—. Ahora, de cara a la pared.

—¿Me vas a castigar? —preguntó con una sonrisa juguetona que él respondió con una carcajada.

No contestó de inmediato. Simplemente la arrastró hasta la barandilla y la colocó de tal forma que se sentía expuesta. Apoyó las manos en el acero y arqueó la espalda.

—Me va a ver todo el mundo… —se avergonzó, pero no lo suficiente.

—¿Te da vergüenza, pelirroja?

No sabía qué contestar. Era la primera vez en su vida que follaba en un balcón, a plena luz del día, en un ático en pleno centro de Barcelona.

¡Qué le dieran al mundo y a la vergüenza!

Giró la cabeza y clavó sus ojos verdes en él.

—Fóllame, peluquitas —se burló, mas no pareció molestarle en absoluto, pues separó sus piernas con rudeza y se colocó en posición.

Tuvo que ponerse de puntillas, y de inmediato, sintió el roce de su polla.

La primera embestida no se hizo esperar. Gimieron al unísono y Sara se agarró con fuerza al acero para frenar el impulso de cada una de sus acometidas. Era enloquecedor. Su cabeza salía fuera de la balconera y hubo un momento en el que abrió los ojos y vio a la gente paseando. Estaban lejos, aun así una sensación extraña la invadía cuando imaginaba que había alguien observándola, la excitaba todavía más.

Era puro morbo.

—Dios, estás tan mojada —gruñó. Mordió su hombro con dulzura y la obligó a que lo mirara a los ojos—. Te gusta y te preguntas si alguien te ve —susurró. No hizo falta que asintiera, porque sus gemidos reflejaban todo a la perfección—. El riesgo de ser pillados, exponerte… Eso te excita.

—¡Joder! —sus palabras dichas con ese tono tan ronco provocaron un nuevo orgasmo que él aprovechó para alargar. Su mano se inmiscuyó en su sexo y acarició su hinchado clítoris, haciéndola enloquecer.

Uno detrás de otro, eso era lo que ocurría con él. La insatisfacción no entraba en su vocabulario. Aquello era otro nivel.

Durante un instante sintió un vacío en su interior. Aritz la giró para que quedaran cara a cara. La cogió de la pierna y la colocó en su hombro. Suerte que tenía elasticidad y no le resultó complicado mantener la postura. Volvió a penetrarla sin permiso, su trasero rozaba los barrotes con cada embestida.

Era delirante. Apoteósico. Las piernas le flaquearon a causa de un nuevo orgasmo y Aritz no la dejaba ni siquiera recuperarse. Acometía con bravura, atendía su clítoris y se deshacía en su propio clímax junto a ella sin apartar la vista ni un solo segundo.

Bajó la pierna en cuanto salió de su interior. Sus respiraciones estaban acompasadas, irregulares y ahogadas fruto de la pasión.

Sara lo miró a los ojos y estos le sonreían. Atrapó sus labios una vez más y disfrutó de su contacto con un abrazo.

—Joder, ha sido increíble —reconoció contra su pecho.

El sonido del latido de su corazón era un repiqueteo fuerte.

—Y qué lo digas, pelirroja. —La beso en el pelo y acarició su espalda con ternura.

No quería romper el abrazo, pero tras el derroche de pasión se daba cuenta de la situación. Estaba desnuda, en su terraza y el culo sobresalía entre los barrotes con el riesgo de que alguien los viera.

—Será mejor que entremos.

Él soltó una carcajada, la conocía muy bien. Negó con la cabeza mientras se separaba para entrar en el interior, con la certeza de que Aritz, no perdía de vista el movimiento de sus caderas.



El sexo en la terraza fue alucinante. Aritz todavía no creía la suerte que tenía al tener la oportunidad de estar con alguien como Sara. Se sentía el hombre más afortunado del mundo, en esas tres semanas que llevaban saliendo de forma oficial, descubría que no necesitaba nada más que a ella para ser feliz.

La quería. Estaba enamorado de todas sus facetas, incluso de aquellas que la convertían en una bruja malhumorada que lo amenazaba sin sexo. Todo le daba ternura, pero sobre todo, la libertad que sentía al estar junto a ella.

Era especial, se maldecía una y mil veces por haberse dado cuenta tan tarde. En ese tiempo compartieron muchos instantes, entre ellos, ir a casa de sus padres y conocer al fin a su hermana Beatriz. Aún debía ganarse la confianza de su suegro, pero Martina era un encanto. Le sorprendía las semejanzas que tenía Sara con su madre, ambas eran de tener la lengua muy suelta y un carácter arrollador. Bea era una mezcla de ambos, también le pareció un encanto, aunque era lo contrario a Sarita.

Por supuesto, él hizo una videollamada con sus padres y se la presentó. Al principio se puso nerviosa, pero luego disfrutó de la conversación. Les hubiera gustado que fueran a Bilbao de visita, mas el trabajo lo tenía atado a Barcelona al menos hasta que Mario les cancelara el contrato en el Underground. Así que serían sus padres los que viajaran para verlos. Estaba deseoso.

Fue a la cocina a por una cerveza fría. Encendió el aire acondicionado y se tiró en el sofá. Estaba solo, Sara se había marchado con su hermana a saber dónde y él en apenas un par de horas debía ir a dar un concierto. Esa noche ella no lo acompañaría. Desde que salían iba casi siempre y metía su canción en el repertorio. La adoraba, la escuchaba tararearla a cada segundo, luego él se la cantaba y eso los solía llevar a derrochar su pasión.

Estaba enamorado, joder, darse cuenta de ello era lo más raro que le había pasado en la vida.

No se lo había dicho y se cabreaba por ello. Quería que lo supiera, hacerle ver que lo que ocurría entre ellos era lo más real de su vida, que la idea de un futuro separados no era algo que entrara en sus planes. Era tan especial, que había días que despertaba con el pensamiento de que todo era un sueño del que en cualquier momento despertaría. Luego lo hacía, la veía ahí, a su lado, casi siempre desnuda, y sonreía como un bobo.

Su primo no dejaba de burlarse, aunque ni siquiera le importaba. Ya no tenía que tratar de esconder lo que sentía, puesto que al fin, tenía todo lo que necesitaba.

Se marchó a su habitación para vestirse. Eligió unos vaqueros con rotos en las rodillas y una camiseta de su grupo. Para cantar se la quitaba, puesto que le gustaba enseñar carne. Ya no necesitaba hacerlo para ligarse a nadie, pero se había convertido en su sello de identidad cada vez que salía a tocar.

Salió para el local y se reunió con sus compañeros. Antes de entrar paró a saludar a alguno de sus seguidores y les firmó el álbum. Dos semanas atrás anunciaron su salida y ya estaba a la venta en su página web. Era emocionante ver a su pequeño «bebé» en manos de otras personas, sobre todo en un mundo donde prácticamente todo era digital. Él era de la vieja escuela. En Bilbao tenía una extensa colección de discos de sus grupos favoritos, muchos de ellos, firmados por los artistas. Era un tesoro que para él no tenía precio.

—Hola, chicos —saludó con efusividad a sus compañeros.

—Vaya, pero si es el príncipe enamorado —bromeó Gabi con una sonrisa.

—¿Dónde te has dejado a la pelirroja? —preguntó Pablo en el mismo tono.

Les encantaba bromear con su relación. Parecían dos niñatos de instituto, pero lejos de molestarle sus comentarios, provocaban una sonrisa boba que de verdad lo hacía parecer idiota.

—Está con su hermana, así que hoy no estará para darme mi beso después del concierto —se lamentó con un toque dramático que hizo reír a sus amigos.

Todavía tenían un buen rato por delante antes de que fuera su turno de salir y aprovechó que tenía el teléfono móvil en sus manos para enviar un mensaje a Sara.

«Te echo de menos».

Se sentía un imbécil, sobre todo, tras poner el emoticono de la carita triste y darle a enviar.

La respuesta apenas tardó unos segundos en llegar.

«Pues lamento comunicarte que yo no, peluquitas».

El mensaje iba acompañado con un selfi en el que aparecía muy entretenida lamiendo un helado de chocolate. La imagen le pareció tan erótica que no pudo contener un gruñido ronco.

—¿Ya te estás poniendo cachondo? —preguntó Gabi. Ni siquiera recordaba que sus compañeros seguían ahí.

—Cállate —le contestó y él le devolvió una sonora carcajada.

Volvió la vista a la pantalla y escribió.

«Eres una jodida bruja».

«¿Estás caliente, querido?».

Su chica estaba juguetona.

«Contigo, siempre. No puedo evitar sentir celos de ese helado, porque eso debería ser mi polla».

—Joder, sí que me estoy excitando —dijo en alto y negó con la cabeza.

Tuvo la suerte de que Gabi y Pablo iban a lo suyo.

Se levantó del pequeño sofá que tenían ahí y se mojó la cara con agua fría en el baño. Su polla estaba dura, deseosa de que terminara el concierto para ir en busca de su lugar favorito. Ansiaba encerrarse en cualquier sitio para saciarse de su cuerpo. Sin embargo, eso era imposible, pues cuantas más veces la saboreaba, más adicto se volvía.



Decidió ir con su hermana a comer porque llevaba demasiados días en casa, encerrada con Aritz, dando rienda suelta a la pasión. Solo le quedaba una semana de vacaciones, vio un par de veces a sus padres y una a Bea, porque el resto lo pasaba con él.

Septiembre estaba a las puertas, y con él, la vuelta al trabajo. No le desilusionaba la idea, pero de nuevo sus días serían un continuo vaivén que le robaría muchas horas para hacer vida social. Al menos tenía la suerte de vivir con su novio. Él no era el único protagonista de su vida, aunque sí con el que deseaba despertar cada mañana.

—¡Eo! Sarita, estamos en el planeta tierra. ¡Reacciona! —Bea la zarandeó. Se había quedado absorta en sus pensamientos.

Le dedicó una sonrisa bobalicona que le provocó una carcajada.

—Joder, hermanita, creo que es la primera vez en mi vida que te veo tan colgada por alguien.

Estaba de acuerdo con esa afirmación.

—Estoy enamorada, Bea. Hasta las trancas —reconoció.

Era la primera vez que lo decía en voz alta ante alguien que no fuera ella misma y lo hacía todavía más real.

—¿No me digas? —ironizó—. Llevas colgada por él meses. Y no, no vayas a decir que eso no es así, simplemente eras una cobarde que no quería reconocerlo.

Cabía la posibilidad de que tuviera razón.

Tuvo relaciones en el pasado, pero ninguna lo suficiente duradera como para ser consciente del significado que conllevaba la palabra amor. A sus anteriores parejas les tuvo cariño. De hecho, aquellos sentimientos no se asemejaban ni por asomo a lo que sentía junto a su músico de melena morena.

Todo tenía una intensidad demasiado abrumadora.

—Creo que tienes razón, pero me da la sensación de que vamos muy deprisa —se sinceró.

—Cariño, empezasteis la casa por el tejado. Ahora ha tomado el ritmo correcto aunque os hayáis saltado algunas partes. Todas las relaciones son distintas.

—¿Pero cómo me he podido enamorar tan rápido? —No sabía si se lo preguntaba a Bea o a ella misma. Aun así, su hermana respondió.

—Eso pasa sin buscarlo, no existe una respuesta correcta, si no miles.

—Me da miedo decirlo en voz alta y que él todavía no esté en ese punto.

—Sara, ese macarra está tan colgado como tú. No empieces con tus inseguridades, porque después de meses dando tumbos, estáis justo donde debéis.

Ella también creía estar en el lugar correcto, mas no podía evitar pensar en cosas negativas por su absurda obsesión de darle vueltas a las cosas de tal forma que al final perdían sentido.

Debía centrarse en disfrutar el momento, en vivir su historia y aprovechar lo que durara. Quería que fuera para siempre, pero no era la única implicada y debía ser un trabajo de ambos.

—¿Qué te parece si te llevo a su concierto? —se le ocurrió de sopetón.

Quedaban un par de horas para que comenzara, a pesar de decirle que esa noche no asistiría, quería que su hermana disfrutara de su voz en directo.

Le regaló su disco días atrás: La llamó hechizada tras escucharlo. No era su estilo de música favorito, pero la voz de Aritz la había embrujado de la misma forma que a ella.

—Creí que nunca me lo ofrecerías —respondió con una sonrisa.

Eso la hizo soltar una carcajada.

—Entonces vamos a arreglarnos y a disfrutar de la voz de mi novio. Eso sí, hermanita, no te enamores, porque Aritz es solo para mí.

Ya estaban en el centro de Barcelona, muy cerca de Travessera de les Corts, que era donde se encontraba el local. Todavía tenían tiempo, así que pararon en una bar a tomar algo y ella pidió un delicioso helado de chocolate. Antes de que lo trajeran, compró dos entradas para el concierto, porque si se entretenían demasiado cabía la posibilidad de que se quedaran fuera. En ocasiones anteriores Aritz la metía, esa vez quería darle la sorpresa de aparecer sin avisar. Acababa de recibir un mensaje en el que le decía que la echaba de menos, como si hubiera sido invocado. Se le dibujó una sonrisa tonta en el rostro que fue objeto de burla por parte de su hermana.

La ignoró y tras contestarle con un comentario que lo picara, le envió un selfi demasiado provocador lamiendo el helado.

—Sarita, estás fatal.

Le respondió sacándole la lengua.

La conversación subía de tono a cada instante y se arremolinaba en su interior un creciente deseo que estaba a punto de hacerle humedecer las bragas. Sentía la intensidad de sus palabras como si se las dijera al oído en un ronco susurro y la excitaba de tal forma que se le escapó un gemido.

Bea rio al ser consciente y Sara sintió como enrojecía.

Sí, estaba fatal.

Terminó su helado y guardó el móvil. Faltaba media hora para que diera comienzo y primero quería darle la sorpresa.

La cola era interminable. Suerte que el portero la reconoció, tras enseñarle sus entradas, las dejaron pasar al interior. La sala todavía no estaba muy llena, pero sí lo suficiente para que el camino hacia el pasillo de su camerino se le hiciera eterno.

—¡Qué de gente! —exclamó su hermana.

—Son muy buenos. Cada día tienen más seguidores.

—Eso lo dices porque estás loca por el cantante —rio y no pudo quitarle la razón. En parte, porque lo de que eran buenos era una verdad irrefutable.

Saludó a otro chico de seguridad que conocía de conciertos anteriores y le dio permiso para pasar. Llamó a la puerta con el puño a la espera de que abrieran. Fue su chico quien lo hizo, su cara de sorpresa se transformó en esa sonrisa juguetona que tan cardiaca la ponía.

—¿Alguien ha pedido una pelirroja para la cena? —murmuró burlona.

—Yo, pero no creía ser tan afortunado de conseguir justo la que quería —respondió en el mismo tono.

—¡Por Dios! ¡Qué asco dais! —se quejó Bea.

Sara la ignoró y se lanzó a atrapar los labios de Aritz. La recibió con su lengua preparada para dar inicio a ese baile que la atrapaba en un mundo de fantasía. Cogía sus caderas y la pegaba contra su cuerpo, lugar del que fue consciente que se escondía una dura protuberancia.

—Madre mía, pelirroja. Ahora mismo solo tengo ganas de desnudarte y follarte hasta el día del fin del mundo —susurró en su oído y mordió el lóbulo de su oreja.

Soltó un gemido involuntario que provocó carcajadas de los presentes.

Ni siquiera recordaba que Bea, Gabi y Pablo, también estaban ahí.

Enrojeció al instante y se separó con disimulo.

—Hola, cuñado —la saludó Bea y le dio dos besos.

Por suerte nadie comentó nada sobre su episodio calenturiento y Aritz le presentó al resto del grupo. La dejó con ellos y luego volvió con Sara para volver a pegarla contra su cuerpo.

—¿Por qué has venido? —preguntó con ilusión.

—Mi hermana quería verte en directo —mintió, a medias, pero no coló.

—Me parece que en esa historia falta una pelirroja que me echaba de menos —contestó con arrogancia.

Arqueó las cejas, divertida y negó.

—Capullo. Al menos yo no me excito al ver comer a alguien un helado.

—¿Quién ha dicho que eso me ha excitado? —contraatacó.

Lo miró fijamente a los ojos y colocó la mano en su entrepierna.

—Tu polla me lo dice, pelucas —se burló juguetona.

—Bruja…

—La peor.

Aritz la besó y apresó sus nalgas con las manos. Llevaba falda y notaba como la subía para tocar su piel. Abrió los ojos mientras seguía contra sus labios y al menos comprobó que nadie los miraba. Su hermana hablaba animada con Gabi y Pablo y tenían cierta intimidad en ese lugar tan reducido. Metió la mano bajo la tela de su braguita para pasarla por su humedad, y después, dejar varias caricias en su clítoris.

—Joder, Sarita, estás tan mojada… —gruñó.

El calor aumentaba por todo su cuerpo. Ardía en deseos de arrastrarlo hasta un rincón y darle placer hasta desfallecer entre sus brazos, pero la puerta que había a sus espaldas se abrió, así que tuvo que recolocar su ropa con rapidez para que no le vieran el culo.

Les avisaban de que estaba todo preparado para que diera comienzo el concierto. Aritz asintió, y cuando la puerta se cerró, avisó a sus compañeros. No se le pasó por alto como relamía sus dedos y le guiñaba un ojo juguetón.

El concierto se le iba a hacer eterno, puesto que en el instante en que escuchara el sonido de su voz, y en especial su canción, el calor arrasaría todo a su paso hasta el punto de hacerle perder la cordura.



La visita de Sara lo pilló por sorpresa y le hizo salir al escenario con una sonrisa bobalicona. La emoción lo embargó e interactuó con energía con el público. Cada instante en que las luces se lo permitían, su mirada se desviaba en dirección a su pelirroja.

Tuvo que recolocar su erección antes de salir, puesto que los magreos y las palabras subidas de tono en el camerino, lo pusieron a cien. Por suerte las luces lo disimulaban, así que salió como siempre y disfrutó, deleitando al público con el sonido de su voz.

Al finalizar fue directo hacia Sara. Estaba junto a su hermana, quien aplaudía sin cesar.

—Joder, cuñado, ¡eres increíble! —lo alabó con sinceridad.

Estaba acostumbrado a ello, lo escuchaba en cada concierto, pero que Bea lo dijera significaba mucho más que oírlo en boca de desconocidos. Al fin y al cabo, podría decirse que eran familia, política, pero formaba parte de su círculo. La dejó que le diera un beso en la mejilla para felicitarlo y ya después le dio paso a fijar su atención en la mujer que lo volvía completamente majara.

—Busco a mi fan número uno, ¿la has visto? —preguntó juguetón imitando el gesto que ella misma hizo cuando le dio la sorpresa de su visita.

—Por supuesto, me parece que está tan caliente con el sonido de tu voz, que no te va a dejar ni llegar a casa —respondió en el mismo tono.

Sus bocas estaban a escasos centímetros y Sara acariciaba su torso desnudo con suavidad. Sus ojos verdes lo miraban con picardía mientras sus

labios se curvaban en una sonrisa que los convertía en todavía más suculentos. Era un adicto a saborearlos, a toda ella. No podía despegarse aunque quisiera. Estaban rodeados de ojos que los observaban, la gente no se cortaba un pelo en aplaudir mientras se devoraban.

—Te desnudaría aquí mismo y te follaría sobre el escenario —le susurró. Soltó una carcajada cuando escuchó su gemido.

Se separó con tremendo esfuerzo, no sin antes, recibir un gruñido de su parte.

Fueron hacia la barra a tomar una copas junto a Gabi y Pablo. Bea ya estaba con ellos y charlaba de forma animada.

—Entonces, ¿te ha gustado, Bea? —le preguntó. Sara le tendió una cerveza y la agarró por la cintura con una sonrisa.

—Sí, mucho. Tenéis mucho talento, y eso que a mí el rock ni siquiera me gusta.

—Te lo dije —murmuró Sara—. Pero esta voz es mía, así que sin tocar, lagarta —la picó.

—Menos mal que alguien aquí tiene buena voz —contestó Bea en un intento de picarla—. Porque hermanita, cuando tú abres la boca para cantar, muere una bandada de palomas.

—¡Serás cabrona! —exclamó ofendida.

Aritz soltó una fuerte carcajada y ella lo taladró con la mirada.

—Pelirroja, tengo que darle la razón a tu hermana. Cantar se te da como el puto culo.

Se llevó un golpe en el pecho y luego una colleja.

—Capullo —bufó y se cruzó de brazos.

Todos se unieron a las risas y Sara los fulminó.

—Puede que no sepas cantar, pero la música de tus gemidos es mi canción favorita —le dijo al oído en un intento de calmarla.

Seguía de brazos cruzados, mirando a la muchedumbre, pero giró la vista de inmediato y arqueó las cejas.

—Sigues pareciéndome un capullo.

—Pero eso te gusta —sonrió ladino.

Sara negó y se le escapó una sonrisa bobalicona.

Bea se marchó poco después porque fue ella la que condujo, así que Aritz la llevaría en moto hasta casa. Por suerte siempre llevaba dos cascos, así no habría peligro de que los multaran, además llegarían antes para poder disfrutar de la noche enredados entre las sábanas.

Sonaba de fondo una canción de un grupo llamado In this moment. La cantante tenía una voz apoteósica y Aritz reconocía que lo ponía a cien. Tenía a Sara sobre sus rodillas, estaban en una de las mesas y tenían una especie de sofá pegado a la pared.

No estaban a solas porque el local continuaba lleno de gente, pero Gabi y Pablo ya se habían marchado y nadie parecía prestarles atención.

Metió la mano entre sus muslos y la acarició. Ronroneó como un felino y acercó su rostro para cantarle con su voz la melodía que sonaba a través de los altavoces.

—Joder, Aritz. No me hagas esto —se quejó. Se dio la vuelta para que las piernas quedaran a un lado sobre el acolchado sofá.

—¿El qué, pelirroja? —inquirió—. ¿Esto?

Acarició su sexo por encima de las bragas y escuchó su intento de ocultar un gemido.

—Te estás aficionando demasiado al exhibicionismo —quiso sonar con decisión, aunque a Aritz le pareció poco creíble cuando al fin accedió al interior de la tela.

—Y a ti te encanta —la retó.

—Para nada…

Soltó una carcajada, porque no la creía y continuó con su juego al introducir un dedo en su interior.

Su pecho subía y bajaba con velocidad, jadeaba con cada toque y él se divertía ante su intento de ocultar las muecas de placer. Al principio cerraba las piernas para impedirle el acceso, pero conforme su excitación aumentaba, se lo facilitó. Con la mano libre exploró bajo su camiseta, se coló entre el sujetador y pellizcó su pezón. Sonrió con el sonido de su gemido, pues ya no era capaz de esconderlo de ninguna forma.

—Vamos, bruja, córrete para mí. Déjame escuchar tu gruñido de placer —le susurró en el oído. Lamió su cuello y continuó. Atacó su clítoris, jugueteó, todo sin perder de vista sus muecas.

Mordía su labio inferior con fuerza y lo miraba sin descanso. Sus ojos brillaban por el deseo. Le encantaba enloquecerla.

Sara se lanzó contra sus labios para ahogar su orgasmo. Aritz sonrió satisfecho y recolocó su falda. Su polla necesitaba introducirse en su interior, sin embargo, eso ya era demasiado arriesgado y prefería volver a casa para tenerla toda la noche desnuda.

—Eres un capullo, Aritz. ¡Qué vergüenza! —susurró contra sus labios.

—Tranquila, Sarita. No te ha visto nadie, solo yo. —Negó con la cabeza y se recolocó bien la ropa—. Vamos a casa. No puedo bajar la media de orgasmos que te arranco y bajo mi pantalón hay un problema que me tienes que ayudar a solucionar.

La chica soltó una carcajada, pero no tardó en levantarse porque ella también estaba encantada con la idea.

Fue al camerino a por su camiseta para salir hacia la calle. Apenas había gente en los alrededores y anduvieron cogidos de la mano. De vez en cuando se lanzaban miradas. Era capaz de observar en los ojos de su chica el deseo por devorarlo. Pasaban cerca de un callejón, su moto estaba a dos manzanas. Sin que ella lo esperara, atrapó sus labios y la hizo chocar contra una pared.

—¿Qué haces? —le preguntó en el instante en que abandonó sus labios para coger aire.

—Locuras, pelirroja, locuras —contestó socarrón.

Sara negó divertida, pero dejó que la besara y aprovechara para meter la mano bajo su ropa y rozar su piel.

—Aritz, nos están mirando…

—Que miren lo que quieran —susurró y mordió su labio. Sara ya no le seguía el rollo.

—Se están acercando.

Se separó a regañadientes, curioso por descubrir quién osaba interrumpir su momento. Cuando visualizó a esa panda acercándose hasta él, frunció el ceño. William, el líder de los WatchRocks, junto a unas seis personas más, se acercaban hasta ellos. Con la oscuridad no era capaz de ver sus rostros, mas pondría la mano en el fuego que no se trataba de un encuentro casual.

—Quédate aquí —le dijo con seriedad.

—¿Qué coño pasa, Aritz? —Tenía el ceño fruncido y veía su preocupación.

—¿Te acuerdas del grupo ese del que te hablé? —Asintió. En esas semanas la puso al día sobre la competencia que tenía con los WatchRocks y también coincidía en que parecían más una panda de matones que cantantes—. Pues son ellos, así que no te muevas.

—¿Y qué vas a hacer tú? —inquirió. No pudo darle una respuesta, porque ni él mismo lo sabía—. No se te ocurra empezar una pelea, pelucas. Compórtate.

—Tranquila, pelirroja. Sigo con ganas de pelea, pero en la cama y contigo desnuda —contestó para tranquilizarla aunque no sirvió de mucho.

Le dio un corto beso en los labios y se giró. Ya estaban casi en su posición y dio un par de pasos hacia adelante.

Quería descubrir qué demonios querían, aunque tras echar un vistazo al grupo y ver en sus manos algo metálico, se temió lo peor.

—¿Qué quieres, William?

—Vaya, pero si el Rey del Rock todavía recuerda mi nombre —habló en tono de burla.

Sus amigos se carcajearon como bobos, como si tuvieran orden de reír ante cualquier gilipollez de su líder. Quiso contestarle con algún comentario borde y mordaz, pero estaba en clara desventaja. Aunque no le faltaban ganas, no quería ser él quien iniciara la reyerta.

—Hacía tiempo que quería que nos viéramos las caras, pero encontrarte es complicado cuando te pasas el día pegado a tu zorra…

—No te pases ni un puto pelo… —amenazó. Lanzó una mirada que no daba opción a réplicas.

—Aritz, cálmate...

Sara se acercó a él, cogía con fuerza su mano con intención de calmarlo.

—No le hagas ni caso, busca picarte —continuó su chica.

—Debo reconocer que es preciosa, lo que me sorprende es que esté con un imbécil como tú.

Dio un paso adelante y alzó el rostro en un gesto altivo. William lo miraba con diversión, creyéndose poderoso por tener a su rebaño cerca. Sara no pudo parar su avance, ni tampoco sus palabras.

—Mira, gilipollas, a ti lo único que te pasa es que te jode que a mi grupo y a mí nos estén saliendo las cosas bien. Tu juego de críos es absurdo, por mucha mierda que intentéis meter, lo único que conseguís es restaros credibilidad —comenzó—. Amenazaste a Mario cuando nos contrató y te salió el tiro por la culata, porque lo único que has conseguido es que te bloqueen el paso por ir de matón por la vida.

William no debió imaginar que le llegaría un golpe tan bajo, porque su contestación fue un puñetazo sobre el pómulo de Aritz.

Sara soltó un gemido y corrió hasta su posición, pero la apartó cuando vio que aquello no terminaba ahí. Otro puñetazo llegó de la nada y tuvo que defenderse. Golpeó a William en la nariz y resonó el crujido que indicaba

que acababa de rompérsela. La sangre salió de sus fosas nasales a borbotones y se la taponó con las manos con un quejido.

—¡Hijo de puta!

Esa fue la señal para que en medio de la calle se montara una batalla campal. Recibió más golpes. Sus acompañantes se unieron a la pelea y sacaron sus porras extensibles. Escuchaba los gritos de Sara demandando que pararan, pero la ignoraban y seguían con su paliza. Apenas podía defenderse. Lo tiraron al suelo y comenzaron a patearle. Tosió con gran esfuerzo, tuvo que escupir, pues la sangre se acumulaba en su boca a punto de ahogarlo. Le costaba respirar, y no ayudaba que lo golpearan en el pecho.

—¡Dejadlo, panda de mamones! —chilló Sara y vio de reojo como se metía en medio en un intento de apartarlos de su cuerpo.

Uno de los matones de William le dio un puñetazo en la cara que la hizo caer.

Eso le devolvió al mundo de la consciencia y se levantó con gran esfuerzo para devolverle el golpe a ese tipo.

—Vuelve a ponerle una mano encima a mi novia y te reviento la puta cabeza —gritó rabioso. La furia lo poseía, de la misma forma que la adrenalina, así que aprovechó esos instantes para descargar su ira contra esa gente.

Consiguió noquear a un par, pero no era suficiente para deshacerse de los golpes. Sentía dolor en cada partícula de su cuerpo y la fuerza se le escapaba. Llegó un momento en que no sabía lo que hacía. Ya no era capaz de defenderse, los párpados le pesaban. Le dio tiempo a ver como William volvía a la carga. Lo cogió por el cuello de la camiseta y lo obligó a mirarlo a los ojos. De su nariz continuaba saliendo sangre, pero su daño era nimio en comparación al de él.

—Te has metido con el grupo equivocado, Aritz. Nosotros siempre ganamos.

Un dolor nuevo lo hizo gruñir y tuvo que morder su lengua para no gritar.

De eso se encargaba Sara, quien había visto la escena en un primer plano. Se levantó del suelo, todavía aturdida por el puñetazo y anduvo hasta Aritz sin miedo a que aquellos hijos de puta le hicieran algo. Por suerte, eso no ocurrió, porque después de que William le diera una puñalada en el abdomen, huyeron de la zona como auténticos cobardes.

—¡Aritz! —sollozó.

Apenas era capaz de abrir los ojos, pero la miraba.

—Pelirroja… —murmuró con mucho esfuerzo.

—No hables, tranquilo —sollozó. Colocó las manos en su herida y presionó con fuerza.

La sangre salía a borbotones, al mismo ritmo que sus lágrimas. Liberó una de sus manos para coger el móvil. Le costó varios intentos llamar a emergencias para que fueran cuanto antes. Ya iban de camino y esperaba que no tardaran mucho, porque tuvo que darle una suave bofetada para que no se durmiera.

—No te duermas, cariño. Aguanta, por favor.

Sonrió con brevedad, pero se veía que no aguantaría mucho más. Tras varios segundos cerró los ojos y ya no lo pudo despertar.

—Aritz… ¡Aritz! —chilló desesperada—. Ni se te ocurra dejarme. No puedes hacerlo —suplicó.

Le hubiera encantado escuchar su voz con uno de sus comentarios mordaces.

—Te quiero, joder. No me abandones…

En aquel instante su corazón daba la sensación de que se hubiera detenido, roto por el intenso dolor que lo atravesaba por ver a la persona que amaba en ese estado.

La ambulancia llegó poco después. Los sanitarios descendieron veloces del vehículo y la obligaron a apartarse mientras lo atendían. No tenía ni idea de qué hacían con él, solo deseaba que lo mantuvieran con vida.

Sangraba demasiado para que la herida no fuera importante y había recibido muchos golpes durante la pelea. No quería ser negativa, se negaba a ponerse en lo peor.

Pero cuando los sanitarios sacaron las palas de reanimación, su propio corazón se detuvo.



Daba la impresión de que el tiempo se hubiera detenido por completo. La pena la consumía y no podía dejar que las lágrimas salieran sin descanso de sus ojos. Su respiración se entrecortaba con cada sollozo.

Los minutos pasaban y seguía sola en la vacía sala de espera del hospital en el que atendían a Aritz de urgencias. Era incapaz de desechar de su mente el instante en que los médicos colocaban las placas de reanimación sobre su pecho. Entró en parada cardiaca en medio de la calle y por un instante el mundo de Sara se derrumbó.

Por suerte, su corazón volvía a latir, débil. Después de que lo trasladaran de inmediato a urgencias, cogió un taxi para estar a su lado.

Dafne, Enoch, Alex Cova y hasta Víctor, aparecieron por el pasillo. Los avisó de lo ocurrido en el camino, pero no fue capaz de explicarse con propiedad. Su amiga fue la primera en acercarse, la abrazó con fuerza y sollozó sobre su hombro en un intento de descargar todos los sentimientos que invadían su cuerpo.

—¿Qué ha pasado, Sarita? —Alex la abrazó y no pudo esconder la preocupación. Sus ojos luchaban por retener las lágrimas.

—Aparecieron los de ese grupo… Busca… buscaban pelea —hipó—. La emprendieron a golpes con él, iban armados… —balbuceó. No tenía muy claro si lo que decía tenía sentido, pero en su mente se repetía la escena de nuevo—. Intenté pararlos, pero eran demasiados y… —hizo una pausa, pues se ahogaba—. Ese hijo de puta lo apuñaló.

Rompió en sollozos de nuevo. Se desgarraba la garganta. Alex la consolaba con su abrazo. La ausencia de noticias no ayudaba a conseguirlo.

—Todavía no me dicen nada. Se… se le paró el corazón, Alex…

Al abrazó se unió alguien más, pero no vio quien intentaba darles consuelo. Alex también lloraba, la presión podía con él y no era capaz de ocultar el miedo que compartía con Sara.

Se quedaron así varios minutos hasta que los sollozos disminuyeron. Alex se alejó de ellos para llamar a los padres de Aritz. Sus suegros irían a Barcelona cuanto antes para estar con ellos. Luego Sara le pidió a Dafne que se lo dijera a su hermana y que esta se encargara de decírselo a sus padres.

Necesitaba a su familia. Sus amigos eran un buen apoyo, mas ansiaba el calor de los brazos de su madre.

Estaba a punto de amanecer y Dafne volvió con un café entre sus manos.

—Tómatelo, gordi, te sentará bien.

Lo cogió medio ausente. Llevaban ahí más de tres horas y ningún médico tenía la decencia de informar sobre su estado.

Estaba a punto de enloquecer.

—¡Sara!

Alzó la vista ante el sonido de la voz de su madre. Se levantó del asiento y observó cómo se acercaba corriendo hasta ella. La abrazó de inmediato, le dio un beso en la mejilla y ahogó sus sollozos contra su hombro. Las lágrimas estaban de vuelta.

—¿Estás bien, pequeña? —aflojó el abrazo unos instantes y la miró de arriba abajo. No se había mirado en un espejo, aunque sabía que en su rostro habría un cardenal a causa del puñetazo. Además, su ropa estaba llena de sangre por completo y era un recordatorio de cuánta había perdido Aritz.

—No, mamá, no lo estoy —sollozó—. Me muero si le pasa algo.

Le dedicó palabras tranquilizadoras. Decía que la usencia de noticias no era siempre algo malo. La obligó a mantener la esperanza, pues a Aritz no le gustaría verla en ese estado. Quería creerla, aferrarse a sus consejos, pero le costaba porque aparecía la imagen de él casi desangrado en el suelo.

—Le quiero demasiado, mamá —continuó.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Ya era bien entrada la mañana. La sala de espera estaba abarrotada por sus amigos, su familia y los padres de Alex. Todos en silencio porque ninguno encontraba el valor para abrir la boca.

—Familiares de Aritz Goikotxea.

Se levantó como impulsada por un resorte, fijó la vista en la doctora que pronunció su nombre y se acercó a Alex. Le cogió la mano y este se la apretó para darle fuerza.

—¿Cómo está, doctora? —habló el padre de Alex.

—Por el momento, estable.

Derramó unas cuantas lágrimas, presa del alivio.

—Llegó con una hemorragia importante y le hemos hecho varias transfusiones. Además de una operación de urgencia en la que hemos extirpado su bazo.

Enumeró el resto de lesiones. Tenía contusiones por todo el cuerpo, dos costillas rotas y sufrió una pequeña hemorragia interna por la que tuvieron que quitarle ese órgano.

—Su corazón se detuvo, pero consiguieron reanimarlo, sin embargo, está en una especie de coma, pero no se preocupen, despertará pronto.

Su última respuesta no la tranquilizaba demasiado, pero tras explicarles que sus funciones neurológicas no parecían muy afectadas como para quedarle secuelas, se calmó un poco.

—¿Podemos verlo? —inquirió cuando la doctora finalizó con la explicación.

—Hasta las diez de la mañana no comienza el horario de visitas en la UCI, pero en este caso haremos una excepción. Solo puedo dejarles entrar de uno en uno y tienen veinte minutos.

—Ve tu primero, Sarita —le sonrió Alex. Acababa de retirar las lágrimas de sus ojos, contento por saber que, dentro de lo que cabía, estaba vivo.

Ella seguía intranquila, con miedo a que algo se torciera, por eso cuando acompañó a la doctora a la UCI lo hizo en completo silencio.

—Verlo con los tubos es duro, pero le aseguro que está estable. Tan solo debemos dejar que su cuerpo luche por recuperarse de las heridas —dijo con suavidad justo antes de dejarla entrar.

Asintió medio ausente y se dispuso a acceder a la sala. Lo primero que se escuchaba era la máquina que marcaba los latidos de su corazón, le dio la

sensación de que iban lentos. Se aproximó con extrema lentitud a la cama y sollozó. Verlo en ese estado la partía en dos.

En sus brazos había una vía intravenosa por la que pasaba la medicación, y otra, en la que recibía sangre. Cogió su mano y la notó muy fría, pero lo que más impacto le causó fue al observar su rostro. Llevaba puesta una de esas mascarillas para el oxígeno, estaba amoratado y plagado de contusiones. Las sábanas cubrían el resto de heridas, pero bajo ellas se notaba el apósito que cubriría el lugar de la puñalada, donde horas atrás estuvo su bazo.

—¿Qué te han hecho? —susurró con un sollozo.

Sus ojos estaban cerrados. Su único deseo era que los abriera y le soltara un comentario mordaz que la hiciera gruñir. Verlo así era un golpe para el que no estaba preparada, solo tenía ganas de llorar.

Acarició su rostro con delicadeza y se agachó para dejar un beso en su mejilla.

—Vuelve conmigo, por favor. Te necesito, Aritz. Te necesito a mi lado —le habló con el deseo de que su voz la guiara hasta la consciencia. Pero estaba en coma, una palabra que la hundía en lo más profundo a pesar de que la doctora hubiera dicho que no tardaría mucho en despertar porque era en el menor grado de dicho estado.

La espera se le haría eterna.

—Te quiero, pelucas. Te quiero tanto que no sé cómo sobrellevar esto. Quiero que vuelvas, que me beses, abraces y que despiertes a mi lado cada mañana.

Las lágrimas salían sin cesar. Sabía que no tenía mucho más tiempo aunque quisiera quedarse ahí hasta el instante en que abriera los ojos. Le quedaban un par de minutos y se dedicó a acariciarlo sin cesar. Maite, la madre de Alex, ya estaba en la puerta de la habitación. Se secó las lágrimas y volvió a besar su frente antes de salir.

—Ve a descansar, Sara —le dijo con una sonrisa. Conocía a esa mujer desde hacía mucho y siempre la trató con cariño.

—No puedo Maite, no quiero irme de aquí —respondió.



No tenía nada que hacer, más que esperar para verlo por tercera vez. Sus padres la arrastraron a la cafetería para que tomara algo y se cambió la camiseta. Bea fue a comprársela a una tienda cercana y al fin pudo tirar esa

impregnada con la sangre de su chico. Sus amigos también seguían allí, en otra mesa de la terraza de aquel hospital.

Fumaba un cigarrillo mientras miraba al horizonte de forma ausente.

—Cariño, deberías comer algo. —Negó con la cabeza ante la petición de su madre.

No tenía apetito. Ni siquiera le entraba el humeante café del que su olor llegaba a sus fosas nasales. Su padre le dio un abrazo y cuando terminó el cigarrillo se refugió en su pecho.

Cuando era pequeña y se enfurruñaba con Bea, él siempre la acogía entre sus brazos para acariciar su pelo en un intento de que se le pasara el enfado. Se sentía como entonces, arropada por el hombre que la había criado y que la quería con absoluta devoción.

—Se pondrá bien, pequeña. Ya has oído a la doctora —la tranquilizó.

—Ha sido horrible, papá. —Las lágrimas volvieron y luchó porque no ganaran la batalla.

—Aritz es fuerte. Además, todavía tiene que presenciar mi cara de ogro cada vez que os vea juntos —le susurró y su comentario la hizo soltar una breve sonrisa.

—Sí, ya sé que no te gusta, pero le quiero.

—No me gusta que ningún hombre se acerque a ti, porque yo, como tu padre, debería ser el único con ese privilegio. Pero él también te quiere, así que no tengo más remedio que compartirte porque es lo que tú quieres.

—Tú siempre serás el hombre más especial de mi vida, te quiero, papá.

Salieron de la cafetería poco después, quedaba una hora para que diera inicio el horario de visitas de la tarde y Sara les dijo a sus amigos que se marcharan a descansar. Dafne no se quedó muy tranquila, pero al menos, no se quedaría sola. Alex y sus padres seguían allí y no necesitaba más. Maite y su marido se marcharon al aeropuerto a buscar a Anne y Gorka, los padres de Aritz.

Tuvo la oportunidad de hablar con sus suegros varios minutos mientras Alex los ponía al corriente de lo que decían los médicos, pero se vino abajo y las lágrimas no le dejaron seguir.

No conseguía tranquilizarse a pesar de haberlo visto. Retenía demasiadas emociones y no ayudó que apareciera la policía para tomarle declaración sobre lo ocurrido. Tuvo el apoyo de su amigo en todo momento y cooperó cuando mencionó a los agresores. Denunció al tal William junto a todos sus matones. Ahora esperaba una llamada en su teléfono por parte de

los agentes para ir en cuanto los detuvieran. Le tocaría reconocerlos, a pesar de la oscuridad, tenía sus caras grabadas en la mente.

Estuvieron a punto de asesinarlo, solo por envidia de que los Dark Angels hubieran conseguido tanto en tan poco tiempo.

—Sarita, ¿te vienes fuera? —le preguntó Alex sacándola de sus pensamientos.

Él parecía mucho más animado tras entrar por segunda vez a la UCI, pero Sara seguía en shock. Su madre le dijo que era normal, puesto que presenciar algo así era un trauma que la tendría asustada durante días.

Asintió a su amigo y dejó que la cogiera de la mano para guiarla hasta la puerta. Faltarían como mucho un par de horas para que anocheciera y ya no hacía tanto calor en el exterior. Aprovechó que estaba a la suficiente distancia para encenderse un cigarrillo y se sentó junto a Alex en un banco. Apoyó la cabeza sobre su hombro y dejó que su amigo la rodeara en un abrazo.

—¿Cómo estás?

Llevaban horas juntos, sin embargo, en ese tiempo estuvo tan ausente que no habló con él. Sus primeras palabras las soltó junto a sus padres, el resto, se mantuvo en silencio. Su cerebro no terminaba de procesar la situación, aunque poco a poco, ganaba algo de fuerza a pesar de que las lágrimas seguían ahí, deseosas de abrirse paso una vez más.

—No lo sé, Alex.

—Se va a poner bien. Aritz todavía tiene que sacarte de quicio muchas veces. Mi primo es demasiado capullo como para que esto termine con él —bromeó en un intento de tranquilizarla.

Dio una calada y expulsó el humo. Dibujó una pequeña sonrisa y se incorporó para mirar a su amigo.

—Quiero que vuelva mi capullo —reconoció—. He pasado tanto miedo, creí que lo perdía —sorbió por la nariz y continuó—. Estábamos haciendo el bobo en medio de la calle y vi cómo se acercaban… Él intentó tranquilizarme, pero cuando escuché el nombre de William supe a la perfección quiénes eran.

—Llevan desde que comenzaron intentando destruirlos —habló Alex—. Aunque nunca habría pensado que serían capaces de hacer algo así.

—Ni yo… —reconoció.

En realidad se enteró de la existencia de los WatchRocks un par de semanas atrás. Recordaba haber oído hablar de ellos por encima al principio

de entablar conversación con él, pero sin ahondar. Le contó la amenaza que le hizo a Mario, el dueño del New Underground, ahí ya le pareció que esa gente no era de fiar, y menos, tras saber que vigilaban cada paso de Aritz y su grupo.

¿Pero intentar matarlo? Eso era pasarse, sobre todo, porque ni siquiera era alguien famoso.

Había gente muy malvada en el mundo. Cuando los vio aparecer, el peligro se instaló en su organismo. Quiso coger a Aritz y huir, mas no dio tiempo. Todo ocurrió tan rápido que se bloqueó.

—Los pillarán, estoy seguro. Se han metido con quien no debían y aunque sean pocos, tienen seguidores, así que la gente conoce su identidad. Todo saldrá bien —continuó.

Eso esperaba, porque le resultaría complicado vivir con la preocupación constante de que volvieran al ataque.

—¿Cuándo crees que despertará? —preguntó.

—No lo sé, pero espero que pronto.

—Le quiero, Alex. Estoy enamorada de él —le confesó a su amigo. Eso lo hizo sonreír con ternura.

—Lo sé, Sarita, se te nota mucho —se burló.

—No sé cómo ha pasado, pero es lo que siento. Así que ese instante en que su corazón se paró, creía que me moría con él. Todo se derrumbó a mi alrededor.

No quería llorar y las lágrimas la traicionaban una y otra vez.

—No pienses más en eso. Está vivo, ¿verdad? —Asintió—. Pues ya está. Cuando despierte estará a tu lado y podrás disfrutar de su compañía. No te comas más la cabeza.

—Eso sí que es misión imposible —Alex se carcajeó y se le contagió.

—Te quiero, Sarita.

—Y yo, primo —le respondió en tono juguetón y los dos rieron como tontos.



Los días se le hacían eternos, las horas no pasaban y que las cosas continuaran igual, no la ayudaba a relajarse. Por suerte, no estaba a solas. Tres días atrás llegaron sus suegros y los acogió en su casa, así que hablaba durante horas con ellos sobre Aritz.

Al segundo día lo trasladaron a planta. Sara quería quedarse todas las noches a dormir, pero Anne no la dejaba, así que se turnaban. Llevaban así tres días y esa noche ya se cumpliría una semana desde que ingresó de urgencia. Aún no había despertado, sin embargo, la parafernalia médica se redujo a la mitad en cuanto lo subieron. En vez de la mascarilla de oxígeno, solo tenía los tubos nasales, pues respiraba por sí mismo y el latido de su corazón se había normalizado. Era cuestión de horas que despertara.

Llevaba toda la semana sin apenas dormir, con pesadillas que se repetían una y otra vez, dispuestas a recordarle lo que pudo ocurrir. Despertaba siempre entre lágrimas, porque el final era mucho más desalentador que la realidad.

La policía ya los había detenido, a todos. Aunque no prestó mucha atención a los detalles, William se presentó en comisaría para entregarse. No sabía si eso le proporcionaba calma, pero quizás, era la señal que indicaba que todo se aplacaría.

Se levantó del incómodo sillón de hospital y se acercó a Aritz. Cogió sus manos y se sentó sobre la cama. La barba le había crecido bastante y cuando acariciaba su rostro pinchaba. Los hematomas continuaban en ese

color negruzco, pero ya se atisbaba el amarillo que indicaba que comenzarían a desaparecer.

—Abre los ojos, cariño —le pidió y descendió el rostro para dejar un beso en sus labios.

La puerta se abrió para dar paso a Gorka y Anne. Sus suegros le dedicaron una tierna sonrisa y se acercó a abrazarlos. Eran maravillosos, entendía a la perfección el cariño que les tenía Aritz. El primer día de su llegada fue tenso, era obvio, porque su hijo se debatía entre las puertas de la muerte y no respiraron tranquilos hasta hablar con un médico. Tras eso, encontró en ellos un apoyo tan grande como el que le brindaba su propia familia.

—Esta noche me quedo yo —dijo Anne.

—No hace falta, hoy he dormido mejor.

Supuso por el ceño fruncido que no la creía. Es más, podía decir que era una de sus peores noches en el hospital.

—Tienes que descansar, cariño. Tú también tienes que recuperarte de esto.

—Estoy bien, Anne, de verdad —aseguró.

Quería permanecer el máximo tiempo posible junto a él. No estaba dispuesta a perderse su despertar. Solo lo abandonó el día en que la policía la hizo ir a comisaría para identificar a los sospechosos. Por suerte no tuvo que hablar con ninguno de ellos, porque se conocía lo suficiente, como para saber que se hubiera enfrentado a William diciéndole de todo.

—Ven conmigo, vamos a desayunar.

Gorka se quedó con Aritz y ellas descendieron hasta la planta de la cafetería. Apenas comía desde hacía una semana, lo notaba porque su cuerpo estaba cada vez más débil. Pidió un café junto a un bocadillo y salieron a la terraza. Lo cierto era que la bebida le sentó de maravilla y cuando probó el primer bocado, su estómago se abrió.

—Nunca podré agradecerte todo esto —habló Anne.

—¿El qué? —inquirió confusa.

—Que nos hayas acogido, que estés aquí a todas horas velando por mi hijo y demuestres cuánto te importa —explicó.

Sara alargó la mano para coger la de su suegra y la apretó.

—No pienso dejar a Aritz solo, Anne. Él es… —se frenó. Solo le había dicho a Alex y a su familia que estaba enamorada de él, pero era distinto confesarlo delante de su suegra.

La mujer esperó a que continuara. Tenía dibujaba una sonrisa socarrona muy similar a las de su chico. También se le marcaban los hoyuelos.

—Le quiero, Anne. Estoy enamorada de tu hijo —dijo al fin.

—¿Y él lo sabe? —Negó—. Aritz no ha tenido una sola novia estable en su vida y el primer día en que me habló de ti, me sorprendí del cariño con el que lo hacía. Creí que serías otra más de su lista, pero cuando nos presentó y vi su mirada, supe que eras diferente —relató.

Su historia la hizo sonreír.

—Lo cierto es que te compadezco —continuó con un gesto divertido. Sara soltó una sonora carcajada.

Su propia madre lo daba por perdido.

—Han sido unos meses muy raros y yo todavía me cuestiono cómo estamos en este punto después de lo capullo que ha sido —murmuró con una tierna sonrisa—. Pero me hechizó como a una tonta con un beso a traición, y me perdí.

Eso la hizo interesarse por conocer la historia al completo, puesto que su hijo no entró en detalles.

Se lo contó todo, cómo se conocieron, sus disputas en casa porque era un desastre, el tira y afloja…

—Nunca ha sido ordenado, no te lo voy a negar, pero castigarlo sin ciertas cosas siempre me funcionó bien —rio Anne. Sara no dejaba de poner muecas mientras relataba.

—Hace poco me di cuenta. Le dije que como no recogiera la casa, se quedaba sin sexo —soltó de sopetón sin ser completamente consciente de que, a quien le admitía eso, era a la madre del susodicho.

—Es un buen castigo —se carcajeó Anne y Sara no pudo evitar el ataque de risa.

Continuó con la historia, le habló de Víctor, del beso a traición de Aritz y el resto de vaivenes de su relación. De vez en cuando la veía sonreír burlona y era muy probable que pensara que los dos eran unos imbéciles por haber tardado tanto.

—¿Me estás diciendo que el capullo de mi hija se tiró a otra, prácticamente delante de tus narices porque su intención era molestarte? —preguntó con incredulidad.

—Así es… —contestó.

—¡Pero será imbécil este hijo mío! —exclamó—. Le voy a dar tal colleja cuando despierte que la va a recordar toda su puñetera vida —

continuó y finalizó con un gruñido.

Sara no pudo esconder la carcajada ante su efusividad. Su suegra mostraba incredulidad en cada uno de sus gestos.

—Ahora de verdad, Sara, ¿por qué estás con él? Cualquiera lo hubiera mandado a la mierda y con razón.

Se encogió de hombros sin saber qué responder.

—Creo que fue porque me vi reflejada en sus ojos —dijo al fin—. Es decir, yo intentaba alejarlo, pero todos los caminos volvían a acercarme a él. He tenido muy pocas relaciones estables, por no decir que una, atarme no era algo que me atrajera. Soy una mujer ambiciosa y me esfuerzo a diario por labrarme mi propio camino.

—Como él… —Asintió.

Aritz tenía esa cualidad y ella la valoraba mucho.

—Cuando hizo eso vi su arrepentimiento, él sabía que no estaba bien y aun así lo hizo para llamar mi atención. Le funcionó, pero casi me destruye por el camino, por suerte consiguió soltarse y aunque lo racional hubiera sido que lo ignorara, ya estaba cansada de evadir mis propios sentimientos, porque me arriesgaba a sufrir mucho más.

Se hizo el silencio. Anne se acercó hasta ella y le dio un fuerte abrazo.

—Me alegro de que mi hijo haya encontrado a una mujer como tú. Le has sacado de su propio caparazón para dejar al descubierto su corazón. —La besó en la mejilla y sonrió agradecida.

—Aunque todo apuntaba a justo lo contrario, sé que esto no es un error. Funcionamos bien como pareja —murmuró.

—Sí, creo que mi hijo es una máquina sexual.

Abrió los ojos con sorpresa ante esa afirmación y Anne se rio. Cabía la posibilidad de que hubiera enrojecido, pues sus mejillas ardían como si estuviera frente a una estufa.

—No te avergüences, mujer.

—No lo hago, pero me has pillado desprevenida —reconoció—. Y sí, lo es —admitió con una carcajada.

Estuvieron de charla durante casi dos horas. La hora de comer estaba a punto de llegar y el sol pegaba con fuerza en el exterior. Ese rato fue perfecto para relajarse. Durante la conversación con su suegra pudo ser ella misma tras una semana en la que la pena la consumía.

Anne era maravillosa, le contó anécdotas sobre Aritz cuando era pequeño y no se sorprendió de que fuera muy travieso. Desde pequeño era

un chulito, pero siempre se libraba de castigos mayores por saber embrujar con su sonrisa.

Encendió un cigarrillo y le dio una calada. Llevaban un par de minutos en un cómodo silencio. Desde ahí no veía demasiado, pues la zona estaba llena de hospitales, y como mucho, se veía un resquicio de la montaña de Collserola. Pronto Anne la obligaría a irse a casa a descansar, lo necesitaba, aunque no quería hacerlo.

Era sábado y el lunes ya le tocaba incorporarse al trabajo, cosas que no le apetecía, puesto que supondría no poder estar con él todo el tiempo.

—¡Ha despertado!

Esas dos palabras la sacaron de golpe de sus pensamientos. Tiró la colilla y se levantó. Anne la cogió con fuerza de la mano y juntas emprendieron el camino hasta la puerta del ascensor. Tuvo que luchar por contener las lágrimas de emoción, su corazón latía frenético y sentía que pronto podría respirar tranquila de verdad.

El camino se le hizo eterno. En la puerta de la habitación estaba Gorka. Paseaba inquieto por la zona, y cuando las vio, les dedicó una espléndida sonrisa que las ayudó a calmarse.

—¿Cómo está? —preguntaron al unísono.

—Bien, está un poco aturdido pero es normal. Ahora están los médicos y enfermeras comprobando todo y nos dirán más datos.

Sara asintió. Aquellos minutos se convirtieron en una hora y se le hicieron eternos. El médico salió y les dedicó una sonrisa tranquilizadora. Sus constantes estaban a la perfección, tras varias preguntas de rigor, también comprobaron que no tenía amnesia ni daños neurológicos.

Eso era muy buena señal. Al haber recibido tantos golpes, algunos en la cabeza, era un riesgo del que se les avisó. Todavía tenían que hacerle varias pruebas, pero todo apuntaba a que su recuperación iría bien.

—Ya pueden entrar. Eso sí, a pesar de estar en planta, como acaba de despertar, es recomendable que no haya más de dos personas. Necesita tranquilidad, sobre todo durante las primeras horas —murmuró.

Lo entendía a la perfección, así que, aunque se moría de ganas de hablar con él, dejó que fueran Gorka y Anne los primeros. Llevaban meses sin ver a su hijo y suficiente traumático era un encuentro en esas circunstancias.

Paseó inquieta durante la espera. No contaba los minutos, pero ya llevaban mucho dentro. La ansiedad la poseía, así que para convertir el momento en uno más llevadero, avisó a sus padres y hermana de que había

despertado. Luego llamó a Alex y lloraron de la alegría como dos idiotas por la noticia. Quedaron en que él se encargaría de avisar al resto del grupo antes de salir a visitarlo.

—Te toca, cariño. Está deseando verte, solo le ha faltado echarnos a patadas —Anne salió con una sonrisa de la habitación y la abrazó antes de ir en busca de su chico.

Estaba nerviosa, ansiosa y muchos sentimientos más que no tenía tiempo de enumerar. Entró con paso decidido y sonrió en el instante en que se cruzó con sus ojos.

—Hola, pelirroja.

Sus hoyuelos se marcaban y sintió su hechizo. Acortó las distancias con rapidez y se tiró a por sus labios con suma delicadeza para no hacerle daño. Lo pilló desprevenido, pero no lo suficiente para no aceptar la invitación de su lengua. Se enredaron en un húmedo beso en el que se decían sin palabras cuánto se habían añorado.

Se separó para mirarlo a los ojos y se dio cuenta de que lloraba cuando Aritz secó sus lágrimas con delicadeza.

—No llores, Sarita, ya estoy aquí —susurró.

Se sentó en el borde de la cama y se entretuvo en acariciar su mejilla. Él la rodeaba con el brazo que tenía libre de la vía. Aún tenía dificultades para moverse con soltura. Sus músculos estaban muy flojos.

—¿Cómo estás? —le preguntó al fin.

—Como si me hubieran dado una paliza —bromeó y Sara rodó los ojos —. Pero creo que bien. ¿Y tú?

Vio temor en su mirada. Quizá se preguntaba qué ocurrió en cuanto él perdió el conocimiento.

—Ahora bien —reconoció.

—Pareces cansada. ¿Cuánto hace que no duermes?

—No lo sé. Te juro que lo he intentado pero… ha sido horrible Aritz. Yo… yo… creí que te perdía —secó sus lágrimas una vez más y sorbió por la nariz. Aritz le pidió que lo incorporara y usó el mando de la cama para que permaneciera medio sentado. Le pidió que se acercara más.

Alzó el brazo para acariciar su rostro, se entretuvo en la mejilla y lo vio fruncir el ceño. Todavía quedaba un poco del hematoma del puñetazo.

—Lo siento mucho —se disculpó.

—¿Por qué? Y ni se te ocurra decir que esto es tú culpa, pelucas, porque tú no eres el matón que se dedica a intentar asesinar a la gente.

—Pero te hicieron daño. Debí haber evitado hablar con ellos y huir antes de que pasara todo.

—Te repito que estoy bien —continuó—. Además, ya los han pillado. William se presentó en comisaría hace dos días para entregarse.

Aritz asintió. Sus padres lo habían puesto al día sobre el tema. La denuncia seguía abierta y pronto le tocaría a él declarar, luego se celebraría un juicio. Ambos esperaban que pasaran un tiempo a la sombra de la cárcel. Aunque su mayor deseo, era no encontrarse con otra sorpresa así.

—Aun así, te pido perdón. Si te llega a haber pasado algo yo… yo me muero, pelirroja —confesó con tristeza.

—Eso fue lo que yo sentí cuando te vi en el suelo, sangrando… —hizo una pausa porque las imágenes volvieron a su mente para reabrir la herida —. Se te paró el corazón y yo sentí que el mundo entero me aplastaba. La espera hasta que el médico dijo algo sobre tu estado, fueron las horas más agónicas de toda mi vida.

Miraba al fondo de la habitación, incapaz de enfrentarse a los ojos marrones de Aritz para no llorar de forma desconsolada.

—Sara, mírame.

Secó las lágrimas y obedeció. Sus ojos también brillaban, contenían la emoción

—Estoy bien, estoy aquí, contigo. Así que no pienses más en eso, porque este capullo todavía tiene muchos años para sacarte de quicio y no te vas a deshacer de mí con tanta facilidad —murmuró con una sonrisa burlona y eso consiguió que soltara una carcajada—. Dame un beso, anda.

Obedeció sin oponer resistencia y disfrutó. Le facilitó que pudiera abrazarla y el muy juguetón consiguió colarse por debajo de su camiseta para rozar su piel. El toque la estremeció. Lo había añorado en tan solo una semana. Profundizó el beso tras enredar los dedos en su melena castaña. Se dio cuenta que ya no tenía el oxígeno y el sonido de su respiración se entrecortaba, mas era de la emoción por el ósculo. Su lengua jugueteaba con maestría y el tan conocido calor la invadía por completo. No ayudaba que él acariciara su piel y descendiera con lentitud hasta la cinturilla del vaquero.

—Creo que este no es el sitio más indicado para que me metas mano — jadeó contra sus labios. Notó su sonrisa, pero continuó saboreándola.

—Quería comprobar una cosa…

—¿El qué? —preguntó.

—Que mi polla funcionara, y así es, lo hace a la perfección, porque me vuelves loco, pelirroja —gruñó y la gravedad de su tono le provocó un gruñido.

—Mira que eres capullo. ¿Has estado a punto de cascarla, y tu primera preocupación es si se te levanta?

Aritz estalló en carcajadas ante su ceño fruncido aunque se unió poco después. Era algo que le encantaba de él, las salidas fuera de lugar en instantes tensos.

—Joder, Sarita. Es que es algo importante. Necesito complacerte y no puedo prescindir de una parte de mi anatomía que sé que te vuelve loco.

—Gilipollas —bufó.

Él volvió a reír y lo obligó a parar porque vio su mueca de dolor.

—No fuerces, bruto.

—La culpa es de la bruja que hace que me olvide de que estoy malito. Aunque no la veo muy dispuesta a cuidarme —musitó con un puchero.

—Eres un liante.

—Y a ti te encanta. Ahora dame mimos, pelirroja, y déjame recordar el sabor de tus labios.



Anne la relevó durante unas horas en el hospital en las que aprovechó para ir a casa. Necesitaba darse una ducha, ponerse ropa limpia y llevarle unas cuantas prendas a Aritz. Decía que odiaba el batín, aunque era perfecto para que tuviera acceso a su trasero, no quería que todo el mundo lo viera.

Como siempre, se comportaba como un capullo.

Esa vez no le importaba, al contrario, solo quería escucharlo decir gilipolleces, que la mirara con ojitos burlones y que encendiera su cuerpo en los sitios menos indicados. Era un gamberro, un provocador que la ponía a cien a cada instante del día.

Suerte que, tras casi una hora en la habitación, Anne entró para interrumpir. Le traían su primera comida y él se había venido arriba explorando las zonas húmedas de su cuerpo. Su suegra se carcajeó al verlos. Bajo la sábana había un bulto y Sara estaba colorada por completo. Le dio mucha vergüenza que los pillara en esa situación, pero al igual que hacía su madre, su suegra estalló en carcajadas y se metió con ellos.

Al final logró convencerla para quedarse esa noche, por eso estaba ahora en casa, le había prometido descansar un rato. Se fue al baño y retiró toda su ropa. Necesitaba una buena ducha caliente que destensara todos sus músculos. Al salir la invadió el sopor, debería comer algo, mas aprovechó las horas hasta que anocheciera para tumbarse en la cama y dormir un rato.

Despertó sobre la ocho. Ese descanso le había sentado de maravilla, solo le quedaba vestirse y coger el coche para realizar un recorrido que se repetía a diario desde la última semana. Ansiaba que terminara. Su mayor

deseo era que le dieran el alta, poder estar juntos en casa, dormir con él y despertar con su abrazo.

Entró en la habitación, estaba abarrotada. Como Aritz estaba bastante bien los médicos permitieron a más personas. Durante el día todos lo fueron a visitar, incluido Víctor junto a Cova. Ahora estaban sus padres, los de Aritz y también Gabi y Pablo.

Sara se abrió paso y fue a saludarlo.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó, de nuevo apareció el puchero juguetón.

—Dudo que me hayas echado de menos, ha venido todo el mundo a verte.

—Pero yo solo quiero que estés tú.

—¡Qué hijo más desagradecido tengo! —dramatizó Anne, quien había escuchado la conversación privada y el resto de los allí presentes rio a carcajadas.

Se acercó a ellos con los brazos en jarras y el ceño fruncido, mas era una fachada bajo la que se asomaba una sonrisa.

La enfermera trajo la cena y la habitación se despejó. Sara se despidió de todos y se quedaron a solas. Alzó el respaldo de la cama para que se incorporara y colocó los platos delante. Vio su mueca asqueada con los alimentos y soltó una carcajada cuando esta se remarcó al probar un pedazo de carne.

—Quiero una pizza —se quejó.

—Pues esto es lo que te toca, cariño.

—No me gusta.

Su actitud era de bebé grande. Tardó más de lo necesario, pero al menos comió algo. Debía recuperar fuerzas tras una semana de alimento intravenoso.

—Ayúdame a bajar, pelirroja.

Lo cogió de la mano y pasó el brazo libre por debajo de sus axilas por si no tenía fuerza para sostenerse tras ponerse de pie. Le acercó el gotero para que lo arrastrara y lo guio al baño. Después de unos minutos salió.

—¿Te duele? —le preguntó. Vio una mueca en el instante en que se sentó en la cama.

—No mucho, la verdad. Solo tiran los puntos, pero según los médicos, está cicatrizando muy bien y pronto podré hacer vida normal. Así que no tendrás que esperar mucho para que te dé un buen meneo.

—Mira que eres imbécil —negó—. ¿No piensas en otra cosa?

—Contigo cerca, no. No puedo.

La atrajo hasta él para besarla y poseyó su boca. Se dejó hacer, porque sus labios la deleitaban con una calma que creyó haber perdido días atrás.

—Túmbate conmigo —pidió.

Alzó las cejas.

—No quiero hacerte daño, estás convaleciente.

—Vamos, por favor —suplicó con gesto infantil.

Rodó los ojos y negó. Aritz ya le estaba haciendo un hueco en la cama y se apartaba con cuidado a un lado, así que se tumbó con él. De inmediato sus miradas se encontraron. Sus ojos marrones estaban adornados por un intenso brillo y sus labios se curvaban en una preciosa sonrisa que la hacía suspirar.

—*Esa bruja me tiene loco, con sus ojos verdes me controla...* —canturreó haciéndola sonreír.

—La he escuchado todos y cada uno de los días —confesó—. Echaba de menos tu voz en directo…

—¿Y te masturbaste? —la cortó en tono de burla.

—¿Por qué siempre tienes que cagarla? —se quejó. Merecía un manotazo, pero estaba herido así que se contuvo—. Cómo si hubiera tenido ganas, capullo de mierda.

—Imagino. Mi madre me lo ha contado todo. —Estiró el brazo con cuidado y puso la mano en su mejilla. Adoptó una pose más seria de lo habitual antes de continuar—. Sé lo mal que lo has pasado, y que incluso cuando estaba en la UCI, sin poder visitarme, seguías aquí. Día y noche.

Se quedó en silencio. Era justo lo que hizo a pesar de tener que mantenerse despierta en una silla incómoda en medio de la sala de espera.

—No tenías que hacerlo, pelirroja. Tú también necesitabas descansar. No me imagino lo que supuso aquella noche para ti, pero quedarte aquí sin poder estar conmigo, es un sacrificio demasiado elevado.

—Para mí no —habló al fin—. La casa se me caía encima. Aunque estaba acompañada por tus padres, era incapaz de relajarme. Tenía pesadillas que me despertaban entre lágrimas y era por el miedo a perderte. Quedarme aquí me daba la tranquilidad de que seguías conmigo.

—Pero no me has perdido —le sonrió con dulzura en un intento de borrar de su mente esos pensamientos.

—Sí, por fin estás aquí, conmigo, y ojalá nunca me vuelvas a dar un susto así, porque la idea de perderte, ha sido el dolor más intenso que he sufrido a lo largo de mi vida —confesó—. Yo… te quiero, Aritz.

Era la primera vez que se lo decía, ya no podía esconderlo más. Necesitaba hacerle saber que era el hombre al que quería y que estaba harta de guardarlo en su interior. Tenía miedo de mirarlo a los ojos, porque quizá, su cariño no fuera tan intenso. Sin embargo, él la obligó a hacerlo y se encontró con una sonrisa que le transmitió el mismo amor.

Era poder en estado puro.

—Yo también te quiero, pelirroja. Mucho, muchísimo. Estoy enamorado hasta las trancas de ti. Aunque sea un capullo que no sabe hablar de cosas serias, esto no me cuesta decirlo, porque por primera vez en mi vida, estoy seguro —confesó.

Sara rio y se lanzó a por sus labios. Quería sellar esas palabras con un beso que sabía que la haría desfallecer. Aritz era así, pasional, no hacía nada sin darlo todo y por eso desde el principio sintió el hechizo con cualquiera de sus caricias.

—Somos dos idiotas que hemos tardado demasiado en darnos cuenta de que estamos hechos el uno para el otro, aunque seas un capullo, y hasta tu madre alucine con que no te haya mandado a la mierda, yo también estoy enamorada de ti.

—Sí, justo somos eso. Idiotas. Y tranquila, todavía me duele la colleja de mi madre.

Se carcajeó y él la acalló con otro beso que los sumergió en un cómodo silencio que los evadía, incluso, del lugar en el que se encontraban.



La vuelta a la rutina fue un incordio. La primera semana en la que se incorporó, seguía ingresado, por suerte evolucionó deprisa y le dieron el alta un sábado por la tarde. A pesar del trabajo, durmió casi todas las noches allí. Anne la reñía porque no descansaba lo suficiente, aun así lograba convencerla. Aritz llegó a un punto en que se puso de acuerdo con ella, y Sara, los ignoraba.

Todavía no le habían asignado ningún proyecto que implicara su desplazamiento, por lo que no salía de la oficina en toda su jornada. Su jefe estaba muy contento desde el trabajo en el plató, ya la tenía en mente para

muchas cosas. Eso la hacía feliz, se ganaba reputación en algo que la apasionaba.

Salió por la puerta y escribió un mensaje a Aritz para comunicarle que ya iba para casa. Tenerlo de nuevo allí era maravilloso, no obstante, en ocasiones, se convertía en un suplicio. Sabía que lo hacía para molestarla, pero se quejaba por todo. Anne y Gorka seguían en su casa, así que su madre se encargaba de inflarlo a collejas. Ya podía moverse con soltura, por lo que demandar atención para un simple vaso de agua, ya no colaba.

Por otro lado, William y sus matones fueron encarcelados, pero solo el primero y un par más continuarían en prisión provisional hasta que saliera el juicio. El líder tendría la pena más alta, pues se le acusaba de intento de asesinato. Al menos se había entregado y le envió un mensaje a Aritz pidiéndole disculpas para declarar que su única intención era solo asustar.

Su chico decía que dudaba que volvieran a molestar, quería creerle, pero era demasiado pronto para pasar página. Le costaría olvidar el trauma sufrido, aunque con él cerca, sabía que sería más sencillo.

Metió la llave en la puerta de casa y no tuvo que abrir para saber que Anne chillaba. Se la escuchaba desde el rellano, por lo que logró entender le decía a su hijo que moviera los cojones para coger una cerveza.

Negó mientras entraba.

—¡Hola! —saludó para hacerse oír.

—Pelirroja, mi amor, tráeme una cerveza, por favor. Que mi *ama* es malvada y no quiere —chilló.

Al entrar hacia el salón lo vio en el sofá, con los pies encima de la mesa de centro y el mando de la tele en la mano.

—¿Por qué no me comes el coño un rato? —ironizó y soltó un gruñido.

—Joder, cariño. Qué están mis padres delante —respondió burlón y terminó de acortar las distancias con él para darle un beso.

Él agarró su trasero con firmeza, dejándola al borde de caer sobre el sofá.

—Ni que eso te importara a ti cada vez que sueltas una gilipollez —contestó contra sus labios.

—Entonces… ¿me la traes, o vamos a la habitación para cumplir tu deseo? —le guiñó un ojo juguetón.

—Ni lo uno, ni lo otro. Así que si quieres una cerveza, te levantas —terminó, luego se sentó en el sofá, justo a su lado.

—Bruja…

Se levantó resignado. Ya apenas ponía muecas de dolor. Comenzaba a absorber los puntos que le pusieron tras la operación y sus costillas se recuperaban. El dolor le duraría unos meses, porque era una recuperación lenta aunque avanzaba bien.

—Ya de paso tráeme una a mí, pelucas —chilló con malicia cuando ya estaba en la cocina. De fondo escuchó las risas de sus suegros, que tomaban el aire en la terraza.

Aritz volvió a los pocos segundos con ambas bebidas y le tendió una.

—Gracias, esclavo.

—Que sepas que esta me la pagas.

Gorka y Anne se marcharon a dar un paseo por la ciudad. Les quedaba una semana libre antes de que tuvieran que incorporarse a sus respectivos trabajos. Puesto que su hijo ya estaba mucho mejor, podían aprovechar para ir de turismo.

Aritz se relajaba junto a Sara en el sofá. Casi a cada segundo le echaba una ojeada y sonreía como un bobo ante la suerte de tenerla cerca. Desde que se dijeron te quiero por primera vez, se empeñaba en demostrárselo a cada instante. No quería que se convirtiera en una palabra vacía que decir solo para quedar bien.

Todas las noches jugueteaban en la cama como posesos, aunque su estado actual le impedía utilizar todas sus armas. Aun así, arrancaba varios orgasmos de su garganta y tenía que ayudarla a ahogarlos. Sus padres ya habían escuchado sus gritos varias veces, y eso, avergonzaba a su pelirroja, mientras que a él, lo hacía reír.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —preguntó y dejó un beso en su pelo. Estaba apoyada con cuidado sobre su pecho desnudo y lo acariciaba con suavidad.

—Como siempre, a la espera de un nuevo proyecto. Aunque en estos momentos prefiero estar así, porque puedo llegar antes a casa.

—Eso es porque me echas tanto de menos que no quieres ni trabajar.

Se carcajeó y asintió con una sonrisa.

Estaba preciosa y sus ojos habían recuperado su brillo. El día en que despertó, al verla aparecer por la puerta, una parte de él se rompió al presenciar la mueca de dolor que la acompañaba. Jamás podría agradecerle que no se separara de él durante ese tiempo. Tenerla a su lado fue un alivio,

porque lo último que recordaba antes de la inconsciencia, era su cara rota por las lágrimas de preocupación.

Supo desde el principio que William le daría problemas, aunque jamás imaginó que llegara a tal extremo. Un susto podía esperárselo, pero arremeter contra él por pura envidia y casi matarle, era demasiado impensable.

¡Ni que él fuera James Hetfield!

Sara tuvo que denunciar y declarar mientras él estaba en coma, luego le tocó a él, pero por suerte estaba ya todo prácticamente solucionado. El juicio sería en pocas semanas y su abogado ya les había dicho que estaba ganado, sobre todo, porque William iba a acatar su culpa. Que se entregara era una buena señal, pues le indicaba que lo dejaría estar y poco podría hacer desde la cárcel.

—Te has quedado muy callado. —Sara lo sacó de sus pensamientos. Se había incorporado en el sofá y lo miraba con el ceño fruncido.

—Solo pensaba en todo y nada a la vez.

Ocultaba sus sentimientos bajo su máscara de pasotismo, estar a las puertas de la muerte le abría un nuevo mundo que no pensaba desaprovechar con rayadas de cabeza que no llegaban a ningún puerto.

—Hoy he estado tocando. Gabi vino a verme y trajo mi guitarra del estudio.

—¿Y cómo te has sentido?

Era una muy buena pregunta, porque después de todo, reconocía que una parte de él, tenía un poco de miedo.

—Raro, pero a la vez, con muchísimas ganas de continuar. He estado componiendo una nueva canción, así que no creo que el trauma deje a mis fans sin este portento —sonrió burlón—. Mi madre ha llorado de la emoción, porque me está quedando una balada muy ñoña.

—¡Quiero escucharla! —le pidió con un puchero.

—No está terminada, pelirroja. Además, es otra canción para ti.

Su chica abrió los ojos con sorpresa.

—Así que, hasta que no esté completa, tendrás que aguantarte —se burló.

—Eso no se hace…

—Serás la primera en escucharla, te lo prometo. Pero quiero que esté perfecta, porque tú, que te has convertido en mi inspiración, no te mereces nada inacabado.

Sara cambió su mueca por una burlona y estiró el brazo para ponerlo en su frente. Luego frunció el ceño antes de hablar.

—Creo que tienes fiebre, pelucas.

—¿Por qué? —se extrañó.

No entendía su tono juguetón.

—Porque te estás volviendo un cursi.

No podía quitarle la razón, jamás se había imaginado diciendo algo así, le salía del alma cuando estaba frente a ella.

—Eso es porque estoy enamorado, pelirroja. Y gracias a ti, me he dado cuenta de que la vida es demasiado corta para esconder todo lo que siento. Y aunque cantando te pongo cachonda, no puedo ser siempre el príncipe Disney que tú quieres.

—Y ahí está otra vez, el capullo aparece de nuevo.



Estaba deseoso de salir de casa para algo más que no fuera un paseo. Llevaba un mes así, al fin se sentía lo suficiente recuperado para hacer muchas más cosas. Cuando Sara trabajaba se marchaba al estudio, allí se reunía con Gabi y Pablo y componían más temas. Mario estaba deseando que volvieran al local, al parecer sus seguidores ansiaban su vuelta y él también.

Añoraba el escenario, su público, hasta su trabajo como técnico de sonido era un plan mejor que hacer reposo. Le daban el alta al fin, aunque debía ir con cuidado. La fisura de sus costillas sanaba con lentitud, a pesar de no doler como al principio, según con qué gesto, le daba un pinchazo de dolor. No era lo suficientemente molesto como para no hacer vida normal.

Eran las nueve de la noche y Sara estaría a punto de llegar. Ya tenía un nuevo proyecto en otro plató en el que rodaban un corto de época victoriana. Eso hacía que siempre llegara tarde y cansada, así que movió su culo del sofá tras su llegada para prepararle una copiosa cena. Se había esmerado, tener tanto tiempo libre hacía que incluso le apeteciera aportar a la casa. Normalmente pasaba del tema, pero al fin se daba cuenta de que él también vivía ahí y no podía delegar todas las tareas en ella.

Solo sería vago cuando quisiera molestarla, porque le encantaba oírla gruñir y después recompensarla con varios orgasmos.

Era un masoquista.

La puerta de entrada se abrió y el taconeo de sus zapatos resonó por el pasillo. Aritz se plantó frente a la mesa y esperó a que apareciera en su

campo de visión. Iba con el torso al desnudo y unos pantalones cortos que utilizaba para dormir, por lo que por muy currada que estuviera la cena, la elegancia no era su fuerte.

—Hola, pelirroja —la saludó.

Tenía cara de estar agotada. Al verlo ahí plantado, sonrió juguetona y se acercó con un contoneo de caderas tan sensual que lo hipnotizó durante varios segundos. Solo le quedaba un paso para alcanzarlo, así que se puso de puntillas para atrapar sus labios.

Aritz abrió la boca para dar la bienvenida a su lengua y jugueteó mientras sus manos iban a parar a su trasero para pegarla a su cuerpo. Era un jodido adicto a sus besos. Despertaban su cuerpo de tal forma, que todo pensamiento racional desaparecía de su cabeza. Su bruja decía que era él quien era experto, sin embargo, ella no se quedaba atrás. Su lengua lo inspeccionaba con deleite. Soltó un gruñido cuando mordisqueó su labio inferior.

—Veo que vienes muy animada —susurró en su oído y mordió el lóbulo de su oreja. Su respuesta fue un gemidito—. Te he preparado la cena, pero cuando termines, no voy a dejarte salir de la cama.

—¿En serio has cocinado?

—¿Tan raro te parece?

Asintió y él soltó un bufido para hacerse el ofendido.

—Anda, ve a ponerte cómoda, que ya me encargo yo de prepararlo. —Le dedicó otra mirada de incredulidad, pero obedeció—. Puedes salir desnuda, no me importaría.

Chilló y escuchó el sonido de su carcajada.

Comieron entre risas y miradas cómplices que aumentaron la temperatura del salón. Jugueteaba bajo la mesa, cosa que no ayudaba a reprimir las ganas de dejar la cena a un lado y desnudarla. Cuando fue a ponerse cómoda no cumplió su deseo de aparecer desnuda, aunque al menos lo hizo con uno de esos camisones en los que su busto cobraba total protagonismo. Se ceñía a sus curvas, era una distracción deliciosa que hacía que su mente la visualizara sin nada puesto. Conocía su cuerpo a la perfección y en ese tiempo había memorizado cada recoveco.

Recogió la mesa con su ayuda para después meter todo en el lavavajillas. Estaba agachado y recibió un azote en el trasero acompañado por una risita.

—Así me gusta, esclavo —se burló.

Se incorporó para mirarla con una mueca divertida, ella lo observaba juguetona y en sus ojos verdes se adivinaba el deseo.

—Eres malvada, ¿lo sabes?

—¿Por qué?

—Porque me pierdo cada vez que me miras de esa forma —contestó con voz ronca.

La pilló por sorpresa para robarle un beso y no fue paciente, pues coló su mano bajo la falda del camisón, yendo en dirección a su humedad.

—Vaya, vaya, me lo estás poniendo muy fácil. ¿Sin bragas por casa? —murmuró con un gruñido.

Sara intentó contestar con algo mordaz, pero sus dedos acariciaban su sexo y el calor invadía todo, friéndole el cerebro.

Ansiaba sus toques, que le hiciera disfrutar y sabía que el momento se acercaba.

—Sube ahí —le ordenó.

—¿Ni siquiera vamos a la habitación?

—No, quiero follarte en la cocina —gruñó.

La ayudó a subir sobre la encimera y abrió sus piernas, retiró el camisón y lo lanzó al suelo. Ya estaba desnuda, expuesta, eso lo complacía. La miraba desde unos pasos atrás con un hambre capaz de arrasarlo todo.

Quería que la comiera, de arriba abajo. Que explorara sus recovecos y la hiciera disfrutar. Se acercó con mirada penetrante y atrapó sus labios en una cárcel en la que deseaba quedarse siempre.

—Es hora de comer el postre —susurró.

Su lengua jugueteó en su clavícula y descendió para lamer sus pezones. Sus manos tampoco estaban quietas, recorrían su anatomía con una sutileza que la hacía estremecer. Accedió hasta sus pliegues y gimió cuando rozó su clítoris. El éxtasis se acercaba con premura, porque con él las sensaciones aparecían con intención de arrollar todo a su paso en solo unos segundos.

—Creo que jamás seré capaz de cansarme del sonido de tus gemidos —su lengua ya estaba sobre su vientre en dirección a su humedad, pero sabía que estaba dispuesto a ralentizar el descenso.

—Eso es porque eres un salido —contestó con voz entrecortada.

—Te equivocas, eso es porque estoy enamorado. Lo primero que está en mi cabeza, eres siempre tú —contestó y mordió su piel con dulzura antes de continuar—. Nunca imaginé que me ocurriera esto, pero está siendo la experiencia más maravillosa y excitante de mi vida.

Quería contestar, decirle que en esos dos meses que llevaban de relación, ella sentía exactamente lo mismo. Aritz era un capullo, pero también un hombre maravilloso, divertido, atento y con el que podía hablar de todo sin miedo a que la juzgara. Era su complemento perfecto y se sentía muy afortunada al tenerlo a su lado.

Su epifanía se vio interrumpida cuando notó su lengua lamer su protuberancia. Soltó un gemido ahogado y tuvo que sostenerse a la encimera con fuerza para no resbalar. Aritz separó todavía más sus piernas y exploró la zona. Introdujo un dedo en su interior, bombeó al ritmo de su lengua y el placer la poseyó de tal forma que su primer orgasmo llegó sin previo aviso.

Miró hacia el inquilino que yacía entre sus piernas. Sonreía juguetón, sin intención de abandonar su juego. Añadió otro dedo a la intrusión y los movió mientras daba pequeños mordiscos en la piel de sus muslos. Le resultó de lo más tentador.

—Ven conmigo.

Estuvo a punto de poner un puchero cuando la abandonó, mas lo siguió hasta el salón, intrigada por descubrir cuál sería su siguiente paso.

La obligó a tumbarse sobre la mesa y desapareció, para luego volver con algo entre sus manos.

—Cierra los ojos —ordenó.

—¿Qué vas a hacer?

—Tú hazlo, pelirroja. Te prometo que te gustará.

No lo dudaba.

—Joder, pelucas. Quiero que me folles.

Era una impaciente, estaba deseosa de que se clavara en su interior para que terminara la agonía. De hecho, él era capaz de aguantar su erección durante horas para primero hacerla desfallecer de forma continua, eso alargaba mucho sus sesiones de sexo, en ocasiones, la exasperaba.

—No seas impaciente, Sarita —sonrió y su respuesta fue un gruñido.

No pudo decir nada más, antes de darle tiempo a cerrar los ojos, notó una pequeña vibración sobre sus pezones. Bajó la vista un segundo y Aritz llevaba una bala vibradora que reconoció como uno de los juguetes que guardaba en el cajón de su mesita de noche.

—Cierra los ojos… —repitió. Ya no sentía la vibración.

Soltó un gruñido. Obedeció a regañadientes y esperó a que ocurriera algo.

Le separó las piernas para dejarla abierta y expuesta para él. La mesa era dura y estaba fría. Suerte que, aunque el otoño había llegado, el calor no los abandonaba. Dejó de pensar en el instante en que miles de sensaciones la invadieron. Notaba caricias desde su cuello que descendían con extrema lentitud por cada hueco de su cuerpo. Aritz no decía nada, debía estar concentrado, porque el único sonido que llegaba a sus oídos era el de su propia respiración acelerada.

Por fin llegó a su sexo y la vibración apareció de nuevo, solo que distinta. Algo absorbía su clítoris y solo hizo falta poco más de diez segundos para que el orgasmo la azotara.

—Grita, pelirroja, con todas tus fuerzas —susurró contra sus labios.

Cumplió su deseo porque el succionador seguía activo, sin darle un respiro. Arqueó la espalda y Aritz aprovechó para morder su pezón. Le temblaba todo el cuerpo y no le daba tregua, porque cuando creyó que sus pechos habían recibido la suficiente atención, hundió los dedos en su interior.

Chorreaba, la humedad se perdía entre sus piernas en el mismo lugar al que iban sus gemidos. Volvió a correrse con intensidad. Seguía con los ojos cerrados y no veía lo que ocurriría a continuación. Aritz cogió sus piernas y la arrastró al filo de la mesa. Segundos después, notó la embestida de su polla.

Gimieron juntos, luego se incorporó con las manos apoyadas sobre la madera.

—Ahora, abre los ojos —le ordenó.

Lo hizo de inmediato, se topó de frente con su mirada marrón y le embrujó el deseo con el que la observaba. Embestía con fuerza en su interior y sus gruñidos la excitaban de tal forma que lo acompañaba con sus gritos.

Adoraba memorizar sus muecas ante el esfuerzo. El placer lo consumía y sus facciones se contraían para transformarse en seductoras a más no poder. Sabía a la perfección la cara que ponía cuando su orgasmo estaba a punto de llegar, porque cerraba los ojos y tensaba la mandíbula.

Ella fue la primera en gritar una vez más, extasiada, con intención de llevárselo con él hasta el cielo.

Su gruñido resonó en el salón.

La acogió entre sus brazos tras bajar las piernas al fin, luego se apoyó contra su pecho, escuchando el latido frenético de su corazón que se

entremezclada con su respiración errática a causa del esfuerzo.

—Esto se está convirtiendo en una mala costumbre —susurró contra su pecho, haciéndole reír.

—No puedes vivir sin mis caricias, pelirroja. Soy demasiado irresistible.

—En lo primero no te equivocas, pero para lo segundo, mi respuesta es que eres un capullo.

—Pero me quieres —aseguró.

Se separó para mirarlo a los ojos y entonces respondió.

—Más de lo que te imaginas.

Le dedicó una tierna sonrisa, acarició su torso y frenó en la cicatriz de la operación. Ya estaba curada y los hematomas eran inexistentes.

—Pues dime cuánto es. *Tú, la que me ha enseñado lo que es el amor, el cariño desinteresado y la que ha puesto música a mi vida* —le cantó con su voz grave. Esa frase formaba parta de esa segunda canción que le compuso poco después de la pelea.

Era preciosa. Lloró durante horas cuando se la cantó, agradecida porque le demostrara de esa forma lo que sentía por ella. Fue especial. Un instante que atesoraba con dulzura, porque desde entonces, ya no hubo más barreras entre ellos que impidieran que expresaran sus sentimientos.

Eran libres.

—Hace unos meses solo eras un incordio, pero te colaste en mi corazón sin pedir permiso y es algo que me ha hecho disfrutar sin descanso —comenzó. Todo lo decía con la vista puesta en él. Seguía con la sonrisa dibujada, con el añadido de un poco de sorpresa—. Has despertado mis ganas de querer, de quererte a ti todos los días y aprovechar cada instante juntos, porque, aunque a veces te tiraría por el balcón, eres un hombre maravilloso, pelucas. Y te quiero con todo mi corazón.

Su sonrisa la encandiló. Se embebió de la forma de sus hoyuelos antes de corresponderle.

—Te quiero, pelirroja, siempre serás la bruja que me ha robado el alma, el corazón y que ha sacado a este ángel oscuro de su capullo.



Un año después.

El tiempo pasaba a una velocidad abrumadora y el mundo giraba a su ritmo con la capacidad de cambiar las cosas en un breve lapso. Sara lo sabía a la perfección, por ello vivía la vida al límite junto a la persona con la que había conocido el verdadero amor.

Su vida era una aventura diaria desde el instante en que los Dark Angels fueron fichados por una discográfica importante que produjo el segundo disco que los lanzaría directos al estrellato.

Eso ocurrió unos seis meses atrás. Aritz y su grupo siguieron tocando para Mario en el New Underground BCN y en una de esas ocasiones apareció un ojeador.

Todo fue deprisa. A los tres meses dio inicio su primera gira oficial por España. Ella lo acompañó durante el primer mes, pero luego tuvo que volver a su trabajo. Eso quería decir que había muchas ausencias por su parte en las que lo extrañaba demasiado, aunque su relación era tan fuerte que resistía la lejanía.

Con ese boom del grupo apareció el hecho de que la prensa lo perseguía. Sabían dónde vivían y en muchas ocasiones se encontraba con gente en la puerta de su casa que lanzaba preguntas indiscretas. Había aprendido a ignorarlos. Luego, cuando hablaban por teléfono, se dedicaban a reírse de ellos.

Él seguía siendo el mismo. La fama no era algo que le atrajera, puesto que su único propósito desde el principio era mostrarle su música y sus

letras al mundo, así que tampoco le importaba que hablaran mal de él, por lo que en ese tiempo, ya había mandado a la mierda a más de un periodista.

El timbre sonó y Sara fue directa a responder. Un coche privado la esperaba y cogió su bolso para salir con rapidez.

Llevaba tres semanas sin ver a Aritz. Los últimos conciertos de la gira fueron en el norte de España, así que se alojó en la zona porque también tenían entrevistas pendientes. Lo echaba mucho de menos, llevaba desde que se había levantado contando los minutos que faltaban para su reencuentro.

El cierre de gira era en la sala Razzmatazz, no como teloneros, eran el grupo principal y estaban emocionados. Todos sus amigos estarían allí en un sitio privilegiado, pero solo ella tenía acceso a verlo antes de que saliera a escena.

Fueron unos veinte minutos de viaje a causa del tráfico. El chófer la dejó en la entrada trasera, donde la esperaba Ramiro, el hombre que les dio su primera oportunidad en ese mismo lugar.

—Bienvenida de nuevo, Sara —la saludó con dos besos—. Tienes a tu chico desesperado por verte.

—Créeme, yo estoy igual —respondió con una sonrisa.

No la hizo esperar. La llevó hasta el pasillo de los camerinos y la dejó a solas. Llamó a la puerta y se apoyó en el marco con pose sugerente, rezando porque fuera él quien abriera.

Y así fue.

Aritz apareció en su campo de visión con su característica sonrisa juguetona. Sus hoyuelos estaban enmarcados. Era irresistible con su melena suelta cayendo en suaves ondas y se deleitó con su torso desnudo. Siempre salía así al escenario, provocando al público, sin embargo, solo ella era la elegida para disfrutarlo.

La cogió de la cintura con posesión y chocó contra su cuerpo. No dijo una sola palabra, porque al igual que ella, solo ansiaba probar el sabor de sus labios. Empezó suave, dulce, pero en cuanto dio la bienvenida a su lengua se convirtió en uno de esos besos que prendían la mecha de la bomba oculta en su interior. La afianzó, agarrando su cabeza, enredó los dedos en su melena castaña y disfrutó de su tacto. Él aprovechó para agarrar sus nalgas para, de forma disimulada, sumergirse bajo su falda.

—¿Ansioso por meterme mano? —inquirió contra sus labios.

—Ni te lo imaginas. Te he echado mucho de menos —susurró y supo que era cierto, pues su mirada se lo confirmaba—. Tres semanas sin tu cuerpo, tus gemidos… —gruñó. Paseó los dedos por su piel con delicadeza —. Ha sido una auténtica tortura.

—Joder, Aritz… —gimió sin ser consciente. No estaban solos, porque al fondo de la sala, había dos mirones llamados Gabi y Pablo con una sonrisa socarrona.

—Joder, eso es lo que quiero. Durante toda la noche —siguió. Era experto en excitarla con sus palabras. El tono de su voz era un indicativo de que estaba permitido hacer cosas prohibidas.

Su mano consiguió colarse por su braguita y de inmediato se topó con su humedad. Tan solo hicieron falta dos frases subidas de tono para que la lujuria poseyera todo su cuerpo.

Con Aritz era así desde el principio, nada había cambiado en ese año. Él tenía el don de la palabra que hacía que su mente solo pensara en una cosa: sexo.

—¡Parejita, que desde aquí se ve todo! —gritó Gabi. Aritz ya tenía un dedo en su interior, lo conocía lo suficiente para saber que buscaba arrancarle un orgasmo.

No estaban en el sitio indicado, así que se sonrojó. Por otro lado, él soltó una carcajada.

—Y después la bruja soy yo… —se quejó.

—Lo eres, aunque reconoce que, si Gabi no hubiera abierto su bocaza, te habrías dejado hacer. —No podía quitarle la razón—. Te va el morbo.

—Y a ti el avergonzarme ante todos —negó divertida.

Se dieron un fuerte abrazo. Seguían en la puerta del camerino y al fin se cerró para entrar en el interior. Saludó a sus compañeros, Aritz le hizo un hueco en el sofá para luego ofrecerle una cerveza. Luego aprovechó para pasar un brazo por detrás de su cabeza. Lo miró a los ojos con una sonrisa que se vio interrumpida por la fiereza de sus labios.

—Tío, lleváis casi año y medio juntos, y seguís siendo unos jodidos empalagosos. Todo el puto día con besos —murmuró Pablo con un bufido final.

—¿Tienes envidia, Pablito? —inquirió ella burlona.

—¿De que te morrees con mi colega? Para nada. No me llama la atención.

Todos estallaron en carcajadas.

Llegaba la hora de marcharse de allí. El concierto estaba a punto de comenzar y le costó la vida entera separarse de sus labios. Él estaba en la misma situación, deseoso de que terminara para recuperar el tiempo perdido en casa. Quería disfrutar de su compañía durante toda la noche.

El chico de seguridad la acompañó hacia el hueco de prensa. Allí ya estaban todos sus amigos, los saludó con un abrazo y charló con ellos antes de que comenzara. En ese tiempo, Víctor se hizo muy amigo de Aritz, olvidaron sus rencillas sin sentido y era uno más del grupo. Poco después de la trágica pelea, comenzó a salir con Cova, convirtiéndose en la tercera pareja más pegajosa del grupo. Aritz y ella tenía el primer puesto, aunque Dafne y Enoch tampoco se quedaban atrás. Alex también iba acompañado, saludó a Iris con dos besos y tomó posición para esperar la salida triunfal de su chico.

Las luces se apagaron, tras pocos segundos, los chicos salieron al escenario con la energía suficiente como para comerse el mundo entero. No tardó en comenzar con la primera canción, por consiguiente, Sara entró en trance con el atrayente sonido de su voz. Durante su ausencia se ponía siempre sus canciones, era su forma de tenerlo presente, sin embargo, en directo esas sensaciones que la atravesaban se acrecentaban de forma exponencial.

Nunca perdía la oportunidad de mirarla cuando hacía alguna pausa, le guiñaba un ojo juguetón y eso despertaba las burlas de todos sus amigos.

—¡Vais a peor! —le chilló Dafne con una carcajada.

—Tú calla, que llevas cinco años igual de cansina con Enoch —contraatacó.

Era cierto que daban un poquito de asco. Ninguno era la persona más romántica del mundo aunque siempre estuvieran pegados. Quizá se asemejaban a dos gatos en celo, porque siempre montaban el espectáculo delante de la gente. Eso le hizo pensar en una situación en casa de sus padres.

Llevaban poco más de seis meses y le entró uno de sus momentos de besuqueo máximo con caricias de por medio, en la cocina de sus progenitores. Su padre apareció justo cuando él metía la mano por sus bragas y ella gemía, así que el gruñido de Enrique no se hizo esperar. Sara temió que cogiera un chuchillo para matarlo, pero a pesar de la clara amenaza en su mirada, no ocurrió nada más.

Volvió al mundo real al ser consciente de la efusividad del público. Acababa de terminar de cantar la balada que compuso para ella. Ese tema la emocionaba, era precioso, una oda a lo que sentía que la enamoraba todavía más. Ya llegaba el final del concierto, por lo que tocaba iniciar una charla con su gente.

—Este año ha sido una auténtica locura para nosotros. Hace apenas unos meses suplicábamos en los locales para que nos dejaran tocar —habló con una sonrisa. El público ovacionó entre risas—. Los Dark Angels no éramos más que otro grupo del montón, pero llegó el día en que tocamos aquí mismo, como teloneros, y en poco tiempo nuestro nombre viajó hasta todos los que estáis en cada uno de nuestros conciertos, apoyándonos.

»Vosotros sois los que habéis provocado esto. Sois lo que habéis conseguido que estemos hoy aquí, en el cierre de nuestra primera gira, exactamente en el mismo lugar donde comenzó todo.

El público se volvió loco con los agradecimientos. Gritaban el nombre del grupo con energía, haciendo que él sonriera. Sara se unió. Ahora la observaba a ella y su mirada le indicaba lo feliz que lo hacía.

No podía estar más orgullosa de lo que estaba consiguiendo. Se ganaba a la gente, su carisma era asombroso.

Continuó con la charla un rato más. Sacó ese lado tan profundo que tanto le costaba hacer emerger.

—Nunca he sabido expresarme si no era a través de la música. Nuestras canciones hablan de nosotros, de nuestros pensamientos más ocultos, y aunque suene cursi, también de amor. —La gente rio y él soltó una carcajada—. Del amor nació *Bruja*, una canción que salió de la nada y la culpable de que exista está a vuestro alrededor.

Dio un respingo. Notaba muchas miradas dirigirse en su dirección. Dafne se reía.

Aritz la miraba, había dejado de lado a su público para convertirla en la protagonista. Incluso el técnico de luces la apuntaba, convirtiéndola en el centro de atención de todos lo que allí se reunían.

—La pelirroja es mi musa, quien, desde hace más de año y medio, inspira todas y cada una de mis canciones. Es la mujer que aguanta a este capullo, la única que ha conseguido que enloquezca en solo unos meses.

Abrió la boca, sorprendida por su confesión. Lo conocía lo suficiente como para saber cuánto le habría costado decir eso. Abría su corazón, lo

hacía ante miles de personas desconocidas que estaban allí para disfrutar de su música.

—Es la mujer más maravillosa, la que ha estado a mi lado en uno de mis peores momentos, la que más confianza ha puesto en mi música, así que, por favor, dedicadle un fuerte aplauso.

Este llegó de inmediato, acompañado de gritos y silbidos. Debía estar colorada, porque la vergüenza la invadía, mezclada con la emoción de sentirse tan querida.

—Y ahora, Sarita, ven aquí con tu capullo —le dedicó esa sonrisa ladeada que provocaba que se derritiera.

Negó de inmediato.

Ni de coña pensaba subir en medio del escenario, suficiente vergüenza estaba pasando.

—Vamos, pelirroja, no seas tímida.

—Te voy a matar —murmuró entre dientes. Supo a la perfección que la había entendido porque soltó una carcajada.

—Corre, ve. No seas imbécil —Dafne la empujaba para que fuera.

Estaba bloqueada, puesto que Aritz seguía insistiendo. El público la animó. Solo buscaba un lugar por el que huir y no lo encontraba.

Aritz caminó hasta su posición para cogerla de la mano. Debió percatarse de su mueca de pánico, porque reía y lanzaba bromas junto al público.

—Esto no te lo perdono… —susurró para que solo él la oyera.

—Tranquila… —La cogió de la cintura y le robó un rápido beso. El público enloqueció.

La situación era muy surrealista. Las luces los enfocaban en medio del escenario para que todos los observaran.

—Os presento a la pelirroja, a mi bruja. Sarita para los amigos —habló.

Negó con una sonrisa y saludó al público. Sentía que era un mono de feria. Al menos, ayudaba que Aritz la cogiera de la mano para no caer ante el tembleque de sus piernas.

—¿Quieres decir algo? —preguntó antes de acercarle el micro.

—Que eres un auténtico capullo —respondió con la compañía de las risas del público.

—Sí, tiene razón, chicos. Lo soy. —Se encogió de hombros, divertido —. Pero no te he sacado aquí solo para que me insultes —continuó.

Sara frunció el ceño, lo miró sin entender nada. Aritz ya no miraba al público y logró apreciar algo de nerviosismo en sus facciones. Cogió su mano con fuerza antes de mirarla a los ojos. Colocó el micrófono en su boca con lentitud y comenzó a hablar.

—Sara, este año he descubierto contigo lo que es la verdadera felicidad. He cometido muchos errores y tú has sabido perdonarme todos ellos para continuar con este bruto con menos delicadeza que una piedra. Ahora mismo ni siquiera sé cómo soy capaz de formular una frase completa —hizo una pausa y sonrió con él. Estaba un poco confusa, porque no sabía a dónde quería llegar.

Sorprendentemente había silencio a su alrededor, la gente estaba atenta a la escena, ansiosa por descubrir el desenlace.

—Pero quería decir esto, aquí, delante de todos, aun a riesgo de que mañana el vídeo corra por todo YouTube, cosa que no me importa.

—No entiendo nada, Aritz —murmuró. Solo la escuchó él.

—Te quiero, Sara. Eres la persona que consigue que cada mañana me despierte con una sonrisa. Tú has hecho que este imbécil se enamore, me has hechizado con tus ojos de bruja y sé que no quiero pasar ni un solo día sin ti —declaró.

Estaba boquiabierta, enamorada por completo, con deseos de lanzarse a por sus labios de la emoción de escuchar todo eso, pero continuó hablando.

—Sarita, quiero decirte… aquí, delante de todos… —hizo una pausa dramática y vio cómo se arrodillaba en el suelo. Eso la hizo abrir los ojos con sorpresa—. ¿Quieres casarte conmigo?

—No puede ser… —murmuró sin apenas voz.

Sentía miles de ojos puesto en ella, a la espera de que soltara una respuesta. Observó a su alrededor, a sus amigos, sonreían sin cesar y le daban ánimos para contestar.

Estaba bloqueada por completo, desvió la vista de nuevo a Aritz, quien se mantenía impaciente, apoyado en el suelo. Poco a poco, cuando fue consciente de lo que acababa de ocurrir, comenzó a dibujar una sonrisa. Le arrebató el micrófono de las manos y habló:

—Sí, pelucas… ¡Quiero casarme contigo! —gritó.

Aritz se levantó de inmediato, lanzándose a devorar sus labios con pasión. Se besaron entre aplausos y ovaciones del público. En ese instante se sumergieron en su propio mundo. Sus lenguas jugueteaban, el calor

subía, pero no estaban en el lugar apropiado para dejarse llevar por las ganas de celebrar que estaban prometidos.

—Te quiero, Aritz. Quiero pasar el resto de mi vida contigo —susurró contra sus labios.

—Gracias, pelirroja, por dejarme entrar en tu casa y también en tu corazón.

La música comenzó a sonar, volvió a cogerla de la mano y la ya tan conocida melodía de *Bruja* se abría paso. Aritz señaló a sus amigos para que se unieran en el escenario y así acompañarlos para celebrar el amor.

Cantó toda la letra sin dejar de mirarla a los ojos, tuvo que aguantar las lágrimas de emoción que se acumulaban. Había sido una pedida tan especial que todavía no se creía lo que acababa de ocurrir. Mientras cantaba, recibió abrazos de sus amigos y felicitaciones.

Aritz volvió a ella y la besó. Gabi estaba con un solo del bajo que aprovechó para saborearla una vez más.

—Pienso hacer de tu vida una bonita historia de amor —murmuró con una sonrisa.

—Eso está por ver, peluquitas, pero lo que sí sé, es que será una maravillosa aventura. Y en mi corazón, hay un sitio especial para este capullo.

FIN



Poner la palabra «Fin» después de más de tres años, ha sido un chute de adrenalina. Sin duda, si no hubiera ido a parar a un maravilloso grupo con compañeras de letras, que han hecho que me pique a diario por conseguir el reto de escribir todos los días del año, *No hay sitio para tanto capullo* seguiría inacabada.

Aquí está al fin. La historia de Sara y Aritz tenía que existir, pues desde que escribí *No solo somos hermanos*, supe que ella debía tener su propia historia.

Sara es la mejor amiga de Dafne, la protagonista de la historia anterior, y aquí la conocemos de verdad, en esta comedia romántica junto a un roquero muy capullo que la va a volver completamente majara.

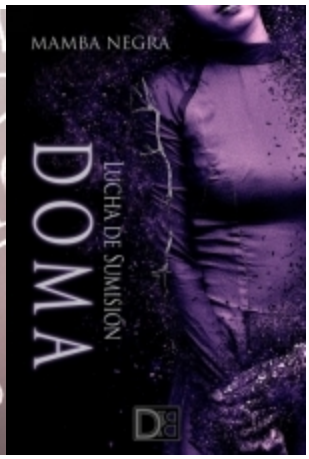
Gracias a los que distéis la oportunidad a mi primera novela con este seudónimo, hicisteis que me animara a continuar a pesar del tremendo parón.

He vuelto para quedarme y agradeceros una y mil veces vuestro apoyo.

Gracias a ti, que la has leído.

Otras novelas





Redes:

Facebook: Verónica Holmes
Instagram: @veronicaholmeslibros